


TODOS LOS CUENTOS DE HADAS
TIENEN SU LADO OSCURO



LAMBS *OF* GOD
MARELE DAY

VERSÁTIL
narrativa

AHORA, EN
HBO
ESPAÑA

LAMBS OF GOD

TODOS LOS CUENTOS DE HADAS TIENEN SU LADO OSCURO

MARELE DAY

Título: *Lambs of God*

© Marele Day, 1997

Traducción: Mercè Diago Esteva

Diseño de cubierta by Christabella Designs

Cover artwork courtesy of Foxtel

1.^a edición: noviembre 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.



Era suave. Suave y sedosa como la oreja de un ratón. Más parecida a un animalillo aterciopelado y tembloroso que a una ramita de salvia. La hermana Iphigenia frotó las hojas una vez más, con más energía, para liberar los aceites volátiles antes de echarlas en la tetera. Se olisqueó los dedos un instante antes de limpiárselos en la parte delantera del chaleco de lana. Hacía tiempo que las monjas habían dejado de vestir el hábito formal.

La hermana Iphigenia estaba sentada en el claustro bajo unos haces de luz brillante que se alternaban con sombras pronunciadas. Si hubiera alzado la vista, habría visto la bóveda de crucería que se cernía sobre ella como el esqueleto de un dinosaurio inmenso. Pero la hermana Iphigenia atendía otros menesteres. Observaba el fuego del patio a la espera del chorro de vapor del hervidor. En algún lugar, por detrás de ella, se oía a la hermana Margarita restregando la mesa de la Eucaristía. Ella y la hermana Carla pronto dejarían sus tareas y la acompañarían en el patio. Hoy era el día del corte el pelo.

Nada de todo aquello explicaba el repentino estado de alerta de Iphigenia. Más allá del olor de la salvia, de su fuerte olor corporal, del olor frío y ceniciento de la piedra, del de la lanolina de las ovejas que lo cubría todo, captó un aroma que no le resultaba familiar. Lejano y tenue, apenas era más que algo parecido a un susurro. Una molestia débil pero continua. Venía y se iba, venía y se iba. Como la inhalación y la exhalación de la respiración.

El hervidor silbó y salpicó agua sobre el carbón. Iphigenia alzó su cuerpo del banco. Entró en el patio, lo levantó, y vertió el agua sobre las hojas de la tetera. El olor fresco y antiséptico de la salvia resultaba agradable y, al parecer, ahuyentaba a los insectos y a los bichos.

El día del corte de pelo se lavaban el cabello unas a otras y se lo cortaban. Luego se recogían con cuidado los pequeños mechones, los cardaban y los hilaban, al igual que hacían con el vellón de las ovejas. El día de trasquilar les tocaría el turno a ellas. Las hermanas siempre se hacían primero su vellón, para dar ejemplo.

Las ovejas campaban a sus anchas. Sus balidos resonaban por los campos, por los claustros, en la capilla del monasterio, entonando un himno ovino a Dios. Aparte del ritual del día de trasquilar, las monjas recogían lana todo el año. Fragmentos de vellón que quedaban atrapados en los matorrales, en la estatua de la Virgen María, o en las grietas de las obras de mampostería por las que las ovejas pasaban rozando.

Vagaban por todo el monasterio, pero no se descarriaban. En verano abundaba la hierba dulce, suficiente para ayudarlas también a pasar el invierno. No se asustaban al ver a las hermanas. El rebaño de monjas y el rebaño de ovejas llevaban juntos tanto tiempo que estas últimas, si es que tenían cerebro suficiente para pensar en el asunto, consideraban a las monjas más como parte del rebaño que como pastoras. Así pues, el día de trasquilar, se dejaban hacer mansamente, primero un lado y luego el otro, hasta que los mechones de vellón, la capa exterior lanuda y grasienta que protegía las suaves y finas fibras más próximas a la piel, caían con suavidad al suelo.

De vez en cuando un carnero se saltaba la rutina y corría desenfrenado. Hasta que las monjas lo encontraban y lo sacrificaban para su mesa. Bastaba un carnero por rebaño. Si había más de uno, empezaban los problemas.

El restregar cesó. Iphigenia oyó el sonido metálico del cubo y el agua que se escurría por el desagüe. Entonces apareció la hermana Margarita a pleno sol; le goteaban las manos enrojecidas y mojadas y tenía el rostro sonrojado por las labores del Señor.

Iphigenia apuntaba al cielo con la nariz.

—¿Qué? —preguntó la hermana Margarita secándose las manos en la falda de lana. Había sido una de sus prendas preferidas, de las primeras prendas a las que habían incorporado lana teñida. Habían hervido ortigas y dejado la lana a remojo para conseguir un verde intenso. Luego habían tejido un paisaje. La hierba verde ortiga salpicada por el blanco de la lana de las ovejas. Aquello fue antes de que optaran por motivos más complejos. La hierba del paisaje había quedado reducida a un verde oliva más apagado, y Margarita había empezado a llevarla como una falda. Estaba desgastada por la parte delantera, en la zona donde se arrodillaba, y habían aparecido un par de agujeros que dejaban entrever sus piernas robustas.

—Olor sin nombre. Distante.

La hermana Margarita olisqueó el ambiente con pequeñas inhalaciones, luego se quedó muy quieta para que las partículas de olor flotaran en la cavidad nasal. Olía a sebo, a las trazas de sangre, a polen, al aroma de la infusión de salvia que reposaba en el patio, al olor penetrante de las ovejas. Todos aquellos olores tenían nombre.

Negó con la cabeza. Pero el hecho de no poder olerlo no significaba que no existiera. El olfato estaba empezando a fallarle. A no ser que una brisa se los transportara directamente, los olores lejanos habían dejado de existir para Margarita.

—Vinagre, pera, cuero —sugirió Iphigenia.

—¿Habrán volcado una botella las ovejas? —apuntó Margarita.

Toda discusión sobre el olor quedó interrumpida por la aparición de la hermana Carla. Más joven que las demás, seguía teniendo una melena leonada de cabello negro y lustroso. Tenía ramitas, hojas y otros restos en ella. Vertió un cesto de pelo sobre la mesa, el pelo que se había recogido de los cepillos de las monjas a lo largo del año. Un cesto lleno. Entre tanto cabello había unas tijeras que no alcanzaban a esconder tres gotas de sangre reluciente.

La hermana Iphigenia la miró con severidad.

—Un accidente —explicó la hermana Carla, evitando mirarla a los ojos.

—Da igual —la consoló la hermana Margarita—. Queda un castaño rojizo precioso.

Las tres monjas estaban reunidas en el patio. Allí se sentían más próximas al Señor. Cuatro paredes con un dosel de cielo infinito. Además, en la capilla siempre corrían el peligro de que se les cayera encima otro fragmento del tejado.

En este día del corte de pelo le tocaba primero a la hermana Margarita. Se inclinó bajo el grifo y dejó que las otras dos le lavaran el pelo con la infusión de salvia tibia mientras las palabras que murmuraban cada año para la ocasión le goteaban lentamente en los oídos. Acto seguido la sentaron en una silla, con las manos apoyadas en la falda verde descolorida. La hermana Iphigenia la envolvió con una sábana para recoger el pelo mientras la hermana Carla se le acercaba con las tijeras.

La hermana Margarita esperó a oír el corte decisivo y rotundo. El sonido de las tijeras

afiladas tan cerca de las orejas siempre le hacía evocar la primera vez que la trasquilaron. Aquel día había otras novicias con ella, que se miraban silenciosamente entre sí, expectantes y obligadas a ser valientes. Margarita recordó la alfombra de pelo del suelo cuando acabaron el trabajo. Los castaños discretos y los mechones pelirrojos mullidos como la cola de un zorro, el pelo negro y brillante como las alas de un cuervo. Y el suyo, fino y dorado como un halo.

La hermana Iphigenia observó cómo los mechones grises caían en la sábana. Ahora era más intenso, el olor distante, y ya no era intermitente. La hermana Carla estaba absorta en su tarea, la hermana Margarita tenía los ojos cerrados. Iphigenia movió la nariz a un lado y a otro mientras repasaba un catálogo de olores para intentar identificarlo. Vinagre, pera, cuero. Y algo más, parecido a la levadura, pero no a la del pan o el vino. Con el olfato aguzado, intentó sintetizar todos los elementos. Entonces lo reconoció. Era un olor que conocía pero que casi había olvidado. Olía a hombre.

La hermana Carla yacía tumbada en la hierba crecida. Llevaba ahí prácticamente toda la tarde, aletargada, con la falda subida, el vientre desnudo cara al sol. De niña lo hacía, se tumbaba en el suelo y contemplaba el cielo. Quizá fuera solo una vez, o quizá hubieran sido muchas y su memoria, a efectos prácticos, había reunido todas esas ocasiones y las había enmadejado en una sola. Lo que recordaba del momento eran las formas que las hojas recortaban contra el cielo, la forma como el aliento del viento movía las hojas y ensanchaba el espacio para que el sol le llenara la mirada con un resplandor que se propagaba y amortiguaba el resto de los detalles de la vista. No recordaba cómo yacía la niña, cómo iba vestida, solo la silueta de las hojas y la intensidad repentina del sol. Seguro que la niña no tenía el vientre tan redondeado con vello incipiente en la base. Carla cerró los ojos. Cuando se vio el vientre se imaginó una duna de arena alrededor de la cual crecía una mata de hierba.

¿Qué era eso, la sombra que de improviso le había pasado por delante? ¿Había invocado por fin a Jesús? ¿Una hoja caída? Abrió los ojos de repente y miró. Una araña que estaba tejiendo una tela. Estaba ahí colgada, animación suspendida. Carla movió la cabeza ligeramente y vio el brillo del sol en un único hilo de seda. El hilo de la caída. Carla miró más arriba en busca de la línea que hacía de puente. Encontró el punto más probable, allá donde dos ramas se enarcaban entre sí, pero el hilo, si es que estaba allí, era invisible. Ahora la araña estaba justo encima de Carla, extrayendo seda de su abdomen abultado. Continuó la trayectoria por el hilo de caída para ver si llegaba al anclaje.

Carla apenas notó la araña cuando se ancló en sus mechones de pelo enmarañado. Inclino la cabeza hacia un lado y vio que los tres primeros hilos formaban una gran Y mayúscula. La araña continuó hilando otros hilos, regresando al centro, y enseguida completó la estructura. Brillaba en la ligera brisa, una muestra de iridiscencia. Con sumo cuidado, Carla inclinó la cabeza hacia delante y exhaló su propia brisa hacia la telaraña. Pero la araña apenas se percató. Seguía hilando absorta mientras creaba una espiral central para fijar los radios, y luego hiló una espiral provisional hasta los extremos de la tela. Volvió al centro, retomó la provisional y la sustituyó por una pegadiza. La araña desapareció y dejó a Carla anclada a su tela.

Qué curioso que la araña hilara durante la soporífera tarde y no por la noche, como es habitual. Carla deslizó lentamente los dedos por su vientre y con un golpe seco al aire rompió el hilo de anclaje. La tela se soltó. Debilitada pero entera. Se bajó la falda y ocultó su cuerpo de los últimos rayos del sol. Era la hora de las vísperas. Se levantó y emprendió el camino de regreso.



La cena se había retirado, y los restos se habían enterrado. En la mesa había lana y pelo de la última cosecha, todo lavado, hilado, teñido y enmadejado. La cosecha de pelo más reciente estaba en una cesta lista para pasar por el mismo proceso. A veces, la hermana Margarita se preguntaba si no sería más sencillo que empezaran a tejerlo directamente de la cabeza. Podrían dejar las agujas eternamente allí y tejer otra hilera cuando el cabello fuera lo bastante largo. El dolor que padecerían por el hecho de dormir sobre agujas de tricotar lo ofrecerían como penitencia por los pecados del mundo.

Estaban a punto de empezar. El motivo del tejido se dispuso encima de la mesa, cada una tenía delante la prenda en la que trabajaba, las agujas una al lado de la otra con los extremos clavados en un ovillo de lana.

Carla cogió una madeja de lana roja del tamaño de una rata. No era exactamente rojo, pero así lo llamaban. Lo habían hervido con remolacha y, sorprendentemente, había quedado de un color naranja brillante. De todos modos, se parecía más al rojo que la lana teñida con sangre.

Plenamente consciente de que Iphigenia le estaba dedicando una de sus miraditas, cogió el ovillo, le dio la vuelta y examinó un detalle imperceptible. Con gran parsimonia, con gran parsimonia. En el preciso instante en que Iphigenia tomaba aire para reprenderla, Carla dejó la lana y juntó las manos con actitud piadosa, una sobre la otra, en el borde de la mesa. Iphigenia soltó el aliento desperdiciado. Las hermanas empezaron a recitar con los ojos cerrados:

Atenea pensó: «Está bien elogiar lo que hacen los demás: pero quiero merecerme los elogios que recibo y no ver despreciada en demasía mi propia divinidad». Y caviló al respecto, decidida a planear el castigo de Aracne...

Su rival, oriunda de Lidia, a quien se había oído llamar por el nombre más ilustre a todas aquellas que trabajaban la lana.

Así continuaron explicando de nuevo la historia en la que Aracne acababa transformada en araña. Recitaban las palabras moviendo los labios con las manos en posición de rezo sobre la labor que las aguardaba. Aracne y Atenea, la letanía que empleaban para coger el ritmo al tricotar. Tenían el patrón de la historia bien grabado en la cabeza, cualquier palabra evocaba el resto de la misma. Sin embargo, les gustaba pronunciar todas y cada una de las palabras, una detrás de otra, un recordatorio de que la totalidad estaba compuesta de miles y miles de puntos.

No se trataba solo del significado de las palabras, sino del ritmo y de la rima. Reconfortaba saber que al final de cada verso resonaría el verso anterior. Y el estímulo incitante del verso que estaba por llegar. Las monjas tricotaban en menos de diez versos, sus voces iban debilitándose a medida que las manos cogían el ritmo.

Para celebrar el día del corte de pelo las aguardaba un pastel grueso de mijo arenoso, cocido

a fuego lento para ablandarlo hasta que quedó compacto, y aromatizado con flores de lavanda. Mientras comían el pastel se permitieron un poco de conversación.

—Inés Paul tiene una buena barriga —anunció Margarita.

—Primavera —dijo Iphigenia.

—El padre John —sonrió Carla complacida.

Aunque las hermanas de santa Inés se dedicaban a sus menesteres a su manera y recorrían sus propios caminos invisibles, todas tenían nombres de exmiembros de la comunidad que por fin se habían reunido con Cristo. El monasterio era tan enorme, que imaginar que el alma de las fallecidas regresaba a ellas reencarnada en una oveja hacía que las monjas se sintieran más numerosas. Curiosamente, las ovejas, en tanto en cuanto dispusieran de rasgos individuales, asumían las características de la hermana con el nombre de la cual la habían bautizado.

Si bien cada oveja hembra tenía nombre propio, el carnero siempre se llamaba padre John. Padre John no era un sacerdote que hubiera formado parte de la comunidad, sino un nombre que parecía encajar. Había habido una serie de padres confesores, incluso el obispo había visitado el monasterio en una ocasión. Mucho tiempo atrás.

Las ovejas estaban dormidas en algún sitio, tumbadas allá donde resultara que se encontraran cuando la noche se cernía sobre ellas. De vez en cuando, por entre sus diálogos, las mujeres oían un resoplido, como una secuencia de aros de caucho húmedos. Sueños ovinos de otras vidas, de recoger rebaños de ñus en llanuras iluminadas por el sol, encaramadas a un afloramiento rocoso como una cabra, la reina del lugar.

—Padre John —repitió Margarita. Admiraba su cornamenta, hermosa como una cuerda enroscada. Pero, a veces, en sus dóciles ojos pardos le parecía captar destellos de una criatura más salvaje merodeando por allí. Se alegraba de que el cuerpo lanudo y suave le impidiera que aflorara al exterior.

—Margarita —dijo Iphigenia con suavidad y firmeza a partes iguales.

Margarita engulló el último bocado pastoso del pastel que tenía en la boca y se levantó, lo cual hizo tintinear las pesadas tazas de loza de la mesa. Tenía los pies bien plantados en el suelo, las manos posadas en la curva de su vientre, una encima de la otra. Se sentía cómoda y serena.

—*La Bella y la Bestia* —anunció.

Y la noche del corte de pelo, este es el cuento que la hermana Margarita contó:

—Érase una vez un mercader. Desde la muerte de su esposa a causa de la tisis, su preciosa hijita se había convertido en su único tesoro. Él le había prometido que cuando llegara su barco ella podría tener todo lo que se le antojara: oro del Nuevo Mundo, un rollo de seda, exótico azafrán. Pero lo único que la muchacha quería era una rosa blanca. Él fue al puerto a esperar. Pero se desató una terrible tormenta y el barco se fue a pique.

»Se perdió de regreso a casa. Caminó pesadamente por la nieve y llegó a la verja de una gran casa. La verja se abrió antes de que le diera tiempo de llamar. Tomó el sendero que conducía a un portón, un sendero flanqueado por arbustos nevados. La puerta se abrió y una fuerza invisible le instó a entrar. Encontró un fuego ardiente en el que calentarse, unas cuantas tajadas de carne en una bandeja de oro y vino tinto en una hermosa licorera de cristal. Aprovechó tamaña hospitalidad y, como se sentía mucho mejor, salió de la casa. Mientras recorría el sendero se fijó por primera vez en que los arbustos lucían unas preciosas rosas blancas. Qué extraño que florecieran en pleno invierno. Aunque no tenía ningún botín que llevar a casa, podría satisfacer el deseo de Bella.

Cogió un buen puñado de las aterciopeladas rosas blancas y, al hacerlo, se pinchó en la mano con una espina. Tres gotas de sangre cayeron en la nieve virgen.

»Una bestia horrenda apareció de repente, una bestia vestida con un batín granate.

»“Ingrato”, bramó la bestia. “¿Robando mis queridas rosas?” Dio un lengüetazo a la sangre del suelo.

»El mercader se amilanó.

»“Lo siento, señor”, empezó a decir.

»“Soy la Bestia y me llamarás así”.

»“Lo siento, Bestia, son para mi hija, mi preciosa Bella”.

»“Envíala aquí y te perdonaré la vida”.

»Y así fue como Bella fue a vivir con la Bestia. Llevaba el anillo de casada de su madre.

»Cógelo, querida, y que Dios y sus ángeles te protejan”, le había dicho su madre en su lecho de muerte el año anterior.

»Al principio Bella estaba asustada, aunque la Bestia guardaba las distancias. Él la alimentaba y la vestía, pero si se disponía a apoyar la cabeza en su regazo, ella alzaba el anillo y él retrocedía.

»Bella vivió allí durante muchos meses, con todas sus necesidades cubiertas y con la protección de la alianza de su madre. Paseaba por el jardín entre flores de todos los colores. Después de la primera nevada, las rosas blancas empezaron a florecer. Había transcurrido casi un año desde que su padre la entregara y no había tenido noticias de él en todo ese tiempo. Cuando llegó Navidad, se encontró la mesa llena de manjares suntuosos pero Bella estaba demasiado abatida para tocar siquiera una migaja.

»La Bestia estaba comiendo pudín con las garras cuando de repente se quedó quieto y olisqueó el ambiente. ¡La puerta se abrió y entró el padre de Bella! Bella corrió a sus brazos. Se alegró tanto de verlo que, en un principio, no se fijó en que cargaba detrás de él con un baúl enorme.

»“Buenas tardes, Bestia”, saludó. Presentaba un aspecto inmejorable, sonrojado, vestido con un abrigo largo con ribetes de piel para protegerse del frío.

»“He trabajado mucho”, dijo. Abrió el baúl y en él la Bella y la Bestia vieron oro del Nuevo Mundo, rollos de seda, azafrán exótico y una miríada de tesoros. “Supongo que vuestro desventurado aspecto os impide viajar al extranjero”, dijo su padre a la Bestia, por eso os he traído el mundo.

»Al mercader le agradó ver que las cosas brillantes, relucientes y amarillas del baúl fascinaban a la Bestia. Le acercó más el baúl. La Bestia cogió joyas con las pezuñas, se le enganchó la seda en las garras.

»“Todo vuestro”, dijo el mercader, “a cambio de Bella”.

»La Bestia se alzó sobre las patas traseras, se alisó la bata y enseñó garras y dientes al hombre.

»“También tenéis tres gotas de mi sangre”, dijo el mercader. El hombre apelaba a esa sangre. La Bestia inclinó la cabeza hacia un lado, dibujó un círculo con ella, tal como se haría con una copa de *brandy* para dejar aflorar el máximo de aroma. Inclinó la cabeza lentamente y el mercader se dio cuenta de que la Bestia aceptaba su propuesta.

»Cuando la Bestia volvió a alzar la cabeza ocurrió algo muy extraño. Se le encogieron las orejas, se le cayó el pelo de la cara y de las manos, sus extremidades se convirtieron en piernas.

Se había transformado en un hombre. Vio entonces que Bella apenas era más que una niña, demasiado joven para ser la señora de la casa. Estrechó la mano del hombre y Bella se marchó con su padre. Todos vivieron felices y comieron perdices.

Aquella era la versión que Margarita contaba de *La Bella y la Bestia*. Existía otra versión, pero no le gustaba. Por eso añadía fragmentos aquí y allá, los enlazaba con algún que otro elemento, descartaba otros. Mientras contaba el cuento, Margarita cambiaba de voz. Gruñía cuando reproducía las palabras de la Bestia, hacía que el mercader tartamudeara de miedo, hacía alarde de su seguridad cuando regresaba con el baúl. Y no se quedaba quieta en el sitio. Retrocedía un paso cuando la Bestia se encabritaba, movía las manos para mostrar lo enorme que era el baúl lleno de tesoros... Un par de veces tuvo que rascarse la pierna.

Iphigenia volvió a alzar la nariz para olisquear el ambiente.

—¿Qué? —preguntó Margarita.

Iphigenia se dio cuenta, sobresaltada, de que el cuento había terminado.

—A la cama —dijo.

Durante las gélidas noches de invierno dormían juntas, acurrucadas las unas contra las otras para aprovechar la calidez de sus cuerpos, al igual que las ovejas. En las noches más frías incluso se tumbaban junto a las ovejas. Pero ahora era primavera y estaban cada una en su celda en un camastro estrecho. Dormían encima de una piel de oveja y, por lo menos, el olor y los fluidos eran de ellas. Margarita notó los lentos crujidos de su cuerpo al tumbarse en el suelo y los crujidos incluso más lentos cuando se levantó. Notaba el peso de los años, como si su cuerpo ya reconociera el lugar donde reposaría para siempre jamás y quisiera acomodarse en él.

Así pues, Margarita no se tumbó en el suelo para pedir el perdón del Señor por lo que estaba a punto de hacer, sino que se limitó a tumbarse en la cama. Ya había pedido perdón muchas veces y ya no esperaba que la abatiera un relámpago, pero aun así lo hizo. Acto seguido sacó el cabello.

Esa trenza de pelo muerto, de su juventud, seguía siendo de un rubio brillante mientras que el cabello supuestamente vivo que tenía en la cabeza era gris y estropajoso. Lo había conservado todos aquellos años, el pelo que le habían cortado cuando fue aceptada en la comunidad. Había conseguido encontrar y guardar esos mechones. Se aferraba a ellos como si de una cuerda se tratara, el hilo que la unía a su juventud.

Acarició el pelo lacio, dispuso la trenza de formas distintas. Esta noche, la noche del corte de pelo, cometería una osadía. La tendría junto a ella hasta la mañana. Enroscó la trenza y se volvió a colocar el pelo rubio en la cabeza, como si fuera una corona.

Le pareció que el cuento había ido bien, aunque al final, cuando vio que Iphigenia alzaba la nariz se planteó si no se habría equivocado en algún punto.

Cogió un libro. Se abrió donde siempre, en la imagen de la Virgen tejedora, una reimpresión en blanco y negro de un retablo. La reproducción era oscura y lóbrega, pero tenía unas cuantas líneas blancas: el halo de Nuestra Señora, los bordados de su túnica, los rizos de un espectador, el cuello y el halo del niño Jesús, que Margarita imaginó que estaba pintado en oro. La Virgen María no tricotaba en hileras tal como habían hecho las monjas aquella tarde, tenía cuatro agujas en la prenda y tejía los puntos alrededor del cuello.

El niño Jesús tenía un libro abierto delante y el mentón apoyado en la mano. Había girado el rostro para alzar la vista hacia el miembro del séquito que sostenía una cruz de madera que le

superaba en altura. Resultaba difícil discernir si Nuestra Señora miraba lo que tejía o al niño Jesús, pues estaban alineados en la composición del cuadro. El ovillo de lana que iba enhebrándose en las agujas se encontraba en una cesta de mimbre. Los halos, tanto de la Virgen como del Niño Jesús, estaban ornamentados y llevaban estampado un motivo en los bordes, como los cuellos subidos o los tocados de las mujeres de la Edad Media. Margarita sabía que eran una floritura del artista. Los halos de la Virgen y del Niño Jesús eran círculos de luz pura, sin necesidad de adornos.

Apagó la vela de un soplido, dejó que el libro se cerrara con un flop y durmió encima de la trenza dorada de su juventud, inspirando el sebo de la vela extinguida.

Sol, limones y membrillo son de color amarillo. Majestuoso Zeus, Neptuno con su gran tridente... los dioses en su gloria. Los motivos del tejido de Atenea. ¿Y los de Aracne? Palos, caracoles y regalos. Los dioses en su bestialidad: Leda bajo el cisne; Neptuno, el toro que fuerza a la doncella eolia. Mientras Carla trabajaba en la prenda, las palabras y las imágenes se le aparecían como peces con motas doradas. Su *escapabrigo* era de muchos materiales: lana, pelo, la seda de la araña tejida con cuidado y enrollada tantas veces entre los dedos, que su cualidad pegajosa ya no suponía una trampa para ella. Pero atrapaba otras cosas. Poseía la misma construcción tipo encaje que las telarañas que había observado, tejida con agujas tan finas que eran apenas más gruesas que un único cabello. Ahora era lo bastante largo para ponérselo en la cabeza y que llegara al suelo. Era su cápsula, su escapatoria. Podía enfundarse el abrigo y desaparecer. Nadie la encontraría en su interior, era un mundo creado por ella misma. La tela tenía pétalos tejidos, hierbas, alas de mariposa, cicatrices y heridas que le habían infligido, fragmentos de nube, alas de ángeles, cristales de colores caídos de las ventanas del monasterio.

El monasterio era el único mundo que Carla conocía. La finca era lo bastante grande para ofrecer todo lo necesario: comida, cobijo, compañía, las hermanas, las ovejas, el patio inundado con la luz del Señor. Lo tenía todo, excepto la posibilidad de estar en otro sitio.

Había empezado a confeccionar el escapabrigo al recibir una reprimenda de la hermana Iphigenia, una amonestación por uno de los muchos deslices de Carla. En vez de lavar los pecados, pedir perdón y retirarlos de su existencia en cuanto hubo hecho penitencia, la hermana Carla había empezado a guardarlos. A tejerlos con sus propios dedos en aquella prenda que se había convertido en su escapabrigo. Y a medida que crecía, tejía en él no solo deslices, sino todo aquello que se le antojaba. Era una torre en la que se había encerrado, un vestido que llevaba como si fuera una novia, era su castillo y su atuendo de reina, la tela de sus actos y perdiciones, el hilo del ovillo prieto de su vientre que llenaba su celda cuando lo sacaba por la noche para admirarlo y trabajar en él. Su obra magna.

Encima de la cama estaba el pelo en el que había caído su sangre por la mañana, que ya estaba adoptando un bonito color castaño rojizo. Pertenecía a la cosecha del año anterior y ya no sabía de quién era el pelo. Confió en que fuera de Iphigenia.

Si Margarita se daba cuenta de que el pelo ensangrentado ya no estaba en la cesta no diría nada. Probablemente supondría que había perdido el color, o que no había estado siquiera allí y que la memoria le jugaba una mala pasada. A Margarita nunca se le ocurriría ir a mirar a la celda de Carla. A Iphigenia quizá sí, si se le metía entre ceja y ceja. Pero nunca encontraría el lugar donde Carla escondía su telaraña secreta. Sería más propio de Iphigenia lanzarle una mirada de desaprobación o preguntarle directamente. Si preguntaba, Carla pondría cara de desconcierto o le

echaría la culpa a una de las ovejas. Carla notaba los primeros temblores de una carcajada. Una de las ovejas. Una de las ovejas que cogía cabellos de las monjas. Después de tantos años en los que las monjas les quitaban la lana a las ovejas.

Carla se sentó en la cama estremeciéndose de la risa, notando los pequeños crujidos y quejidos de la cama al hacerlo. Se mordió el labio con fuerza y se dijo, tal como podría haber dicho Iphigenia, que aquello no tenía ninguna gracia. Se levantó, un poco más serena, como si su vida dependiera de dejar de reír. Besó la sangre del pelo y lo ensartó en el abrigo. Esa noche lo estaba haciendo a toda prisa, pero ya lo retomaría noche tras noche. Lo admiró brevemente, dobló la prenda formando un triángulo que no llegaba al tamaño de su mano y lo escondió. Entonces se soltó: carcajadas que golpeaban las paredes y rebotaban en las piedras, risotadas que se convirtieron en cloqueos inevitables, el único sonido en medio de la noche. Entonces las risas se apagaron y en el silencio se oyó el chillido de un chotacabras solitario a modo de respuesta, pensando que había encontrado a un pariente.

Iphigenia lo escuchó, y no por primera vez. Normalmente solía gruñir y darse la vuelta en la cama. Pero esta noche no estaba dormida ni prestaba demasiada atención a lo que llegaba a sus oídos. Estaba tumbada boca arriba, olisqueando el aire con sutileza. No inhalaba grandes cantidades, sino pequeñas dosis, intentando tomarle la medida. Ahora, el olor que había notado de forma intermitente a lo largo del día era más débil que antes. En un momento dado le había llegado una ráfaga, la ráfaga olfativa del jadeo de un animal, el olor agrio del temor que le ponía el cuerpo en tensión.

Recordó el preciso instante en el que había ocurrido. Fue mientras Margarita contaba el cuento. Justo en el momento en el que la Bestia se levantaba sobre las patas traseras y enseñaba garras y dientes al hombre. Iphigenia pensó al principio que quizá se había imaginado el olor, que era la Bestia de la historia. Pero había escuchado aquel cuento muchas veces y nunca había olido a la Bestia. Aquel era un olor real, que le entraba por la nariz, no producto de su mente.

No cabía la menor duda de que se trataba del olor a levadura y natillas de un hombre. Betún para las botas, metal, aceite para el pelo, un olor parecido al del petróleo; distinguía todos esos ingredientes. Cuando le había llegado en forma de ráfaga, el olor se había convertido en hedor. Tenía miedo, sudaba. El olor le llegó de forma confusa. El hombre iba tambaleándose, dando círculos. La ráfaga había durado hasta que el mercader y la Bestia se habían estrechado la mano. Luego había amainado. Pero ella había seguido con el olfato alerta, a la espera de más. Comprobó todas las estancias del monasterio, los claustros, los campos, las zarzas incluso. El hombre se encontraba en el olor salado y penetrante procedente del exterior, lejos todavía, pero al alcance.

Iphigenia abrió unos ojos como platos en la oscuridad de su celda al percatarse de que ya no pensaba en él como en un olor. Le había adjudicado un cuerpo y lo llamaba «él». Y entonces sintió otro olor, una combinación de expectativa, desasosiego, cautela. El olor que despedía su propio cuerpo al notar que se avecinaba tormenta.

Volvió a respirar con normalidad, cerró los ojos y se concentró. El efluvio natural de un animal en reposo. Él estaba durmiendo. Ella yacía allí con el olfato agudizado. Tal vez amainara, se estabilizara o se extinguiera antes de llegar allí. Se imaginó su nariz como el centro de un enorme círculo, un terreno de sensaciones. Marcó la distancia desde el centro en el que percibía que estaba el hombre y su olor. Más tarde comprobaría si había algún cambio. Tal vez por la mañana hubiera desaparecido y no tendría que agobiar a las demás con ello. Se acurrucó contra la reconfortante lanolina de la ropa de cama, rezó una oración para sus adentros e intentó conciliar el

sueño. No era ni mucho menos la primera carga que Iphigenia llevaba sola.



Mata a un cordero. Eucaristía.

La hermana Iphigenia hizo el anuncio justo después de los maitines.

Margarita se quedó desconcertada.

—Pero... no hasta después del día de trasquilar. Las ovejas se asustan.

Iphigenia enseñó su dentadura cuadrada y amarillenta.

—Memoria corta. Inés Paul está embarazada. Otras. Habrá más corderos. Haz el favor, Margarita.

Estaba muy bien que Iphigenia diera las órdenes, pero Margarita era quien debía cumplirlas. Formaba parte de sus obligaciones. Había llegado como hermana laica, sin dote. Las ovejas confiaban en la dócil Margarita, podía atraerlas al interior de la capilla y luego clic. Imagina un dedo que te traza una línea recta a lo largo del cuello, de izquierda a derecha.

—¿Una botella de vino? —sugirió Margarita como alternativa. El vino era perfectamente aceptable durante la Eucaristía.

—Esta noche. Con el asado.

Vino y carne asada.

—¿Es domingo?

Por regla general, las monjas seguían una dieta vegetariana, pero de vez en cuando se permitían el lujo de comerse una pierna o chuletas de cordero. Las ovejas se comían la hierba y las monjas se comían a las ovejas. Los seres vivos se comían a otros seres vivos a fin de subsistir. El sol, el aire, la lluvia y la tierra quedaban absorbidos por formas de vida más sencillas y se convertían en sustento para las más complejas. Todo era alimento para otro ser y, al comerlo, pasaba a formar parte de la criatura que lo había consumido. En su sabiduría, Dios había hecho el mundo así.

Las monjas llevaban una vida frugal en sentido material. Cuando se les acababan los víveres o les costaba demasiado obtenerlos, se limitaban a librarse de esa necesidad. Tenían carne, leche, sangre y lana de las ovejas, tenían hortalizas, hierbas y frutas, sebo. Tenían libros en la biblioteca. Tenían ropa que ponerse, disfrutaban de los placeres sencillos.

La hermana Margarita se puso manos a la obra. Carla e Iphigenia estaban sentadas en el patio con la vista perdida en una distancia media. En sus oídos flotaban los balidos forzados de la hermana Margarita mientras llevaba a un cordero desprevenido al matadero. Carla parecía un poco nerviosa, pero Iphigenia estaba convencida de que no había notado el olor. Ahora era mucho más intenso, más cercano, aparecía en ráfagas regulares, entraba y salía, como la respiración.

Los piececillos nerviosos arañaban y se resistían contra el suelo de la capilla y, acto seguido, escucharon los balidos de desesperación llamando a su madre. Iphigenia respiró hondo mientras olía su miedo y, a continuación, el aroma mineral y cálido de su sangre. Ella y Carla pronunciaron

las palabras de la ceremonia de la matanza moviendo los labios, dando las gracias a su hermana por la visita y haciéndole saber que ahora ya podía dejar el cuerpo del corderito que honrarían y recogerían. Luego desearon a su alma un viaje rápido y seguro hasta Dios.

Todas solían estar presentes durante la matanza de un cordero, cuando separaban la cabeza del cuerpo para dejar salir el alma. Pero cuantas más hermanas había, más temeroso estaba el cordero, por mucho que las hermanas rezaran. Por respeto a la criatura, desviaron la mirada de la matanza y lo dejaron a solas con Margarita. Además, cuanto menos miedo pasaba el cordero, más tierna era su carne.

Margarita salió a la luz del sol tras cumplir con su cometido. Tenía el delantal de lana y las mangas ensangrentados. Había hecho un gran esfuerzo para levantar al animal muerto y colgarlo del gancho. Se apartó una mosca de la cara, con lo que se dejó una mancha de la sangre del cordero en la mejilla. Iphigenia y Carla le sonrieron cuando salió, esa sonrisa de felicitación que los adultos dedican a los niños cuando han hecho algo especialmente valeroso.

Margarita solía lucir una expresión beatífica, pero ahora tenía el ceño fruncido. Qué fácil era para Iphigenia y Carla, ellas no tenían que lavarse después del trabajito. Pero la tratarían con respeto durante horas, al menos eso era lo positivo. Sin embargo, aquello no compensaba la sensación de haber traicionado a Inés Teresa y al resto de las ovejas del rebaño. Las ovejas la trataban como una de ellas y ella las había traicionado como Judas. Año tras año. Al menos mantenían su humildad, pensó mientras se restregaba las manos en el abrevadero, asumiendo la culpa continua. Qué fácil era sucumbir al pecado del orgullo cuando una se quedaba sentada en el patio felicitándose por no tener que ayudar en la matanza, sin siquiera tener que estar presente.

Entraron en la sombra listada y fresca de la capilla, Iphigenia sosteniendo el pan entre las manos impolutas, sin sangre. Hicieron la señal de la cruz ante el cordero que colgaba por encima de la mesa de la Eucaristía, cubierta con una tela fina para que la sangre goteara sin interrupción por parte de insectos voladores y otras formas de vida que gustan de aferrarse a los cadáveres de los muertos recientes.

Cuánta sangre para un cordero tan pequeño. Iphigenia partió un pedazo de pan y luego lo dividió en tres porciones más o menos iguales. Margarita encendió las velas y Carla repartió la sangre del recipiente sacramental en cuencos. La sangre todavía estaba caliente. Deliciosa. Le entraron ganas de introducir el dedo y lamérselo enseguida, pero entonces ahí acabaría la emoción de la expectación.

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.

Pronunciaron las palabras al unísono, aunque no se había dado ninguna señal perceptible de inicio o final. Se arrodillaron, con las cabezas alzadas hacia los retazos de cielo que se veían por el tejado, hacia la vida eterna que las rodeaba.

Los jugos de la boca de Carla humedecieron el pan seco que tenía en la boca. Bajó la mirada hacia el cuenco de sangre que tenía entre las manos ahuecadas. Ciertos días tenía el vientre lleno de sangre. Una sangre brillante, con coágulos tan carnosos como el hígado. En el espejo oscuro de sangre vio su propio ojo en el centro del recipiente. Su mirada parecía penetrar a través del ojo hasta que se quedó mirando el reflejo de su yo secreto. Aunque Iphigenia y Margarita ya habían dejado atrás los días de sangre, tal vez también hicieran una pausa antes de beber, y vieran su propio ojo en aquella taza. Carla se llevó el recipiente a los labios, con cuidado para no agitar la

superficie, con cuidado para mantener la mirada fija. Su ojo le devolvió la mirada en todo momento, hasta que inclinó el recipiente y su reflejo se disolvió en el sabor de la sangre templada.

Maravilloso. Nada que hacer en toda la tarde y asado para cenar. Carla se tumbó en la hierba con la vista puesta en el cielo, en esta ocasión, a través de la telaraña. Seguía ahí, decorada como el escapabrigo de Carla con algún que otro insecto cual joya clavada en su urdimbre y trama. Pero no veía la araña por ningún sitio. Una burbuja de gas le ascendió por el estómago y le salió por la boca. Se mordió los labios, para recuperar el regusto de la Eucaristía. Se sintió agradablemente saciada tras la ofrenda matutina.

A Carla le gustaba la sangre. Le gustaba el sabor, el olor y el color. Le gustaban los coágulos en las manos y los pies de Cristo, la corona de gotas que caían de la corona de espino. Qué difícil era teñir la lana de este tono rojo, qué difícil conseguir un rojo auténtico. Incluso la sangre de verdad al secarse dejaba de ser roja. Hasta en la Biblia empezaba a descolorarse la sangre. La *Biblia de los niños* que tantas veces había mirado, con las ilustraciones manchadas con la sangre de los santos y los mártires. Los soldados romanos portaban escudos y espadas y grandes cascos que parecían florecer gracias a las plumas rojas que los adornaban. Atenea también tenía escudo, espada y casco, todos de oro.

Carla se sentía demasiado perezosa y cómoda para pensar en ilustraciones de libros. El sol de la tarde jugueteaba en su vientre, los haces de luz le penetraban la piel. Así era como la Virgen María había quedado fecundada con el Hijo de Dios. Atravesada como el sol cuando entra por una ventana. Sin siquiera mover un dedo, sin ayuda de ningún tipo, se estremeció. Carla notó cómo la calidez le ascendía a las mejillas, su propio calor, y vio una luz anaranjada que se filtraba por la fina membrana de un párpado. Era como si justo bajo la piel su cuerpo retuviera racimos de brotes, que invocaban todos ellos los dedos juguetones del sol.

Enciéndeme con el éxtasis de Tu amor ardiente. Déjame ser Tu sierva y enséñame a amarte; y haz que te sirva, amado Señor, de manera que solo Tu amor sea mi placer, mi pensamiento y mi anhelo.

Carla aguardó la respuesta de Dios. Oía el gorjeo de los pájaros, veía movimiento en el dosel de hojas mientras los pájaros se dedicaban a sus menesteres. Una pluma sedosa descendió flotando, esquivó la telaraña y acabó posándose en su vientre. Primavera. Crías de corderos, crías de pájaros. Todo cobraba vida de nuevo.

Un sonido se entrometió entre los ya conocidos de aquella tarde soleada. El sonido de un animal que se abría camino por entre la maleza, las rascadas y crujidos, las ramitas que se partían. Probablemente fuera Inés Teresa buscando a su corderito, tal vez oliera la sangre en las espiraciones de Carla. Carla cerró la boca para mantener a raya el olor.

El animal apareció con gran estrépito.

—¡Maldita sea! —Carla se incorporó de golpe—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! — repitió la voz con un gemido bajo.

Carla se dio la vuelta y atisbó por entre la hierba. Era una criatura de cuatro patas que meneaba la cabeza de un lado a otro. Delante de sus narices se incorporó sobre dos patas. ¡Milagroso! Vestía de negro de la cabeza a los pies con una franja blanca alrededor del cuello. Tenía un arañazo con sangre en la mejilla. Se lo limpió y miró el rastro de color rojo como si

fuera la primera vez que veía sangre. Carla permaneció agazapada en la hierba, inmóvil como una piedra a pesar del repiqueteo de campanas que sentía en la cabeza. La criatura se limpió la mano antes de sacarse un trozo de papel doblado del bolsillo. Carla estaba demasiado lejos para verlo con detalle. Miró el papel y luego miró en derredor, como si intentara orientarse. La criatura empezó a caminar en dirección a donde otrora estuvo la verja del monasterio, antes de que desapareciera engullida por la vegetación. Carla salió de donde estaba, rompió la telaraña, ajena a la pegajosidad que le envolvió la cabeza. Se levantó. Y entonces echó a correr sin parar.

Aunque era la más joven y quien estaba más en forma de las tres, Carla irrumpió, jadeando y sin aliento, en el patio donde Margarita e Iphigenia cortaban la carne. Margarita se quedó a mitad de movimiento, como si hubiera visto un fantasma, con la tajadera levantada dispuesta a separar las costillas en chuletas, con los ojos abiertos como platos al ver lo que tenía delante.

Carla quería hablar, pero los pulmones le racionaban el aire con avaricia, salía y entraba en forma de bramidos, por lo que era imposible que le pasara por las cuerdas vocales para articular palabras. Margarita dejó la tajadera y se acercó a Carla.

—¿Qué ocurre, mi niña?

Carla tenía una mano contra el pecho y gesticulaba de forma exagerada con la otra.

—El, el pa...pa... padre John —espetó.

—¿Se le han quedado los cuernos enganchados en las zarzas? —preguntó Margarita preocupada.

Meneó la cabeza con fuerza y con el corazón palpitante.

—De negro. Con blanco... —Acercó el pulgar y el índice hacia el cuello a un dedo de distancia y dibujó un círculo alrededor.

La hermana Iphigenia alzó la vista.

—Un hombre —dijo, bajando la tajadera hacia la parte huesuda de la pierna de cordero—. Un sacerdote.

Las otras dos la miraron desconcertadas. Podía haber dicho «jirafa» y habrían reaccionado igual de lo extraordinario que parecía. Más extraordinario era el hecho de que Iphigenia no mostrara sorpresa alguna, casi como si lo hubiera esperado.

—Estamos en un monasterio. Es de lo más normal que venga un sacerdote.

No tenía nada de normal, porque hacía años que no recibían ese tipo de visita.

—¿Lo sabías? ¿Envió... una carta? —preguntó Margarita. La idea de una carta después de tanto tiempo resultaba descabellada. Incluso más descabellado que alguien llegara sin que las hermanas tuvieran conocimiento de ello. Pero un evento extraordinario solo podía achacarse a circunstancias extraordinarias.

—Ninguna carta —dijo Iphigenia—. Nuestro invitado comerá carne, patatas asadas, queso.

—Ortigas, nabos —dijo Margarita, intentando hacerse valer delante de Carla, que había sido la primera que lo había visto, e Iphigenia, que seguro que había tenido una premonición.

—Comida de monjas. Los sacerdotes comen bien. —Iphigenia se volvió hacia Carla—. ¿Dónde?

Carla les explicó. Estaba bastante cerca del muro exterior, aunque quedaba oculto por las zarzas y otra vegetación que lo había engullido con el paso de los años.

—¿Y luego?

Carla explicó la dirección que había tomado y habló a Iphigenia del papel que estaba mirando.
—Umm —caviló Iphigenia—. Mapa. Está buscando el sendero.

El sendero que había quedado oculto por las zarzas.

—¿No nos encontrará? —sugirió Margarita, que no estaba segura de querer que las encontraran.

—¿Nos escondemos? —propuso Carla, como si se tratara de un juego.

—Nos prepararemos para él. Y entonces esperaremos.

Tal vez fuera el olor a asado lo que condujo al hombre al patio, porque llegó mucho antes del anochecer. Ellas aguardaban su llegada. Sentadas espalda contra espalda, mirando cada una en una dirección distinta para no perderselo. Carla fue la primera en verlo; iba haciendo paradas, se secaba la frente, se aflojaba el alzacuello que le producía rozaduras en la piel, ahuyentaba pequeños insectos que intentaban alimentarse de su sudor.

Las monjas observaron el momento en que la capilla y los claustros aparecieron en su campo de visión, la expresión de sorpresa en su rostro cuando vio el penacho de humo del fuego que se arremolinaba en el cielo como un genio. Su momento de vacilación antes de caminar con paso rápido y resuelto.

Accedió por el oeste y entró con cautela en los claustros. Miró en derredor, hacia los muros, el tejado, los arcos. El balido de las ovejas se alzó en el aire calmado. El hombre se quedó alerta, a la espera. Inés Teresa salió de la capilla y entró en el patio. Acarició con el morro la falda de la hermana Margarita y olió el cordero en el cuerpo de ella. Pareció no prestar atención al aroma de la pierna que se asaba en el horno.

Cuando el hombre inició su recorrido por el claustro, las tres monjas se giraron para mirarlo. Él emanaba una serie de olores. El toque acre de la acetona, el petróleo, el tabaco fuerte e intenso, el sudor carnosos y rancio, gotas de orina, manzana especiada, un ligero atisbo de incienso. Diminutos dardos de nerviosismo dentro de un olor a cerrado atronador, Iphigenia quedó impregnada de una oleada de este tufo.

Se levantaron cuando surgió de debajo de la sombra listada al sol. Era un hombre joven y delgado. Iba vestido de negro, tal como Carla lo había descrito. Todavía le quedaban algunos puntos de betún reluciente en los zapatos a pesar del barro y del polvo que habían acumulado. Tenía arañazos en la cara y en las manos, los pantalones rasgados en la rodilla pero, a pesar de todo ello, conservaban la raya bien recta.

—El padre John, supongo.

—Soy el padre Ignatius, en realidad. ¿Y ustedes son...? —Su voz se apagó.

—La hermana Iphigenia. Y la hermana Margarita y la hermana Carla.

Las miró con un desconcierto absoluto.

—¡Monjas! No me lo esperaba. En realidad, me hicieron creer que la finca estaba deshabitada. Encontrar este sitio ha sido tarea de demonios.

Una interrupción apenas perceptible en la respiración de las monjas. Demonios. Hacía muchos años que esa palabra no se había pronunciado en el monasterio.

—¿Una taza de té? —invitó Iphigenia. Las monjas recuperaron el aliento.

—Sí, ¿por qué no? Estaría muy bien. Tengo un poco de agua mineral en el coche pero no la he traído. No esperaba...

—¿Coche? —dijo Carla.

—Sí, el coche. Me temo que se me ha quedado encallado. No he podido llamar a nadie, se me ha acabado la batería del móvil. —Se sacó del bolsillo de los pantalones un rectángulo negro con hileras de números. Tiró de una antena corta y demostró a las monjas que no funcionaba.

¿Un teléfono? No lo parecía.

—¿Dónde está el cable?

—Es inalámbrico —explicó, extendiendo las manos y moviéndolas como un mago que demuestra a su público que no hay hilos—. Funciona con batería. Pero hay que recargarla. Tendría que haber traído conmigo la de recambio, siempre es mejor estar preparado —farfulló—. ¿Tienen un enchufe? ¿Electricidad?

El sol había descendido en el cielo y anoecía al otro lado de los muros. Como si las hubiera llamado un pastor invisible, el resto de las ovejas entraron en el patio soltando algún que otro balido y llenándolo con su olor a lanolina.

—¿Tiene un rebaño? —preguntó Iphigenia.

—¿Un rebaño? —Al principio dio la impresión de no entender la pregunta, luego cayó en la cuenta—. No —repuso—. No soy párroco, soy el secretario del obispo. —Desplegó una amplia sonrisa.

Iphigenia se estaba cansando de esta conversación, de escuchar y de hacer. Se notaba la lengua pesada en la boca, como si no estuviera acostumbrada a adoptar esas formas extrañas. Contar un cuento era distinto. Era como encontrar el final de un hilo, ver cómo estaba hilado en la madeja y tirar de él para deshacerla. Se preguntó si al final no habría sido mejor esconderse.

—Vísperas —anunció Iphigenia para dar fin a la conversación—. ¿Padre John?

—Ignatius. Padre Ignatius —la corrigió—. Será un placer dirigir las vísperas.

Caminó con paso piadoso hacia la capilla, con lo que demostró su conocimiento del trazado del monasterio.

Una o dos ovejas confundidas empezaron a seguirle, pero las monjas se quedaron donde estaban, con los párpados cerrados, moviendo los labios, el pecho que se elevaba y descendía mientras espiraban e inspiraban al Espíritu Santo.

—Ejem —carraspeó él—. ¿La capilla?

Abrieron los ojos tranquilamente. Sin darle más vueltas al asunto, las tres se levantaron y entraron en la capilla.

Los últimos rayos del sol poniente se filtraban por los orificios, por las ventanas. Las tonalidades rojizas que los rodeaban les daban la impresión de estar dentro de un gran animal bondadoso. El altar manchado de sangre no hacía sino intensificar esa sensación. El sacerdote se preparó para dirigir las vísperas apoyando la mano en la mesa y se encontró con esa masa pringosa de color rojo oscuro.

—¿Vino? —sugirió.

—La sangre de Nuestro Señor Jesucristo, a través del cual llegamos a la vida eterna —dijo la hermana Iphigenia.

La hermana Margarita sintió que, en cierto modo, Iphigenia había hablado demasiado, pero no sabía decir exactamente en qué sentido. No obstante, dio la impresión de que el sacerdote se quedaba más tranquilo. Juntó las manos pegajosas por la sangre en actitud de rezo y empezó a hablar con solemnidad. No alzó la vista hacia el gancho que pendía encima del altar en el que

habían colgado el cordero hacía unas cuantas horas. Margarita pensó que había sido un día muy extraño, y todavía no había tocado a su fin.

—¿Por qué está aquí? —susurró Margarita mientras preparaban la cena.

Iphigenia supervisó la mesa. Un plato, un vaso, un cuchillo para cada comensal. Y un tenedor para cada uno. ¿Bastaba? Los sacerdotes iban a almorzar o a tomar el té con la abadesa, pero nunca se quedaban a cenar. La memoria de Iphigenia evocó una imagen de tenedores resplandecientes en una caja especial forrada de terciopelo azul. Pero los habían encontrado en un fardo al fondo de un cajón. Seguían deslucidos a pesar de haberlos restregado con fuerza con sus delantales de lana.

—Él nos lo dirá. O lo averiguaremos. A él le servimos la carne primero.

Él se había lavado las manos y la cara para desprenderse de esa sensación pegajosa, se había alisado el pelo. Estaba sentado a la espera de ser servido.

Tras la aventura que había supuesto llegar hasta allí, Ignatius estaba preparado para lo que fuera. Cuando había visto el humo, había sentido alivio y aprensión a partes iguales. Sabía que estaba demasiado lejos del coche para regresar antes del anochecer, pero ¿a quién iba a encontrar en el origen del humo? ¿Gitanos? ¿Cazadores? Había entonado un salmo rápidamente y, aliviado por la fuerza del cetro y el báculo del Señor, había continuado. Lo que nunca había imaginado era que se encontraría a tres mujeres adultas ataviadas con unos harapos de lana variopintos. Al principio las había tomado por gitanas que habían acampado en el monasterio y se preguntó si habría hombres en las proximidades, hijos o hermanos más suspicaces con los desconocidos de lo que parecían ser las mujeres. Ahora estaba sentado a su mesa, pero no se sentía del todo cómodo. La situación podía torcerse fácilmente. Se sentía como un misionero en el África profunda.

Se las veía descuidadas, casi asalvajadas. Tenían los dientes amarillos, la piel arrugada y reseca. No iban calzadas. Su aspecto sugería que habían dejado que la naturaleza siguiera su curso. A excepción del pelo cortado al rape, que les otorgaba un curioso aire monacal.

Llevaron la comida a la mesa. La de ojos oscuros y brillantes y pelo negro estaba sentada frente a él. Carla. Era más joven que las otras dos, y lo observaba sin disimulos, expectante. La alta, Iphigenia, quien le había saludado primero, poseía una nariz inquieta. Tenía la vista nublada por las cataratas. La más bajita de las tres, Margarita, tenía unos brazos robustos y papada.

El olor a cordero y patatas asadas hizo que Ignatius se diera cuenta del hambre voraz que tenía. No había tomado nada consistente desde el desayuno del día anterior. Había cogido una manzana del coche, pero eso apenas quitaba el apetito.

Inclinaron la cabeza para bendecir la mesa y sus tenues susurros se perdieron con el retumbo de la voz de él. Carla cogió un trozo de carne y arrancó pedazos de la misma mientras los jugos y la grasa le corrían por la mano y desaparecían en el puño de la manga de lana. Margarita tomó una patata, las almohadillas encallecidas de sus dedos inmunes al calor. Iphigenia pinchó un trozo de queso marinado con el cuchillo y lo engulló.

A pesar del hambre que tenía, Ignatius comió de forma más civilizada. Cortó un trocito de patata, un pedacito de carne, los juntó en los dientes del tenedor y se lo introdujo en la boca. La del pedazo de carne lo observaba fascinada. Él se quedó quieto, con la cara larga y los dientes separados en el interior de la boca cerrada. Le cohibía el hecho de ser observado.

Ella cogió el tenedor e imitó sus movimientos. Cuando se llevó el tenedor a la boca, lo mordió. Hizo una mueca, tiró el tenedor al suelo y volvió a utilizar las manos.

Ignatius continuó masticando. Intentó entablar conversación, pero lo único que recibió como respuesta fueron gruñidos. Eran como cerdos comiendo sobras, arrancando pedazos de comida, tragando casi sin masticar, como si estuvieran en una especie de competición para ver quién acababa primero.

La que había hablado más antes, por así decirlo, ganó la competición. La hermana Iphigenia. Empujó el plato hacia el centro de la mesa y fue a buscar el hervidor del fuego. Echó unas cuantas hojas en la tetera y vertió el agua hirviendo. Entonces Carla se puso a lamerse la palma de la mano, mirándolo por encima de las yemas de los dedos. Margarita roía el extremo de una pata.

La llegada de la tetera a la mesa pareció ser una especie de señal. Apartaron los platos, incluso el de él, aunque aún tenía un buen trozo de carne con grasa que se había reservado para el final. Vertieron de cualquier manera una infusión del color del agua de un pantano en tazas de loza. Las monjas se limpiaron las manos mugrientas en la ropa mugrienta y sacaron cestas de tricotar. Levantaron un ovillo de lana grasienta y un par de agujas de tejer ante sus ojos.

—¿Calceta, padre John?

«Padre Ignatius», gritó para sus adentros. ¿Cuántas veces tenía que repetirlo?

—No, gracias —dijo educadamente, como si le hubieran ofrecido una galleta.

—¿Un cuento?

—¿Un cuento? —repitió.

—Seguro que sabe algún cuento —insistió la hermana Iphigenia.

—Hoy me toca a mí contar el cuento —recordó Carla a las hermanas.

—Tenemos un invitado —la reprendió Iphigenia discretamente.

—No, no, adelante. Las damas primero —dijo, casi atragantándose al pronunciar la palabra «damas»—. Pueden enseñarme cómo se hace.

Las mujeres unieron las manos al borde de la mesa y empezaron un murmullo susurrante que el sacerdote interpretó como una oración. Inclino la cabeza, sin rezo propio, con un ojo medio abierto a la espera de lo que sucedería a continuación.

Carla se levantó.

—La princesa Aurora —anunció.

»Había una vez un rey y una reina que llevaban muchos años casados. Por fin tuvieron una hija y la llamaron Aurora.

El sacerdote observó cómo las monjas empezaban a hacer punto enrollando la lana alrededor de los dedos, manejando la aguja para ir formando los puntos.

—Decidieron celebrar su bautizo a lo grande. En el reino había trece brujas buenas, pero el rey y la reina solo tenían doce platos de oro, por lo que decidieron no invitar a la decimotercera. Pero ella apareció igualmente sin haber sido invitada —añadió Carla en tono siniestro.

Él se recostó en el asiento y sorbió la infusión, que le pareció agradablemente aromática. Reconoció el cuento, pero con otro nombre: *La bella durmiente*. Y no eran brujas buenas, eran hadas madrinas. Mencionó muy de pasada tales detalles y se dejó llevar por el ritmo de las palabras.

—En el banquete, cada una de las brujas buenas otorgó sus regalos a la princesita. La decimotercera apareció de entre las sombras y causó gran revuelo al pasar entre los congregados. «Mi regalo es el mayor de todos», dijo con una voz que retumbó como un trueno. «En su decimotercer cumpleaños, la niña se pinchará con el huso de una rueca y morirá». Los presentes

dejaron escapar un grito ahogado, encabezados por el rey.

Carla continuó contando el cuento: el hecho de que el rey decretara destruir todas las ruecas del reino y todo objeto punzante. Cuando Carla llevó a la niña en su viaje al desván que albergaba a la vieja y el huso profético, Ignatius tuvo la ligera sensación de que había omitido algo, pero estaba encandilado por el cuento y no quiso interrumpir a la monja. Aquella mujer andrajosa que tenía delante, que antes apenas había sido capaz de gruñir una sílaba, se había transformado en una criatura elocuente y de verbo fluido. Las tejedoras seguían tricotando, alzaban la vista de vez en cuando al llegar al final de una hilera o cuando cogían más lana.

—Un día Aurora se sintió inquieta; el día que decidió explorar una parte del castillo que nunca había visitado. Subió hasta lo más alto de las escaleras y llegó a una vieja puerta de madera. Extendió el brazo para empujarla, pero antes de que su mano entrara en contacto con ella, la puerta se abrió. «Entra», dijo la voz de una anciana que hilaba sentada. La muchacha, curiosa, entró y, en cuanto pisó el umbral, descubrió que sangraba. Le pareció muy extraño, porque no había tocado nada y la sangre no le salía de la mano. Entró en la estancia y la puerta se cerró para siempre detrás de ella. Entonces, la decimotercera bruja, pues era ella quien tejía la tela de la vida, explicó a la mujer que acababa de emerger de la niña el misterio del cuerpo que sangra sin estar herido. Y vivió feliz para siempre jamás.

Carla se sentó sintiéndose muy satisfecha y realizada.

Si no hubiera estado tan absorta relatando la historia, se habría dado cuenta de que él se había puesto nervioso.

—No, no —protestó él—, se pincha el dedo con el huso y se queda dormida durante cien años hasta que la despierta el beso de un apuesto príncipe.

Las monjas lo miraron asombradas.

Margarita dejó sus labores y le blandió una aguja.

—¿Ha visto alguna vez un huso? No es más afilado que esta aguja de tejer. ¡Cuesta mil demonios hacerse sangre con eso!

Por un momento, el sacerdote pensó que la monja iba a clavársela, pero Margarita se quedó callada, sorprendida ante su exabrupto.

—No cabe la menor duda de que tiene razón —admitió él— sobre cómo son los husos. Pero el del cuento es meramente simbólico.

Carla observó el tira y afloja emocionada, a la espera de ver qué pasaría a continuación.

Había llegado el momento de dejar las cosas claras. Tenía que hacer entrar en vereda a esas mujeres. No era más que un cuento de hadas, pero si no eran capaces de contarlo bien, ¿qué podía esperarse de ellas?

Se levantó y empujó la silla hacia atrás con sus fornidas pantorrillas.

—*La bella durmiente* —enfaticó para hacerles saber cómo se llamaba el cuento realmente—, la bella durmiente se pincha el dedo con el huso y duerme durante cien años. El príncipe se abre camino a hachazos por entre las zarzas, encuentra a la princesa en el castillo y le da un beso que le devuelve la vida, tras lo cual se casan y viven felices y comen perdices. Fin de la historia.

Margarita abrió la boca, pero Iphigenia fue quien habló.

—Sí, padre —concedió Iphigenia—, tiene usted razón.

Por supuesto que tenía razón, no hacía falta que se lo dijera alguien como ella. Él llevaba el peso de la historia detrás, miles y miles de años. Sin embargo, antes de tomar asiento, notó que

algo se movía bajo sus pies, la sensación que había tenido de niño en la playa cuando bajaba la marea.



Margarita estaba rígida, agarrándose a los bordes de la cama. La habitación le daba vueltas, se sentía como si estuviera en una balsa en un mar oscuro y embravecido. La oscuridad giraba a su alrededor, le zumbaba en los oídos. El corazón le palpitaba en el pecho como un pájaro atrapado en una trampa. Todo su ser intentaba asimilar la avalancha de acontecimientos, cuyas sombras volaban ahora por la habitación como ángeles oscuros y angulares. Suelos, desproporcionados, grotescos.

El sacerdote estaba flotando en posición horizontal, en blanco y negro, como la reproducción de un libro, los pantalones afilados como cuchillos, el alzacuellos le brillaba alrededor del cuello como un halo caído. El cordero colgado del gancho goteaba sangre sobre el altar, Inés Teresa chocaba contra el hombre, balaba por la pérdida de su corderito. Y de la boca abierta del hombre, con letras brillantes como cimitarras, se veía la palabra «demonio».

A pesar de la enormidad de todo lo demás, aquello era lo peor. Desde que se había hecho monja, Margarita no había pronunciado esa palabra. Era una palabra exorcizada de su vocabulario. Y ahí estaba, escapándosele por entre los labios como un ladrón que abandona una casa. Algo del pasado lejano se había liberado en Margarita, se había soltado y ahora le producía vértigo.

Margarita cerró los ojos, pero seguía viendo las figuras flotantes. Subió lentamente una mano hacia el crucifijo y lo agarró como si fuera el peto de una armadura.

Revestíos con toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio.

Pero fue Margarita quien había abierto la boca con denuedo... «¡Cuesta mil demonios hacerse sangre con esto!». Como si la labor del demonio fuera difícil. No lo era. La labor del demonio era sencilla. La que era difícil era la labor del Señor.

¿Qué labor había realizado Margarita cuando había sacrificado al cordero ese mismo día? Lo había matado para glorificar a su Señor, pero había causado la muerte de una de sus criaturas. Todavía veía el ojo del corderillo mirándola cuando lo sujetó para cortarle el cuello. El ojito que Dios le había colocado de lado para ver lo que se movía sigilosamente por detrás. Los corderos eran presas. Los animales cazadores tenían los ojos delante de la cara, para ver a quien acechaban. Margarita tenía los ojos delante. Compartía origen con lobos, zorros y tigres, criaturas musculosas y potentes, pero Margarita se sentía más próxima a una oveja. Algún día sería una oveja, una hermana de santa Inés.

Le gustaba su aspecto lanudo, le gustaba la rutina. No tenía cabida para cosas ni personas

nuevas, aunque fueran sacerdotes. Le dolía la cabeza y notaba un sabor amargo en la boca. Tal vez el vino se hubiera avinagrado en la botella, de tan pocas veces que lo tomaban.

Las figuras flotantes se difuminaron en la noche menguante a medida que los primeros zarcillos finos de luz entraban por la ventana alta de la celda de Margarita. El crucifijo que tenía en la mano estaba caliente y encendido. Su calidez le entró en el corazón y la serenó. Él no era más que una interrupción menor. Pronto se marcharía. El silencio cubriría al visitante y nunca volverían a mencionarlo.

¡Qué emocionante! ¡Nunca le había pasado nada parecido en la vida! No era una oveja, ni una monja, ni un pájaro ni una araña. Ni un santo ni una estatua. ¡Un hombre de carne y hueso! Tenía la dentadura blanca, era delgado como un palo de regaliz, tenía la piel suave como la de Jesús, no estaba arrugado ni iba despeinado como Margarita e Iphigenia. Era joven. Hacía tiempo que Carla no veía a una persona joven.

Al principio tenía la forma de una criatura de cuatro patas. En un abrir y cerrar de ojos la bestia terrestre se había convertido en un hombre que caminaba, miraba el trozo de papel y se presentaba ante ellas.

Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado.

Se dio cuenta enseguida de que no era una oveja. Era más parecido a un perro, a un perro negro y flaco, pero no ladraba, ni por asomo. «Maldita sea, maldita sea, maldita sea», Carla nunca lo olvidaría. Repitió las palabras para sus oídos, con un gruñido como había hecho él, notando cómo abría la boca para soltar la primera palabra de la letanía, juntando los labios de nuevo para pronunciar la siguiente. Entonces, tumbada en la cama, con los ojos abiertos para contemplar las estrellas, el círculo que formaba la luna, y con el cuerpo preso de excitación, Carla decidió tejerlo en el escapabrigo. Pero más tarde. Iphigenia se creía tan lista, tan inteligente, que no mostró sorpresa alguna, como si supiera de su llegada inminente. Pero fue a Carla a quien Dios reveló al padre John en primer lugar. Él era de ella.

Carla rodó en la cama y se bajó a cuatro patas. Fue recorriendo la diminuta estancia diciendo: «Maldita sea, maldita sea, maldita sea», mirando el suelo, con los ojos brillantes como una noctámbula. Luego se incorporó, al igual que había hecho él, se secó una sangre imaginaria del rostro y alzó la mano en la oscuridad para olérsela.

Se dejó caer con suavidad en el suelo como si fuera un bebé. Lo había hecho un montón de veces, apenas dolía. Los bebés no se hacían daño cuando caían así, lloraban por la sorpresa. Carla no lloró, no era un bebé. Se quedó ahí tumbada de costado durante unos instantes, con una pierna encima de la otra, con un ojo mirando hacia la noche, con una mejilla contra la piedra que se había ido alisando con el paso de los años por el contacto de su cuerpo.

Ahora estaba preparada. Levantó la piedra, extrajo el escapabrigo y lo extendió a su alrededor. Tenía un pedacito de carne del tenedor de él. Bajo la uña, una costra de sangre que había recuperado del abrevadero en el que él se había lavado los arañazos. Mezcló los dos elementos, moldeándolos con los dedos. Cogió los hilos del abrigo e incorporó el nuevo material. En la calidez de sus manos, pareció cobrar vida y crecer. Cada vez mayor. Acarició el contorno, extrajo con cuidado un detalle, mezcló el resto de las partículas. Y así fue como lo acabó. Contempló su creación.

Él tenía los ojos tiernos de Jesús, la piel, el rostro de sufrimiento y las heridas de Cristo. De su boca brotaron las palabras que habían cambiado el cuento: «Se pincha el dedo con el huso y

duerme durante cien años, tras los cuales el beso de un apuesto príncipe la devuelve a la vida».

Carla se enfundó el escapabrigo. Dio una vuelta con él de forma que la imagen quedara encima de ella.

—Mi príncipe, mi salvador —rezó Carla, alzando los brazos y arrebujiándose con él. Besó esos labios finos, como de gasa—. Despiértame de mi sueño y álzame en tu gozo —susurró en la boca de él. Volvió a besar los labios, pero el Señor permaneció en silencio e inmóvil. Daba igual, lo volvería a probar otra noche. La chica del cuento del padre John había esperado cien años. La hermana Carla aguardaría mil a su Señor. Aparecería un día, tal era la profecía. O Carla iría a él. Se quitó el abrigo, lo dobló hasta que quedó pequeño y lo volvió a colocar en el agujero que había debajo de la piedra. A Carla le gustaba enterrar cosas. Enterrarlas y volver a extraerlas.

Aunque había oído su llegada, la hermana Iphigenia no estaba preparada para su verdadera aparición. No había ido a parar allí por casualidad, llevaba un mapa. Hacía tanto tiempo que no llegaba nadie, que Iphigenia prácticamente se había olvidado de la vida en el exterior. El monasterio era el mundo de Iphigenia. Se llenaba con la luz del Señor durante el día y de Su oscuridad durante la noche. Las estrellas del cielo eran Su eterna vigilancia y la tierra la proveedora de Su generosidad.

No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

¿Cuál era el motivo de su visita? ¿Acaso era un emisario del Señor o una «cosa inmunda o que hace abominación y mentira»? Los sacerdotes son del Señor, pero aquel había dicho «demonio». La hermana Iphigenia olisqueó el ambiente. El olor a miedo le llegó al olfato, pero no era el hombre. Era Margarita. Despedía un olor intenso, como un animal atrapado entre las zarzas, confuso, temeroso, preguntándose cómo se había metido allí y si acabaría saliendo del apuro.

Iphigenia observó el ritmo regular de su pecho al subir y bajar, notando el paso del aire al entrar y salir de sus narinas. Dura como una piedra. Una ligera incomodidad en el estómago, eso era todo, probablemente debida a que la carne era demasiado fresca y el vino demasiado añejo.

Un eructo inesperado retumbó en el ambiente. Su sabor amargo le causó picazón en el fondo de la garganta. Un poco de acidez, un poco de incomodidad, era de lo más normal a su edad. ¿Qué había dicho él? Que pensaba que el monasterio estaba deshabitado. Tal vez estuviera de vacaciones o de retiro. Había dicho «monasterio» de un modo curioso. Había sonado a «propiedad».

La sensación de náusea fue disminuyendo para ceder el paso a un ligero dolor de cabeza que, de forma intermitente, le producía una punzada en un punto preciso de la sien izquierda. Era por el hecho de pensar. Intentaba saltar de lo que sabía a lo que no, a lo que solo podía aventurar. No estaba acostumbrada. Durante años había conocido todos los detalles de su vida, el paso lento de las estaciones en el que las plantas brotan, florecen, se tornan mustias, mueren y los brotes verdes de hierba son pasto de las ovejas, digeridos, excretados en forma de bolitas para abonar más hierba, más ovejas. Y así pasaba el tiempo tal como era el designio del Señor.

Dirigió la nariz en dirección al sacerdote. Había dicho que estaba tan cansado que podría dormir en la cuerda de tender la ropa. Las monjas no tenían tal cuerda, porque dejaban la ropa fuera para que se secara encima de los arbustos en las contadas ocasiones en que la lavaban. Le

hicieron una cama improvisada con paja recién cortada y una manta de lana. Él insistió en bloquear la puerta para evitar que entraran las ovejas. Su olor masculino le llegaba como un pulso regular. Dormía como un tronco. Inspiraba el aire del monasterio y lo alteraba sutilmente al espirarlo.



Las monjas están rezando en el patio cuando Ignatius aparece. Se queda quieto un momento, observándolas.

«Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos», dijo Jesús. Ignatius las observa rezar moviendo los labios, contraseñas secretas para el reino interno, un país de infinitas riquezas para el peregrino. Tienen la cabeza inclinada, las palabras clavadas en el corazón, ve el aliento que les empuña el pecho. En el silencio se recortan siluetas y el Espíritu se solidifica. Tres monjas ermitañas, la imagen perfecta de la cristiandad mística.

El gorjeo de un pájaro madrugador interrumpe su ensoñación. «Qué escena tan hermosa», reflexiona Ignatius antes de dedicarse a sus asuntos.

Dios no recibe toda su atención esta mañana. Las monjas notan la mirada del hombre sobre sus hombros, los rayos bajos e inclinados del sol invaden el patio como si fueran flechas.

De acuerdo con las liturgias habituales, la hermana Iphigenia está intentando decidir qué hacer. O qué no hacer. Hoy es el día de trasquilar. ¿Deberían comportarse con normalidad o agasajar a su invitado? Es la primera vez que un sacerdote se queda a pasar la noche; normalmente, iban y venían como la marea.

Iphigenia sabía que él había entrado en el patio, pero no se arrodilló junto a ellas. En la fresca mañana, él despide un olor cálido e intenso, como un cachorro al despertar. También despide un extraño olor químico. Como de tinta desteñida. No lleva ropa de lana.

Se oyó un revuelo de hojas cuando entró en la capilla. Carla, la más cercana a la entrada, lo vio entrar y desaparecer, fundiéndose en la oscuridad como si su ropa estuviera hecha de ese tejido. Ella, que está medio en penumbra, lo observó mientras pasaba de zonas en sombra a la luz, según la posición de los huecos y agujeros. Él se quedó mirando el cielo con ojos entornados, con la mano en forma de visera, protegiéndose la vista de la luz brillante de Dios. Pasó a la zona en sombra, con los brazos en jarra y la vista alzada para examinar el tejado, los agujeros, las golondrinas que anidan en las bóvedas. Los murciélagos también habían encontrado aquí su hogar y dormían como vampiros ahora que se había hecho de día. Una mancha blanca bajó disparada del cielo y le dejó un manchurrón en la manga de la chaqueta.

—Maldita sea —exclamó, y se inclinó para coger una hoja con la que limpiarse.

Las monjas se callaron a media frase al oír esas palabras. Resonaron en el exterior de la capilla, sonoras como el repicar de una campana. Carla devolvió rápidamente la vista a sus manos, una curvada encima de la otra. Como si quisieran compensar la interrupción repentina, empezaron a mover los labios al doble de velocidad. La oración que tenían grabada en el corazón se manifestó entonces en forma de susurros jadeantes.

Ignatius pasó la mano por el rostro de la Virgen María. A Nuestra Señora, de forma milagrosa,

le había brotado vegetación debido a la acumulación del mantillo de hojas y los excrementos de pájaros que le habían caído en la cabeza. Un halo de parras verdes, emulando la corona de espino de su Hijo. Tiró de ella, para eliminar lo profano de lo santo. La parra había arraigado en la estatua. Lo volvió a intentar, pero fue en vano. Tiró con más fuerza y esta vez no solo arrancó la parra, sino que se llevó consigo la parte superior de la cabeza de la estatua, de una pieza. Sus intentos de devolver a Nuestra Señora a un estado más civilizado y digno habían acabado por cortarles la cabellera de forma torpe y grotesca. Contempló horrorizado el bulto que tenía en la mano como si fuera un pedazo de carne viva y volvió a colocarlo enseguida en su sitio, apretándolo lo mejor que pudo. Acto seguido se frotó las manos para desprenderse de la tierra.

Las monjas acabaron los maitines y se levantaron, Carla fue directa a la puerta y miró al interior. Cuando él fue consciente de la presencia de las monjas, salió.

—Bueno —dijo, juntando las manos con actitud resuelta—. Hay que hacer unos cuantos trabajillos.

Ellas no acababan de entender a qué se refería con aquello. ¿Había venido a rehabilitar el lugar?

—Bueno —dijo Carla, juntando las manos con el mismo gesto de él.

Sirvieron infusión de ortiga, repartieron el pan y cortaron unos trozos de queso con un cuchillo. Las monjas comieron en silencio, rotando las mandíbulas. Las ovejas ya habían empezado a desayunar, de hecho, con las hermanas de santa Inés costaba distinguir cuándo acababan una comida y empezaban otra. Para ellas la vida era una comilona continua. El gorjeo de los pájaros, el suave rasgado de la hierba, el golpe ocasional cuando el cuchillo cortaba el queso y llegaba a la mesa conformaban una bonita mañana de primavera.

A él le causaba cierto desasosiego ser el blanco de las miradas, el silencio.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó. Las tres bocas dejaron de masticar. A Margarita se le cayó un trozo de pan húmedo y masticado de la boca. El sacerdote carraspeó e hizo otro intento —: ¿Qué toca hacer hoy?

—Es el día de trasquilar —anunció Iphigenia. Continuaron masticando.

—¿Puedo ayudar, quizá? —se ofreció él, aunque en realidad no le gustaba demasiado tocar animales.

Las monjas se quedaron mirándolo con expresión vacía.

Ignatius interpretó su vacilación como renuencia. Tendría que andarse con cuidado, no quería dejarlas fuera de juego. Apenas había cruzado el paso elevado que conducía a la isla cuando el coche se le había quedado encallado. Necesitaba ayuda para moverlo, aunque le incomodaba un poco tener que pedir a tres mujeres que lo ayudaran. No era precisamente fácil subir y bajar esa colina. Ni pasar por todos esos tojos y zarzas que rodeaban el monasterio. Se preguntó cómo entraban y salían. A lo mejor no se movían. Le pareció recordar que había sido una orden de clausura.

Había intentado llamar al obispo en cuanto se había despertado. El móvil había crujido un poco y luego se había apagado. De todos modos, era mejor que la noche anterior, cuando no había dado ninguna señal. Podía regresar al coche a cargarlo, pero tenía que pasar un poco más de tiempo aquí. Mejor hacer la valoración de una sentada. No le hacía ninguna gracia bajar hasta el coche y luego tener que volver a subir. El problema no era solo el ascenso, es que dudaba que fuera capaz de volver a encontrar el camino de vuelta. Ya había pasado una noche a la intemperie, moviéndose en círculos antes de darse cuenta de la inutilidad de intentar continuar a oscuras.

Había esperado al amanecer, pero no había mejorado demasiado. Incluso con el mapa, había llegado hasta allí por casualidad.

Recordó que uno de sus tíos dejaba las baterías en un lugar cálido para recargarlas. Tal vez funcionara. Lo único que necesitaba era suficiente carga para una llamada. Alzó la vista hacia el sol y luego alrededor del patio. Se acercó a una losa, palpó su calor y depositó allí la batería.

Cuando se incorporó, se encontró a las tres de pie justo detrás de él.

—Energía solar —bromeó. No recibió respuesta—. Estaré por aquí, no molestaré. Si puedo echarles una mano, ya me dirán.

Al igual que el día de Pascua, el día de trasquilar no coincidía en la misma fecha cada año. El calendario litúrgico dependía del cambio de las estaciones. Se esquilaba en primavera, después del frío del invierno, cuando la lana había aumentado, la lana amarilla y grasienta del año anterior asomaba por la nueva lana blanca que crecía por debajo.

El mejor momento era por la mañana de un día apacible, cuando el vellón estaba seco y las ovejas tenían el estómago relativamente vacío. A pesar de la naturaleza poco agresiva del esquilado, la experiencia causaba estrés a las ovejas, sobre todo si era la primera vez. Y teniendo en cuenta la memoria que tenían, para ellas siempre era la primera vez. De vez en cuando, una hermana de santa Inés regurgitaba la comida de uno de los cuatro estómagos distintos que procesaban el alimento, una salsa verde de olor acre y, normalmente, en la mano de quien la trasquilaba, con un chorro cálido que dejaba mancha.

Las tres monjas se colocaron detrás del rebaño, Margarita en el medio, Carla e Iphigenia en los flancos. Caminaban muy despacio, llamando a las ovejas para que se les acercaran: «kiri, kiri». A medida que se acercaban iban cantando con voces temblorosas que parecían balidos.

Corderos de Dios, oh, benditos corderos de Dios, mansos por naturaleza. Buen pastor, buen pastor, deja que los corderitos vengan a Ti.

Ignatius las siguió. A pesar de los cuerpos abultados de las monjas, se deslizaban hacia delante como si estuvieran quietas y el paisaje fuera lo que se movía detrás de ellas, con elegancia por encima de la hierba, como nubes que surcan el cielo. Tenían buena voz. El sonido resonaba por encima de los campos. Las monjas cantaban acordes de manera que resultaba agradable de oír, no solo en su conjunto, sino por la calidad de cada voz en particular. Carla como soprano, la claridad y transparencia de un muchacho preadolescente mientras rodeaba ahora un costado del rebaño. El bajo de Iphigenia, que hacía desplazar al rebaño desde atrás, y Margarita como un buen tenor. Serían perfectas en el coro. Hablaban en gruñidos solo cuando conversaban de forma espontánea. Raras veces conversaban entre ellas. Llegó a la conclusión de que, tal vez, se sintieran intimidadas o incómodas en su presencia. Se quedaban mudas.

Ahora había tres ovejas dentro del cercado y el resto del rebaño estaba disperso a su alrededor, las del interior y las del exterior se balaban entre sí, manteniendo el contacto auditivo desde el otro lado de la valla, como presos el día de visita. Animaron a una oveja a entrar en el patio. Las monjas se apostaron como centinelas, Iphigenia bloqueó la entrada a la capilla, Carla cerca del redil y Margarita con las tijeras de esquilas, preparada pero con discreción.

Las monjas no pararon de cantar en ningún momento, pero ahora cambiaron la letra.

Corderos de Dios, oh, benditos corderos de Dios, mansos por naturaleza. Salid a la luz

y dejad que la sierva de Dios os desvista, despojaos de lo viejo para que lo nuevo sea bendecido y santificado en nombre del Señor.

Acto seguido, resonó un «amén» por el mundo entero. Y enseguida el balido ovino armonizó con las voces de las monjas, al igual que una voz se funde con otra, la música de las esferas. Oh, qué inadecuada, qué pésima era esa palabra para describir el sonido que emanaba de aquellas siervas del Señor. No era el amén escueto que la congregación pronunciaba en misa, un gracias a Dios que se había acabado la misa y podían marcharse a casa a relajarse. No. Era una resonancia infinita capaz de circunnavegar el mundo sin parar, uniéndose a ella misma con cada vuelta, como una infinidad de personas que se levantan para que las cuenten, cada voz individual uniéndose a la multitud para fundirse en una sola. Era un sonido capaz de hechizar a los pájaros que estaban en los árboles, a las ovejas en los patios, hacer vibrar el granito, aplacar a las fieras. Era el A-M-É-N que Dios podía haber pronunciado después de crear el mundo, cuando dio vida a todas las cosas, el sonido que brotó de Su boca al despertarse al séptimo día y ver que todo estaba bien. Podía descansar. Amén.

El sonido se fue apagando, solo quedó una oveja en el patio, traspuesta, como si estuviera hipnotizada. A Margarita le resultó fácil rodear la cabeza de Inés Teresa con el brazo e inclinarle el lomo ligeramente hacia la derecha. Con la otra mano sujetó la lana del vientre de la oveja, los músculos del brazo se le tensaron al asirla y luego se relajaron cuando apretó las hojas de las tijeras de esquilar. Acto seguido se dedicó a la patas traseras. Inés Teresa se hundió alegremente encima de Margarita, en su ropa de lana. Dos cuerpos lanudos, el mayor arqueado sobre el menor como si bailaran o fornicaran.

Margarita recortó un lado del cuerpo con unas tijeras cortas y luego retiró la lana del lomo de su pareja. Se colocó la cabeza de Inés Teresa entre las rodillas para cortarle la lana situada entre la cabeza y los hombros. Acto seguido le dio la vuelta a la oveja y terminó con el lado restante. Se acabó. Rascó la cabeza de Inés Teresa con gesto amistoso y le dio una palmada en los cuartos traseros. La oveja se marchó trotando, vacilante al comienzo y luego con paso más resuelto, ligera y aireada después de librarse del pellejo viejo y apelmazado del año anterior.

Iphigenia tomó la iniciativa, retiró las migas del desayuno de la mesa, esparció el vellón y lo enrolló bien prieto empezando por detrás.

Margarita se sentía mejor con cada oveja. La noche de confusión, el malestar que le había producido ser zarandeada como un corcho en el océano había desaparecido y todo se había asentado. Se sumergió en el olor salado y penetrante de la labor que tenía entre manos, lamiéndose las gotas de sudor y chasqueando los labios. La brisa se le arremolinaba ligeramente alrededor de la cabeza inclinada tal como exigía lo que estaba haciendo, Dios soplaba su aliento fresco en su nuca delicada. Se fundió con la oveja, con toda la Creación, con la hierba que crecía, la lana que crecía, el pelo que crecía, con la Beneficencia benévola y nutritiva.

Cuatro esquiladas. Momento para tomarse un respiro. Margarita se sumó a sus hermanas para tomar una infusión, dedos regordetes alrededor de una gruesa taza de cerámica, con las manos untuosas por la lanolina, el olor a oveja y a salvia entrelazados.

El visitante se agachó a buscar algo. Al igual que las ovejas buscaban su vellón, caviló Margarita. Durante el esquilado casi se había olvidado de él. Ahora volvió a fijarse, distorsionado por el velo de vapor que despedían las tazas. Él se acercó a la mesa, rascándose los puntitos negros que le habían salido en la mandíbula. Producía un sonido rasposo.

—¿Alguna de ustedes ha cambiado de sitio la batería? —preguntó. Las tres estaban sentadas delante de su presencia abrumadora—. Estaba ahí, al sol. —Señaló en esa dirección.

—No —respondió Iphigenia, que se sintió obligada a hablar en nombre de las demás.

Ignatius descubrió que la batería no era lo único que había desaparecido. Miró en derredor en busca del móvil. Lo había dejado en la mesa. Tal vez lo habían enrollado sin querer con los pellejos. Empezó a palparlos. El vellón resultaba desagradable al tacto, graso y pegajoso a la vez. No le gustó nada cuando notó una parte abultada.

—El teléfono —arguyó, intentando explicar qué estaba haciendo. No había sido la esquiladora, la había estado observando toda la mañana y no se había movido de su sitio. Desvió la mirada de Iphigenia a Carla, de la una a la otra, como en una partida de *ping-pong*. No podía cachearlas ni rebuscar por todas partes, pero quería llegar al fondo del asunto.

—¿Las ovejas? —sugirió Iphigenia la siguiente vez que la miró.

Él se dejó caer en el asiento. Estaba exagerando. Debía mantenerse tranquilo y alerta, asegurarse de que se comportaba como correspondía. Insinuar que las monjas eran las culpables estaba fuera de lugar. Una infusión daría perspectiva a la situación. Probablemente hubiera sido una oveja. Habría movido la batería y habría caído a la hierba. Igual que el teléfono.

La infusión sabía amarga y resultaba astringente. Ignatius se relamió y se pasó la lengua por los dientes. Se los notó llenos de sarro y recordó que no se los había lavado, tampoco se había afeitado. Habría preferido una taza de café, pero no parecía formar parte del repertorio de las monjas. La idea del café lo llevaba indefectiblemente a los cigarrillos. Se palpó la chaqueta. ¡Sí! Un paquete en el bolsillo interior. Estaba arrugado, al igual que los cigarrillos que contenía, pero con un poco de suerte serían recuperables. Dejó el paquete encima de la mesa con un golpecito, como si quisiera llamar la atención. Sacó un pitillo con dos dedos. Estaba doblado, pero no roto. Lo enderezó y se lo colocó entre los labios. Todos sus movimientos eran observados con atención.

—Oh, disculpen, ¿quieren uno? —ofreció el paquete.

En cierto sentido, no era la pregunta que debería haber formulado. Era un intento de resultar educado, pero quedó fuera de lugar. Hacía años que Margarita e Iphigenia no habían visto fumar, pero sabían lo que era. El padre de Margarita fumaba. Lo que decía en compañía de desconocidos era: «¿Les importa?». Fue como si volviera a verlo, acomodado en el sillón de cuero, dejando caer la ceniza de vez en cuando en el cenicero de cristal que había en el ancho brazo del sillón, mientras su madre hacía punto o remendaba un cesto de calcetines; Margarita y su hermano sentados en el suelo, toda la familia escuchaba la radio en su cubierta de nogal, los seriales. Margarita apoyada contra el sillón absorbiendo el humo y el olor del cuero, el olor reconfortante de papá.

—No —repuso Margarita, sorprendida ante el elevado volumen de su propia voz.

Ignatius sacó el encendedor y lo intentó un par de veces, se encogió de hombros, más para beneficio de su público que otra cosa, se guardó el encendedor en el bolsillo y alargó la mano para coger una ramita encendida. Cuando por fin encendió el cigarrillo, inhaló su humo tranquilizador, sintió un ligero mareo y se relajó.

Era un día de película; el cielo de un azul intenso con racimos de nubes desperdigados, una imagen reflejo del suelo con los vellones de lana desperdigados por la hierba que brotaba de las grietas que había entre las losas. Aunque la brisa que corría era ligera y caprichosa, el movimiento de las nubes en el cielo hacía pensar que, en lo alto, el viento era fuerte. El olor salado del mar se mezclaba con el olor a humo. ¿Quién habría imaginado la existencia de este

pequeño oasis? Desde un lado de la isla, si se miraba desde el nivel del mar hacia el acantilado agreste, lo único que se veía era un montón de zarzas. Desde el otro, más hospitalario, que daba a tierra firme, la cima impedía que se viera el monasterio.

Observó la estampa que quedaba enmarcada por las arcadas: ovejas blancas, con los hocicos en el suelo, algunos pedazos más verdes que otros. Lástima que se había dejado la cámara en el coche, era exactamente la escena idílica que se ve en los folletos turísticos. Los muros altos, la barrera de zarzas que se había ido formando a lo largo de las décadas había actuado como cortavientos y creado un verdadero Edén. Pensó en cómo había atravesado todas esas barreras y en cómo haría que el lugar recobrar vida.

El humo del cigarrillo le recordó la voluta de humo del fuego. Menuda sorpresa se había llevado al encontrarse a tres mujeres que vivían en las ruinas, fundiéndose con la naturaleza junto con la arquitectura. Había aparecido justo a tiempo. Dio una calada e hizo que unos chorros de humo le salieran por los orificios nasales a propósito.

—¡Dragón! —Fue Carla, que lo miraba con ojos brillantes y abiertos como platos y las narinas ensanchadas.

—Oh, sí —admitió él, reaccionando al comentario con un ademán floritresco de la mano con la que sostenía el cigarrillo. Ella siguió observándolo, a la espera de más. Las otras dos esperaban, entretenidas hasta cierto punto. «Ah, bueno», pensó él, no tenía nada de malo; fanfarronear era un pecado menor y en esta ocasión era por un bien mayor. Inhaló el humo expresamente, lo retuvo durante unos instantes y entonces puso boca de pez y formó una serie de círculos de humo. Oh, ¡había que ver cómo disfrutaba Carla! Sí, los círculos habían sido impresionantes.

Carla hizo ademán de coger el cigarrillo porque quería sumarse al juego, probar. Ignatius vaciló, porque lo cierto es que no quería que le babeara el cigarrillo. Por otro lado, sentía que, con la armonía perfecta del momento, había atravesado una barrera invisible de zarzas que no quería que volviera a surgir. Además, el cigarrillo casi se había consumido.

Se lo tendió. Carla, la imitadora perfecta, lo sostuvo entre los dedos igual que él, se lo llevó a los labios mientras él asentía para alentarla. Ella se armó de valor, como si estuviera a punto de saltar de un acantilado, y entonces dio una calada profunda. Un instante de sorpresa, tos y resoplidos antes de estrujar el cigarrillo con la mano como si fuera un insecto que la hubiera picado. Cuando se recuperó de la sorpresa, Carla se echó a reír mientras le salían las volutas del resto del humo por la nariz y la boca. Acto seguido, se echaron todos a reír, incluidas las ovejas que balaban, hasta que todo quedó inundado por una avalancha de risas.



A última hora de la tarde, cuando las ovejas reposaban, las tres monjas y el sacerdote fueron a recoger mechones de lana. No eran los mejores, por eso se empleaban para rellenar almohadas y cosas así. No se desperdiciaba nada.

Inclinarse, agacharse. La espina oculta en los vellones. Dulce penitencia, un trabajo hecho con amor. Las ovejas grandes y osadas como leones, recorriendo su hogar rocoso, los vellones cual melenas que brillaban bajo el sol. Psique se movía alrededor de los leones que dormían apaciblemente, recogiendo muestras de cada zarza, cada piedra, cada grieta, cada hendidura en la que las ovejas-leones podían haber dejado restos de su vellocino dorado.

Cuando hacía esto, Carla se imaginaba que era Psique. Recoger el vellón de ovejas feroces era una de las tareas que Venus obligaba a hacer a Psique. También le hizo separar un buen montículo de trigo, cebada, mijo, guisantes y alubias en montones distintos, recoger agua de un arroyo peligroso de lo alto de una montaña, bajar al submundo y llenar una caja con la belleza de Perséfone. Y todo ello porque su hijo, el dios del amor, había tomado a Psique como esposa.

Psique aguardó en una montaña alta.

«¡La voz de mi amada! Mira, él se acerca saltando por las montañas, brincando de colina en colina». El viento vino a recoger a Psique, la levantó y la transportó al palacio del dios del amor. Entonces el dios del amor la tumbó en un lecho de flores y la envolvió en sus alas. «Mira qué bella eres, amor mío; mira qué bella eres; tienes ojos de paloma dentro de tus rizos; tu cabello es como un rebaño de cabras».

¡Un botón de oro! Qué delicia. Carla se inclinó y lo arrancó del lecho de hierba verde. Un botón aterciopelado, repleto de sol. Se lo guardó en el bolsillo con los mechones de vellón. Anhelaba encontrárselo más tarde cuando se pusiera a clasificar, como Psique. A Carla no le agradaba Venus. Una madre tan celosa y rencorosa era lo más parecido a una bruja. La santa Virgen María era mucho mejor. Sabía que las monjas eran las novias de su Hijo, Jesús, pero nunca le entraba un ataque de rabia. En la capilla, la santa Virgen María siempre les sonreía. Las escuchaba cuando le rezaban y no le importaba nada de lo que hicieran.

Carla recogió otro mechón lanudo de un arbusto espinoso. Jesús y la Virgen María, santa Ana, los santos, la jerarquía de los ángeles, los apóstoles, discípulos, todos eran creaciones de Dios. Estaban presentes cuando Carla rezaba y cantaba, estaban en el aire que respiraba. Eran historias eternas, sin comienzo ni final. Venus era como Aracne y la princesa Aurora, tejía historias. Historias de érase una vez que seguían un patrón, un comienzo y un final. Eran historias inventadas. Como hacer punto. Se empezaba con hilo y agujas y se creaba una pieza. Una manta, una prenda de vestir. Algo con forma y sustancia, algo que podía tocarse, ponerse y quitarse.

Ahora Carla tenía un puñado de mechones, Margarita e Iphigenia ya estaban regresando al patio. Psique había concluido su tarea. El hombre era el único que continuaba. Aunque tenía la piel tan suave como la de Jesús, Carla no pensaba que fuera el Salvador que estaba por venir. Ese

Salvador caería del cielo como un ángel, en vez de aparecer a cuatro patas. Carla volvió la vista atrás. Ahora estaba a cuatro patas. Parecía estar olisqueando el terreno.

Se había entretenido expresamente, se había quedado rezagado con respecto al grupo. Ignatius pensó que las monjas, vistas desde lejos, parecían matojos de lana, movidas por la suave brisa, deteniéndose donde los vellones habían quedado atrapados, arrancándolos de un pliegue del manto de Nuestra Señora, de sus pies, inclinándose para recogerlos del borde quebrado de una piedra. A veces los remolinos de lana yacían en la hierba verde como si fueran corros de brujas.

Aunque notó que bajaba la guardia en el momento en que rieron juntos, un momento en el que habían compartido amor y camaradería verdaderos, no lograba desprenderse de la inquietante sensación de que ellas sabían más de lo que decían. No alcanzaba a imaginar qué posible uso podía tener un móvil sin batería para ellas. Aunque no disipaba sus dudas y sospechas por completo, la falta de un motivo lógico le hacía derivar hacia otras explicaciones. Tal vez fuera uno de esos objetos que desaparecía de forma misteriosa y luego volvía a aparecer también misteriosamente. Mientras se agachaba para coger lana, se mantuvo alerta. Durante la búsqueda había examinado muchas cagadas de oveja, pequeñas bolas duras y compactadas para formar excrementos más largos que, a primera vista, parecían engañosamente prometedores.

Se sacudió una bolita chafada de caca de los pantalones. Qué fallo, pensó, no haberse cambiado de ropa antes de ascender al monasterio. Había cogido el coche, había introducido su bolsa de viaje en el maletero y había conducido hasta allí desde el palacio. La sotana funcionaba como una especie de pasaporte, sobre todo en las zonas rurales, donde los sacerdotes gozaban de una estima mayor de la que disfrutaban en la ciudad actualmente. Se había perdido en dos ocasiones por las carreteras secundarias sin señalizar y se había visto obligado a parar y pedir indicaciones. Le habían respondido con suma cordialidad, le habían dado pastelitos en una casa y un vaso de *whisky* en la otra. Sabía que era porque iba vestido de sacerdote.

La finca era gigantesca, eso ya lo había deducido por las medidas de superficie, además de que en otros tiempos había dado cobijo a una comunidad autosuficiente de un tamaño considerable. La tierra era buena, con acceso a agua potable. Los edificios estaban en estado ruinoso, pero confiaba en que el ambiente medieval pudiera reconstruirse de forma fiel. Había descubierto bastantes reliquias valiosas: cálices de oro, unas estatuas interesantes, libros antiguos, manuscritos iluminados.

Recomendaría acceso en 4×4 , un helipuerto y un puerto deportivo. Estaba convencido de que podría ofrecer a las mujeres una alternativa atractiva. No existía problema que no se solucionara con dinero. En conjunto, era un lugar muy agradable: sol, aire puro, naturaleza, estaba empezando a sentirse como si estuviera de vacaciones, a pesar de los aposentos poco espaciosos y de la compañía inesperada. Al final de la tarde había conseguido llenarse un bolsillo de lana. Pero eso fue todo.



Ortigas y colinabos hervidos. Salieron humeando de la olla al plato. Un débil murmullo para bendecir la mesa y entonces las monjas los cogieron con las manos y se los llevaron a la boca, sorbiendo la papilla verde, arrancando pedazos con los dientes de los colinabos de color ocre mientras el vapor se concentraba en gotas de humedad diminutas que les resbalaban por el mentón y que acababan limpiándose, aunque no siempre, con el dorso de la mano y las mangas mugrientas.

Podía haberse echado unas risas con ellas, podía haber arrimado el hombro y ayudarlas en sus tareas, por mucho que le desagradara el olor a oveja que se le agolpaba en la garganta como un resfriado. La situación era bastante agradable, pero ¡Dios Todopoderoso! Las monjas daban sorbetones, derramaban la comida, gorgoteaban y, para colmo, eructaban. Ni siquiera los cerdos eructaban, aunque tampoco podía asegurarlo, porque no había pasado demasiado tiempo con cerdos.

Nada de abluciones antes de cenar; se metían la comida en la boca con las manos con las que habían pasado el día clasificando vellones, recogiendo heces de oveja secas e incrustadas. «Zarrapastosas», aquella era la mejor manera de describirlas.

Adoptó una mueca permanente en la boca. No siempre había que hacer lo que vieres allá donde fueres. Si una persona tenía una forma mejor, más higiénica y civilizada de hacer las cosas, tal vez valía la pena enseñarla.

—Disculpen —dijo durante una pausa de los sorbetones—, ¿tienen un tenedor? —Sabía perfectamente que tenían tenedores, pues la primera noche los habían puesto en la mesa. Las monjas, aunque en esa situación le costaba cada vez más tomarlas por tales, incluso habían hecho intentos desganados de utilizarlos.

—Tenedor —repitió Carla, que dejó caer un bocado de comida verde encima de la mesa. Se fue corriendo y regresó con un tenedor.

Él se lo arrancó del puño, como una flecha de una aljaba. Tenía restos de comida incrustados y estaba sucio de tierra. ¿Era el tenedor que él había usado o el que ella había tirado al suelo? Se lo había metido en la boca. Cuando sacó el pañuelo para limpiarlo, las monjas dejaron de comer y lo observaron fijamente, como si esperaran que hiciera un truco de magia.

Él era muy consciente de la forma como colocó los dedos alrededor del tenedor y se fijó en que era muy parecido a coger un bolígrafo. Pinchó un pedazo de colinabo con el tenedor, lo partió en dos de forma lenta y deliberada, para enseñarles cómo se hacía.

Pinchó un pedazo frío y flácido y se lo introdujo en la boca, sonriendo y asintiendo como si saboreara una comida cocinada con arte. En la intimidad de su boca, la lengua lo aplastó contra el paladar, formó una bola blanda con él y lo tragó. Repitió la operación varias veces. Cuando hubo terminado de comer, dejó el tenedor bien puesto en diagonal encima del plato.

—Me estaba planteando —empezó a decir—, me estaba planteando si podrían echarme una

mano con el coche por la mañana. Estoy seguro de que entre los cuatro podríamos moverlo. Si tuviera el móvil, podría hacer venir a alguien de tierra firme, pero... —Se encogió de hombros y levantó las palmas. Era una lástima lo del teléfono, pero podía llamar al obispo desde el taller más cercano, así empezarían realmente sus vacaciones. Las monjas lo miraban con la expresión vacía—. Estaría bien hacer una excursión, ¿no? —continuó él—. Podría ser un día especial. Hay una playita muy bonita ahí abajo. Podríamos hacer un pícnic. Tengo unos cuantos pastelitos en el coche, galletas.

Poco a poco empezaron a hacerse a la idea. Él quería que salieran.

Por la presente constitución, cuya validez es eterna y nunca puede cuestionarse, ordenamos que todas las monjas, de forma colectiva e individual, las presentes y las que están por llegar, de cualesquiera orden religiosa, en cualesquiera parte del mundo en que se encuentren, permanecerán en lo sucesivo enclaustradas de forma perpetua en sus monasterios.

—Somos monjas de clausura. —Margarita por fin recuperó el habla.

Comían como cerdos, iban por ahí vestidas sabe Dios cómo, lo único que faltaba era que ahora se pusieran estrictas con lo de la clausura.

Iphigenia se levantó todo lo alta que era y alzó la cabeza para mirarlo desde arriba.

—¿A qué ha venido? —preguntó.

—A hacer una valoración —respondió él.

—¿Con qué fin?

Sería fácil marcharse sin decir nada más, dejar que el obispo se lo notificara oficialmente. Pero eso era propio de cobardes.

—¿Qué les parecería tener camas blandas, sábanas, un sistema de cañerías con agua caliente?

Iphigenia notó cómo se quedaba petrificada. Había llegado vestido de sacerdote, pero no se comportaba como tal. Había blasfemado en su casa, había intentado entablar conversaciones triviales con ellas a las horas de la comida, les había sugerido que salieran de pícnic. Y ahora les ofrecía comodidades mundanas.

Ignatius pasó la mirada de la una a la otra. La única que reflejaba un mínimo atisbo de interés era Carla.

—Ropa limpia —continuó—, comida buena, tiendas, compañía y una enfermera fija.

—¿Una enfermera? —preguntó Margarita.

—Perdonen que les diga, pero están llegando a una edad, bueno... por si acaso, ya me entienden. Podrán vivir su vejez cómodamente. Se acabaron las ortigas y los colinabos. Pueden tener camas con colchones de verdad, tejados sin goteras. Este lugar amenaza la ruina.

—No necesitamos a ninguna enfermera —dijo Margarita—. Y no hay nada que arreglar. —Ya tenían suficiente con lidiar con él, solo les faltaban enfermeras y albañiles. Dejarían de ser dueñas de su propia vida. Las ortigas y los colinabos eran alimentos adecuados, nutrían sin avivar demasiado el apetito.

—Hoy en día las residencias de jubilados están muy bien —dijo—. Son como vivir en un pueblo. Los residentes disfrutan de su independencia sin dejar de formar parte de una comunidad.

Habría resultado más sencillo si el lugar estuviera deshabitado, tal como habían supuesto. Ahora había que tomar ciertas medidas, una de las cuales era reubicar a las monjas. Por supuesto

que su presencia en el lugar no alteraba el plan general. En última instancia, la finca pertenecía a la diócesis, y el obispo podía hacer con ella lo que se le antojara. Era impensable que ellas tres se quedaran en ese terreno tan grande, sería una pérdida criminal de activo inmobiliario. Podían construir viviendas para cuatrocientas personas en la finca. No es que la Iglesia pretendiera construir viviendas para los pobres. Los ricos también necesitaban sustento espiritual, un lugar al que retirarse de la presión de sus vidas.

Entonces Iphigenia cayó en la cuenta. El hombre no quería mejorar sus vidas, quería acabar con ellas.

—Quiere que nos marchemos. —Las palabras brotaron casi como un escupitajo.

—Aquí no se puede estar.

—Pues hemos estado aquí tan ricamente —señaló Iphigenia.

—Es demasiado grande para que lo lleven ustedes tres.

—Es por las ovejas. Necesitan pastar. ¿Qué ha pensado para ellas?

Reubicar a las mujeres era una cosa, pero dudaba que existiera un lugar en el que acomodar a las ovejas. Le entraban todos los males solo de pensar en hacerlas bajar por la colina.

—Probablemente lo mejor sería sacrificarlas. Ya dispondríamos que ustedes se quedaran con la carne, por supuesto.

Iphigenia se levantó con ademán violento, empujó la mesa e hizo tintinear los platos.

—Ha sido usted recibido en nuestra comunidad, ha sido nuestro huésped. ¿Y ahora quiere que sacrifiquemos a las hermanas de santa Inés? —Se inclinó tan cerca del rostro de él que notó su aliento—. ¡Lárguese! —gritó, como si estuviera exorcizando al mismo diablo.

Entonces quien se largó fue Iphigenia, que se marchó a su celda. Margarita miró ansiosa a su alrededor, notó el enorme hueco que había dejado la marcha repentina de Iphigenia. Se levantó, se pasó la mano por delante de la cara como si quisiera apartar el aire y también se marchó corriendo a la seguridad de su celda.

Carla sonrió alegremente. Iphigenia había hecho temblar la mesa, Iphigenia temblaba. Carla no había visto nunca nada parecido. Y todo lo que había contado el hombre. Ahora tenía mucho en que pensar, mucho material para su escapabrigo. El hombre se inclinó hacia ella con gesto conciliador, pero Carla también se apartó y se despidió de él con un movimiento de la mano.

Ignatius se quedó solo sentado a una mesa que no era suya. Oh, cielos. Sabía que supondría un gran cambio para ellas, pero no había previsto una reacción tan violenta. Tal vez se había extralimitado un poco, tampoco era del todo necesario hablar de sacrificar a las ovejas.



Iphigenia se apoyó en la puerta de su celda jadeando. No iba a permitirlo. Sencillamente no pensaba permitirlo. No las sacarían de su hogar. Y con respecto al sacrificio generalizado de las hermanas de santa Inés, la aniquilación del rebaño, era impensable. Una cosa era hacer un ritual como ofrenda a Dios, pero ¿hacerlo por conveniencia?

Ese hombre era un imbécil, un gusano, un insensible, ampuloso, maleducado, un petimetre, un inepto. Iphigenia repasó una retahíla de insultos para intentar ahuyentarlo, expulsaba el aire en forma de sollozos, como si su anuncio se le hubiera quedado obstruido en la garganta y ella intentara expulsarlo.

No era una criatura que hubiera aparecido inocentemente en su entorno; había venido con un propósito e intención. Sus indicios de nerviosismo habían desaparecido y los había sustituido por engreimiento. Recordó las visitas anteriores de sacerdotes, cuando había que restregar las losas y las mesas para dejarlas como los chorros del oro, cuando la abadesa y maestra de novicias iba de un lado para otro, les palpaba la toca, comprobaba que el velo estuviera bien puesto; cuando la idea del «buen comportamiento» recorría la congregación. La abadesa se la mostraba entonces al sacerdote y él sonreía convencido, y recorría con la mirada el mar de rostros, sin mirar a ninguna en particular, sino como a una masa uniforme.

Después, el sacerdote y la abadesa conversaban: ella con la cabeza gacha y él analizando mientras tanto ciertos registros o escuchando una petición, anotándola en una libretita y acabando con un punto y aparte florituroso que hacía saltar la estilográfica de la página, luego se guardaba la libreta en el bolsillo y nunca más volvía a hablar del tema.

Iphigenia no recordaba cuándo se habían acabado las visitas sacerdotales. ¿Antes o después de que la última abadesa se fuera con Dios? Debió de ser antes, el número de monjas ya había disminuido bastante. Iphigenia, Margarita, Carla y unas cuantas más que quedaron dejaron pasar los días sin elegir una sustituta de forma oficial. La ronda diaria continuó y los meses se convirtieron en años sin que eligieran a nadie.

Echaba de menos a la última abadesa. Por primera vez en muchos años, Iphigenia deseó pedir consejo a una autoridad humana superior. La abadesa era estricta pero inquebrantable en su capacidad de escuchar a los miembros de su rebaño. Si bien nunca daba el consejo práctico que solucionaría el problema de forma inmediata, tras un momento de rezo silencioso con ella, la suplicante sentía que su carga se había aligerado.

Con el paso de los años, le correspondió a Iphigenia tomar decisiones en las escasas ocasiones en que había que hacerlo. Era imposible. No podían marcharse a otro lugar. Bajo la yema de los dedos notó la sensación reconfortante de la madera vieja, alisada por el paso de los años y por su tacto; la ligera rugosidad y densidad de un nudo de la madera. Pasó la mano por la pared, notó la textura más áspera de la piedra. Se había restregado contra ella para aliviar la molestia de un picor, las criaturas minúsculas que albergaba, como un oso que se rasca la espalda

contra el tronco de un árbol con la corteza rasposa. Bañarse era un despilfarro, la comunidad había vivido, trabajado y dormido con los hábitos puestos hasta que se habían convertido en una segunda piel.

Lo que sentía Iphigenia ahora era algo más que un picor y necesitaría algo más que piedras viejas para aliviarlo. Se envolvió con la manta de lana y se acercó a la ventana, se quedó de pie en el rayo de luz nocturna, las paredes eran tan gruesas que el espacio de la ventana formaba un cubo de aire. Si hubiera habido alguien rondando por el exterior, habría visto a Iphigenia enmarcada en la ventana sin cristal, un rostro orgulloso con una banda de preocupación alrededor de los ojos, como una venda. Iphigenia tenía la mirada perdida a media altura. Allá fuera estaban las arcadas que bostezaban como bocas y las ovejas dormidas, pero Iphigenia contemplaba la niebla. Si había algún movimiento, flotaba por su campo de visión sin dejar rastro.

Se produjo una perturbación, un chillido, un aleteo, un ave nocturna que mataba a su presa, rasgando así el gran silencio.

Iphigenia bajó los párpados, una película de humedad para aliviarle la sequedad ocular. Dios estaba lejos y en silencio. Iphigenia necesitaba a la comunidad. Descorrió el pestillo de la puerta y salió. Se deslizó en silencio por los claustros. Había luna menguante, la mitad de la cual casi quedaba oculta por las sombras. Salió hasta el campo. Ahora que el pájaro estaba saciado, la noche lo había envuelto como si fuera lava, obligando a dormir a todo lo que había dejado en su estela.

Salvo Iphigenia. Una pastora desvelada que cuida de su rebaño por la noche. Alerta por si viene el lobo a robarles un cordero. Se agachó entre los cuerpos recién adelgazados que subían y bajaban. Las ovejas se movieron un poco, como niños dormidos que se dan la vuelta y dejan espacio para otro niño más. Se tumbó con ellas, curvó su cuerpo de forma que encajara con el de Inés Teresa, cual niña agitada que busca la calidez consoladora de la madre. Inés Teresa, cuyo vellón proporcionaba calor a Iphigenia y cuyo corderito había sido sacrificado recientemente.

Teresa resopló, hizo el gesto de masticar dormida, el sueño de dar brincos por las llanuras soleadas suspendido por momentos. De forma instintiva, Teresa acogió a la cordera, la cabeza de pelo rizado y áspero sobre su cuerpo palpitante. La noche envolvió a Iphigenia, las estrellas recortadas como esquirlas de hielo. Si abría la boca, se le caerían dentro. Bajo su oreja, el cuerpo de Teresa era cálido y rítmico, ajeno, al igual que el resto de componentes del rebaño al anuncio de su sacrificio.

Iphigenia se incorporó, las ovejas que la rodeaban eran como una falda blanca que ondea. Vio sus vientres y gargantas expuestos y vulnerables, aunque sus instintos ovinos las hacían apiñarse. En aquellos pastos no había depredadores, salvo algún ave que bajara en picado buscando material para hacer el nido. Alargó los brazos y acarició a las ovejas que tenía al alcance. Ahí no entraban lobos. A no ser que lo hicieran con sigilo y armados con mapas.

Los animales murmuraron y se menearon, incorporando las muestras de amor de Iphigenia a sus sueños. Se levantó con expresión resuelta en boca y nariz, mientras el brillo de los ojos reflejaba el hielo de las estrellas. Qué ironía que hubieran sacrificado a un cordero justo antes de la llegada del hombre. El sentimiento de culpa se cernía sobre Iphigenia como el animal muerto que goteaba encima del altar, como si, en cierto modo, al ofrecer el cordero ella misma hubiera dado la idea del sacrificio.

La oscuridad iba menguando, Iphigenia esquivó con cuidado los cuerpos dormidos, regresó

por los claustros y entró en la capilla. Margarita y Carla ya estaban allí, arrodilladas ante la Virgen María que las contemplaba con expresión beatífica; la maraña de parras que le brotaba de la cabeza no acababa de cubrirle la raja que le había dejado las manazas del sacerdote. Carla y Margarita presionaban el rostro contra la piedra que representaba su ropa, como niñas asustadas que se esconden entre los faldones de su madre. No se volvieron al oír los pasos de Iphigenia por las piedras y brotes de hierba, pero sí que le hicieron sitio cuando se dispuso a ocupar su lugar entre ellas. Presentaron sus oraciones y urgencias al vestido de la Reina de los Cielos, arrodilladas al unísono igual que hacían las noches de guardia antes de una fiesta de guardar importante.

Y así es como él las encontró. Las tres monjas arrodilladas en un semicírculo, bien juntas en la santísima trinidad.

No era del todo ajeno al hecho de que algo iba mal. No había dormido bien. Había habido movimientos durante la noche, un ambiente agitado. Necesitaba dormir en una cama decente y no en aquel jergón de paja. Hasta en la cárcel había camas más cómodas. Dormía con la ropa puesta, lo cual siempre le había desagradado, necesitaba afeitarse y se notaba el sarro de los dientes. Si se pasaba el dedo por ellos, emitía un chirrido, pero no acababa de quitarse la mugre. Qué tonto había sido al dejarse la bolsa en el coche. Pero es que tampoco pensaba pasar más de unas pocas horas en la finca. Ahora se sentía realmente incómodo. Quería marcharse lo antes posible. Si no era capaz de poner en marcha el coche él solo, caminaría hasta tierra firme y pediría ayuda. Si tenía que esperar a que bajara la marea, esperaría junto al coche. Desde aquel punto estratégico en el umbral de la puerta, parecía que la Virgen María se había clonado. Las tres con la cabeza gacha alrededor de la base de la estatua como bulbos pequeños que se formaban alrededor de la madre. No dieron muestras de haberle oído. Esperaría a que terminaran sus oraciones antes de despedirse. Pero daba la impresión de que los rezos no tenían fin. Incluso cuando acabaron, ellas permanecieron allí, en silencio, inmutables como la estatua.

Lo que él quiere es que desaparezcan, que no hubieran estado nunca allí, para empezar. Pero no puede de buena fe seguir tratando este lugar como *terra inoccupata*. Tiene que lidiar con su presencia y su retirada con la máxima eficacia. Es difícil vender la finca con inquilinos y, además, las mujeres mayores tienen que entender que es un sinsentido permanecer aquí. Las dejará decir sus oraciones, se tomará una infusión y luego se largará. No mencionará el sacrificio de los corderos. Asegurará a las monjas que cuidarán de ellos y que sus deseos serán tenidos en cuenta. Y entonces continuará el proceso.

Desde el principio de los tiempos ha existido el ritmo de la luz y la oscuridad, la tierra que pasa de la noche al día. «Ven a la montaña y quedarás bañado en la luz del Señor». Era por la mañana, pero no podían empezar el día. Mantenían los ojos cerrados, intentando que él desapareciera. Había hecho un corte en la seda de sus días. No era una polila que mordisqueaba lentamente el tejido, sino un corte preciso con unas tijeras. A través de sus párpados finos como el papel notaron que el ambiente se aclaraba cuando él abandonó su puesto en la puerta. Pero no había ido lejos. Rezaron para recibir un consejo, una señal, sus rezos susurrados crujían como hojas en la capilla.

Y recibirían una señal antes de que acabara la mañana.

El silbido del vapor, el olor a madera acre de las cenizas húmedas. Abrieron los ojos de repente.

La luz entraba a raudales en la capilla por los orificios y lo despertó todo. Hasta la Reina de los Cielos adoptó una repentina expresión de sorpresa, como si acabara de despertarse de un largo sueño y las descubriera arrodilladas junto a su vestido.

—Maldita sea. —Una inspiración fuerte y luego—: ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo era posible que una blasfemia entrara en la santidad de la capilla? Margarita miró hacia santa Ana, la madre de María, la abuela sagrada de Cristo. La sabía sibila que había previsto el Nacimiento y había educado a su hija para que fuera la madre del Salvador, enseñándole el Libro en el que estaba escrito el destino del Hijo. Su amabilidad estaba teñida de desaprobación.

Hasta Carla se asombró. Carla, a quien solían encantarle las interrupciones, que había cogido tijeras y cortado hilos, que contuvo el aliento con un placer fruto de la sorpresa al oír por primera vez la palabra pronunciada por la criatura de cuatro patas de entre las zarzas, sabía que nunca debía entrar en los oídos de la santa Virgen o la santa Abuela. Les lanzó una mirada rápida, confiando en que sus velos de piedra amortiguaran el sonido.

Las monjas enseguida dieron por concluida su larga vigilia y entraron en el patio. Él meneaba la mano delante y atrás intentando enfriarla. El hervidor estaba en el suelo. El carbón despedía un vapor blanco mientras emitía un silbido.

—Lo siento —dijo, lamentándolo y molesto por el hecho de tener que disculparse ante ellas—. Intentaba preparar una infusión antes de marcharme. Me temo que les he apagado el fuego.

Iphigenia lo atravesó con la mirada, se acercó al fuego y se agachó. Olisqueó a ver si encontraba madera recuperable, reunió unas ramitas que no se habían quemado de la periferia del fuego y formó una pequeña pila con los rescoldos restantes. Formó un círculo con la boca del tamaño de un guisante y envió a las ascuas rojizas un flujo de aire con tal suavidad que ni siquiera habría perturbado la llama de una vela. El rojo se avivó y entonces apareció el destello de la llama. Ella la avivó. Cuando vio que las ramitas habían prendido, puso ramas, se llenó los carrillos y sopló con fuerza el fuego hasta que las llamas cantaron y bailaron con alegría desde la madera ennegrecida.

El fuego benévolo era una compañía constante. Lo observaban durante las largas noches de invierno y le sacaban historias. Les calentaba el cuerpo y avivaba su imaginación. En los rescoldos había ciudades y castillos, bosques; por las llamas saltaban hadas y monstruos, madrastras malvadas y bestias.

Cuando el fuego recuperó su fuerza, ella dejó escapar toda su rabia atronadora. Las llamas que lamían hambrientas las ramitas y ramas barrían la vista de Iphigenia como las conflagraciones de la historia. Aquel era el fuego que había quemado a comadronas y santos, a Juana y a otros mártires que habían acabado en la estaca, el azote de paganos, brujas y brujos, la tumba infernal de los pecadores, desposeídos del descanso eterno.

Ignatius estaba de pie con la mano quemada bajo la chaqueta, por el calor, la comodidad y para que no le vieran la herida. Tenía la garganta seca. No había comido ni bebido nada desde la cena de la noche anterior. Estaba un poco tembloroso y tenía ganas de sentarse, pero le incomodaba sentarse con ellas a la mesa sin que lo invitaran. Se sintió aliviado al ver que habían avivado el fuego. Aliviado e impotente. La impotencia no era un sentimiento que lo agradara.

—Bien hecho —dijo. Por lo menos podía repartir un elogio.

Iphigenia lo veía a través de las oleadas de calor que despedía el fuego. A pesar de tener la vista nublada, veía. Y olía. Había llegado con una intención y se marchaba con una intención. Se marchaba, pero eso no significaba que fuera a dejarlas en paz. Les apagaría algo más que el fuego si no le ponían freno.

—Una taza de té —anunció—. Carla, ve a buscar un poco de salvia para nuestro huésped y un té especial. —Él empezó a poner objeciones, pero Iphigenia no le hizo caso—. Una buena taza de té hogareño.

Carla no daba crédito a sus oídos.

Se marchó intentando disimular su regocijo. Había un montón de tés especiales, algunos secos y guardados, otros cuyas hojas crecían en el jardín y en los lugares secretos de Carla. Había plantas que ahuyentaban a los insectos, plantas que hacían recordar, plantas que hacían olvidar, plantas que facilitaban el parto de los corderos, plantas que hacían correr como un conejo. Y luego estaba el hogareño.

El hogareño tenía unas hojas dentadas y espinosas. En la farmacopea recibía un nombre distinto, pero a Carla le gustaba dar un nombre especial a cada planta. El hogareño crecía con lentitud, un pequeño brote al año, y la flor, en invierno, parecía una rosa. Tenía los pétalos de un color verde pálido, casi blanco.

Qué bien que se había quemado la mano. Carla conocía la sensación de las quemaduras, los cortes, los arañazos de las zarzas mientras corría por ellas buscando la pasión de Cristo. Sabía la ligereza de mente que producía a continuación. A veces incluso se desmayaba. Recordó la náusea en el estómago, el zumbido en las orejas, una galaxia de estrellas negras que le nublaban la vista, todo ello preludios de la caída a una oscuridad total y absoluta. Luego se despertaba en el suelo. Ocurría con facilidad durante la época en la que Carla tuvo sus primeros sangrados. Qué maravilloso descubrir que iba perdiendo sangre como el milagro de los santos. Luego fue ganando fuerza y tenía que hacer un gran esfuerzo para inducir los desmayos: no comer, hacerse incisiones para sangrar... Todo en secreto porque a las hermanas no les gustaban los milagros de Carla. Al final se había aburrido. Los milagros causaban muchos problemas y existían otras maneras de quedar embargada por el éxtasis divino.

Carla tenía por costumbre hacer mezclas y pociones, pero raras veces tenía la posibilidad de probar su eficacia. ¡Qué bien que Iphigenia lo hubiera sugerido! Tomó un buen pellizco de hogareño, machacó unas cuantas flores de lavanda y los mezcló para disimular el sabor amargo. Mientras tanto, Carla se puso a tararear una canción infantil. De vez en cuando se le escapaba una palabra: «rondar», «hogar», «muerte», «suerte». Olió la mezcla y añadió un pelín más de hogareño. Ya estaba.

Y entonces le llegó el turno al ungüento. Carla abrió la alacena esquinera donde guardaba las hierbas para hacer ungüentos, dispuestas como el escaparate de un apotecario. No siempre había sido así. Durante la infancia de Carla aquella estancia había sido la panadería. Solía sentarse en un taburete de madera a ayudar a la hermana Cook a pelar verduras; la hermana Cook arremangada y con los brazos salpicados de manchas marrones y brillantes por el sudor. La hermana Cook tenía los ojos acuosos y más de una papada. El fraile Tuck. Uno de los componentes de la jovial banda de Robin Hood. Carla consideraba a las hermanas como su jovial banda.

Carla recordó la oscura despensa de su infancia, la despensa de la esquina. Las esquinas eran lugares repletos de susurros, urgencias, objetos cubiertos de polvo marrón. Las arañas construían telas en las esquinas. Las motas de polvo que habían emitido un brillo dorado a última hora de la

tarde acababan muriendo aquí.

La alacena se utilizaba para el juego del pan en el horno. Normalmente era Carla quien lo proponía, pero a veces eran las monjas quienes lo empezaban. «Oye, Carla, es hora de jugar a pan en el horno». Y ella entraba en la alacena. Las monjas querían jugar a ese juego incluso cuando Carla no estaba en la cocina e iban a buscarla expresamente. A Carla le parecía un poco raro, porque se percató de que cuando esto ocurría había preparativos especiales y era un momento en que difícilmente las monjas estaban para juegos. Manteles en las mesas, flores en los jarrones, sacarle brillo al latón. Un ritmo más acelerado, un torbellino de actividad en la lenta rutina diaria de las monjas. La metían ahí y cerraban la puerta. Estaba muy silenciosa y no había sonido alguno, con excepción del zumbido de sus oídos. Nada que ver aparte del remolino de almas informes y oscuras y nada que sentir aparte de la humedad que la envolvía. Le gustaba estar allí, era un lugar pequeño y silencioso, como tener un amigo especial. Cuando le parecía que el pan ya estaba hecho, llamaba a la puerta para que la hermana Cook la dejara salir.

Pero en una ocasión no apareció nadie. Golpeó la puerta una y otra vez hasta que se le quedaron los nudillos al rojo vivo. Estaba desesperada, sabía qué le pasaba al pan si se dejaba demasiado tiempo. Se quemaba. Se quemaba hasta volverse negro como la muerte. Negro y humeante. La alacena se calentó por culpa de sus jadeos. Estaba en el infierno, notaba los lametones de las lenguas de fuego.

Las paredes duras de la alacena se desintegraron por el calor, se volvieron rojas, esponjosas y húmedas, Carla se encontró en un mar hirviente. Cerró los ojos de golpe, encogió el cuerpo como un gusano, golpeaba con sus manitas, pero no emitía ningún sonido. Tenía ganas de gritar, pero era incapaz de hacer una cosa tan simple como separar los labios.

Entonces se inició la expulsión, su cuerpo necesitaba movimiento desesperadamente, anhelaba libertad. Trepando, nadando, empujando las paredes negras y esponjosas. Al final las atravesó. Estaba fuera. Notó conmocionada el aire seco y frío. Lo inhaló y lo sacó con un berrido.

Y entonces se hizo la luz. Mil puntitos de luz en el firmamento. Unas manos enormes que le quitaban carne y cosas pegajosas de la cara y el cuerpo, le limpiaban los ojos diminutos. Siguió un sendero antiguo cuyo mapa tenía interiorizado, hasta que su diminuta boca se pegó al aroma de la leche y extrajo su dulce y cálido fluido. El cuerpo materno tumbado en el que yacía se levantó y cayó en grandes oleadas, un suave respiro del parto. María y su hijo. Sin comadrona, sin reyes magos bajo la miríada de estrellas, solo el ojo atento de las bestias de la tierra.

Más adelante, años después, cuando Carla había regresado a ver qué le había sucedido en la alacena, se dio cuenta de que se había convertido en un lugar inocuo. Una pequeña alacena ordenada sin paneles ocultos, sin trampilla, con unas paredes sólidas y nada esponjosas. En su interior apenas cabía un gato y mucho menos una niña. Sin embargo, ella lo había purificado con unas hojas que ardían lentamente para expulsar todo residuo de su episodio marrón oscuro.

La tetera hervía alegremente cuando Carla regresó al patio, con el ungüento verde y untuoso en una mano y el té especial en la otra. Unas cuantas ovejas se habían acercado tranquilamente. Iphigenia y Margarita estaban sentadas a la mesa, el hombre de pie a un lado con la mano metida todavía bajo la chaqueta. Los tres ositos, Carla, Iphigenia y Margarita eran los tres osos, y ahora tenían a Ricitos de oro. Él se había internado en su bosque mientras ellas rezaban fuera. Había probado las gachas, pero estaban demasiado calientes y se había quemado la mano. Había roto algo, no una silla, pero había roto algo. Y estaba a punto de salir corriendo y dejar el desaguado.

Pero la historia no decía qué ocurría a continuación. Que los osos habían ido tras Ricitos de oro y se la habían comido, porque los osos se comen a las niñas que se internan en su bosque.

—Deje que le cure la mano —dijo Carla con su voz más dulce.

—Iré a buscar agua —dijo Iphigenia con voz cantarina.

—Y yo iré a por un paño —dijo Margarita.

—No, estoy perfectamente —protestó él—. No creo que me salga una ampolla. Solo se me ha puesto un poco roja, eso es todo.

Se sacó la mano de la chaqueta y le dio la vuelta para demostrar que podía usarla perfectamente.

—Más vale prevenir —aconsejó Margarita.

—Para el largo viaje —dijo Iphigenia.

—Venga, siéntese —indicó Carla.

Era una tormenta en un vaso de agua, pero era típico de las mujeres mayores. De todos modos, si así se sentían mejor, lo mínimo que Ignatius podía hacer era hacerles caso. Se sentó.

Observó cómo vertían el agua para el té, observó cómo le aplicaban el ungüento en la mano. Le provocó somnolencia, la somnolencia plácida que sentía en el barbero cuando lo único que tenía que hacer era recostarse y dejar que Rodney le masajeara la cabeza.

Le vendaron bien la mano y, aunque notó alivio, fue como si la mano dejara de pertenecerle.

Carla sirvió el té en una taza y la acercó a los labios de él. Notó un fuerte olorcillo cuando el vapor le llegó a las narinas, que enseguida quedó difuso en una nube de lavanda.

—Gracias, ya me apaño. —Estaban exagerando un poco al tratarlo como un inválido. No es que no pudiera utilizar su mano libre para coger la taza. De todos modos, caviló, la situación había resultado fortuita. Los cuidados que le prodigaban implicaban que se despedirían de buenas maneras. Podía soportarlo durante quince minutos. El gesto le hizo sentir magnánimo. Dio un sorbo al té.

—Pan —indicó Margarita, que era la viva imagen de la salud. Qué curioso que no se hubiera dado cuenta antes. Sus ojos redondos y atentos, brillantes como monedas recién acuñadas, las mejillas rosadas y relucientes como manzanas.

Tomó el pan que le ofrecían, pero en vez de comérselo se lo guardó en el bolsillo. Racionalizó un acto tan inusual recordándose que necesitaba algo de sustento para el largo camino de bajada hasta el coche.

—¿Manzana? —le forzó Margarita. Ahora la cabeza se asemejaba más a una calabaza, una calabaza de Halloween. Sostenía una manzana delante de él. O sea que antes no se había equivocado, sí que había manzanas. Pero aquella no era roja y reluciente como sus mejillas. Era una manzana de invierno arrugada. Cuando le dio un mordisco, le supo dulce y suave como una tarde otoñal.

De repente se sintió lleno. Tiró del alzacuello. Necesitaba salir, tomar aire fresco. No lo acababa de entender, porque ya estaba al aire libre. Necesitaba más, necesitaba estar de pie en un afloramiento rocoso y recibir un viento huracanado en la cara. Puso la mano vendada encima de la mesa. Tuvo la impresión de que no podía moverla. La dejaría atrás si era necesario. Entonces le entraron calambres en la barriga y se puso a salivar en exceso. Un gargajo cayó en la mesa como una lágrima. Oh, cielos, estaba babeando. «Conmoción... quemadura... beber muchos líquidos». Los tres rostros, calabazas de Halloween con bocas recortadas, escupiendo palabras por la boca

como si fueran pepitas.

Notaba un sabor amargo en la boca, se tambaleó, levantó la mano de golpe de la mesa y la cataplasma se desprendió. Se abalanzó hacia el aire que entraba por la arcada y entonces le repitió la manzana, con un viaje de retorno convertida en sidra podrida. A continuación, oyó el zumbido y vio las estrellas oscuras del éxtasis de Carla. Pero estaba enfermo, muy enfermo, y lo último en lo que pensaba era en el éxtasis.



Le dolía la cabeza, tenía la boca seca y todo le parecía demasiado brillante. Tenía la peor resaca del mundo. Cerró los ojos con la vana esperanza de que cuando volviera a abrirlos se encontraría de regreso en el palacio. Pero no fue así. Las tres seguían allí, de pie junto a la cama como enfermeras.

—Se cayó...

—Y se golpeó la cabeza...

—Vinagre y papel de estraza.

¿De verdad estaban diciendo aquello o estaba alucinando? Abrió unos ojos como platos porque necesitaba estar alerta. ¿Cómo había pasado de una simple quemadura a estar postrado en la cama? ¿Acaso era la manera que su cuerpo tenía de decirle que tenía que bajar el ritmo? Pensaba que todo ese cuento de escuchar al cuerpo eran monsergas. Pero tal vez esa excursión, las camas incómodas, la falta de comida decente, le habían pasado una factura mayor de la que imaginaba. Debilitado de tal manera, el efecto de lo que había sido una quemadura superficial había sido mayor. Recordó cómo su propio padre se había caído de una escalera, se había levantado quejándose apenas de un pequeño chichón en la cabeza y que luego habían tenido que llevarlo corriendo al hospital con una conmoción cerebral.

Miró en derredor. No estaba en la misma habitación que antes. Era mayor, había una silla de mimbre en la esquina con un montón de prendas de vestir bien apiladas, imágenes de santos en las paredes, y la cama, si bien carecía del colchón mullido y las sábanas frescas y limpias que tenía en el palacio, al menos era más cómoda que la tabla de planchar cubierta de paja en forma de cama en la que había dormido las dos últimas noches. Ahora yacía en capa sobre capa de pieles de oveja. Encima de la cama, para tapanlo, había una manta con un estampado colorido tejido. A primera vista parecía una escena bíblica.

Notó la mano quemada. O, mejor dicho, no la notó. El enrojecimiento había menguado y ya no le dolía al tocársela. Se le había curado de forma milagrosa. El remedio casero de las monjas había funcionado, por lo menos en la mano. Lástima que no fuera lo bastante fuerte para evitar las consecuencias del golpe. Tenía retortijones y sentía ráfagas de dolor en la cabeza, como si hubiera pasado la noche en una trilladora.

Margarita le presionó un cuenco contra los labios y lo inclinó para que el líquido se los humedeciera. Él recogió el líquido con la lengua. Sabía a agua clara, aunque sus papilas gustativas no estaban en su mejor momento, ni sus facultades esenciales. Pero el instinto sí que lo tenía despierto: su cuerpo necesitaba agua. Elevó las manos para que ocuparan el sitio de las de Margarita, inclinando el cuenco cada vez más hasta que le ocultó la cara por completo.

Anhelaba tanto el contenido del cuenco, sorbía el agua con tanta avidez que le resbalaba por la barbilla, el cuello y más abajo; una sensación de la que no fue consciente hasta que notó que el

surco frío le llegaba al ombligo. Enseguida puso las manos bajo la manta y quiso palparse la ropa, pero solo se encontró con su piel de gallina. Tragó saliva. Estaba en la celda de una monja, la celda de la abadesa a juzgar por su tamaño, y estaba desnudo. Miró desesperado por la estancia. La ropa bien apilada en la silla era la suya.

Agradeció sentirse tan mal, de lo contrario su vergüenza habría sido incluso más acusada. Todo aquello era una ridiculez. Se sumergió más bajo la manta como si así pudiera ocultar su desnudez, pero por supuesto era demasiado tarde. Ellas lo habían desnudado. Las mujeres habían mirado, habían visto y quizá hubieran... Notó cómo se le encogían los genitales, intentando esconderse solo de pensarlo. Le consoló poco el hecho de que dos de ellas fueran mujeres mayores. Había oído decir que las mayores eran las que contaban los chistes más lascivos.

Se sintió débil, impotente y humillado, igual que cuando era un joven seminarista y le habían quitado el apéndice. La enfermera era joven y pechugona, con la nariz y las mejillas llenas de pecas, una sonrisa jovial y brazos orondos, una chica de campo alimentada con leche y patatas. Se disponía a depilarlo, había corrido la cortina que rodeaba la cama y le había pedido que se quitara los pantalones del pijama. «Vamos a ver —dijo—, no tengas vergüenza delante de mí. Lo he hecho millones de veces». Era demasiado joven como para haberlo hecho millones de veces. ¿Era realmente necesario verbalizar la vergüenza? El pene se le había encogido tanto que se perdió entre la maraña de pelo.

Hasta que ella le rozó la entrepierna con la mano. Entonces el pene hizo notar su curiosidad. La calidez de la enfermera a través del guante quirúrgico le excitó. El tacto de caucho caliente. Él miró al techo, clavó ahí los ojos durante todo el proceso e intentó reprimir la savia ascendente con una oración enfurecida. «Tu vara y tu cayado...». Tuvo que desestimar rápidamente una de sus invocaciones preferidas. De hecho, había iniciado varias oraciones conocidas llenas de apelaciones a la fortaleza, al apoyo paterno y las había descartado todas. Al final, se había decidido por dirigir su voluntad a las cagadas de mosca del techo y a esperar que todo fuera bien.

Se dio cuenta de que no funcionaba cuando notó que su miembro erecto encontraba la mano de la chica, como si tuviera un radar incluido para buscar su objetivo. Él se retiró de un respingo, sonrojado. «Es natural. Por lo menos eres normal», dijo ella, como si le sirviera de consuelo. Por supuesto que era natural, por supuesto que era normal, no hacía falta que se lo dijeran. Normal, pero sin las libertades de un hombre normal.

La Iglesia estaba que ardía con el tema del celibato y, aunque él no participara de forma activa en tales controversias, era partidario de avanzar y hacer cambios al respecto. La Iglesia tenía que velar por su futuro si no quería convertirse en una institución moribunda. De ahí la racionalización económica, de ahí la venta de propiedades. No tenía clara cuál era su postura o si ganaba algo con el tema del celibato. Había entrado en el seminario de joven con un futuro brillante en Matemáticas, don que había dedicado a la Iglesia. Estaba convencido de que, si hubiera escogido el camino de un padre de familia, habría encontrado a una buena mujer dispuesta a compartirlo con él. Debía de ser bonito tener familia. Se imaginaba en la cabecera de la mesa, las cabezas de los más jóvenes inclinadas para bendecirla, todos limpios y pulcros mientras su esposa servía la sopa con un cucharón. No le veía el rostro, pero sí veía con claridad sus delicadas manos de dedos largos.

Pero había escogido otro camino. Nunca se había sentido del todo cómodo en compañía de chicas. Lo insultaban. Se sentía mortificado cuando las chicas de la escuela vecina le inclinaban la gorra y había eludido las bromas bienintencionadas y los rifirrafes en vez de participar en ellos.

Nunca acabó de discernir si estaban realmente interesadas cuando le hacían resolver problemas difíciles de matemáticas o si se daban codazos a su espalda.

El problema no era el alivio sexual en sus manos. No se había vuelto loco, ni siquiera le había nublado la vista. Algunas veces se regodeaba en el acto y se acariciaba distintas partes del cuerpo antes de tomar el asunto en sus manos. No, tal como él lo entendía, la cuestión subyacente al celibato era la intimidad. ¿Cómo podía uno entregarse por completo a Dios si había alguien más?

—¿Mejor? —preguntó Iphigenia. Daba la impresión de que su huésped sonreía.

—Gracias —dijo él. Se sentía un poco más animado que cuando se había despertado, pero no se veía capaz de viajar. Soportaría sus agasajos un día más y luego se iría.

—Margarita velará por usted durante la noche —anunció Iphigenia.

¿Velar? ¿Como si se estuviera muriendo? No lo necesitaba.

—No me pasará nada —les aseguró.

—Por si necesita algo —dijo Margarita—. Me quedaré sentada en la esquina.

No estaba precisamente en situación de discutir. De todos modos, sería solo una noche. No es que padeciera una enfermedad crónica. Le bastaba un poco de descanso para recuperarse. Por la noche. Se había quemado la mano a primera hora de la mañana y ahora era de noche. Pero ¿qué noche? Era un hombre organizado capaz de dar cuenta de cada minuto de su día. Ahora tenía un vacío. Él había hecho un parón y el tiempo había continuado sin él. Necesitaba alcanzarlo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—La hora del cuento —repuso Margarita.

No estaba para cuentos.

—Mi ropa —exigió.

—La lavaremos. Para que esté bien limpia para el viaje.

—Pero y si... y si necesito... —Era incapaz de hablar de funciones fisiológicas con ellas.

—Margarita se encargará.

—Orinal —le susurró Margarita al oído.

Oh, menuda humillación. Ni siquiera una botella como le habían dado en el hospital. Un orinal. Como un niño pequeño.

—¿Está cómodo? —preguntó Margarita—. Bien. Érase una vez...

¡Menudo día, menudo día, menudo día! ¡Nunca había habido un día igual! Carla no sabía por dónde empezar. Debería haber empezado por el principio, con la interrupción de las oraciones y la mano quemada, la minucia que lo había desencadenado todo. Pero ya empezaría por el principio más tarde. Ahora mismo quería repasar los momentos más emocionantes. Ah, ¿pero cuáles? ¿Había sido ver el efecto de la poción o era lo otro? Oh, era lo otro.

«Desnudarle». Dijo la palabra lentamente, regodeándose, notando el movimiento de su lengua, el lugar donde sus labios se unían y volvían a separarse, la penúltima sílaba de la palabra le vibraba en la garganta. Era delicioso. Era lo mejor. Se castigaría. Dejaría el desnudo de lado y lo reservaría para más tarde.

Los ojos del sacerdote se habían quedado en blanco como si quisiera mirarse el interior del cerebro. Margarita le había bajado los párpados con sus dedos regordetes para que no se le secaran los ojos. Y para que no pareciera que estaba muerto. Carla había contenido la respiración cuando él se cayó y no volvió a levantarse. ¿Se había excedido con el té hogareño? En una

ocasión le había dado la mezcla a un carnero que no paraba de vagar por ahí. Se había limitado a duplicar la dosis, suponiendo que el hombre pesaba el doble que un carnero, pero quizá no era el caso. Iphigenia y Margarita no habían mirado a Carla ni la habían reprendido cuando se habían acercado a recogerlo, ella no había cometido un error.

Las monjas habían esperado a que cayera antes de moverse de la mesa, hasta que él se había tambaleado y agitado descontroladamente, como si fuera un animal peligroso e impredecible que pudiera volverse contra ellas si se cruzaban en su camino. Ellas lo observaban. Y cuando por fin cayó hecho un ovillo y una oveja curiosa se acercó a olisquearlo, se acabaron el té y se ocuparon de él.

La habitación de la abadesa llevaba años cerrada. No era el despacho de la abadesa, pues nunca lo habrían puesto allí. Abrieron y cerraron la puerta varias veces para ahuyentar el olor a moho, apilaron las pieles de todos los carneros que habían sacrificado a lo largo de los años y sacaron una de las mantas. En los bordes había escenas de la vida de Jesús y en el centro una pieza en la que se veía al Señor como el Buen Pastor, rodeado de su rebaño. Era una manta agradable y tranquilizadora que le haría sentir seguro cuando se despertara de su largo sueño.

Hasta que no levantaron su cuerpo para ponerlo encima de las pieles no vieron los restos de vómito que tenía en la ropa. Iphigenia, por supuesto, se había percatado del olor acre, todas lo habían notado, y no tenían intención de hacer nada al respecto. No era más que vómito. Pero no resultaba apropiado que la habitación de la abadesa oliera de esa manera.

—Quitémosle la ropa.

Carla se emocionó ante la expectativa, igual que le ocurría el día de trasquilar. Porque se revelarían cosas. Qué distintas se veían las ovejas sin el pelaje lanudo. Le gustaba el hecho de que la esquilada dejara al descubierto las partes que normalmente no se veían, a no ser que una se arrastrara sigilosamente por la hierba y mirara hacia arriba. Pero, con todo el pelaje, lo único que se veía era la lana rizada, enredada con barro, hierba y mierda. Cuando Margarita sostenía a las ovejas en alto, se veían arrugas, pliegues y otras cosas. Carla no sabía exactamente qué vería, pero tenía muchas ganas de verlo. La emoción iba apoderándose deliciosamente de todo su cuerpo.

Margarita e Iphigenia avanzaron hacia él. Estaban familiarizadas con la tarea de amortajar a las hermanas fallecidas, preparar sus cuerpos para el entierro, para plantarlas en la tierra como si fueran semillas. Margarita lo incorporó con sus fornidos brazos mientras Iphigenia le quitaba la chaqueta. A continuación, le tocó el turno al alzacuello. La garganta del hombre emitió un gorgoteo y dio la impresión de que respiraba mejor.

—Carla. Zapatos.

Aunque a Carla nunca le permitían estar presente cuando venían los sacerdotes, en una ocasión se había escondido entre las zarzas y había visto a uno. No todo él, sino solo los zapatos. Los zapatos hablaban con la abadesa. Se balanceaban adelante y atrás, de la punta al talón, de la punta al talón. Eran negros con una serie de orificios delante y los cordones estaban atados con una lazada.

Iphigenia y Margarita estaban ocupadas con su camisa. Carla estiró la mano para tocarle el lazo. Ella tiró y tiró con fuerza pero no había manera. Había atado y desatado lazos, había jugado una y otra vez con un cordel de lana en su infancia pero, por mucho que quisiera, sus dedos ágiles eran incapaces de desatar los nudos.

—No puedo.

—Tijeras.

Corrió a buscarlas.

Iphigenia y Margarita se centraron en los pantalones. Tenían unos cierres en la cintura que fueron fáciles de soltar, pero bajo la solapa vertical que discurría desde la cinturilla hasta donde la prenda se partía en dos no había botones, sino una cosa fría y metálica con una serie de dientes entrecruzados rectos como una vía de tren. Una cremallera. Tenía una pequeña pieza de la que tiraron y milagrosamente se desplazó por la vía a medida que iba abriéndose. Pero entonces se paró al quedar atascada en algo que había al otro lado, la camisa o la ropa interior. Por mucho que se esforzaban, no eran capaces de moverla.

Carla regresó rápidamente con las tijeras y se alegró al ver que Iphigenia y Margarita no habían avanzado demasiado. No quería perderse nada de todo aquello. Cortó los nudos de los cordones y los zapatos se soltaron, casi como si exhalaran un suspiro de alivio. Ella se los quitó de los pies y notó un olor a queso rancio. El olor no tardó en alcanzar a Iphigenia. Desvió la mirada de lo que tenía entre manos y vio a Carla olisqueando los pies, encantada.

—Tijeras —dijo, extendiendo la mano como un cirujano.

Carla le tendió las tijeras. Iphigenia cortó sin contemplaciones. Tiró y tiró y el impedimento desapareció. La bragueta de los pantalones se abrió sin problemas. Margarita alzó el cuerpo e Iphigenia tiró de los pantalones para bajarlos por las nalgas.

—Tira de las perneras —indicó Iphigenia a Carla.

Carla dobló con fuerza las piernas del hombre y estuvo a punto de hacerlo caer de la cama.

—Pantalones.

Carla se pegó a las perneras con una en cada mano y tiró. Se desprendieron con la facilidad de una piel de serpiente.

Tenía la piel cubierta de vellón, igual que ellas. Unos ricitos negros y escasos en una piel blanca como la de un pez. Y llevaba otros pantalones más cortos, sin piernas. Prietos en las caderas de forma que le cubrían el bulto que tenía delante. Iphigenia y Margarita le quitaron la prenda interior. Estaba desnudo.

Se quedaron ahí contemplando el cuerpo desnudo, como si ellas mismas, con sus esfuerzos y empeños, lo hubieran creado. Frankenstein admirando su creación mientras yacía inerte, antes de las descargas eléctricas que le harían cobrar vida de un salto y descontrolarse.

¡Una criatura totalmente nueva! Carla abrió unos ojos como platos para no perderse ni un solo detalle. En vez de pechos caídos tenía unas bocas planas de color cereza rodeadas de unas pequeñas matas de pelo negro. Una peca marrón oscuro arrugada en el costado. Una línea de vello como la vía metálica con la que Iphigenia y Margarita habían forcejeado, que le descendía desde el ombligo hasta la espadaña de pelo negro que tenía entre las piernas. Y ahí, entre la espadaña, se encontraba el pequeño Moisés, una cosilla flácida y dormida enroscada como un gusano blanco. Qué cosita tan tierna.

El hombre meneó las piernas, igual que se menean las ovejas en sueños, y Carla retrocedió. Iphigenia lo tapó con la manta. Margarita dobló la ropa con esmero y la dejó en la silla. Entonces las tres monjas le velaron a la espera de que se despertara.

Iphigenia y Carla se habían ido a sus celdas. Margarita se quedó sentada en la silla a observar. Él dormía, totalmente inmóvil. Daba la impresión de que ni siquiera respiraba. Margarita solía observar a su padre cuando dormía, cuando estaba de alcohol hasta los topes. Dormido en el

sillón de cuero, boquiabierto, con la cabeza echada hacia atrás y roncando. A veces tenía un pitillo en la mano. Ella contemplaba cómo la ceniza iba creciendo y, cuando caía, ella la recogía. Un día iba a quemar la casa.

Qué felices habían sido como familia cuando su madre estaba viva. Luego todo cambió. Su padre se dio a la bebida y al juego. Para estar acompañado, argüía. Se peleaba con el hermano de Margarita por culpa del alcohol y una noche su padre le pegó. Su hermano desapareció varios días y, a su regreso, anunció que emigraba. «Si te vas de casa, no hace falta que vuelvas», le gritó su padre. Su hermano se limitó a sonreír. Dio un beso a Margarita en la frente y le prometió que le escribiría. Dudaba que le hubiera escrito, pues las cartas no le habían llegado.

Entonces Margarita era todo lo que su padre tenía. Tenía que cuidar de él, comprar bebidas para sus amigos, prepararles la comida. Acabó odiando el olor a cigarrillo que tanto le había gustado en su padre. Los hombres hablaban de mujeres ligeras de cascos delante de ella y cuando el capullo de su propia feminidad empezó a abrirse, le clavaron la mirada en el cuerpo como manos avariciosas. Su padre se sentía orgulloso de su hospitalidad.

A veces ganaba a las cartas, pero perdía a menudo, aunque estuviera en su casa. Un día la llamó cuando ella estaba en su habitación y le dijo que se pusiera su mejor vestido, porque tenían un visitante. Margarita se puso su vestido blanco con lazos azules. Se miró al espejo mientras se peinaba lentamente la melena dorada. El eco de la conversación —conversación masculina— llegó a sus oídos, la risa ocasional de una broma compartida, el olor de los puros.

Margarita se colocó en lo alto de las escaleras y bajó la mirada hacia el estudio. Vio al hombre en el umbral de la puerta. Tenía un bigote negro tupido, y cuando se rio, sus labios brillaban por la saliva. Llevaba una cadena de oro y un reloj y el chaleco tirante a causa de su corpulencia. Un traje de buena calidad, camisa blanca y gemelos de oro. Las manos que le salían de los puños de la camisa llenas de pelos negros.

Alzó la vista y sonrió, con lo que dejó al descubierto el hueco que tenía entre los dientes. A ella le entraron ganas de retirarse a su habitación. «Ven», la invitó. No podía negarse. Bajó por las escaleras, hundiéndose a cada paso. Su padre se lo presentó, un socio de la empresa. Ella lo tenía visto, era uno de los jugadores de cartas. «Quiere que te vayas con él durante un tiempo. Harás algunos trabajillos, tareas de la casa livianas. Pero será como unas vacaciones para ti. Tiene una casa grande y bonita en el campo, con un jardín precioso. Te gustaría ir, ¿verdad?». «Sí, padre». Entonces Margarita comprendió que la estaba vendiendo.

Iphigenia estaba tumbada con la nariz apuntando al aire. No iría a ninguna parte, pero era preferible tenerlo vigilado. La imagen de él impotente en la cama de la abadesa le hacía ver el objetivo que Dios se había propuesto al llevarlo hasta allí. Era para ocuparse de él, para devolverlo al redil. Un sacerdote que se había descarriado, no solo al entrar en sus pastos, sino que se había alejado de la Iglesia. Era un joven que había caído en la tentación de los bienes terrenales. Había invocado el nombre del diablo y blasfemado. Había hablado del sacrificio de las ovejas y pecado contra la comunidad. «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Tenían que convertirlo en un niño otra vez, enseñarle el camino de la salvación. Era una prueba. Iphigenia suspiró. Pensaba que las pruebas ya eran agua pasada. Una vez más, ¿en el crepúsculo de su vida?

Había asuntos prácticos que atender. ¿Quién más sabía que había ido hasta allí? ¿Le seguirían otros? ¿Lo echarían de menos? Tal vez encontrarán la respuesta en su coche.

La respiración pasó a toda velocidad por la garganta de Iphigenia. El coche estaba en el exterior.

Hacía muchos años que no había traspasado los muros. Aunque fueran monjas de clausura había que salir en ciertos momentos. No para hacer un picnic frívolo, sino para asuntos importantes como el fallecimiento de un familiar. A Iphigenia no se le había permitido asistir al funeral de su abuela. Pero había salido.

Iphigenia era una joven monja cuando la externa, la hermana Assumpta, había resbalado en unas losas mojadas y se había roto la pierna. La monja externa era la que hacía recados en las escasas ocasiones en las que la comunidad necesitaba algo del mundo exterior. Pero ni siquiera entonces cruzaban la franja de arena de las mareas.

Aquello era una emergencia, necesitaban ayuda inmediatamente. Alguien tenía que ir al pueblo a buscar al ensalmador. La abadesa eligió a Iphigenia. Era rápida y alígera, la mejor para desenvolverse por el sendero traicionero.

La abadesa había hablado con el sacerdote sobre el sendero muchas veces, sobre todo cuando él y su séquito llegaban resoplando, aunque fueran a lomos de burros. Él siempre decía que sí, claro, que lo que se necesitaba era una carretera. Pero el sacerdote cada vez venía menos y la carretera nunca llegó.

Iphigenia se subió los faldones y bajó por la colina, ágil como una cabra montesa. Era verano, el ambiente rebosaba de insectos y luz del sol, se oía el gorgoteo de los arroyos y riachuelos. Recogió agua con las manos cuando tenía sed, mordisqueó alegremente los berros que crecían en las grietas. Vio el pueblo desde lejos, un racimo de casas, algunas de piedra gris, otras pintadas de blanco, los barcos de los pescadores en la ensenada cabeceando en el arrullo del agua como juguetes hechos de palillos.

Pero el pueblo estaba prácticamente desértico. «Buenos días tengáis, hermana», dijo uno de los lugareños que quedaban. Era un chico joven con los ojos negros como el carbón, anudaba una cuerda con sus manos morenas, de izquierda a derecha, de arriba abajo. Ella le explicó que la comunidad necesitaba al ensalmador. «Ha ido a tierra firme, para san Juan. Hay una gran celebración en la taberna. Seguro que por la mañana tendrá unos cuantos huesos que arreglar», dijo el joven con una sonrisa en el rostro. Iphigenia miró hacia el otro lado del pueblo. Solo distinguía el bar. La música y el jolgorio flotaban por encima del agua con tanta claridad que tuvo la sensación de poder tocarlo si alargaba el brazo. Pero estaba por lo menos a un kilómetro y medio de distancia. La marea había subido y la playa estaba sumergida. Iphigenia dejó la mirada perdida en la lejanía.

—¿Puede telefonar, por favor?

—Puedo intentarlo —dijo el joven—, pero como oyes, están armando un buen escándalo. Las focas no tendrán de qué preocuparse —bromeó.

—¿Las focas?

—La noche de san Juan vienen a la costa, atraídas por la música. Mudan la piel y se transforman en humanos. Si les robas la piel, no pueden regresar y tienen que quedarse contigo para siempre.

Bajó de su barco. Llevaba la camisa arremangada y el chaleco desabotonado. A Iphigenia le llamó la atención un destello dorado alrededor de su cuello. Lo siguió con la mirada hasta la pequeña cruz de oro que llevaba bajo la camisa como si fuera un pajarillo. Se acercó a la cabina de teléfonos y giró la manivela unas cuantas veces para hablar con la operadora. Intercambiaron

unas cuantas palabras amables antes de que ella le pasara con la taberna.

—¿Hola, Jack? Necesitan al ensalmador en el monasterio. ¿Le puedes avisar?

Se mantuvo al teléfono durante un buen rato. Se oía un montón de ruido, muchas risas y, al final, colgaron el teléfono, sin duda algún alma bondadosa que pensó que corregía un descuido. El joven miró a Iphigenia con actitud de disculpa.

—Voy a ir personalmente. Puedo llevarte.

Cuando Iphigenia regresó aquella noche era muy pero que muy tarde. Sin el ensalmador. Las monjas estaban en la capilla rezando, unos rezos que fueron atendidos cuando la hermana Barbara anunció que Iphigenia había regresado sana y salva. Era san Juan en el mundo exterior y el pueblo estaba desértico. Había ido hasta tierra firme. Había preguntado a mucha gente si había visto al ensalmador. No lo había encontrado. Le había dejado un mensaje en la taberna. Había tenido que esperar a que bajara la marea para regresar. Por eso había tardado tanto. Por eso llevaba la ropa mojada.

Aunque la comunidad se alegró muchísimo del regreso de su hermana, a la abadesa no le hizo ninguna gracia la aventura de Iphigenia. Quiso saber todos los detalles del tiempo que Iphigenia había pasado fuera del monasterio: a quién había visto, con quién había hablado. Por qué llevaba la ropa tan mojada. Pero Iphigenia se mantuvo inquebrantable. Repitió la misma historia una y otra vez. Se la había aprendido tan bien que incluso años después, siempre que veía a la pobre Assumpta cojeando por culpa de la pierna que no se había podido soldar bien, y cuando ocurrió lo otro, aquella era la historia que se contaba a ella misma sobre la noche de san Juan.

Iphigenia sacó el mapa del sacerdote. Lo desdobló y lo alisó, pero los pliegues seguían viéndose como una cruz. En la esquina superior derecha había una brújula que apuntaba al norte. Una gruesa línea negra marcaba el perímetro del monasterio, una forma que intentaba ser circular pero que quedaba interrumpida por ángulos allá donde había que tener en cuenta las particularidades del terreno. La entrada estaba situada en el lado oeste, lejos de tierra firme, por lo que el sendero se enroscaba alrededor de la montaña en vez de ser recto. El pueblo estaba marcado por una serie de edificios, las casas de los pescadores que poco a poco habían ido marchándose a tierra firme. La capilla ocupaba el centro de la finca, las dos naves laterales de crucero se extendían formando ángulos rectos con respecto a la nave principal. Las otras naves no estaban marcadas. Desde la caseta de la entrada se había trazado un sendero bien definido que conducía directamente a la capilla, flanqueado por árboles esculpidos a ambos lados y, en el parte sur, unos huertos delineados por hileras bien rectas de hortalizas que parecían coles. También había un cementario de cruces donde yacía el cuerpo humano de las monjas.

A Iphigenia nunca se le había ocurrido mirar el monasterio así, como si se cerniera por encima de él. Era la vista de Dios. Cerró los ojos e intentó imaginar el monasterio tal como estaba en el mapa. Sí, bajo las zarzas y arbustos que habían crecido, alrededor de los edificios que se hundían en el suelo, los tejados combados y las paredes agrietadas suponía que sí, que veía los límites del cartógrafo. Pero en esta reproducción no figuraban las monjas ni las ovejas.

Iphigenia se despertó sobresaltada, con el mapa encima del pecho y el sol ya en alto. Llegaba tarde a los laudes. Se dirigió rápidamente a la capilla donde encontró a Carla rezando arrodillada. Rezando arrodillada, pero observando a un escarabajo que avanzaba lentamente delante de ella.

Iphigenia se colocó a su lado. No se reprendió a sí misma en exceso por el retraso. El desliz era comprensible. Las últimas dos noches había dormido poco, la primera una noche de rezos tan intensos que la sangre casi le había reventado por los poros. Y luego la noche anterior, diciendo las completas junto al lecho del hombre, esperando que volviera en sí y todas ellas despiertas todavía cuando el gran silencio se había apoderado de la casa.

Los laudos se acabaron rápido cuando Iphigenia recordó que Margarita aún estaba con el hombre. Carla y ella fueron corriendo a la celda de la abadesa y se encontraron a su hermana dormida en la silla de la esquina, con la cabeza caída sobre el pecho. Él también dormía como un tronco, ajeno a los resoplidos y ronquidos de Margarita.

Ignatius se despertó a media mañana sintiéndose mucho mejor tras el largo descanso. Había tenido un sueño, un recuerdo vago de niños perdidos en el bosque. Intentó rememorarlos, pero desapareció delante de él. La vieja de la esquina había desaparecido y volvía a tener junto a él a las tres monjas, con té, pan y queso. Tenía la vejiga llena, como era lo habitual a primera hora de la mañana, pero sofocó su impulso inicial de saltar de la cama cuando cayó en la cuenta de que seguía estando desnudo.

—¿Me devuelven la ropa? —pidió, como si controlara la situación.

—Hay que arreglarla.

—¿Arreglarla? —Primero tenían que lavarla y ahora que arreglarla.

—La hemos rasgado. Cuando se la quitamos.

Como si no bastara con estar desnudo bajo las mantas, encima le recordaban cómo había acabado en esa situación. Se recostó en las almohadas—. Tengo que salir.

—¿Salir?

—Necesito ir al servicio.

—Pero si está el orinal —dijo Margarita, un tanto ofendida por el hecho de que ignorara la existencia del orinal.

—Me encuentro perfectamente, no soy un inválido —les aseguró—. Así que devuélvanme la ropa. —Observó con severidad a las tres monjas. No pensaba dejarse engatusar.

Iphigenia rompió el denso silencio.

—Manta.

Más valía eso que nada. Exhaló un suspiro. Ellas no se movieron. ¿Era tanto pedir que esperaran fuera? Parecía que sí. Se envolvió con la manta, giró sobre sí mismo y puso los pies en el suelo, bastante satisfecho con la maniobra dado que no había enseñado ninguna parte de su cuerpo. El suelo no estaba tan frío como había imaginado. Bajó la mirada y vio que le habían dejado los calcetines puestos. ¿Por qué le habían dejado los calcetines —se preguntó con suspicacia—, cuando habían sido tan meticulosas con todo lo demás?

Se hicieron a un lado para dejarle pasar, Carla en el medio sosteniendo la bandeja del desayuno. El pan que habían calentado en el fuego se había enfriado, pero su aroma cálido seguía suspendido en el ambiente. Caminaba con paso inseguro y le pesaba la manta, pero consiguió salir de la habitación y recorrer el pasillo.

El sonido de las pisadas de unos pies grandes le indicó que no había recorrido el camino solo. Se giró. Ahí estaban, las tres, siguiéndole como una caravana de niños ansiosos.

—¿Y bien? —las desafió.

—Por si se cae.

Oh, aquello ya se pasaba de la raya.

—Por el amor de Dios, ¡solo voy a mear! —les gritó.

Retrocedieron de un salto. Él continuó su camino dejando su voz atrás, como un lanzallamas que las mantenía a distancia. Al final sintió la hierba que le pinchaba a través de los calcetines. Estaba en el exterior.

Volvió a sentir la necesidad apremiante de orinar después de que remitiera momentáneamente debido a sus esfuerzos para llegar a un lugar donde pudiera hacerlo. No las veía, pero notaba su mirada desde algún sitio. Se mantuvo de espaldas al edificio, sujetó la manta con una mano y se sintió en la gloria al orinar. Se salpicó los calcetines, pero, vaya, volvía a sentirse humano otra vez. Se quedó ahí de pie bastante tiempo después de acabar, disfrutando del frescor de la mañana, del balido de los corderos, de los remolinos que formaba la luz del sol y el gorgoteo de los pájaros. Idílico. Menuda ubicación.

—Padre...

La voz parecía lejana, pero era un tratamiento al que él respondía. Se giró de cara a los edificios. Ahí estaban, igual que cuando las había dejado, ofreciéndole la bandeja del desayuno. Confiadas e inocentes como corderitos. Humildad y modestia al servicio del Señor. Se ablandó. Tal vez había sido demasiado duro, las circunstancias extraordinarias en las que se había encontrado le habían afectado el juicio y el carácter. Sería grosero por su parte no aceptar el pan de las siervas del Señor.

Las siguió hasta la mesa del patio. Bueno, un día más. Se marcharía en cuanto le arreglaran la ropa. Su estómago aceptó con avidez la comida y la bebida, sin efectos negativos en esta ocasión. Tenía la mano perfectamente curada, como si no le hubiera pasado nada. Sin embargo, no quería acercarse al fuego bajo ningún concepto.



Clasificar y escoger. Se sentaron a la mesa del patio para ocuparse de las pieles una por una, sumergiendo las manos en ellas, arrancando las matas de vellón, disfrutando con el tacto de la lanolina y el churre. La tarea se realizaba en silencio, las acciones dedicadas a Dios, dejando libertad a las mentes para que se dedicaran a la contemplación. Recogieron semillas y otras impurezas que podían interferir en el procesamiento de la lana, había que cardarla, hilarla y, por último, tejerla. Dejaban algunas de las imperfecciones para añadir textura e interés al trabajo acabado.

A Iphigenia el olor que despedía el sacerdote le pareció más agradable ahora que estaba rodeado de su manta de lana en vez de ese olor a tinta húmeda. Aunque el olor no se pareciera en nada al de ellas, el color negro de su atuendo de clérigo con el alzacuellos blanco hizo que Iphigenia pensara en sus hábitos. Recordaba el cuerpo con las mangas largas, las enaguas con el gran bolsillo delante. Habían mantenido el bolsillo en sus últimas prendas tejidas en casa, pues era muy práctico para llevar todo tipo de cosas. Luego estaba el escapulario, la túnica que cubría el vestido hasta los pies. Y el tocado de un color blanco immaculado con el griñón alrededor de la cabeza bajo el velo. Corpiño, escapulario, griñón, velo. Iphigenia hizo circular las palabras en el interior de su boca. Una sarta de cuentas antiguas enrolladas alrededor de una vida que se había marchitado al igual que ellas, por el deterioro de las cosas, por los relojes que habían dejado de marcar las horas y nunca se arreglaron, por una disciplina cuyos bordes bien definidos empezaban a desdibujarse, por un sustento espiritual que procedía tanto de la tierra como del cielo. Por hermanas que habían salido de sus cuerpos tan gastados y raídos como su ropa y se habían reencarnado en ovejas juguetonas.

Ahora era el vellón de la hermana Teresa el que estaba encima de la mesa. Iphigenia recordó la vida al mando de la primera abadesa, cuando la hermana Teresa le había permitido momentáneamente cantar alzando la voz por encima de la del coro para descubrir una voz angelical. Luego Teresa prostrada en los claustros, con los brazos extendidos como un crucifijo; las monjas camino de las completas, pasando por encima de ella como si no estuviera, prohibido bajar la mirada y reconocer la existencia del cuerpo que pisoteaban.

Las hermanas con hábitos negros cuyos cuerpos yacían bajo la hierba y cuyas almas rondaban a la comunidad viviente se filtraron en la memoria de Iphigenia. Las vio reunidas en masa a la hora de rezar, un mar de noche negro, las cabezas inclinadas, la ondulación en la superficie, las olas con la cresta blanca a medida que alzaban la cabeza y se levantaban; su paso fluido camino de la capilla, el golpeteo y el roce de las cuentas del rosario cuando respondían a la campana, la llamada del Pastor Divino extendiendo su cayado de la fe para atraerlas a su cuidado afectuoso.

Vio rostros individuales, jóvenes, viejos, gruesos, delgados. Los ojos azules como el mar de la hermana Hilary, los pelos ralos en el mentón del sacristán, la abadesa, de rostro arrugado como las vetas de la madera pulida. Rostros vivos en el recuerdo y que brillaban gracias al amor de

Dios y al sudor del esfuerzo diario. Todas vestidas de forma similar, para aniquilar la individualidad, una labor que continuaba con las oraciones y la disciplina de las campanas. Iphigenia también en esa oleada de monjas, su identidad secreta escondida bajo los ropajes anónimos.

Una ráfaga le trajo el olor a lanolina, churre, un torbellino de pequeñas semillas de frutos secos le invadió el olfato cuando se extendió el último vellón. Los muertos regresaron a su reino e Iphigenia se encontró observando fijamente a Carla mientras clasificaba las impurezas en pequeñas pilas. Estaba recitando versículos y había apartado un pétalo de botón de oro amarillo.

Margarita sonrió con indulgencia ante las pilas bien formadas: erizos, fragmentos de helechos, semillas, un poco de todo. Margarita fue quien encontró al bebé que gimoteaba, enrojecido y furioso, golpeando el aire con sus puños diminutos, intentando llegar hasta Dios. Justo en el interior del pesado portón, envuelto en una manta y rodeado de paja.

Margarita solía imaginar que las oraciones que caían en cascada de su boca eran elevadas por el viento y transportadas a quienes más las necesitaban, y aterrizaban en el umbral de sus puertas de forma no muy distinta a la pequeñísima Carla. Hasta entonces, el mundo por el que rezaba, los enfermos y los necesitados, era una abstracción. Tras las puertas y rejas, con escaso contacto o noticias del exterior, era difícil no pensar en el mundo de esa manera. Con la llegada de Carla, los enfermos y necesitados se materializaron.

Por supuesto, solo podían elucubrar sobre su origen en privado. Carla era un regalo de Dios, una niña entregada a ellas para atenderla y cuidarla como harían con el mismo Señor. Era Cristo entre ellas, una inocencia santa y pura, independientemente de la misteriosa manera como Dios la había colocado allí. La alimentaron con leche de oveja diluida con agua, hicieron turnos para cuidar de ella por las noches. La abadesa y el conjunto de la congregación aguardaron una señal del exterior relativa a la niña, pero no llegó ninguna. Nadie vino a buscarla ni a preguntar por ella. Al final la bautizaron y Carla pasó a formar parte de su comunidad sagrada.

Margarita miró al visitante, sentado ahí, envuelto en una manta, tal como había aparecido Carla de bebé. Ambos habían llegado de un modo inesperado, de una manera extraordinaria, para poner a prueba su caridad cristiana. Con la dulce e indefensa Carla había resultado fácil, su cuerpecillo intentaba liberarse de su envoltorio. Pero él era distinto. No parecía apropiado que se sumara a ellas, que entrara con tanta facilidad en una vida que se habían ganado con tanto esfuerzo.



Transcurrieron tres días, una ronda de oraciones, tareas, cuentos y tricotar pero su ropa seguía sin estar arreglada. Incluso se había ofrecido a hacerlo él mismo, aunque no supiera coser. Ignatius no tardó en darse cuenta de que no iba a recuperar la ropa.

La única manera de salir de ahí era marcharse de forma furtiva y dejar la ropa atrás. Dejarlo todo atrás. Tendría que ser listo y escoger bien el momento. Se turnaban para vigilarlo por la noche. «Por si necesita algo», le habían dicho. Lo que en un primer momento le había parecido benevolencia mal entendida había adoptado unas connotaciones más siniestras. Las monjas se habían convertido en guardianas.

Durante el día, si se alejaba del patio, una u otra aparecía milagrosamente junto a él, para preguntarle si necesitaba algo. Aparte de otras consideraciones, si no partía pronto, lo matarían de tanta amabilidad.

Se marcharía de noche, una noche sin luna. Se sentiría mucho mejor en cuanto saliera del monasterio. Si era capaz de encontrar la puerta, saltar el muro, estaría a salvo de ellas. Las monjas no irían tras él si estaba fuera. Ya había visto su reacción, no iban a incumplir la clausura, ¿verdad que no?

Si bien su prioridad era salir del monasterio, tenía que pensar en lo demás. Aunque las monjas no lo siguieran, el viaje de regreso no sería coser y cantar. El ascenso había sido matador. En realidad, había encontrado el sitio por casualidad. Pero orientarse de noche, sin mapa y sin luz... El lado de sotavento de la isla tenía puertos seguros, pero en el lado de barlovento rompían unas olas insaciables contra rocas negras y agrestes. Podía caerse con facilidad.

Ya no contaba con el salvoconducto de su ropa de clérigo para conseguir ayuda inmediata e incondicional. No podía aparecer en tierra firme desnudo. Las llaves del coche estaban en su ropa, y el maletero del coche, con su bolsa para las vacaciones, estaba cerrado con llave. Le costaba creer que hubiera llegado el momento de maldecir su falta de eficacia y de atención al detalle. Tendría que encontrar la manera de entrar en el coche a la fuerza, rompiendo algo. Causando daños a una propiedad.

Antes tenía que salir de aquí.

Era más listo de lo que se pensaba. No necesitaba una noche sin luna, solo necesitaba la oscuridad hasta que estuviera fuera de las lindes del monasterio. Entonces los cielos podían iluminarse como si fuera Nochevieja. Mucho mejor para orientarse colina abajo.

Las monjas acababan de llevarle la cena. La idea le sobrevino con tanta fuerza que enseguida desvió su atención del recuadro de noche enmarcado en la ventana a uno de los cuadros de la pared, por si se daban cuenta. La imagen representaba a una doncella con una larga melena que la cubría en actitud recatada. Tenía las manos juntas en posición de rezo. Seis ángeles de alas

livianas la mantenían suspendida en el aire.

—Santa María Magdalena. Tilman Riemenscheider, madera de tilo, siglo XV. —Era la alta, Iphigenia. Sonaba como la guía de un museo.

—Magdalena en estado de éxtasis, arrepintiéndose de sus pecados y despojada de sus galas.

Él observó la imagen con actitud agradecida y se recostó en el asiento de forma abrupta. Bajo la melena, Magdalena tenía vellón rizado y muslos peludos.

Engulló las ortigas y los nabos e intentó cambiar de tema. Contó un cuento, y entonces Carla insistió en contar otro. Se parecía vagamente a *Los tres osos* pero al final le ocurría algo desagradable a Ricitos de oro. Mantuvo los ojos cerrados durante el rato en que contó la historia. Tenía la voz más dulce con diferencia y si dejaba de fijarse en el pelo enmarañado y la avidez de sus ojos, no le costaba imaginar que la voz pertenecía a un ángel con una túnica holgada, con el pelo del color del oro que caía por las alas blancas y livianas como la nieve. Cuando llegó a su versión del final, su impulso fue protestar. Pero se centró en una tarea más importante. Todo debe parecer armonioso. Debe dormirse gracias a la dulzura de su voz, los ritmos y repeticiones del cuento.

Carla e Iphigenia se pusieron a tricotar y le dieron las buenas noches. Aquello significaba que Margarita lo velaría. Excelente. Dormía como un tronco y emitía sonidos que ahogarían cualquier ruido que él hiciera. Exhaló un suspiro como en sueños mientras fingía dormir. Mientras tanto, recordó el cuento que les había contado. A primera vista se trataba de una versión estándar de *Caperucita roja*, él era la abuela enferma en cama y ellas eran las trillizas de Caperucita. Pero resultaba que Ignatius había entrado en el cuento con la astucia del lobo. Necesitaba cosas. Pidió unas cuantas hebras de lana buena y resistente para poder colocárselas en la cabeza y simular que era el pelo de la abuela. A ellas les encantó el detalle y aplaudieron como niñas pequeñas.

—Oh, qué ojos tan grandes tienes —dijeron, entrando en el juego y entrechocando las agujas con fuerza.

—Son para veros mejor —chilló el lobo con un falsete para imitar la voz de la abuela.

—Oh, qué orejas tan grandes tienes.

—Son para oíros mejor, queridas.

—Y, oh, qué boca tan grande tienes.

—Es para comeros mejor.

Pero el lobo no intentó saltar de la cama para devorarlas. Acabó el cuento tosiendo, dijo que estaba cansado y que quizá debía acostarse, al oírlo Carla pidió un cuento más, oh, solo uno, ella lo contaría con su voz suave y dulce y no sería largo.

—Muy bien, querida. —Sonrió enseñando los dientes.

El sonido metálico de las agujas de tricotar cesó y la estancia quedó en silencio. Margarita dijo unas cuantas oraciones con una especie de gruñido y se dispuso a pasar la noche en la silla. Cuando él cerró los ojos, se le aguzaron otros sentidos. Oyó un sonido amortiguado mientras ella se tapaba con la manta, el crujido de la silla de mimbre mientras buscaba una postura cómoda. Oyó el silbido del aire cuando apagó la vela con un soplo y esperó el olor a sebo que venía a continuación. Notó la corriente de aire que le alcanzó la mejilla izquierda. Olió la humedad de las paredes, el olor a cerrado imbuido de un tenue aroma a incienso que debió de impregnar el lugar en otro tiempo. Oyó los sonidos discretos del exterior, cigarras en la hierba, un balido que acabó

apagándose.

Le embargó cierta pesadez. Se centró en todas aquellas cosas porque debía permanecer despierto en el gran silencio. Alerta. En los días anteriores había hecho el mejor reconocimiento posible bajo la atenta mirada de sus captoras. Intentó visualizar el mapa de sus recuerdos visuales. Conocía el trazado de los edificios bastante bien gracias a la exploración inicial. Aunque, se recordó, lo había examinado como un terreno inmobiliario, no como un lugar del que tendría que huir.

Lo que ahora eran matorros y zarzas debió de ser el sendero flanqueado por arbustos que conducía desde la entrada hasta el complejo de edificios. Ahora era más parecido a un bosque. Qué fácil sería si los arbustos todavía se parecieran a esas matas recortadas del mapa con un sendero bien marcado y las puertas abiertas de par en par. Pero ¡ah! quizá todavía hubiera un sendero por el bosque y cuando se adentrara en él lo encontraría. Tenía que estar atento para ir en la dirección correcta. Si bien en el mapa el monasterio estaba orientado al oeste, la vida de las monjas se hacía de cara al sur, siguiendo la trayectoria diaria del sol. Los huertos estaban en la cara sur, al igual que el cementerio: una franja cubierta de hierba en la que pastaban las ovejas, esquivando las cruces como si estuvieran en una carrera de obstáculos. La mesa del patio estaba dispuesta de tal modo que, al sentarse, estaban de cara al sur. Era la dirección natural que tomaría cualquiera al salir del patio.

Pero Ignatius iría hacia el oeste. Había entrado por ahí, o sea que encontraría la salida también por ahí. Le habría gustado coger algunas herramientas, armas, un cuchillo, quizá, pero no podía arriesgarse a perder tiempo rebuscando por ahí. Y entonces se le ocurrió. Algo que tenía en la habitación. El orinal. Era genial, una excusa y una protección. Si Margarita se levantaba podía decir que necesitaba orinar. ¿Acaso no le alegraría que por fin lo utilizase? Sí, iba a utilizarlo, pero como escudo para abrirse camino entre las zarzas.

Estuvo pendiente de los ritmos del sueño procedentes del rincón, la respiración jadeante de la mujer, sus ronquidos y resoplidos. No se oía ningún otro sonido en el mundo. Palpó bajo la manta los mechones de lana que habían servido para hacer el pelo de la abuela de Caperucita. Tiró de una de las pieles de oveja que tenía debajo y la colocó encima, luego cogió los extremos de la piel encima de la que estaba y la ató a la superior con la lana. Piel de oveja por delante y por detrás, con el lado lanudo por fuera.

Sin hacer ruido, se quitó la manta de encima y puso los pies, con calcetines, en el suelo. Unos zapatos le protegerían mejor para bajar por la montaña, pero harían ruido al pasar por los claustros. Se planteó la opción, como si pudiera elegir.

Se puso a cuatro patas, con el sigilo de un gato que aterriza en el suelo, y recuperó el orinal. La mujer mayor roncaba y masticaba en sueños. Él se quedó ahí, quieto como una mesa. Satisfecho al ver que no se despertaba, se levantó. Con demasiada rapidez y sin tener en cuenta cómo era la ropa que llevaba. La túnica hecha con piel de oveja se le deslizó hasta las rodillas. Maldita sea. Ella roncó y volvió a masticar, movió la cabeza de un lado a otro. La mujer gruñó. Ignatius se quedó inmóvil, en tensión, con el orinal en la mano. Por primera vez, fue consciente de que, llegado el momento, estaba dispuesto a dejarla inconsciente de un golpe. Era mayor, no le requeriría demasiado esfuerzo. Observó su cabeza recortada en la luz oscura que entraba por la ventana.

Ella no se movió. Él se subió la túnica, ya se la sujetaría más tarde, cuando saliera. Se movió con mucho tiento al pasar cerca de ella, sin dejar de mirarla a la cara. Lo cual no resultó ser el

sitio más sensato al que mirar. Al pasar, la piel de oveja, muy de pasada pero rozándola de todos modos, se enredó con la manta de Margarita y una lana se adhirió a la otra durante una fracción de segundo antes de separarse enseguida. Pero bastó para moverla. La manta le resbaló brazo abajo.

—Qué ojos tan grandes tienes —dijo ella en sueños arrastrando las palabras.

Él se quedó paralizado y con el corazón palpitante. Esperó que se produjera un grito, un movimiento, pero no pasó nada más. ¿La despertaría el aire nocturno que le llegaba al brazo? Alargó la mano. ¿Debía recolocarle la manta o no? Decidió que no.

—Para verte mejor, querida. —Fue apenas un susurro, pero le costó creer que hubiera salido de su boca.

Se internó en el pasillo. Suerte que la habitación de la abadesa estaba a la cabeza del bloque de celdas. De las cuarenta celdas o más, solo había tres ocupadas. Aunque en un principio las había inspeccionado con los ojos de un tasador inmobiliario, no por ello dejaba de ser sacerdote, y no se sentía cómodo entrando en las celdas ocupadas. Como fugitivo, deseaba mantenerse lo más alejado posible de ellas.

Por entre los claustros y hasta el patio, el fuego que mantenían toda la noche despedía un suave destello rojizo, suficiente para perdurar hasta la mañana, una delgada voluta de humo ascendía hacia el aire nocturno.

Bordeó el patio, dejó atrás el redil y salió a la hierba. Delante de él encontró las siluetas abultadas blancas que formaban las ovejas esparcidas por entre las pequeñas cruces del cementerio.

El monasterio era enorme y silencioso. Al ponerse en pie para ver si escuchaba el sonido de alguien al despertarse en el interior de la casa, se dio cuenta de que era su despedida. Sintió una punzada de tristeza al pensar que era la última vez que vería el lugar tal como estaba, que era la última persona que lo vería así. La sensación vino acompañada de una inyección de poder que le hizo temblar, porque Ignatius ya tenía una visión del futuro de la finca que se extendía ante él. Él era el explorador que había descubierto ese territorio virgen y nunca volvería a ser lo mismo. Al forjar su camino en él, había provocado la grieta que separaba el pasado del futuro.

Se subió la túnica hecha con piel de oveja y se recolocó las pieles para que encajaran mejor y le permitieran moverse sin separarse. Medía con cuidado cada paso, alerta. Al igual que la criatura cuya piel vestía, vigilaba detrás de él, en la dirección de posibles depredadores. Aunque iba vestido de forma cómica con pieles de animales y llevaba un orinal esmaltado, se sentía más enardecido que nunca. Era libre y circulaba a sus anchas, avanzando en la noche, cual señor de todo lo que veía.

Se encaminó hacia el oeste y enseguida encontró los arbustos cada vez más densos. Se dejó caer al suelo y descubrió que la mejor manera de avanzar era a cuatro patas. Era más lento, pero más seguro. Su postura y su atuendo encajaban a la perfección. Al principio, llevó el orinal en una mano, pero moverse como si tuviera tres patas era complicado, por lo que se puso el orinal en la cabeza y avanzó dando cabezazos contra la maleza. Notó movimiento entre los arbustos, un graznido repentino y un aleteo de plumas cuando un ave nocturna salió volando. Ignatius se quedó inmóvil a la espera de repercusiones. El graznido se apagó y el silencio lo cubrió todo como una capa de terciopelo. Siguió adelante.

Si solo la hubiera despertado el graznido, probablemente Iphigenia se habría dado la vuelta, se habría tapado hasta más arriba con la manta y se habría vuelto a dormir. Una oveja solitaria que se alejaba del rebaño. Olía a carnero. Algo no iba bien. Movié la nariz ligeramente en señal de

búsqueda con las narinas temblorosas. Cordero, pero algo más. ¿Orina? ¿Vinagre? Un olor viejo, pero ligeramente vivo.

Con un giro rápido, se quitó la manta de encima y puso los pies en el suelo. Se colocó la capa sobre los hombros y corrió pasillo abajo en dirección a la habitación de la abadesa.

Al ver las sombras y las arrugas de la cama, Iphigenia se dio cuenta de que estaba vacía. Sacudió a Margarita por el hombro.

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido? —Margarita tenía los ojos abiertos, pero hasta que no miró la cama vacía y se dio cuenta de que el orinal no estaba no dijo—: A orinar. El orinal no está.

Había hecho esa observación, pero no acababa de encontrarle el sentido. Había salido a orinar. ¿Por qué se había llevado el orinal?

Iphigenia palpó la cama con la mano.

—Se ha llevado también las pieles de oveja. Ve a buscar a Carla.

Qué desastre. Iphigenia había entrado en la habitación y anunciado a Margarita que se había marchado. Margarita lo vigilaba, o sea que habría tenido que ser ella quien diera la voz de alarma. No tenía que haber ocurrido bajo ningún concepto. Había salido furtivamente, la había engañado.

Iphigenia caminó a un lado y a otro del fuego. El olor procedía de las zarzas situadas al oeste. Había aminorado la marcha, pero seguía moviéndose. Podría haber ido tras él ella sola, encontrarlo siguiendo su rastro con el olfato, pero ¿entonces qué? ¿Podría echarse encima de él en las zarzas y luchar? Iphigenia sujetaba un palito en el fuego y observó cómo ardía en llamas.

Margarita regresó con Carla y las tres se encorvaron junto al fuego.

—Oveja descarriada, Carla. En las zarzas.

Siguieron el rastro de olor que había dejado atrás. Salieron del patio igual que él, se pararon a inspeccionar el rebaño que estaba arrellanado entre las tumbas de las hermanas muertas igual que él. Acto seguido, al unísono, se giraron hacia el oeste, Iphigenia en el centro con su nariz a modo de radar, flanqueada por Margarita y Carla, cuyas capas nocturnas se hinchaban como las alas de un murciélago.

Fueron deslizándose hacia delante en formación, igual que cuando reunían a las ovejas, hasta llegar a las zarzas. Él seguía allí, avanzando lentamente. Cruzaron al lado norte, que recibía menos sol y tenía menos vegetación. ¿Acaso había elegido ir por las zarzas porque pensaba que sería más difícil sacarlo de allí?

Las monjas iniciaron el cántico. Lo tararearon hasta que una oleada de sonido se extendió por el ambiente con las siguientes palabras:

Cordero de Dios, oh, bendito cordero de Dios, manso por naturaleza. Sal a la luz y deja que las siervas de Dios te desvistan, despójate de lo viejo para que lo nuevo sea bendecido y santificado en nombre del Señor.

Siguieron canturreando hasta llegar a la altura de las zarzas.

Ignatius se paró. El orinal vibraba a consecuencia de un sonido, zumbaba como una peonza. Se quitó el sombrero, pero seguía resultándole difícil distinguir con exactitud de dónde procedía el sonido. Susurros en todas direcciones. Sonidos y aires dulces. Las voces eran celestiales, un coro de ángeles venido a sacarlo de las zarzas.

Iphigenia olió el cómo se relajaba la tensión cuando sus voces llegaron al oído de él y entraron en su espíritu. Tal vez al final volviera dócil como un corderito. Se oyó un coro de balidos y beees cuando las ovejas se levantaron y respondieron a la llamada.

Se encasquetó el orinal para que le tapara las orejas hasta que le dolieron, pero el sonido seguía filtrándose. Se estrelló contra las zarzas y perdió la capa superior de piel que lo cubría. No había tiempo para recolocarla. Continuó a ciegas: su fe en el oeste y su esperanza en encontrar un sendero; el sendero que aparecía despejado en el mapa. Unos dedos puntiagudos y las espinas le rasgaban la piel. Olía a sangre.

Ahora Iphigenia lo había localizado con bastante claridad. La sangre, el olor del miedo y el apremio. Continuaron cantando, seguidas por las ovejas. Él avanzaba a lo loco, las voces cada vez más próximas, el rastro que dejaba, claro.

—Carla.

El cántico cesó de repente. Entonces él oyó unos pasos firmes en los matorrales. Un animal grande que se acercaba a él a toda prisa. Pensó que oiría el aullido de perros de caza. No debía escuchar, no debía pensar en lo que había detrás de él. Debe continuar con su fe, confiar en que la abertura está ahí. Ojos que parpadean en la oscuridad, ojos de criaturas grandes como la noche. Continúa, sin sentir ya los dedos puntiagudos que le agarran la carne. Entonces, milagrosamente, está ahí. ¡La abertura! Se abalanza hacia ella, desciende por ella, un grito le desgarró el cuerpo como una rata que salta de un barco que se hunde volando en la noche.

Esta vez lo ataron sin contemplaciones. Margarita dijo que como penitencia se mantendría en velo eternamente y nunca se dejaría vencer por el sueño, llevaría una piedra atada al pecho para que, cuando se le cayera la cabeza hacia delante, se despertara. El visitante también debía ser castigado por haberla engañado, pero Margarita se guardó la idea para sus adentros. Iphigenia dijo que no hacía falta velarlo. Tenían que zanjar el asunto de una vez por todas. Y luego continuar con la rutina de sus vidas.

Iphigenia llevaba días pensando en ello y sabía que era lo correcto. Después de las oraciones de la mañana siguiente hizo el anuncio.

—Vamos a salir.

—¿Al exterior?

—El coche. Quizá haya cosas —dijo Iphigenia.

Carla abrió unos ojos como platos y contuvo el aliento. El silencio era tal que oía los latidos de su corazón. Nunca había salido al exterior, aunque en una ocasión había atisbado lo que había fuera.

El foso en el que él había caído era uno de los fosos de la infancia de Carla, mucho menos profundo de lo que a Ignatius le había parecido al caer en él por culpa del miedo y el pánico que lo embargaban. Carla lo había excavado en sus juegos, echando la tierra hacia atrás como un perro. Encontró guijarros y una concha diminuta que se convirtieron en su tesoro durante un tiempo. Siguió excavando con la esperanza de encontrar más. Arañaba y escarbaba con los dedos, con palos, con cucharas que hacía desaparecer de la cocina.

Cuando tenía un buen hueco hecho, se tumbaba ahí y descansaba de sus tareas. La hermana Cook decía que era bueno que los niños descansaran y estuvieran quietos. Hasta Dios se tomó un descanso. Solía decirlo cuando estaba ocupada y Carla la acribillaba a preguntas.

Después de descansar, Carla se levantaba, avanzaba y hacía más huecos. Mientras apartaba las zarzas para escarbar mejor, descubrió un par de portones grandes, de madera vieja, del mismo color que las zarzas que los cubrían, planchas verticales con una en diagonal. Se preguntó qué habría al otro lado. Había una cadena metálica enrollada en las manetas. En el extremo de la cadena colgaba un recuadro de metal que tenía una raja como el ojo de una cerradura. Embargada por la emoción, Carla abrió como platos sus pequeños ojos. Buscó por todas partes, por el suelo y por los matorrales, pero no encontró una llave por ningún sitio.

Tiró de la cadena, pero el recuadro de metal no se soltaba. Alzó la vista. Demasiado alto y nada en lo que apoyar el pie. Probó en la plancha diagonal pero le resbaló la pierna y se hizo un morado. Entonces se le ocurrió la solución perfecta. Por debajo. Se agachó y empezó a escarbar. Escarbó con los dedos y excavó con la cuchara hasta que le cupo el dedo por entre la puerta y el suelo. Escarbó más con la lengua en la comisura de los labios, el rostro concentrado y fiero.

Acto seguido, apoyó la cabeza en el suelo y presionó el ojo contra el hueco. De inmediato notó la corriente de aire, afilada y certera como si una chispa del fuego le hubiera dado en el ojo. Giró la cabeza, parpadeó varias veces y oyó el silbido del viento bajo la puerta. Cuando volvió a armarse de valor, probó de nuevo. Lo único que veía era una extensión azul. Un espacio azul con el aullido del viento. Tal vez si fuera un poco más allá viera algo más. Podía pasar a rastras por debajo de la puerta, sabía cómo. En una ocasión había visto a una rata aplanarse y desaparecer bajo la alacena para siempre jamás.

Carla miró al exterior con el ojo que tenía pegado al suelo. Ahí no había más que espacio. Había llegado al extremo del mundo. Los muros y las puertas pesadas y cerradas a cal y canto estaban ahí para que Carla y las monjas y las ovejas no se cayeran. Carla contempló el exterior. Sabía que podía hacer como la rata, pero que no lo haría. No quería caer por el extremo del mundo y desaparecer.

—Yo no voy —anunció Margarita.

—¿Cómo que no vas? —A Iphigenia solo se le ocurría repetir la frase tontamente. Nunca se había producido un motín.

Margarita tenía los dedos de los pies clavados en el suelo, y los de las manos aferrados a los cantos de la mesa como las garras de un ave en una percha.

—Aquí está nuestro hogar. —Había tomado los votos. Había escogido una vida enclaustrada. No era ágil, no le gustaba la aventura.

—Pero regresaremos —arguyó Iphigenia—. Regresaremos antes del anochecer. —Un día más, no sería más que eso, luego recogerían las puntadas de su vida y volverían a tejerla.

Tal vez Margarita pudiera quedarse. El camino podía ser traicionero y no podían permitirse el lujo de sufrir un accidente. Ahora no había ensalmador al que ir a buscar.

—¿Y qué harás? —preguntó Iphigenia.

Margarita deseó entonces no haber sido tan abrupta. No quería ir, pero no quería quedarse ahí sin ellas.

—Rezar. Rezaré.

Carla e Iphigenia iniciaron los preparativos. Margarita puso pan, queso y unas manzanas en una cesta. Le dolía inmensamente la separación, como si ya se hubieran marchado.

Antes de que salieran siquiera del patio, Margarita gritó:

—¡Esperad! —Iphigenia y Carla eran su comunidad. Tenía que ir con ellas. Se dispuso a cruzar el patio.

—¡Esperad! —la imitó Carla. Echó a correr y regresó con un palo. El bastón de Assumpta. Se lo dio a Margarita. Ambas se alegraron de que las acompañara. Fuera lo que fuera lo que las esperaba en el exterior, lidiarían con ello juntas.

Así pues, a última hora de la mañana, las tres emprendieron la marcha y cruzaron la hierba hasta llegar al extremo antes de internarse en la maleza. Por suerte, el hombre les había abierto camino en su huida. Pero no hasta las puertas. Todavía quedaban unos cuantos fosos y excavaciones de la infancia de Carla, a quien sorprendió que fueran tantas. Ella guio a sus monjas para que los esquivaran, lo cual resultaba mucho más fácil a la luz del día. Y así llegó de nuevo al lugar, delante de las puertas.

Iphigenia empezó a arrancar las zarzas, a apartarlas. Margarita hizo lo mismo ayudándose del bastón. Entonces Carla vio la vieja cadena y el candado metálico, tiró de él y se quedó con él en la mano, además de con parte de la puerta. El viento del mundo exterior silbaba por el hueco. Carla bajó los ojos para protegérselos y se vio la mancha de óxido marrón en la mano. Se la frotó. Se deshizo de la cadena y ayudó a las demás a mover la puerta. Aunque las zarzas eran gruesas, las puertas eran frágiles y estaban erosionadas. La madera emitía suaves sonidos de desgarró, el silbido y crujido de las zarzas. Practicaron una abertura lo bastante grande para pasar por ella.

Las tres se quedaron en el umbral de la pendiente. Por primera vez en su vida Carla vio claramente el exterior. Era el cielo. El mismo cielo que tenían encima del monasterio, y al mirarlo se veían los garabatos transparentes que Carla tomaba por almas que ascendían al cielo. ¡Cuántas almas ahí fuera! Entonces vio el otro azul, el azul con ondas oscuras, un océano entero, y las aves marinas que chillaban y bajaban en picado hacia él. Carla pensó en la suerte de tener los pies en tierra firme. La vegetación de un verde oscuro se extendía hacia abajo, hasta el mar ondulado y la cresta blanca de las olas que rompían contra las rocas escarpadas.

Sintió vértigo, el éxtasis vertiginoso de un desmayo. El blanco romper de las olas, el azul profundo. Bastaba con inclinarse hacia delante para caer.



Estaba en un sueño en el que no podía moverse, en el que sus esfuerzos eran en vano por mucho que aplicara todo su empeño. El sudor le rezumaba por todos los poros, su mente estaba sumida en un mar agitado, olas enormes que se cernían sobre él y remolinos que producían vértigo, pero, a pesar de ellos, el movimiento no se transmitía. En su mente sabía que era capaz de cruzar océanos a nado, saltar encima de los continentes, pero las piernas no se le movían ni un milímetro. Su cuerpo era un peso, un ancla que lo retenía. Estaba inerte, moribundo. No había lugar para el aliento de la vida. Si no podía mover la carne ni los huesos, los dejaría atrás. Con la siguiente respiración, atravesaría la tensa membrana cutánea y haría que su alma se elevara hacia el cielo. Recopiló todo lo que le concernía: sus recuerdos, sus oraciones, lo que le quedaba por hacer, esperó hasta que no pudo contener más el aliento y entonces estalló.

No fue más que un grito ahogado pero bastó para despertarlo. Pero ¿estaba despierto? ¿O acaso no había hecho más que cambiar de marcha y entrar en otra fase del sueño? La oscuridad había desaparecido, había una luz inmensa, demasiado brillante para sus ojos. Estaba mirando el sol. Cerró los ojos de golpe. Había estado yendo a cuatro patas por entre matorrales, le había entrado el pánico, se había golpeado y se había torcido el tobillo. Entonces había perdido el conocimiento.

Estaba despierto, vivo, pero su cuerpo seguía sumido en un gran letargo. Los brazos le habían desaparecido y tenía las piernas cubiertas con una sábana pesada. Intentó moverla pero no pudo. Soltó otro grito ahogado, una oración involuntaria para que esta vez se tratara de un sueño. Pero no lo era, no lo era. Empezó a sollozar, tiritar y llorar cuando vio en qué se había convertido. Ya no era dueño de su cuerpo, estaba en el cuerpo de un desconocido. Lo habían rasurado entero. Su pene estaba expuesto, una cosilla fofa, caída e inútil, y por debajo... No podía dejar de mirar, aunque le embargaban oleadas de repulsa. Le habían escayolado las dos piernas juntas, desde la entepierna hasta los dedos de los pies. Vendado como una momia. Era una especie de sirena masculina con un yeso en vez de cola.

El sol estaba en lo alto del cielo, decolorándolo, cuando Margarita se sentó en una roca caliente.

—Sexta.

Había llegado la hora de las oraciones del mediodía. Además, Margarita necesitaba descansar. Le faltaba la respiración y le palpitaba el pecho, pero aguantaba mejor de lo que había imaginado. El aire salado, su movimiento desinhibido y vigorizante, le había atravesado parte de la congestión que tenía en los pulmones. Para cuando terminaron sus oraciones silenciosas, se le normalizó la respiración.

Todavía les quedaba mucho camino por recorrer. El terreno que las rodeaba estaba cubierto de tojo, verde oscuro y espinoso, suavizado por unos cuantos tallos de flores amarillas. En las rocas

había líquen musgoso y otras matas que parecían bosques en miniatura. No habían visto pisadas, ramas partidas, ningún indicio del visitante. No había ni rastro de vida humana. Aquel era el mundo antes de la creación de hombres y mujeres, de la vida secular y el pecado. Era el día en que el espíritu de Dios caminó por encima de la superficie de las aguas, el día en que Dios creó aves que sobrevolaban la Tierra en el firmamento abierto del Cielo. Las aves marinas volaban en círculo y bajaban en picado en el aire creciente, proferían sus gritos largos y solitarios. De un blanco reluciente, como volutas de lana apesadas en el viento. Margarita lo inspiró.

Carla observó el vello rizado que Margarita tenía en las piernas. María Magdalena había llegado a una isla, igual que esta, le habían dicho las monjas, y practicado milagros. Había salvado a un niño de morir de hambre haciendo que el cadáver de su madre produjera leche. A Carla le habría gustado verlo.

En general, estaba un tanto decepcionada. Oh, era maravilloso ver tanto cielo, pero en el monasterio también tenían cielo. El mar le gustaba, pero también se parecía un poco al cielo. Se había esperado más. Le gustaban todas las cosas que crecían, las pequeñas rosas gencianas con las hojas estrechas y duras de los lugares azotados por el viento, le encantaban los capullos de un carmín rosado y el tono rosa más delicado de las flores abiertas. Pero ¿dónde estaban todas las cosas del mundo? ¿Las ciudades de oro, de sal, la torre de Babel? ¿Dónde estaban los pobres y los necesitados? ¿La gente, roja y amarilla, blanca y negra, todaspreciadas bajo la mirada del Señor? Había tenido muchísimas ganas de ver el mundo, pero cuando por fin le había echado el ojo al otro lado del agua, no había más que tierra.

No obstante, era una aventura maravillosa. Llevaba ángeles en el bolsillo y tenía una misión. Iba sujetando un ángel algodonoso a un arbusto o lo introducía en la grieta de una roca. Ya había dejado seis de ellos. Marcaban el camino que las monjas podían reconocer y tomar sin dejar rastro cuando su excursión terminara.

Iphigenia recordó la ladera de la colina del día de san Juan, el borboteo de los arroyos, los afloramientos de granito, el zumbido de las abejas en el tojo con olor a miel. Un recuerdo tan vivo, tan indeleble. Pero todo parecía distinto. ¿Dónde estaba el sendero en espiral que rodeaba la isla como una larga piel de manzana?

Bebieron agua y partieron pedazos de la hogaza de pan. Iphigenia contempló el bastón de Assumpta apoyado en una roca. La abuela tenía un bastón, un bastón muy fino con empuñadura de latón. Y hacía pícnicos. En el jardín. Las señoras llevaban sombreros y todo el mundo vestía sus mejores galas. Tras un refrigerio frío, los manteles se retiraban y los mayores jugaban al croquet. Cuando alguien realizaba un tiro difícil, las damas aplaudían y los hombres decían: «¡Buen papel!». Mientras los adultos jugaban, Iphigenia se tumbaba en el césped segado a la perfección, apoyada en los codos, contemplando a la abuela en su sillón con respaldo alto, como si fuera un trono. Siempre iba abotonada hasta el cuello y llevaba el cabello recogido en un moño blanco y tirante. A pesar de la rigidez de su ropa y pelo, no paraba de mover la cabeza, meneándola de un lado a otro de forma involuntaria, como si siempre dijera «no». Iphigenia estaba fascinada por su abuela, sobre todo por el meneo de la cabeza y de las manos. Las venas prominentes, que Iphigenia creía que eran las raíces de sus dedos, le llegaban hasta la muñeca. Tumbada en la hierba, Iphigenia se examinaba su propia mano, y la doblaba igual que la abuela cuando sujetaba el bastón, pero no veía venas en su mano suave de niña pequeña.

Ahora sí que tenía venas. Sus manos parecían más viejas que las de la abuela, con la piel más arrugada y los dedos romos. La abuela tenía la piel de las manos lisa, casi transparente. Solía

llevar guantes. Iphigenia supuso que ella también tenía la cara vieja y arrugada. En el monasterio no había espejos. Nunca se había visto la cara de vieja.

Iphigenia observó el rostro de Carla. Hermoso, con unas pestañas negras largas y tupidas, la nariz recta, los labios carnosos. Todavía poseía la astucia inocente de una niña, pero le asomaban unas líneas de expresión en el contorno de los ojos. Las líneas desaparecían en la carnosidad de sus pómulos y volvían a aparecer tomando posición alrededor de sus labios. Tenía uno o dos pelos rizados en el mentón.

—¿Qué? —exclamó Carla, como si la acusaran de hacer algo mal.

Iphigenia sintió que un pequeño puñal de plata le atravesaba el corazón.

—Se acabó el descanso —anunció.

Iphigenia estaba convencida de que habían bajado lo suficiente para llegar al pueblo, pero no veía ni rastro de él. Habían oído decir que los pescadores habían pasado a tierra firme. Tal vez el pueblo también había pasado al otro lado. Engullido por el mar, mientras que sus reliquias se habían quedado varadas en la costa. El mar también había dado reliquias a la isla, restos de naufragios. Un águila dorada, doblones dorados, mascarones de proa de damas y caballeros, de santos, eternamente inclinados hacia delante como si estuvieran a punto de caer. Los marineros también iban a la costa después de un naufragio, emergían del mar. A veces se quedaban y daban bebés a la isla con pieles brillantes propias de otras latitudes. En la isla también había bebés de marineros que no se quedaban.

Iphigenia sabía lo del águila dorada y otras reliquias porque algunas de ellas habían encontrado su última morada en el monasterio. Era preferible que estos regalos del mar fueran devueltos a Dios. En una ocasión los pescadores subieron un crucifijo a rastras. ¿Qué suerte correría quien cargara una reliquia de un barco muerto? ¿Acaso el mar extendería sus dedos gélidos y se llevaría una vida a cambio? Por otro lado, de vez en cuando un pescador solitario encontraba una reliquia y no decía nada al respecto. Podía venderla en otra isla y el mar tampoco se iba a enterar. Tampoco es que se la robara a él. Si acababa tirada de cualquier manera es que al mar ya no le servía, ¿no?

Al parecer, en una ocasión, un coco había llegado a la costa, un regalo de los trópicos. Tan extraño y exótico era que los isleños nunca lo partieron para beberse la leche o comerse su carne. Lo colocaban en el centro cuando se reunían y contaban historias de cómo había acabado allí, un huérfano secuestrado por piratas de la tierra repleta de joyas de un rey y una reina que añoraba a su hijo dorado que nunca volvió a ser visto.

Estaban también los restos propios del mar: matojos de algas, laminarias y fucos que se acumulaban en la arena como ballenas varadas; se habían perdido la marea baja y no podían regresar. Se habían transformado en una vida terrestre, pasaban el invierno en los huertos de los lugareños y, cuando ya no les quedaba sal, se trasplantaban con los cultivos.

Un extraño cántico brotaba desde el romper rítmico del mar contra las rocas y la danza del rocío del mar. Resonaba por todas partes. Criaturas extrañas que se llamaban entre sí. Iphigenia retorcía la nariz de un lado a otro de forma incontrolable. Un olor a mar salado pero también algo oleoso. No la grasa sólida de la lanolina, de las ovejas, era más bien como lo aceitoso de las aves marinas. Pero no era el cántico de los pájaros.

Carla captó el sonido y lo repitió. Llegaron a un pasaje estrecho en el que el acantilado trazaba una curva. Fueron dando pasitos con cuidado, vigilando dónde ponían el pie.

—¡Ángel! —exclamó Carla cuando hubieron doblado la esquina. El ángel era de piedra.

Había un par de gaviotas encaramadas a su espalda, dispuestas a echar a volar.

Era la mujer que aullaba. Iphigenia recordó que así la llamaban los isleños. Inclínada hacia el mar, observando y esperando a un marido e hijo que nunca regresarían, escudriñando el horizonte para ver si los veía, dejando caer sus enormes lágrimas al océano. La lluvia, el viento y el sol la habían azotado y al final se había quedado petrificada. La mujer que aullaba tenía vistas al pueblo, enseguida llegarían a él.

O a lo que quedaba de él. Habían llegado hasta él sin apenas darse cuenta. Los tejados habían salido volando, las ventanas parecían ojos vacíos. Pero no estaba deshabitado. Había crujidos y aleteos, movimientos que retorcían las ruinas. Con la llegada de estas tres nuevas criaturas, asomaron cabezas por todas partes, miraron con curiosidad y luego salieron disparadas hasta el mar, madres y crías, los pequeños corriendo apresuradamente detrás de los mayores.

El pueblo se había convertido en una colonia de focas.

Carla se puso a correr entre ellas, encantada al ver su cabeza suave y redonda con el hocico respingón y chato, el rostro como el de un oso, y bigotes como los de un felino. Una le pasó rozando y ella notó la aspereza de su cuerpo liso y brillante, rasposo como la lengua de un gato. Otra se le acercó y la miró con curiosidad. Ella intentó acariciarla, pero entró en el agua haciendo plaf. Se marcharon mientras Carla las perseguía, todas dirigiéndose a la seguridad que les proporcionaba el mar.

Carla se echó a reír como una loca, imitando sus movimientos, haciendo plaf. Se tumbó boca abajo, sintiendo sus extremidades correosas, separando los dedos y descubriendo las membranas que los unían. Lo único que tenía que hacer era elevarse un poquito más y plaf. Hasta la orilla y la cabeza, redonda y rapada después del día del corte de pelo, se mecería como la de las focas.

—Carla. —Iphigenia la llamaba para que volviera.

Margarita estaba apoyada contra una pared, el zumbido de las abejas que se sumergían en las flores producía un suave halo de sonido a su alrededor. Costaba no ceder ante la agradable somnolencia. Los muros retenían el calor y lo irradiaban, de modo que las casas abandonadas formaban un refugio. Aquí crecían flores primaverales de todos los colores, no solo el tojo que se había apoderado del resto de la isla. Las flores caídas color púrpura y fucsia, la rosa silvestre que trepaba por las piedras, pequeños botones de oro perfectos y brillantes en rincones protegidos, alfilerillos y canónigo.

No había gente, ni cortinas en las ventanas. Iphigenia cruzó las ruinas hasta la cala. Ni barcas ni música ni pescador con los ojos negros como el carbón. Desaparecidos. Lo único que quedaba era un ancla oxidada clavada en la arena, una nasa arrugada, unas cuantas botellas, un jirón de red tan endeble que, cuando Iphigenia lo tocó, se convirtió en polvo.

Margarita se apoyó en el bastón y se impulsó hacia arriba. No habían ido hasta allí para divertirse. Al otro lado de la pared derruida, disfrutaba de una vista clara de tierra firme. Pero lo único que se veía en la orilla del otro lado era un pequeño edificio cuadrado.

Era el bar. Margarita recordó su llegada al lugar, cuando esperó en el exterior de la taberna con sus compañeras novicias, Assumpta y la hermana Cook, aguardando a que bajara la marea para poder cruzar andando hasta su destino definitivo. Era un día de viento fuerte y racheado con una sensación de nevada inminente. Los lugareños, gente agradable, las invitaron a una copa de oporto. Para el estómago, les dijeron, para darles calor. Pero las hermanas dijeron que no, que esperarían fuera. Sin embargo, el sacerdote sí que entró. «Solo una, que conste». Margarita recordó los mofletes joviales de ese sacerdote, su pelo blanco. «Entrad —dijo, dándoles permiso

—, una limonada caliente, ¿quizá?».

Pero no, Margarita no quería entrar. La taberna estaba llena de hombres, hombres que jugaban a las cartas y olían a cigarrillos y a pipas. Hombres de dientes blancos y bonitos bigotes negros, que adornaban su corpulencia con cadenas doradas. Margarita quería una vida que era demasiado dura y fría para aquellas cosas.

—¿Coche? —Iphigenia puso la palabra en el punto de mira de Margarita.

—No.

Iphigenia volvió a llamar a Carla, que seguía entre las focas. Él había cruzado en coche, pero ¿dónde estaba el vehículo? Las tres monjas se desplegaron para ampliar así su visión colectiva.

No habían llegado demasiado lejos cuando Iphigenia notó que se sonrojaba. Había identificado un fuerte olor a metal. Pero fue Carla quien lo vio. Una cosa grande y reluciente, negra y brillante como el corcel de un caballero. Tenía unas ruedas gruesas que le otorgaban solidez, a pesar de estar colocado en un ángulo precario, y uno de los neumáticos se había quedado encallado en una grieta entre las rocas, tan negras y relucientes como el coche en cuestión.

Era completamente negro, incluidas las ventanas. Carla atisbó al interior. Había alguien dentro. Alargó la mano para tocar el rostro oscuro, pero se dio cuenta de que no tocaba carne, sino solo cristal.

Entonces comprendió por qué el Señor había dicho: «No me toques», a su querida Magdalena de las piernas algodonosas. Porque en el huerto en el que había aparecido ante Magdalena ya se había convertido en el Jesús de la vidriera, brillante y luminoso pero frío y duro al tacto.

Entonces Carla comprendió el milagro de la Resurrección. Lo contempló sobrecogida.

—Es... —Iphigenia se planteó si dejar a Carla con su visión—. Es un reflejo, eres tú —acabó diciendo. Aquello no iba a convertirse en algo especial. No habría milagros relacionados con el coche.

Carla sabía que era un reflejo, había visto su rostro con anterioridad, en cazos y ollas, en la hoja de los cuchillos. Pero la imagen siempre estaba distorsionada. En el cristal oscuro había encontrado su reflejo más fiel.

Giró la cabeza a uno y otro lado y se examinó desde todos los ángulos.

Iphigenia sintió el tirón de la tentación. Mirar para ver su propia imagen oscura. Aparte de la ventana, había un pequeño espejo que sobresalía del lateral del coche. Qué cerca lo tenía Iphigenia. Le bastaba con dar un paso más.

Pero era pura vanidad y ya veía cómo había afectado a Carla. Iphigenia sacó las llaves que habían encontrado en la ropa del sacerdote.

—Ojo de la cerradura, Carla.

Carla se quedó mirando mientras Iphigenia revisaba las llaves para ver cuál era la que tenía más probabilidades de abrir el coche. Carla no encontró nada parecido al ojo de una cerradura, pero sí encontró algo. Un pequeño círculo con un panel diminuto en el centro. Apretó con el dedo y el panel se movió.

De repente se produjo un zumbido agudo. El coche se había convertido en un animal que protegía su territorio con un aullido terrible. Las monjas retrocedieron tapándose los oídos con las manos. Observaron desde detrás de una roca, pero el coche no se movió. El aullido continuó y les provocó un intenso dolor de cabeza que ahogó todo lo demás. Siguieron mirando, pero el coche

permanecía inerte. Daba la impresión de que su única defensa era el sonido.

Al cabo de un rato se acercaron al coche y empezaron a probar llaves hasta que encontraron una que entró sin dificultad. La puerta se abrió emitiendo un pequeño clic.

El aullido se entrecortó y se debilitó, como si el animal se hubiera dado por vencido. Sin embargo, actuaron con cautela, olisqueando alrededor por si tenía otro as en la manga. En el interior encontraron un salpicadero que les resultaba incomprensible. Había relojes y ruedas y números, una luz roja parpadeante, pequeños iconos. El interior del coche era completamente negro. El coche de la abuela era blanco y muy largo. Tenía un estribo, pero Taylor no ponía el coche en marcha hasta que Iphigenia estaba sentada en el asiento trasero como una señorita.

En el hueco que quedaba entre los dos asientos delanteros había una palanca corta con un pomo negro y brillante decorado con líneas blancas. Había una bandeja con monedas y el olor rancio del tabaco. En el asiento de atrás había una carpeta brillante y transparente con un libro y algunas cosas más.

Iphigenia intentó alcanzar la carpeta, pero el coche estaba tan inclinado que no llegaba. No quería entrar por si su peso desequilibraba el vehículo.

A Margarita se le ocurrió una idea. Sujetó el bastón por un extremo y lo introdujo en el coche. Consiguió enganchar la empuñadura alrededor de la carpeta y tiró con cuidado de ella. Cuando la carpeta estuvo lo bastante cerca para cogerla, se la tendió a Iphigenia. Era un proceso lento, tuvo que repetir la operación varias veces, pero así lo cogió todo salvo las monedas. Margarita estaba muy satisfecha. Ahora ya podían volver a casa.

No todavía.

—Guantera —indicó Iphigenia. La abuela solía guardar las cosas importantes en la guantera. Habría que intentarlo desde el otro lado. Había un saliente estrecho, pero no les dejaba demasiado espacio para maniobrar. Si conseguían abrir la ventana, podrían introducir una mano sin aplicar demasiado peso al coche.

El coche de Taylor tenía una manecilla para bajar la ventanilla pero este no parecía tener tal cosa.

—Disculpa. —Era Margarita, quien esta vez sujetaba el bastón como un caballero en una justa. Se inclinó hacia el coche y ladeó la lanza en la ventanilla del pasajero. El cristal se rompió en mil pedazos. A Margarita le asombró lo bien que se sentía. Empujó una y otra vez hasta que la ventanilla quedó reducida al marco.

Iphigenia dio la vuelta como pudo para colocarse en el lado del pasajero. Con sumo cuidado introdujo la mano y abrió la guantera. Encontró una caja de cartón con un trozo de papel que sobresalía del interior. Se lo guardó en el bolsillo. Había una batería, igual que la otra. Acabó con todo el contenido de la guantera en el bolsillo.

Ahora solo faltaba hacer una cosa. El coche ya se inclinaba hacia su destino final. Solo había que darle un empujoncito.

Seis manos ajadas con las uñas amarillentas y sucias de tierra, las venas abultadas por el esfuerzo. Si Iphigenia hubiera sabido que estaba tan bien encajado no habría tenido reparos en entrar en él.

Se produjo un movimiento ligero que no bastó para volcar el coche. Descansaron un momento y volvieron a intentarlo. Empezó a ceder.

De repente el coche se movió, los neumáticos subían, los grandes neumáticos negros con

surcos. Carla vio los bajos del coche, sus intestinos. Se apartaron y dejaron que continuara por sí solo. Y así fue como cayó y partió una parte del saliente al hacerlo. Cayó al mar con gran estrépito. Las aguas se abrieron para recibirlo. Una espuma blanca danzó hacia arriba y entonces el mar engulló al coche negro y brillante como si nunca hubiera existido.

Carla quedó fascinada. En el hueco que abrió el coche había visto algo más. Se quedó quieta a merced del viento aullador. Las aves marinas graznaban, las focas se sumergieron. Bajo sus pies vio la rodada que habían dejado los neumáticos del vehículo. Se agachó y tocó los surcos y caballones diminutos que había dejado. Le pareció muy fácil borrar esos rastros con solo pasar una mano. Lo que no le resultaría tan fácil sería borrar el recuerdo de su rostro oscuro bajo la superficie del agua.



Cuando se deshicieron del coche ya era tarde. La hierba mullida del interior de los muros del pueblo resultaba tentadora, pero Iphigenia había dicho... que regresarían antes del anochecer. Las palabras repicaban en su mente como una campana.

Se habían comido todo el pan y las manzanas, bebido casi toda el agua. Cogieron unas cuantas hojas de canónigo como sustento y se marcharon del pueblo. Volvieron a subir la colina. Cuando llegaron a la mujer que aullaba, se giraron para echar un último vistazo. Ahí, en la bajamar, estaba el bajío.

Carla estaba cautivada por la franja brillante y reluciente que las unía a tierra firme. Había permanecido oculta todo el día y ahora afloraba a la superficie, como las islas legendarias sumergidas que solo aparecían una vez cada cien años, islas sobre el horizonte a las que navegan los guerreros y caballeros cuando terminan sus cruzadas.

Carla escudriñó el mar, buscando el lugar por donde había entrado el coche, pero la única interrupción de su superficie dorada y ondulante era el vaivén de la cabeza de las focas. Les envió un discreto saludo.

Las tres continuaron colina arriba. Iphigenia notaba cada paso. Ya no tenía prisa por regresar al monasterio, le faltaba ímpetu e iba a la zaga de Carla y Margarita. Cayó la noche y estrujó la neblina dorada hasta convertirla en una línea fina y brillante en el horizonte.

Para cuando Carla hubo recuperado a Uriel, el tercer ángel algodonoso, notaron cómo cambiaba el viento. La oscuridad fue cubriendo el cielo cada vez más negro, las capas grises iban a la deriva como si fueran humo, y al final vieron unas agujas de hierro que dibujaban puntitos en el mar. Apretaron el paso, pero no consiguieron evitar la tormenta. Después de la humedad fría llegó el aguacero. Notaron las gotas gruesas, una, dos, y luego demasiadas para contarlas. No había ningún lugar donde cobijarse, tenían que continuar. Avanzaron con más lentitud porque ahora las rocas resbalaban. Rezaron para llegar a salvo, sus oraciones pasadas por agua, babosas, silbaban en la lluvia.

Un menhir se alzaba ante ellas. Se sentaron, se cubrieron la cabeza gacha con los chalecos y siguieron rezando. Aunque a Carla le encantaba la lluvia, le encantaban las gotas que salpicaban por aquí y por allá y que creaban ríos en su cuerpo, estaba preocupada por los ángeles. ¿Y si, a pesar de haberlos sujetado bien, los restos de mechones de lana habían salido volando o se habían deshecho bajo la lluvia? ¿Cómo encontrarían el camino de vuelta? Se conocía el monasterio como la palma de su mano, pero no así el exterior. Todo lo que la rodeaba era negro, estaba mojado y azotado por el viento.

Carla se planteó si Psique se asustaba cuando estaba en la montaña, sola y tiritando en la oscuridad, con la fe como único escudo y atavío. Pero su Señor la había entregado, envuelta en sus alas y sus dulces murmullos. Vivía en casa de Él, pero nunca le veía la cara ni le preguntó el nombre. Carla y las monjas moraban en la casa del Señor, sus oraciones eran besos en una boca

invisible.

Dio la impresión de que el viento había amainado. Carla alzó la cabeza por el chaleco y lanzó una mirada furtiva a esas monjas que habían recibido el yugo del Señor y llevaban su carga, agradable y ligera. Se las veía menudas, desaliñadas y empapadas. Cuando era pequeña, las hermanas se la ponían sobre los hombros y corrían con ella. A ella le gustaría ponerse a Margarita e Iphigenia sobre los hombros y llevarlas bajo la tormenta, pero no sabía el camino.

El viento había amainado, pero seguía cayendo una lluvia fría, que silbaba y salpicaba. Caía en las puntas del tojo, caía como una cortina por el menhir y formaba arroyuelos alrededor de ellas. Ahora estaban totalmente empapadas, el rostro brillante por la lluvia. Por mucho que caminaran, no podían mojarse más.

Justo pasado el menhir encontraron a otro de los ángeles sujeto a un arbusto, demasiado empapado y despachurrado como para que el viento se lo llevara. Solo quedaba Gabriel. Siguieron ascendiendo con la compañía constante de la lluvia.

Recogieron a Gabriel cerca del montículo de zarzas. Ahora Carla había recuperado a todos los ángeles y se los había guardado en el bolsillo. Siguieron subiendo. ¿Dónde estaba el umbral en el que se habían detenido esa misma mañana, que tan lejana parecía? No había ni luna ni estrellas que iluminaran el camino y apenas se veían la una a la otra en la penumbra cada vez mayor.

Avanzaron a tuestas. Carla delante, Iphigenia en el medio y Margarita detrás, sujetándose de los chalecos entre ellas, encadenadas como alpinistas.

La tormenta amainó, la lluvia fue convirtiéndose en gotas en vez de cortinas. Margarita empezó a agitar las zarzas con el bastón. Iphigenia respiró con dificultad, tenía los pies entumecidos por el frío a pesar de los bordes afilados de las rocas, del tojo puntiagudo. La lluvia aflojó todavía más hasta que no quedó más que el goteo del agua en las hojas. En el cielo apareció una estrella y luego otra y otra más. La tormenta había terminado.

Las zarzas fueron tomando forma, agujeros negros y gruesos de oscuridad, marañas talladas de ramas, corazones oscuros de hojas. Margarita continuó dando golpes y pinchando hasta que encontró lo que parecía ser un túnel.

—Carla.

Carla palpó donde estaba y encontró unos trozos de puerta con la textura de una galleta. Las zarzas habían empezado a cubrirlas de un modo curioso. Carla abrió un sendero y las tres monjas entraron en el monasterio.

Un día fresco y nítido saludó a Iphigenia en lo que parecieron minutos después de posar la cabeza en la almohada. Estaba bajo un montón de mantas. Notaba la ligera aspereza de la lana, pero algo iba mal. Vio el haz de luz que entraba por la ventana, oía a los pájaros y a las ovejas, vio la textura del muro de piedra y la puerta pesada, pero era como si estuviera mirando un cuadro. Había perdido una dimensión. Entonces se percató de qué ocurría, había perdido el olfato.

Intentó librarse del peso de las mantas, pero se encontró el cuerpo envuelto en un manto de dolor. No era tan terrible si se quedaba totalmente inmóvil, pero al menor movimiento sentía dolor. Tenía la boca abierta y seca y, cuando intentó tragar, la garganta se rebeló. Oyó la respiración jadeante de Margarita y se dio cuenta de que era la suya propia.

Hizo un esfuerzo supremo para salir de la cama, los pies doloridos en el suelo de piedra. Los tenía llenos de arañazos, con costras de sangre seca. Se quedó de pie bajo la luz del sol para

absorber su calor, pero fue renqueando por el pasillo, envuelta en sus achaques y dolores, con el cuerpo encorvado para intentar reconfortarse.

Margarita y Carla ya estaban en la capilla cuando Iphigenia anunció su llegada con un estornudo. Interrumpieron el ritmo brevemente antes de proseguir el murmullo. Iphigenia se limpió la nariz con la manga. Aunque hacía buen día, le parecía estar envuelta en una neblina. Lanzó una mirada a la vela perpetua del rincón de santa Ana e imaginó que hacía escampar aquella niebla.

Al término de los maitines, Iphigenia se dio cuenta de que no podía levantarse. Gruñía y se esforzaba, se inclinó, puso las manos en el suelo e intentó poner los pies derechos, pero le resultaba demasiado doloroso.

La ayudaron a erguirse y la llevaron al patio. Iphigenia gemía. El fuego estaba a punto de apagarse. Sus hermanas recogieron palitos por aquí y por allá y ramas de mayor tamaño de la pila de troncos. Los apilaron formando una pirámide bajo el hervidor. Entonces lo dejaron en manos de Iphigenia. Margarita observó y Carla se fue a buscar hierbas para hacer una infusión con propiedades curativas.

Iphigenia se dedicó al fuego con un gran esfuerzo. Lo sopló tal como solía hacer, continuó resoplando, pero ningún duendecillo en forma de llama se alzó de entre los rescoldos.

Margarita la observaba con expresión solemne, intentando disimular su consternación. No había sufrido ninguna molestia a causa de la excursión, se sentía de maravilla. Pero habían incumplido la clausura, habían incumplido los votos de siglos. Dios estaba descontento y así lo demostraba. Había enfriado y humedecido el aliento con el que Iphigenia encendía el fuego.

Iphigenia giró la cabeza, tosió y volvió a intentarlo, pero el fuego continuaba inerte. Iphigenia estaba enferma. ¿Iba a morir? ¿Acaso Dios le arrebatara el aliento? «Domine miserere peccatrice», rezó Margarita en silencio. ¿Era pecado no querer que Iphigenia muriese? La muerte de una hermana era una ocasión jubilosa. Sus vidas eran una espera continua hasta ser elevadas a la presencia del Señor. ¿Y si Margarita se quedaba sola? ¿Podría hacerse cargo de todo el trabajo, mantener los rituales, contar los cuentos con ella como único público, cantar a las ovejas el día de trasquilar, mantener el fuego vivo? ¿Podía ser ella la comunidad al completo y vivir en una terrible soledad?

No quería encargarse de encender el fuego; Iphigenia tenía que conseguirlo. Sin embargo, al Señor no le importaría si Margarita echaba una mano. Se fue a buscar una hoja del bonito papel suave que habían encontrado en el coche. Tal vez el Señor miraría el papel del sacerdote con buenos ojos. Se lo dio a Iphigenia para que lo probara, pero quedó convertido en humo y se alzó al cielo.

Iphigenia había perdido la capacidad de encender el fuego. Había perdido el olfato. Veía a Margarita y a las ovejas en el patio pero no eran más que manchones de color sin bordes definidos. Ella tampoco tenía bordes definidos, como si la lluvia se hubiera llevado la fuerza con ella. Al igual que una oveja enferma, tenía ganas de tumbarse en un lugar tranquilo y oscuro.

Había llorado un buen rato; el sollozo interno y silencioso de Cristo en el Calvario. El orinal de hojalata, su excusa y su protección, estaba cerca, a modo de recordatorio burlón de su huida frustrada. Estaba lleno de agua. Al lado había unos cuantos mendrugos de pan. Vio barrotes y barandillas y se dio cuenta de que estaba encerrado en el redil.

Aunque estaba tumbado como un gran pez pálido en la costa falto de aire, tenía un ojo de pez dirigido a lo que se sucedía en el patio. Despojado de toda dignidad humana, despojado de todo,

ropa, incluso vello corporal, tiritando de frío, había acabado por descubrir la astucia animal.

En un primer momento, había pensado que se habían ausentado a propósito, solo para torturarlo, pero cuando reconoció el papel color albaricoque se dio cuenta de que habían bajado hasta el coche. Si habían traído aquello, seguro que también habían traído otras cosas. No cabía la menor duda de que le habían cogido las llaves de la chaqueta. Se preguntó cómo habían lidiado con la alarma del coche. Esperó que se hubieran llevado un susto de muerte.

Observó el débil intento que hizo la más alta para avivar el fuego. Tosió y resopló y espiró sobre él, pero fue en vano. La noche anterior se había desatado una tormenta. Sabía que había soplado un viento huracanado que las había pillado fuera. No conseguían encender el fuego. Bien. Por lo que parecía, la alta había pillado un resfriado. Bien. Él no se había sentido tan mal en toda su vida, pero era joven y fuerte. Ellas eran más mayores. Tal vez todas pillaran un resfriado y murieran.

Podría llegar hasta el coche e ir a buscar un médico, ir a una farmacia y comprar una aspirina. Lo único que tenían que hacer era devolverle la ropa, las llaves y dejarlo marchar. Regresaría el mismo día. Se lo prometería. ¿Lo aceptarían? La alta era su pilar. Si ella estaba enferma, sería fácil convencer a las demás. Aguardaría unos cuantos días, observaría cómo empeoraba, cómo a las demás les entraba el pánico. Entonces plantearía su oferta.

Ella volvió a agacharse con torpeza, como un elefante en una cacharrería, ridícula al intentar hacer fuego con esos troncos inertes y húmedos. En otras ocasiones, había conseguido avivarlo, pero se le habían acabado los poderes. Él confió en que se sintiera tan humillada ahora como él entonces.

La más rechoncha apareció con un libro. Una bonita tapa de cuero granate con letras doradas. Arrancó una página del libro y lo cerró de golpe. Era un misal. Iban a usar una página del misal para encender el fuego. Estuvo a punto de protestar a gritos ante tal sacrilegio.

En la biblioteca había varias pilas de misales que las monjas no necesitaban. Se sabían los textos de memoria. Quemar libros era una tradición en la Iglesia. No obstante, cuando había surgido la necesidad, se habían planteado seriamente qué libros quemar. Aquellos de los que solo tenían un ejemplar serían los últimos de los que prescindirían. Libros que eran excepcionales, libros que eran reliquias, manuscritos iluminados. Pero los misales... les sobraban. Arderían: las palabras se convertirían en humo y regresarían a Dios.

Habían empezado a quemar libros más o menos en la época del fallecimiento de la hermana Escolástica, que había muerto un Viernes Santo de lo más gris. No habían encendido los fogones porque durante los cuarenta días que duraba la cuaresma, comían platos fríos. El domingo, después de enterrar a Escolástica, cuando se habían alegrado por la resurrección del Señor y por la vida eterna y los primeros azafranes asomaron la cabeza por la hierba, se dieron cuenta de que no había papel para encender el fuego y preparar la comida de Resurrección. Ni un triste trozo.

En cierto modo, transformar palabras escritas en humo parecía una forma totalmente apropiada de señalar al Señor que el espíritu de Escolástica, la bibliotecaria, iba en camino. Escogieron un par de páginas, las acercaron a la vela y repitieron las oraciones mientras ardían. El fuego consumió las páginas y adoptó un tono azulado. Ya fuera porque el Señor quedó satisfecho al recibir tal comunión o por otros motivos, el cordero pascual, que comieron con albaricoques en conserva, un regalo del pueblo, estaba especialmente sabroso ese año.

Quedaba una buena cantidad de misales de hermanas que ya no podían utilizarlos. Margarita

entregó el libro a Iphigenia. Cuando prendiera fuego, Margarita enviaría sus propias plegarias al cielo. Una oración de agradecimiento por haber bajado y subido la montaña. Miró el bastón apoyado contra la mesa, intacto a pesar del daño que había causado al coche. Le había otorgado fuerza y durabilidad. Assumpta había vivido hasta una edad muy avanzada con el bastón, a pesar de la pierna que nunca se le había curado del todo. Tal vez la enfermedad de Iphigenia fuera un castigo individual, no colectivo. Margarita recordó la noche que habían pasado en la capilla rezando para que Iphigenia regresara sana y salva mientras Assumpta yacía esperando al ensalmador doblada de dolor.

Iphigenia seguía sin poder encender el fuego. Se alzó del suelo, rechazando la ayuda que le ofrecían, y entró cojeando en la capilla. Salió de ella con una vela encendida gracias a la vela que nunca se apagaba, protegiendo la llama con la mano alzada, portándola con paso firme como una de las vírgenes vestales de Hestia. Estrujó unas cuantas páginas del misal, las colocó bajo las ramitas y entonces acercó la vela. En esta ocasión no sopló el fuego. El papel prendió y las llamas empezaron a danzar con alegría. Enseguida los troncos más gruesos emitieron una llama sostenida y el agua del hervidor empezó a rugir. Iphigenia esbozó una débil sonrisa. Por fin había encendido el fuego, pero estaba agotada.

—Maldita sea —masculló Ignatius.

Iphigenia sentía unas punzadas dolorosas en el pie. Esta vez tuvo que aceptar ayuda para levantarse. Margarita le frotó las manos frías mientras Carla echaba hojas de salvia en la tetera y añadía una gota de vinagre de sidra en la taza de Iphigenia. También había traído vino de la bodega que pensaba calentar y aromatizar con las hierbas con propiedades curativas. Iphigenia levantó el pie ante Carla.

—Dolor.

Carla se colocó el pie encima de la rodilla con cuidado. Era la primera vez que le tocaba el pie a Iphigenia. Vio el tajo en la planta correosa. Pasó los dedos por encima y de repente notó algo afilado. Alzó el pie hacia la luz. Se le había clavado un fragmento del coche. Carla arrancó la esquirla de cristal reluciente y la sostuvo en alto para que la vieran. Mientras Margarita servía la infusión, Carla se puso el dedo que se había pinchado en la boca y chupó la sangre que se había mezclado con la de Iphigenia.

Salvia. Su infusión preferida y la más útil. Iphigenia notó cómo se le aflojaba el cuerpo al tomarla. Colocó la cara encima del vapor e inspiró. Notó cómo el calor le producía un cosquilleo en la nariz y en los ojos, aunque seguía sin poder oler. Se sentía separada de todo, como si estuviera tras una pared de cristal, detrás de la cual veía los dedos rechonchos de Margarita acercándole la taza a la cara, a Carla preparando el vino y a las ovejas entrando y saliendo de la escena.

—Haz gárgaras —dijo Carla, empujando la poción delante de Iphigenia, que tenía la mirada perdida.

Carla tomó las manos de Iphigenia con cuidado y las colocó alrededor del cuenco, y las suyas alrededor de las de Iphigenia, como caparazones protectores. Podía haber inclinado el cuenco hacia arriba, haber provocado que Iphigenia vertiera el líquido y decirle: «Niña torpe, Iphigenia. Mira lo que has hecho». Carla lo había hecho muchas veces en sus juegos, vertía algo y fingía que había sido Iphigenia. «¡Qué torpe eres, Iphigenia!». Pero ahora Iphigenia estaba enferma. Ella era la pobre y necesitada del mundo.

Iphigenia no permanecía ajena a las atenciones de Carla. Notó la suavidad con la que la

muchacha le había quitado la esquirra del pie. Notó el borde del tazón contra el labio y el líquido que le entraba en la boca. Iphigenia inclinó la cabeza hacia atrás e hizo gárgaras, tal como Carla le había enseñado; las burbujas de aire le produjeron un cosquilleo en la garganta.

A Carla pareció satisfacerle el ruido que emitía Iphigenia. Hizo ademán de escupir, para señalarle el siguiente paso. Pero a Iphigenia le gustaba el juego. Hizo más gárgaras, y observó a Carla fingiendo escupir dos o tres veces más antes de recoger el líquido en la boca y escupirlo lo más lejos posible. Hizo gárgaras unas cuantas veces más y luego se tragó el resto de la mezcla.

Cuando Carla hubo retirado el cuenco, Margarita la envolvió con una manta y la tapó hasta la mandíbula. Aunque Iphigenia seguía sintiéndose atolondrada y se le caía la cabeza, le conmovieron los esfuerzos que estaban haciendo las hermanas. Después de las gárgaras con vinagre, llegó el vino caliente y especiado. Se lo bebió y, con cada trago, notó alivio en la garganta. Lo único que necesitaba era sentarse tranquilamente al sol, sudar para quitarse el resfriado y recuperar el sentido del olfato. Y tenía que absorber en su enfermedad el cuidado de la comunidad. Aquella era la obligación de una paciente. De niña, a veces, Carla hacía regalos a la comunidad. Pastelillos hechos de barro con flores esparcidas por encima. Las monjas declaraban que estaban deliciosos y fingían comerlos. Bajo el resplandor del vino especiado de Carla, Iphigenia recordó aquellos tiempos. Ahora no hacía falta que fingiera.

No quería que la acostaran, dijo cuando le preguntaron, quería estar ahí. Con ellas. Carla y Margarita fueron a buscar una de las sillas con el respaldo alto reservadas para los sacerdotes que venían de visita, unos cuantos cojines y otra manta. Instalaron a Iphigenia en su trono. Dispusieron los cojines a su alrededor, le elevaron los pies en el banco, la taparon toda con la otra manta y la arroparon. Se sentía como la abuela, salvo que la abuela nunca se sentaba con los pies en alto y a Iphigenia no se le balanceaba la cabeza. De hecho, logró contenerse mirando un detalle de la manta y asegurándose de que no le oscilaba la vista.

Tenía mucho calor y estaba sudorosa bajo las capas de abrigo. Hacía muy buen día, todo resplandeciente tras la lluvia, con la cantidad justa de brisa. Las aves marinas volaban en círculo en lo alto del cielo y, más cerca, unos pequeños pájaros marrones trinaban en los manzanos.

—Día del lavado —gruñó.

Margarita llenó el abrevadero con el agua de lluvia que se había recogido la noche anterior con cubos y ollas, mientras Carla iba a buscar la bolsa de vellones variados y trajo lo que había que lavar. Dejaban sin lavar algunos vellones para que, aunque quedaran más ásperos, retuvieran más lanolina, que era impermeable.

El lavado suavizaba y daba brillo a la lana. Tenían una pastilla de jabón en una jaula metálica con mango incluido. Margarita lo movió con fuerza en el agua y formó espuma enseguida con el agua de lluvia blanda. Carla vertió los vellones cremosos y empezaron a menearlos con los dedos para soltar la suciedad, siguiendo la dirección de las fibras de la lana, con cuidado de no enredarla para prepararla para el hilado.

Iphigenia observaba, con los párpados pesados, presta a quedarse dormida en cualquier momento, con la cabeza asintiendo sobre el pecho.

Lucía el sol, los pájaros cantaban, las ovejas en la hierba, las mujeres lavando, era la viva imagen de la felicidad bucólica. ¿Qué pasaba con él? ¿Acaso era invisible? ¿Ninguna de ellas veía al humano enjaulado como un animal, con las manos atadas a la espalda, las piernas escayoladas, y sin un solo pelo en el cuerpo? ¿Acaso aquello formaba parte del idilio pastoral?

Al menos, la primera vez que se había desmayado se las había encontrado a las tres a su lado mirándolo al despertarse. Oh, cuánto añoraba aquel momento. Jamás lo hubiese creído, pero ansiaba la compañía de sus captoras. Abrió la boca al máximo y profirió un grito desgarrador. No era una piedra ni una brizna de hierba. Estaba hecho de carne y huesos, igual que ellas.

Iphigenia alzó la cabeza y abrió los ojos ante aquella molestia. Margarita y Carla se giraron perezosamente desde el abrevadero y miraron. El grito acabó reducido a un gimoteo silencioso. Como no parecía que fuera a pasar nada más, continuaron con sus menesteres.

Para cuando Carla y Margarita consideraron que sus dedos fríos necesitaban la calidez de una taza de té, un montículo de vellones blancos se secaban colgados de los arbustos. Se presionaron con las manos las mejillas, que se les habían enrojecido por el trabajo, y regresaron junto al fuego e Iphigenia.

Iphigenia estaba dormida con la cabeza apoyada en una almohada, respirando por la boca y roncando. Un hilillo de baba se le había secado en la mandíbula, como si fuera una cicatriz. No se movió cuando Margarita y Carla se situaron a su lado. Carla puso la mano fría en la frente caliente y húmeda de Iphigenia. Las hierbas de la infusión sanadora habían hecho efecto.

Era la hora de las sextas. Dijeron sus oraciones en la mesa en voz baja, acompañadas por los ronquidos de Iphigenia. Cuando terminaron, Carla sumergió el dedo en la infusión que quedaba en la tetera y le humedeció a Iphigenia los labios resecaos, los dientes y la lengua. Añadió una rama al fuego.

Mientras Carla continuaba lavando, Margarita hizo rápidamente un pan ázimo. Se dedicaban a lo suyo sin mediar palabra. Las palabras eran para las oraciones, cánticos e historias. En silencio podían continuar adorando eternamente al Señor.

Él observaba. Buscaba indicios de lo que le tenían reservado. ¿Iban a tenerlo ahí para siempre, a torturarlo? Observó cómo mimaban a la que estaba sentada en el trono roncando de forma grotesca. Lo vulnerable que era. Dormida, con la boca abierta, las extremidades inmovilizadas bajo las mantas. Él también estaba enfermo. Tenía las piernas escayoladas, se había pasado la noche encima de la paja apestando a mierda de oveja y a su propia orina. ¿Por qué no cuidaban de él?

Como sacerdote, había hablado de la resiliencia del espíritu humano, de los lisiados en la guerra y las hambrunas, de los presos de conciencia que habían sufrido torturas insoportables y nunca habían perdido la fe. Resultaba fácil pronunciar esas palabras nobles, rezar por las víctimas con su alzacuellos impoluto, sabiendo que pronto disfrutaría de una copa de vino con el asado del domingo. Y ahora era una de esas criaturas desdichadas. Nunca había imaginado, nunca jamás, que él y los desventurados pertenecían a la misma especie.

La rechoncha no paraba de trabajar, daba palmadas a un trozo de masa para darle forma, empleando la infusión de la tetera en la que la joven había introducido el dedo para humedecerla. Una asquerosidad. Engrasó la cacerola y aplanó la masa en ella antes de ponerla al fuego. Sacudió con las manos la harina que había quedado en la mesa, se limpió las manos enharinadas en el chaleco y sopló los restos hacia la hierba.

La otra pasó de largo y le dedicó una mirada que resultaba difícil de interpretar. Sin duda era algo más que curiosidad, y duró demasiado como para ser furtiva. Llevaba un cesto pequeño con lo que parecía lana negra. La colocó con cuidado sobre un paño fino, la envolvió con él como si fuera un pudín de ciruelas y lo lavó bien con agua. Lo hacía con una mano mientras lo miraba. Él

no podía apartar la mirada aunque sintiera un intenso escozor, como si tuviera miles de agujas clavadas.

Ella escurrió el fardo, lo colocó en el cesto y abrió otra vez el paño. ¿Por qué en el cesto en vez de en los arbustos como el resto de la lana? A las ovejas negras, rio con una histeria no deseada, había que mantenerlas alejadas de las demás. Ella inclinó el cesto hacia él.

No era lana, era pelo. Su pelo. Le entraron ganas de hacerse un ovillo, pero le resultaba imposible. Ni siquiera podía doblar las piernas.

Ella dejó el cesto delante de la regordeta. Acariciaron el pelo, levantaron algunos mechones. Él estaba horrorizado, pero era incapaz de apartar la mirada. Aunque el pelo ya no estaba en su cuerpo, se sintió víctima de una violación con cada caricia. Fueron dándole la vuelta al pelo, admirando el brillo. Examinando su calidad.

Bajó los párpados para evitar ver la escena. Tenían su pelo, tenían su cuerpo. Pero él impediría por todos los medios que le arrebataran también la mente y el espíritu. Pensaría en santos y mártires, en aquellos que habían sufrido todas las humillaciones posibles y permanecería con ellos.

Carla dejó el cesto de pelo en un extremo de la mesa y fue a buscar un poco de *chutney* de manzana para el almuerzo. Margarita probó el pan de la cacerola para ver si estaba hecho. Satisfecha, lo volcó sobre la mesa.

La redondez delicada del pan recién hecho y el fuerte olor a sudor despertaron a Iphigenia. Todo parecía tener más profundidad, definición. Olor. Había recuperado el olfato. Movié un brazo. Le dolía, pero ya no notaba calambres. Lo sacó de debajo de la manta y apoyó la mano en el regazo. Sentía la boca reseca y cortada, una ironía, teniendo en cuenta que tenía el cuerpo empapado de sudor. Hizo el gesto de succionar con la boca para formar saliva. Margarita vertió agua caliente directamente del hervidor y se la dio a Iphigenia para que la sorbiera. Ah, mucho mejor.

Iphigenia se sintió como si acabara de despertar de un sueño de cien años en vez de unas cuantas horas. No estaba del todo recuperada, notaba punzadas en la cabeza de vez en cuando, sentía un nudo en la garganta, pero el sudor había ayudado a superar los dolores. Lo mejor de todo era que ya olía. Había salido de la neblina y volvía a formar parte de la comunidad. Sacó la otra mano de debajo de la manta, las juntó e inclinó la cabeza junto a sus hermanas para bendecir la mesa.



La habitación de la abadesa estaba iluminada con lámparas de aceite y velas que proyectaban sombras alargadas en las paredes. El cesto con las reliquias del coche estaba en la cama de la abadesa, deslumbrantes, casi como si brillaran con luz propia.

Las monjas las estaban revisando, las clasificaban en montones igual que cuando Carla separaba las impurezas de los vellones. No desecharían nada de lo que habían cogido del coche, aunque supieran de antemano que no todo resultaría útil. Los papeles de color albaricoque de la caja de cartón no eran más que fruslerías. Examinaron el líquido inflamable para el encendedor más de una vez sin saber qué era, pero llegaron a la conclusión de que era importante. Al igual que la batería.

Mientras Iphigenia examinaba el contenido del portadocumentos, Margarita y Carla hojearon un libro de mapas. Era muy colorido, con líneas negras, rojas y amarillas que atravesaban campos verdes. Había recuadros diminutos que representaban ciudades, uves invertidas que señalaban las montañas, círculos para los lagos, cruces que marcaban los lugares de culto, iglesias y monasterios. Pasaron una página y se encontraron con una tira de satén fina, parecida a las que utilizaban para marcar el punto de la Biblia por el que se habían quedado leyendo. En esa página había un mapa de la costa, con islas desperdigadas alrededor como migas de una hogaza de pan. Algunas islas tenían nombre y otras no eran más que siluetas verdes irregulares en medio del mar azul. ¿Acaso su isla era una de esas? ¿Cómo se llamaba? El monasterio era el de santa Inés, pero el nombre de la isla, si es que alguna vez lo habían sabido, estaba olvidado desde hacía tiempo.

Carla y Margarita se centraron en otro libro: *Técnicas de negociación*. Era difícil de leer, casi como si estuviera escrito en otro idioma.

—Hoteles de lujo para los más exigentes. —Era Iphigenia. Carla y Margarita dejaron *Técnicas de negociación* y se le acercaron. Iphigenia no alzó la vista del folleto en el que estaba absorta, aparentemente no era consciente de haber hablado.

El folleto estaba lleno de fotos brillantes. En una de ellas se veía una piscina azul con gente que tomaba bebidas de colores, tumbados en colchones flotantes. Todos llevaban gafas negras, como los cristales del coche. En otra foto, había gente sentada a una gran mesa, con velas a lo largo. Había una alfombra roja mullida en el suelo, tapices en las paredes y un techo lleno de ornamentos. Parecía un palacio. En una tercera foto se veía a unos hombres en un campo sujetando unos palos. Croquet. No, era otro juego. Golf.

—«Si busca desconexión total —leyó Iphigenia—, discreción y privacidad. Alojamiento lujoso de uso individual o para grupos... Fortalezas medievales, castillos, señoríos». —Recorrió el folleto con la mirada unas cuantas veces. No dejó nada por leer. Carla lo cogió, examinó las fotos de cerca, mientras Iphigenia pasaba a lo siguiente. Una lista de nombres. Connoisseur Resorts Hotel Marketing Group estaba rodeado con un círculo. Dejó la lista a un lado. El siguiente elemento era un plano, el mismo plano del monasterio que habían encontrado en el bolsillo del

hombre. Pero habían superpuesto dibujos de otras cosas encima. El patio se había convertido en un recuadro azul, y la capilla era distinta. Iphigenia se quedó boquiabierta.

Carla y Margarita miraron a Iphigenia, esperando que hablara.

—Quiere convertir nuestro hogar en estas imágenes.

Carla desplegó una amplia sonrisa. Le gustaba la foto de la mesa con las velas, encima de la alfombra rojo pasión. Pero ni Iphigenia ni Margarita sonrieron.

—Las fotos son bonitas —arguyó Carla.

—Pero nosotras no aparecemos en ellas. Nosotras no tenemos cabida en un lugar como ese.

Carla empezó a mirar a las personas situadas alrededor de la mesa. Algunas tenían la cabeza vuelta y no se les veía bien la cara. Podían ser perfectamente Carla, Margarita e Iphigenia.

—Dijo que tendríamos que ir a un lugar con enfermera, dijo que sacrificaría a las hermanas de santa Inés. Recuérdalo, Carla. La historia del rey Enrique VIII, disolución de los monasterios. Todos destruidos. Todos vendidos al mundo.

—Pero Dios es nuestro rey.

—Dios es nuestro rey. Pero el obispo es el rey del monasterio. Y ha enviado aquí al hombre.

Carla dispuso sus propias reliquias de la excursión. Ahora tenía otra: la esquirra de cristal negro, tan afilada como un clavo de la crucifixión. Juguetó con ella, presionando el dedo con la fuerza suficiente como para notar la punta afilada, pero no la bastante como para atravesarse la piel, tal como le había pasado a Iphigenia, que ni siquiera sabía que se había quedado esa reliquia. Había estado en su cuerpo, clavada en su carne y en su sangre. Carla alzó esa negrura contra la noche, y luego la guardó en un lugar especial de su exclusividad. Podría desgarrar y romper el tejido del escapabrigo.

Era muy tarde, el gran silencio había descendido hacía horas. Estaba tumbada en la cama desde que la esquirra de luna había pasado por su ventana y seguía sin conciliar el sueño. En cambio, sostenía una ramita de flor de cardencha, una flor amarilla de tojo y una concha en forma de oreja. La presionó contra el oído y oyó un sonido ventoso en la lejanía. Apartó la concha y la miró. ¿Cómo era posible que emitiera el sonido del mar? Volvió a escuchar. A través de la concha escuchó el eco de la canción de las focas. Vio sus cabezas redondas y lisas y los encantadores bigotes, sus grandes aletas que parecían de goma. Carla aleteó con los antebrazos arriba y abajo y entonó su canción hasta que se cansó. Pero no lo suficiente.

Salió con la concha todavía en la mano. A veces, cuando era pequeña y no podía dormir, entraba sigilosamente en la celda de una de las monjas. Cuando se fue haciendo mayor, a las hermanas dejó de gustarles y le dijeron que buscara consuelo en el Señor.

Fue pasando por debajo de los arcos de los claustros, concha en mano, cantando la canción de las focas, tarareando con la boca cerrada para que el sonido permaneciera en su cabeza y no escapara. Pasó junto al resplandor de los rescoldos en el patio. Y entonces vio el pez. Dejó de cantar, se apartó el sonido del mar de la oreja, pero el pez no desaparecía.

Se le acercó sigilosamente. Le vio el ojo vidrioso. Respiraba a trompicones.

—Kiri —llamó suavemente, pero él no respondió. Descorrió el pestillo de la puerta del redil. Él no se movió. Pero el ojo vidrioso no dejaba de mirarla. Entró y le acercó la concha a la oreja. La cabeza se giró de forma abrupta como si intentara quitarse una mosca de encima. Ella se agachó y la falda le crujió en contacto con la paja.

Estaba muy cerca de él. Su piel blanca estaba cubierta de diminutos puntos negros, como granos de arena minúsculos. Cuando le dio una palmada, notó el tacto rasposo de las criaturas marinas.

—¿Duermes?

Él observó el gran silencio. A Carla le habría gustado observarlo también, pero sus pensamientos la tenían intranquila. Cuando acudía a las hermanas de noche, a veces rompían el gran silencio para contarle un cuento, para rezar con ella hasta que se dormía.

—¿Un cuento?

Él continuó observando el gran silencio.

Ella se tumbó a su lado, amoldándose a su espalda. Lo notó frío, por lo que se le acercó más para darle su calor. Él se retorció con fuerza, pero tras darle unas palmadas suaves, se dio por vencido, igual que un pajarillo o insecto cuando lo sujetas con firmeza.

Le contaría un cuento. Pero ¿cuál? Alguno que a él le gustara. Se quedó ahí tumbada notando el movimiento de su respiración antes de decidirse. No recordaba todo el cuento, pero sí cómo empezaba; el resto ya le saldría. Tocó la concha.

Apoyó la otra mano en el vientre de él para que se sintiera arropado y caliente y empezó.

—Érase una vez una hermosa princesa. Un día zarpó con sus damas y caballeros de la nobleza a una tierra situada al otro lado del mar, pero se desató una tormenta, una terrible tormenta, y el barco se fue a pique. El mar engulló el navío sin dejar rastro. Los pasajeros no estaban muertos, solo dormían, a la espera de ser rescatados. Un día apareció un príncipe en una gran carroza negra. ¿Y sabes qué ocurrió?

Ella empezó a frotarle el vientre, su vientre frío y espinoso. Y entonces, oh, notó al bebé Moisés. Pobre bebé abandonado, sin siquiera los juncos para mantenerlo caliente. Ella no lo abandonaría, lo amaría y abrazaría igual que las hermanas habían hecho con Carla cuando era un bebé.

—La gran carroza negra del príncipe abrió un camino en el mar, igual que Moisés al estirar la mano y dividir las aguas. —Carla alargó la mano y cerró al bebé Moisés en su puño—. Él los llevaría a la tierra prometida, donde tomarían bebidas de colores, y comerían en una mesa con una alfombra del color de la sangre. —Apretó al bebé Moisés con la mano—. Y entonces...

Y entonces se produjo un milagro. Ahí mismo, en su mano, el bebé Moisés empezó a crecer. Conservó la suave piel de bebé, pero se endureció por dentro como la pierna de un cordero.

Era una atrocidad, él apenas daba crédito a lo que estaba ocurriendo. No le bastaba con contarle el cuento con su aliento húmedo en la nuca, ahora encima jugaba con él.

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, santifícame.

Oh, buen Jesús, ocúltame en el interior de tus heridas...

Él pensó que había llegado al punto en el que había quedado desprovisto de toda dignidad, en el que ya no podía caer más bajo, pero aun así ellas habían conseguido encontrar la manera. Intentó sentir las espinas de Cristo clavándosele en la cabeza, notar los clavos en sus manos y pies, la espada en el costado, sentir un dolor heroico en vez de aquello. Estaba en un lugar salvaje. Dios lo había abandonado, lo había dejado sin armas con las que defenderse, incapaz

siquiera de controlar su cuerpo.

Ella siguió contando esa tontería de cuento, el mar que se abría y las alfombras de sangre. Aunque Dios lo había abandonado, el apetito carnal parecía que no. No importaba que la mano perteneciera a esa criatura loca, tenía la suavidad y seguridad de una enfermera. Dios los denigraba a los dos. Él denigraba a todas las seductoras, la personificación de la carne y la carnalidad. De todo aquello que debe ser negado y aborrecido por un espíritu dedicado al Señor. La flema, la bilis, las legañas, la bajeza de nacer entre el pis y la mierda de una mujer. Rememoró la venalidad vil de la mujeres según san Agustín, san Juan de Antioquía, pero nada de eso evitó su erección.

Ella ni siquiera empleaba el ritmo rápido y firme de su sujeción, bastaba con la suave calidez de la mano que lo circundaba. Oh, no aguantaba más. Se dejó llevar, con unas palabras tan corrosivas que le erosionaron el alma.

—La maldición que Dios pronunció sobre tu sexo pesa todavía sobre el mundo. Eres la puerta de entrada al infierno, has profanado el árbol fatal, fuiste la primera en traicionar la ley divina, tú que ablandaste con tu zalamería al hombre contra quien el Diablo no pudo imponerse por la fuerza. La imagen de Dios, el hombre Adán, lo arruinaste, fue un juego de niños para ti. Mereces la muerte, ¡y fue el Hijo de Dios quien tuvo que morir!

Dejó escapar por la boca toda su rabia, toda la indignidad que le había sobrevenido y aun así no sabía cómo había pronunciado esas palabras con tal elocuencia, las palabras que le habían llegado desde la historia milenaria.

Cuando acabó, se quedó sollozando, exhausto y flácido. En el suave arrullo con el que intentó consolarse, oyó el coro de ovejas, unos balidos que se parecían curiosamente a los sonidos que él emitía.

Entonces lo envolvió un silencio absoluto, el gran manto frío de la noche le cayó encima y volvió a quedarse solo. La mujer había desaparecido. Era incapaz de decir en qué momento exacto se había escurrido de su lado.

Iphigenia se despertó por culpa del ruido. Un hada chillona. Nunca había escuchado nada parecido. El arrebato de ira había sobresaltado a las ovejas, luego se oyeron unos sollozos amortiguados y después nada más.

Cuando Carla se hubo marchado a su celda, Iphigenia y Margarita hablaron del tema.

—Ha ido por una senda de perdición, por eso quiere convertir nuestro hogar religioso en secular. Dios nos lo ha enviado para que nos ocupemos de él. Si no lo convencemos con nuestros cuidados, otros vendrán. —Margarita no pensaba que el Señor lo hubiera enviado para recibir sus cuidados—. Debemos intentarlo —insistió Iphigenia.

Había llegado el momento. No querían tener entre manos a un ser asilvestrado e incontrolable, a esa criatura chillona. Sí, el día siguiente sería el adecuado. Lo abordarían, lo acercarían a ellas para influirle con su compañía. No sabía si Carla había provocado el arrebato de la bestia, pero le pareció identificar el olor de una Carla asustadiza escurriéndose a lo largo del pasillo.

Sorprendentemente, pensó Ignatius al abrir los ojos ante la luz neblinosa del sol, había sobrevivido a la noche. Como no había comido nada, no había defecado. Dio gracias a Dios por ese pequeño acto de clemencia y pidió fe para superar aquel calvario que resultaba innumerable.

Pidió humildad en sus oraciones, liberarse del orgullo. Se entregó por completo al Señor para que se hiciera su voluntad.

Oyó el silbido del agua y el roce de las tazas en el tablón de madera que hacía las veces de mesa. Las ovejas pastaban a su alrededor; no daban muestra alguna de que las hubiesen perturbado los acontecimientos de la noche. Nadie dio muestras de ello. Habían vuelto a sacar la silla de la noche anterior, pero la alta no se sentaba en ella. Había mantas y cojines apilados en la silla. Algo había cambiado.

—Buenos días —saludó la alta—. ¿Qué tal el tobillo? —Como si fuera un paciente del hospital. ¿Que cómo tenía el tobillo? Por todos los santos, no le hacía falta tener las piernas enyesadas para proteger el tobillo.

Entraron en el redil, las tres. La de la noche anterior se mantuvo un poco apartada y evitó mirarlo. Él habría dicho que parecía un corderito, pero, dadas las circunstancias, la palabra estaba desprovista de su significado normal. Las otras dos lo incorporaron y le sacudieron la porquería de encima. Le desataron los brazos y se los volvieron a atar, esta vez por delante, sonriendo, como si le estuvieran haciendo un favor. Se convirtió en un muñeco flexible que se dejaba manejar a su antojo. Se sentía totalmente hundido.

Las piernas enyesadas apoyadas en el banco, con cojines alrededor de la cabeza, arropado bajo las mantas, las manos atadas encima del regazo. Apuntalado como una reina madre. Las observó mientras servían el té y le colocaban una taza delante.

Por el amor de Dios, ¿cómo pensaban que iba a poder inclinarse y cogerla, cuando resulta que estaba atado como un pavo en Navidad? Las miró con apatía. Aceptaría y recibiría, pero no pediría nada. Se mostraría tan indiferente con ellas como ellas con él. Aunque había sido humillado y degradado más allá de lo imaginable, tenía que reconocer que no eran torturadoras que se regodearan en ello. Lo habían dejado solo con su dolor y sufrimiento. Hasta el súcubo de la noche. Había yacido con él, lo había engañado y tentado. Lo había atormentado con su cuento y su mano blasfema.

Tal vez la hubieran enviado para proporcionarle la degradación absoluta, para probar su humanidad. En ese entorno asilvestrado, había pasado por un ritual iniciático. Ahora lo aceptaban de nuevo en la tribu.

Como no hizo ningún movimiento para acercarse a la taza, Iphigenia la empujó para que la tuviera a su alcance. Él la miró, las miró mientras lo observaban, y entonces abrió los dedos de la mano para rodearla, notó su calidez nutritiva. Ellas se tomaron su té, invitándolo con sus gestos a que él se tomara el suyo. No tenía ni idea de cuándo había comido o bebido por última vez, pero entonces sintió una sed y un hambre tremendos.

Quizás había tenido un accidente y se había roto ambas piernas. Tenía fiebre y el resto eran alucinaciones. Había estado enfermo, había tenido unas cuantas pesadillas y ahora estaba convaleciente sentado en una silla. Un convaleciente con las manos atadas.

Guió la taza hacia arriba intentando evitar que le temblaran las manos, intentando hacer caso omiso del dolor que sentía en los brazos. La taza por fin le llegó a los labios. Inspiró su aroma refrescante y dio el primer sorbo. Sentía su cuerpo como un gran pozo vacío, notó cómo el reguero de té caía hasta abajo. Dio otro sorbo y lo mantuvo en la boca, consciente entonces del mal sabor de boca que tenía. El té carecía del frescor mentolado de la pasta de dientes, pero resultaba agradablemente intenso y tonificante.

En la soledad del redil le habían entrado ganas de morir. No había tocado el agua ni los

mendrugos de pan que le habían dejado, había negado todo sustento a su cuerpo, pues deseaba que el Señor se lo llevara lo antes posible. Pero estaba vivo. Fuera del redil y sentado bajo la calidez del sol tomando un té. Estaba claro que Dios tenía otros planes para él.

Una vez acabado el té, sacaron cestos con vellones. Los colores naturales eran el blanco cremoso, el gris oscuro y el marrón. También había verdes pálidos, amarillo y azul. Tal vez solo había imaginado ese cesto de color negro, el cesto con su pelo. Pero tenía el cuerpo totalmente rasurado, algo debían de haber hecho con él.

A continuación, sacaron una rueca, un cesto con unos bastones acabados en un botón y otras cosas. La regordeta se sentó a la rueca, la joven se quedó cerca de ella y la alta se sentó a la mesa.

—Rueca —dijo la regordeta.

—Huso —dijo la joven.

—Cardas —dijo la alta, mostrando una que parecía dos cepillos de púas metálicas cuadrados. Las dejó encima de la mesa antes de acercarse a donde pastaba una oveja.

—Lana —dijo, tocándole el lomo—. Trasquilar, despuntar, lavar, cardar, peinar, hilar. —Imitó los gestos.

Él las observó cuando cogieron los mechones de vellón y se pusieron manos a la obra.

—Cardas —volvió a decir la alta, sosteniendo los cepillos en alto. Cuando le hubo enseñado las herramientas, se sentó. Él estaba pasando por el proceso de iniciación a los secretos de la tribu. Era como uno de esos programas de televisión matutinos en los que enseñan a los niños a hacer objetos con hueveras y otros residuos de la cocina.

—Una carda en la falda, con las púas hacia arriba. Una carda en la falda con las púas hacia abajo. —Hizo la demostración—. Se coloca el vellón en la carda. —Hizo lo que decía—. Se cepilla la carda libre —dijo señalando la que tenía en la mano— de la parte superior al asa, de la parte superior al asa. —Repitió las palabras mientras repetía el gesto, cepillando una contra la otra, cardando el vellón hasta que las fibras quedaron rectas—. Cardado. —Del cesto de cosas varias sacó una bola lila claro llena de púas con gancho—. Flor de cardencha, la que usaban las hilanderas antiguas. —La volvió a dejar donde estaba y retomó los cepillos de púas.

Ignatius escuchaba con atención. A lo mejor lo examinaban para ver cuánto había aprendido. Intentó memorizar sus gestos, como quien memoriza el catecismo.

—Cepillar con profundidad. —Lo hizo y pasó el vellón de un cepillo al otro—. Y repetir. —Lo pasó al primer cepillo—. Vellón de oveja —dijo, como si no resultara obvio lo que había en los cepillos. Cogió una madeja de gris texturizado y la colocó en los cepillos con el vellón—. Nuestro vellón. —Repitió el cepillado y el proceso de traspaso varias veces.

Mientras tanto, las demás hilaban al fondo, una en la rueca, la otra girando, hilando el hilo alrededor de la vara a un ritmo regular, que ofrecía un trasfondo a las palabras.

—Rollo —anunció con una reverencia exagerada. Sostuvo el vellón que tenía en la carda del regazo con una mano y entonces utilizó el extremo de madera del otro cepillo para imbricar los cabos sueltos del vellón que tenía bajo el pulgar. Acto seguido, colocó las púas del cepillo superior encima del vellón doblado y lo desenrolló del cepillo. Parecía una salchicha. Se lo pasó a la joven, que empezó a incorporarlo a su hilo.

Ignatius supuso que, al pasárselo, también le pasaba el micrófono, por así decirlo, pero de hecho continuó hablando. Se acercó a la que estaba a la rueca.

—Leonardo da Vinci —anunció Iphigenia—. Leonardo da Vinci diseñó una rueca que torcía

fibras y enrollaba hilo en una bobina. Pero esta rueca no se fabricó hasta 1530. —Entonces se sentó y la regordeta tomó el relevo.

—Volante. —Margarita lo señaló—. Huso, bobina, huso, eje, polea, pedal. —Entonces volvió a empezar, dándole al pedal de forma rítmica, alimentado el vellón al hacerlo. El vellón, como una madeja de hilo dental que se transforma en hilo hilado.

Eso fue todo. No acabó con una reverencia, sino que dejó de hablar de repente. Seguía dándole al pedal con el pie mientras iba alimentando con la mano la fibra en el torzal. No tenía nada más que decir, así que se retiró al fondo de la escena.

Ahora solo quedaba una.

Apartó la vista porque no quería mirarla a los ojos. Sí que podía soportar el chirrido de la rueca y el suave mascar de los cepillos de púas. Ella guardó silencio. Quizás lo esperaba a él, igual que los maestros en la escuela esperaban hasta contar con la atención absoluta y plena de toda la clase. En aquella escuela, Ignatius era la clase. Se sentía obligado a mirar.

Si lo que ella esperaba era que él prestara atención, no resultaba obvio. Ella tenía la vista clavada en la distancia corta, ni mucho menos en él. Sosteniendo la salchicha de vellón, abriendo las fibras en abanico y retorciéndolas luego con la mano inferior para hacer el hilo. Ignatius siguió la línea del hilo hasta donde se recogía en el huso que giraba.

—«¿Qué es eso que gira y gira de forma tan vertiginosa?», preguntó la princesa Aurora, puesto que la mujer de la habitación diminuta estaba accionando un huso. —Siguió abriendo las fibras en abanico, siguió retorciéndolas y transfiriendo el material de una mano a la otra.

Carla paró y recordó que la primera noche él se había contrariado con su versión de la princesa Aurora. No había tenido intención de asustarlo la noche anterior, pero de su boca había salido un aliento terrible que la había seducido.

—Pero este no es el cuento que os tengo preparado para hoy. Hoy escucharéis el cuento de las primeras hilanderas. Mirad la imagen. —Tal vez a él le gustara, una historia con imágenes.

Él miró a su alrededor con actitud expectante.

—Es un lugar de paredes oscuras y granulosas ligeramente curvadas, tal vez el hueco de un gran tronco de árbol o una cueva en la tierra o bajo el mar.

Oh, no, iba a resumir la historia de la noche anterior. Aquello era pura diversión. Solo que ahora era peor, iba a humillarlo delante de las demás.

—Hay rocas y albercas y, al fondo, hay una pequeña puerta que se abre a la luz del mundo. Las paredes están sumidas en la oscuridad, pero la luz resplandece en el hilo que las hiladoras sostienen entre ellas. De vez en cuando tocan el huso para que siga girando. Algunas dicen que son la trinidad, no separadas, pero tres caras de la misma. Láquesis, que canta al pasado, Cloto el presente y Átropos el futuro. Una sujeta la rueca, la otra el huso y la otra las tijeras. Y una es joven, otra es vieja y hay una que es de mediana edad.

Ella se mantenía distante y parecía totalmente absorta hilando el vellón. Él se relajó un poco, sosegado por su ritmo.

—Las almas que están entre una vida y la siguiente comparecen ante las hilanderas para que sepan el alcance de su destino. El alma que está a punto de entrar en otro cuerpo recibe el siguiente saludo: «Podéis elegir vuestra suerte, pero la decisión es irrevocable. Escoged con cuidado». Entonces al alma entra en la antesala en la que están presentes todos los estadios de la vida: ricos y pobres, animales, helechos, príncipes e indigentes, felicidad y dolor. Algunas se

guían por los recuerdos de su vida pasada, de modo que los músicos deciden ser pájaros con la más dulce de las voces. Algunos hombres se convierten en bestias.

Él sintió la historia como una flecha que lo apuntaba directamente, pero tenía una expresión plácida, absorta. Era como si ya no existiera.

—Otros eligen ansiosos las riquezas de la más alta soberanía, sin analizar de cerca este destino en el que quizá descubran que pueden acabar devorando a sus hijos. El alma sabia reflexiona y recuerda. Ulises, desconsolado por sus viajes, escogió una vida sencilla dedicada a la contemplación en un lugar poco visitado.

Fascinado por el hilo que giraba y se retorció, tardó en darse cuenta de que ella se había callado. Quería más.

La historia se había detenido, pero el ritmo de trabajo continuaba. Oía la rueca, la fricción de las cardas.

—Entonces —ella retomó la historia. No había acabado, sino que era una pausa. Mientras tanto, esperó que continuara el hilo de la historia, palpándolo—, en cuanto el destino se ha escogido, el alma pasa a la cámara de las Moiras que hilan el destino en un capullo alrededor del alma. Láquesis da hebra para que el destino del alma se materialice. Cloto gira el huso para confirmar la elección y Átropos retuerce la hebra para que resulte irrompible. Cuando la parte asignada de vida se ha hilado, la hebra se corta.

Volvió a hacer una pausa, aunque todavía no había llegado al final.

—Entonces el alma camina por el agua, se tumba y duerme en el mar del olvido. Poco a poco una perturbación dividirá las aguas, el hundimiento de un gran barco o incluso una perturbación tan pequeña como el salto de un pez. Y a través del hueco del mar, las almas aparecerán. Y el agua lanzará al aire una lluvia de estrellas y las almas se subirán a ellas y quedarán repartidas por la faz de la tierra. Entonces despertarán de su largo sueño y se encontrarán en el lugar elegido y el capullo prieto en el que han dormido empezará a desenrollarse.

Había llegado al final de la historia, al final del rollo de vellón. Sin embargo, continuaba retorciéndolo. Ignatius estaba muy quieto, como si también estuviera envuelto en un capullo. Ella cogió la lana acabada y la sacó del huso. El runrún de la rueca fue apagándose hasta callar. Empezaron a recoger las cosas.

Quedó liberado de su esclavitud. ¿Qué tenía que hacer, aplaudir?

Llevaron al interior el trabajo acabado, los cestos y la parafernalia, todos los accesorios de la actuación y reaparecieron con el almuerzo. Pan, *chutney* y unas hojas verdes. Un almuerzo de campesino, pensó irónicamente. No tenía ni idea de qué eran esas hojas, alguna hierba, sin duda. No obstante, al ver la comida se le hizo la boca agua.

Inclinó la cabeza para bendecir la mesa y entonces comió con ellas, se atiborró, se le cayó por encima mientras daba sorbetones, tragaba y se relamía con tanta avidez como sus acompañantes.



Lo habían metido allí dentro. En una habitación más pequeña que de la que había huido. Tenía una ventana alta por la que entraba una rendija de luz del atardecer, pero sin más medidas de seguridad. Con las piernas escayoladas y las manos atadas, no hacía falta.

En la pared había un dibujo del tamaño de una manta. Una escena bucólica en el centro, tres pastores rodeados de un rebaño de ovejas bien compacto. Manzanos, un par de aves blancas que interrumpían la franja de cielo azul. Había pinceladas ásperas y enmarañadas en los bordes que parecían zarzas y, en el interior, un ribete de escenas individuales demasiado pequeñas para identificarlas. Cuando lo tumbaron en la cama y pudo verlo de cerca, apreció que estaba todo entrecruzado con líneas finas verticales y horizontales como papel milimetrado. Había miles de recuadros diminutos y, en cada uno de ellos, una pequeña cruz. Era la pauta para tejer, en la que cada cruz de la cuadrícula representaba un punto.

La alta se colocó ante el tapiz.

—El tapiz cuenta una historia, un tejido hecho a partir del hilo del lenguaje, un objeto repleto de significado. Contiene el recuerdo de puntos aprendidos, la inventiva de la imaginación y los puntos de trenzas y elásticos de las vidas de las tejedoras. Las islas, las ovejas y la religión no son más que algunos de los temas que aparecen.

Comparado con la demostración matutina del cardado, sonó un tanto artificioso, como sacado directamente de una enciclopedia. Cardado. Una palabra nueva. Ignatius sonrió para sus adentros. Cuántas cosas nuevas estaba aprendiendo.

—Aunque se desconocen los orígenes exactos de este oficio, los fragmentos más antiguos de tejidos entrelazados se han descubierto en Arabia. No resulta descabellado suponer que la labor de punto se originó en las comunidades de pescadores, pues hacer punto es muy parecido a anudar y engranar redes. Llegados al siglo XIII, la lana —su crecimiento, procesado y comercio— se convirtió en una industria tan rentable que los barcos británicos viajaban en convoyes para protegerse de los piratas. En la época isabelina, tejer era un arte tan bien considerado que el aprendiz debía pasar seis años viajando para aprender las técnicas. Para el examen final, tenía que tejer una gorra, una camisa, un par de medias y una alfombra. Cuando las máquinas se apoderaron del mundo, hacer punto quedó relegado a afición interesante y terapéutica.

Ah, sí. Ahora lo estaba haciendo mucho mejor. Más segura, más fluida. Un siete sobre diez, por lo menos.

—Pero en las islas y puestos de avanzada, el oficio se mantuvo vivo. Aunque la forma básica del jersey, la prenda tradicional de los pescadores de las islas, es el mismo en todas partes, los puntos y los estampados varían de isla a isla. Se dice que cuando un pescador se ahoga, puede saberse de qué isla procede por el estampado del jersey. Aunque de hecho, esta idea no se sostiene porque los pescadores visitan muchos lugares en sus viajes, aprenden puntos nuevos. Siempre se copian estilos. Sin embargo, ciertos estampados y puntos acabaron asociándose con

islas concretas. Se considera que el punto de ochos característico de las islas de Arán está inspirado en las cruces celtas. Los ochos y los cordoncillos también ofrecen grosor y calidez para protegerse de la intensidad de los vientos.

Volvió a hacer una pausa, como si quisiera que el siguiente fragmento se abriera camino en su memoria.

—Tricotar no es solo una actividad funcional. En las largas noches frías de las islas Shetland se creó la labor de encaje. Es tan fina y hermosa que un chal del tamaño de una mesa puede pasar por un anillo de boda. —Como si quisiera demostrarlo, formó un círculo con el pulgar y el índice y pasó aire por él.

La regordeta añadió otro detalle.

—A las ovejas de Shetland no las trasquilan, las despluman. Cuando les crece el vellón nuevo, la lana vieja sale con facilidad. La lana arrancada tiene una bonita fibra larga.

La alta retomó la explicación.

—Los chales se tejen con agujas finas como el alambre y se emplean puntos como el de concha, ondas, helecho. Es un ejemplo más etéreo y exclusivo de este arte, que produce una gasa que posee la delicadeza y la resistencia de una telaraña. —Al oír esa palabra, la joven se incorporó de un salto. La alta le lanzó una mirada—. En el pasado, eran las monjas quienes tricotaban o bordaban las vestiduras eclesiásticas de obispos y sacerdotes. Los corderos de donde procedía la lana de estas vestiduras se bendecían de forma ceremoniosa el día de santa Inés.

Ya estaba. Un comienzo vacilante hasta que había recuperado el ritmo con autoridad. Ignatius sonrió con expresión bondadosa, igual que sonreían sus tíos cuando Ignatius y su hermana les recitaban poemas después de la cena dominical.

Daba la impresión de que la conferencia iba a ir seguida de una demostración. Las monjas tenían las agujas preparadas junto con los cestos de lana hilada. Todo estaba en la pequeña mesa: agujas, lana y tijeras, dispuesto con la precisión de los instrumentos quirúrgicos.

Juntaron las manos, bajaron la mirada y empezaron el cántico. Automáticamente, Ignatius inclinó la cabeza y bajó los ojos. Las manos ya las tenía juntas. Atadas.

Aguzó el oído, suponiendo que ahora contaban con su presencia y esperaban que se sumara a sus oraciones. Tardó un rato en darse cuenta de que no entonaban palabras sagradas. Pilló alguna que otra palabra suelta. «Aracne», «Atenea». No era una oración con la que estuviera familiarizado.

El cántico acabó y se pusieron a tricotar. Volvió a escudriñar los cestos para ver si estaba su pelo, pero no lo vio. ¿Lo habrían tricotado ya o lo tendrían reservado? Se preguntó si cuando empezaran a enrollarlo y pincharlo con las agujas, lo notaría.

Se quedaron calladas con las agujas acomodadas en las manos.

—Cuento —ordenaron.

Ah, vale. Le daban algo que hacer. Pero qué podía contar, ¿qué gustaría a las damas esa noche? Recordó la última vez que se había tumbado en la cama y les había contado un cuento. Qué listo se había sentido entonces. Ahora tenía que recuperar la inteligencia, una hebra larga y resistente de la misma que consiguiera sacarlo de allí.

Las monjas esperaban con impaciencia, como si les impidiera dedicarse a sus labores. Carla hizo rodar despreocupadamente un ovillo de lana amarilla por encima de la mesa, observó cómo se desenredaba y lo volvió a enrollar. Y eso le dio una idea.

—Érase una vez un rey que se perdió en el bosque. Estaba a punto de anochecer y empezaba a desesperarse, cuando se encontró con una anciana que le prometió enseñarle el camino de vuelta si se casaba con su hija. La hija era hermosa y el rey pensó que había hecho un muy buen trato. Pero, ah, en cuanto salieron del bosque, se convirtió en una bruja. Por entonces, el rey ya tenía trece hijos: doce varones y una hermosa hija, de un matrimonio anterior. Temiendo que la madrastra bruja pudiera causarles algún daño, dijo a sus criados que los escondiera en el bosque. Un bosque distinto —puntualizó Ignatius.

»Un día, la nueva reina, recelosa de las ausencias frecuentes de su marido, revisó sus pertenencias y encontró un ovillo de lana mágica. Desenredó el ovillo y siguió a dónde conducía: directamente a los niños. Pensando que la lana anunciaba una visita de su padre, los chicos corrieron a recibirlo. Pero, oh sorpresa, la madrastra bruja les puso unas camisas blancas en la cabeza y se convirtieron en cisnes. Se miraron los pechos hinchados y blancos como la nieve, las membranas amarillas que tenían entre los dedos, alzaron sus grandes alas y echaron a volar. La decimotercera hija se libró de correr esta suerte porque estaba en la pequeña cabaña preparando la cena.

»Cuando la tuvo lista los llamó. Pero no venían. Volvió a llamar a sus hermanos. ¿Dónde estaban? Los buscó y rebuscó por el bosque, pero se habían esfumado.

»Cuando al anochecer del tercer día el cielo enrojeció, doce hermosos cisnes descendieron aleteando a la tierra junto a la princesa. Al aterrizar, las membranas se les convirtieron de nuevo en pies, las alas se transformaron en brazos y ella reconoció a sus hermanos.

»“Rápido”, dijeron, “solo somos humanos unos minutos al día. Nuestra madrastra nos ha echado un conjuro”.

»La princesa se retorció las manos. “Decidme, oh, decidme, qué debo hacer para romper el hechizo”.

»Los hermanos hablaron en susurros mirando a todas partes menos a su hermana.

»“¡Decidme qué debo hacer!”, imploró.

»Entonces habló el hermano mayor: “Es pedir demasiado”.

»El sol apenas resultaba visible por el horizonte, la princesa, incluso con más apremio, consciente del poco tiempo que tenían para hablar, estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta. “Nada es demasiado. Dime. Habla”.

»“Precisamente”, objetó el hermano mayor, “No debes hablar. Debes tejer doce camisas de ortigas, una para cada uno de nosotros. Y no debes hablar hasta que las doce estén terminadas y volvamos a ser hombres”. Incluso mientras hablaba, los demás hermanos se estaban convirtiendo en cisnes.

»“Lo haré”, susurró ella hacia el cielo mientras se marchaban volando.

Ignatius continuó con el cuento de los doce cisnes y de la hermana que trabajó en silencio durante años.

—Incluso cuando ella, a su vez, se casó con un rey y su suegra la acusó de brujería y dejó una gota de sangre en el vestido de la joven para hacer creer al rey que había matado a su propio hijo, guardó silencio y siguió cosiendo sus camisas secretas. “Arderá en la estaca”, dictaminó el rey entristecido, mientras imploraba a su querida reina que hablara para así salvarse. Pero la reina guardó silencio.

»Mientras la conducían a la hoguera, se oyó un aleteo y doce cisnes bajaron en picado a

liberar a su hermana. Cuando descendieron, les lanzó las camisas, y al instante, doce príncipes hicieron guardia a su alrededor, incluido el príncipe más joven quien, como la joven no había tenido tiempo de acabar la última camisa, tenía un ala en vez de uno de los brazos.

»Liberada de su promesa, la reina pudo hablar. Le contó al rey lo del conjuro y que era inocente de los actos atroces de los que la madre de él la acusaba. En vez de a su esposa, el rey hizo quemar en la hoguera a su madre. A partir de entonces, el rey, la reina y todos sus hermanos vivieron felices y comieron perdices.

Ignatius se calló y le sorprendió haber llegado al final del cuento. Sorprendido también de haberlo contado con tanto lujo de detalles. Después de un rato de empezar, le había ido saliendo solo. Había oído ese cuento hacía tiempo y no era consciente de recordarlo tan bien. Tal vez se había inventado algún fragmento y en realidad no lo recordaba.

También le sorprendió ver cuánto habían tricotado. En un momento dado, se había quedado absorto en el cuento y había perdido la noción del tiempo. El sonido metálico de las agujas de tricotar se había convertido en el cabalgar de los caballos al entrar en el bosque. Había volado como un pájaro con los príncipes, había notado los verdugones que las ortigas causaban en la piel de la princesa, su angustia ante la tarea ingente que tenía por delante.

Ahora había terminado y las agujas estaban quietas. La sala estaba en silencio, todo en suspenso, siendo asimilado, digerido. Fruncieron los labios, asintieron lentamente, como si hubiera presentado una tesis aprendida, y su argumentación les pareciera convincente. ¿Qué habrían entresacado del cuento y qué sopesaban?

A partir del enrollamiento despreocupado de un ovillo de lana había surgido una historia en la que se recuperaba la forma humana. Pero ¿quién le haría la camisa que rompiera el hechizo del yeso?

Aunque el cuento había terminado, no le había abandonado. Las imágenes que evocaba su mente permanecían en la sala como un holograma. Cuando lo miraba desde un ángulo determinado, veía cisnes. Si lo inclinaba un poco, los cisnes volvían a convertirse en hombres. Y las mujeres del cuento, hermosas desde un ángulo, vengativas y brujas desde otro. Las hijas se convertían en esposas y madres; las madres y esposas se convertían en brujas malvadas y arpías.

No obstante, eran las madres quienes transmitían estas historias, las madres y las abuelas. El efecto relajante del ritmo, tan tranquilizador como una cuna que se mece suavemente. Y aunque el mundo es malvado, hijo mío, yo siempre estaré aquí. Para darte un beso de buenas noches y arroparte con el manto del fueron felices y comieron perdices.

Las miró a las tres, mujeres sin hijos, sentadas junto al fuego tricotando, tan inofensivas como su abuela cuando hacía calceta delante de la tele. Sin embargo, lo habían capturado. En su telaraña pegajosa.

Encima de la mesa había un cesto con algo verde que antes no estaba. Ortigas. Notó una sensación muy extraña en la boca del estómago.

—¿Tricotar?

Su madre le había enseñado una manera de tricotar cuando era pequeño. No con agujas, sino con una bobina de algodón antigua de madera con cuatro pequeños clavos amartillados que marcaban las esquinas de un cuadrado. Ella empezaba la labor por él, bajaba la hebra de landa por el agujero situado en medio de la bobina y luego enrollaba la lana alrededor de los clavos para hacer una cerca. Luego le enseñó a enrollar la lana de debajo por encima del clavo. Lo probó unas cuantas veces, bajo la atenta mirada de su madre, que le corregía los errores iniciales. Luego,

como motivo de alegría máxima, una serpiente tejida y delgada aparecía por la base de la bobina de algodón. Oh, la hacía tan larga que podía enrollarla una y otra vez para confeccionar una alfombra que cubría todo el suelo. Competía con su hermana para ver quién tenía la serpiente más larga. Empleaba trozos de lana de distintos colores y observaba ansioso por ver cuándo aparecía un color nuevo.

Cuando perdió el interés ya solo le quedaba suficiente serpiente para hacer un posavasos. Su hermana, por el contrario, continuó arrastrando la serpiente de una habitación a otra, como si fuera una mascota. Él fingió que le daba igual. De todos modos, era cosa de niñas.

—La verdad es que no —respondió él.

—Ha llegado el momento de aprender —dijo Iphigenia. Ella y Margarita se levantaron. Iphigenia se acercó al hombre y le soltó las ataduras de las muñecas. Era un buen comienzo. Él se las frotó para restablecer la circulación, meneó los dedos.

Había empezado a llover. Oía los distintos ritmos del agua, con fuerza y luego más tenue. El sonido de la lluvia en el tejado, el chapoteo que producía al correr por el suelo, el cambio de inclinación a medida que se llenaban los cubos. Se imaginó la lluvia al caer por los agujeros del tejado de la capilla, regando la vegetación que crecía en la cabeza de la Virgen María, cayendo en cascada por su ropa. Por lo menos, aquí no había goteras y, aunque la ventana no tenía cristal, la pared era demasiado gruesa como para que la lluvia salpicara.

Margarita hizo la demostración, cogió el ovillo de lana gris y un par de agujas gruesas como las brochetas del asado dominical.

—La mano izquierda así —dijo sosteniendo la aguja con los puntos engarzados—. La aguja por el punto, enrollar en la aguja, tirar del primer punto. —Él observó a medida que los puntos iban pasando a la aguja de la mano derecha—. Punto del derecho. Luego viene el punto del revés. Del derecho y del revés juntos forman el punto de media. Más tensión y elasticidad y se da un buen acabado.

Terminó una hilera, y luego otra, trabajando lenta y concienzudamente. Pero no como le enseñaban las cosas la señorita Black o su madre. A ella parecía darle igual si aprendía o no. No era más que una labor. Soltó la labor de punto delante de él.

—Ahora tú.

La lana tenía una textura curiosa, el color era igual que el del pelo de ella. Un escalofrío húmedo se apoderó de él, como si respirara en su cuerpo. Intentó concentrarse, pensar en algo positivo. Por lo menos tenía las manos libres. Empujó los codos hacia fuera, intentando darse más espacio. Pasó la aguja por el primer punto. ¿Y ahora? Qué fácil le había parecido. Pero ¿hacia qué lado iba el bucle? ¿Y por qué el punto no salía con suavidad? Tiró y tiró de la labor, y sacó tres puntos de la aguja de golpe.

Margarita soltó un suspiro de desesperación.

Él se preguntó si valía la pena tener las manos libres para sufrir semejante humillación. Tenía unos dedos muy ágiles con una calculadora o un ordenador. ¿Por qué tanta torpeza ahora? Se fijó en las manos de Margarita, secas y duras como las pezuñas de un animal. Las uñas amarillas y engrosadas. Y aun así hacía una hilera de punto en un santiamén.

Volvió a intentarlo, pero lo único que consiguió fue sacar los puntos hechos de la aguja.

Le entraron ganas de gritar de frustración.

Conocía esa sensación. Rememoró sus seis años, cuando aprendía a escribir. La pizarra era

una muestra de «pes» y «bes» y palabras: «papa», «boba», «pupa», «baba». La señorita Black, la maestra laica, había trazado líneas rectas en la pizarra y les contaba historias acerca de las formas que adoptaban las letras. En su libro de caligrafía, la «p» y la «b» estaban perfiladas con puntos. Sujetó el lápiz como si fuera a apuñalar a alguien con él y repasó los puntos.

La señorita Black fue revisando el trabajo de todos los alumnos. Le corrigió la forma de sujetar el lápiz y le colocó bien los deditos. «Bien», dijo ella. Su voz era dulce como la miel. Ella continuó y se inclinó sobre otro niño. En cuanto él se dispuso a repasar la siguiente letra, el lápiz se le resbaló. Por supuesto, a sus dedos se les había olvidado la colocación compleja de la señorita Black y habían vuelto a la posición de apuñalamiento. Presionó con fuerza para intentar controlar el lápiz, con tanta fuerza que la punta del lápiz se partió y agujereó la página.

—Maldita sea.

Estaba tan poseído por la furia que no se dio cuenta de que la clase al completo se había callado por la conmoción. Cuando se calmó lo suficiente, vio que la señorita Black lo miraba encolerizada, sus preciosos ojos negros como el carbón.

—Levántate.

Obedeció. Se sintió excepcionalmente diminuto a pesar de estar de pie. Tan diminuto que ni siquiera oía lo que la señorita Black estaba diciendo, aunque sabía que estaba contrariada. Mucho. No fingía contrariedad, sino que era muy real. Él no apartaba la mirada de su cinturón negro con la gran hebilla dorada, brillante y resplandeciente como la de un bombero. Su perfume y la regañina se mezclaban con su vergüenza, y sintió un curioso cosquilleo cuando ella le gritó, sus pechos puntiagudos se cernieron sobre su cabeza, sensación que tardaría años en recibir un nombre.

Ahora, en vez de la señorita Black, fue Margarita quien se cernió sobre él. La lección no había servido de nada. Resignado, le tendió la labor de punto. Ella hizo ademán de cogerla pero, en cambio, soltó un grito ahogado y se alejó. Regresó rápidamente a la mesa, cogió otra labor e intentó ensimismarse en ella.

Ignatius se quedó desconcertado.

Iphigenia y Carla intercambiaron una mirada.

—Te enseñaré —anunció Carla.

Se le acercó y, tras unos instantes de vacilación, tomó las manos de él entre las suyas, formando la misma curva suave que para sujetar crías de pájaros. Acto seguido, ella le colocó bien los dedos y juntos, a dos manos, tricotaron una hilera entera.

Ella le dejó probar solo. Él pinchó la aguja a través de un punto y enrolló la lana. Ella asintió con actitud alentadora. Ella le indicó con un movimiento de la mano que debía enrollar la lana alrededor del punto. Eso hizo.

Eso hizo. Sin estirar la lana ni perder el punto. Le entraron ganas de sonreír, pero mantuvo la cabeza gacha. No era más que una labor de punto, no es que hubiera formulado la teoría de la relatividad. Sin embargo, aceptó sus halagos con alegría.

—Bien —dijo ella con una voz que le recordó a la de la señorita Black.

Carla fue quien desplegaba una sonrisa orgullosa cuando se sumó a sus hermanas a la mesa. Ella quería que Margarita viera que él había aprendido, que estaba tricotando solo. Pero dio la impresión de que Margarita no quería mirar.

—¿Cuento? —sugirió Carla, intentando cambiar la actitud de Margarita, que no se dio por

aludida—. ¿La Bella? —propuso Carla, para recordar a Margarita la historia que siempre le gustaba contar.

Margarita dejó lo que estaba haciendo.

—Bestia, bestia, córtate las uñas. Arañarás los bonitos muebles. Tú...

Ignatius oyó un ruido, una silla que rasgaba, pero continuó, la labor que tenía entre manos captaba toda su atención.

Entonces él también fue consciente de que reinaba un silencio absoluto. Alzó la vista y vio el hueco que Margarita había dejado. Tal vez la había ofendido de alguna manera. Bien.

Iphigenia notó la complicidad del hombre.

—Basta —dijo. Era el tono que un comensal emplearía con un camarero al servirle la sopa—. Por esta noche.

Empezaron a recoger las labores.

—Practicaré —se ofreció él cuando fueron a cogerle la labor. Se la quitaron y, sin mediar palabra, le ataron las muñecas.



Saltó. Lo que se había desatado en Margarita encontró entonces una vía para aflorar a la superficie. Yacía en el gran silencio, la santa adre tejedora en el pecho, tan recta y tensa en su estrecha cama que bien podría haber sido un ataúd. Tenía la vista clavada en el techo. Entre la estructura de madera, las telarañas y otras cosas vio la lámpara de araña de colgantes duros y brillantes como lágrimas.

Bella no fue a la casa de la Bestia, la Bestia vino a llevársela.

—Bella, mi bella —dijo. Sacó la lengua de modo que sus labios color cereza se humedecieron y brillaron, se tocó el bigote mientras la miraba, acariciándose con los dedos, curvando los extremos hacia arriba como una sonrisa sugerente. Él tenía nombre, un nombre leonado, pero lo había borrado de su memoria a propósito.

—Bella, mi bella. —La casa, de dos plantas, aparecía marrón en su recuerdo. El tercer escalón crujía y el pasillo de arriba estaba iluminado con lámparas de gas reconvertidas en eléctricas. Accesorios de latón en las paredes con portavelas de delicado cristal. En el jardín no había nada salvo unos cuantos arbustos endurecidos. La casa estaba aislada en el campo, a una hora de camino a caballo o en calesa de la estación de tren. En el pueblo de la estación de tren había dos o tres coches, pero los caballos o las calesas resultaban más adecuados para los caminos de campo.

—Será una aventura para ti —le prometió su padre con una sonrisa pastosa—. Un viaje al campo. Imagínate. Puedes preparar algo de comer y llevártelo.

De pie en la cocina de la casa de su padre con su mejor vestido blanco y el fajín azul, preparando rebanadas gruesas de pan con cebolletas en vinagre y jamón.

—No hace falta —dijo el hombre del bigote negro—. Podemos parar en una taberna por el camino y tomar una cena caliente. Riñones a la brasa, un buen estofado. ¿Qué te parece?

Los dos hombres la miraron expectantes. Ella se fijó en los puños gastados de la camisa de su padre y en unos cuantos pelos blancos que tenía alrededor de los nudillos. Tenía la misma actitud fanfarrona que cuando intentaba tirarse un farol jugando a las cartas.

—¿Tú también vendrás, padre?

—Oh, no, no, no, no, no —respondió—. Tengo que ocuparme de mis asuntos.

Hacía meses que no se ocupaba de sus asuntos. Cuando salía, se pasaba horas fuera, a veces toda la noche, y le oía entrar a primera hora de la mañana, le oía volcar cosas, oía el estruendo. En noches como esas, ella se quedaba muy quieta y callada.

Las visitas de los hombres a la casa se volvieron cada vez más frecuentes. Ella sacaba los ceniceros, les servía el vino, se sentaba en la cocina y escuchaba mientras la estancia se llenaba de su conversación envuelta en humo y chistes lascivos. El hombre del bigote negro y labios rojos como cerezas acudía a menudo. Cuando jugaban a las cartas, se quitaba la americana y se subía

las mangas de la camisa sujetándolas con unos brazaletes dorados que formaban una onda como serpientes de metal. Sujetaba un puro entre los dientes, incluso mientras hablaba. Cuando ella entraba en la habitación con otra jarra de vino, a instancias de la campana de su padre, o más tarde, cuando ya caía la noche, por sus gritos desagradables, el hombre meneaba el puro en su dirección. No era ni mucho menos el peor.

El día que fue a buscarla hubo mucha cháchara. Cuando la vieron en lo alto de la escalera, él le enseñó su sonrisa rojo cereza y entonces su padre cerró la puerta, la puerta de madera oscura. Ella bajó a hurtadillas y aguzó el oído, pero oía solo voces, no palabras. De vez en cuando, su padre alzaba la voz, luego imploraba, y cuando pegó el ojo a la cerradura, vio al visitante sentado en el sillón del salón y a su padre de un lado a otro, pasándose los dedos por el pelo y girándose como si de repente se le hubiera ocurrido una idea. Pero el hombre negaba con la cabeza y se mantenía firme. El hombre era quien tenía la sartén por el mango y su padre era un don nadie. Su padre se acercó a la puerta y ella se escurrió para evitar ser vista.

Cuando volvió a mirar, el hombre le tendía la mano a su padre para que se la estrechara. Nunca olvidaría esa mano. Tenía el vello recortado y las uñas pulidas. Llevaba la manicura hecha como si fuera una mujer.

Margarita había vuelto a ver esa mano esta noche.

Cerró los ojos, pero la mano no desaparecía, sino que veía el resto. Ahora tenía cuernos y una boca cavernosa, iba a engullirla. Una lengua larga y curvada, roja y brillante. Corre, Bella, corre. Corre, corre lo más rápido posible. Por el pasillo, hacia el exterior. Había un muro de fuego.

Margarita yacía en la cama que parecía un ataúd, empapada de miedo y de sudor, como si una mano se le metiera entre las costillas para arrancarle el corazón, un pajarillo que aletea a lo loco y va dándose golpes. Soltó un grito ahogado. Había estrujado a la Santa Madre y la había dejado convertida en una bolita. Cuando se calmó, alisó la imagen para que recuperara su aspecto anterior. Margarita se la presionó contra el pecho, intentando imbuirse de indulgencia y caridad. Tenía visiones. Quizá fuera una indigestión. Cuando volvió a cerrar los ojos, vio que bajo los cuernos y la boca cavernosa se encontraba el alzacuellos de un sacerdote.

Margarita se levantó de la cama y se arrodilló en el suelo frío y duro. Le dolía la mandíbula, había estado apretando los dientes. «Dame fuerzas para perdonar, para aceptar con caridad cristiana. Y si la venganza es tuya, oh Señor, déjame ser digna. Déjame ser tu espada, tu vasija, oh Señor».

El hueco que había dejado Margarita le dio la idea de que podía trabajárselas una por una. Un hueco que podía agrandar lo suficiente como para pasar por él. Iphigenia, Margarita, Carla. En su mente las veía como una colectividad: las monjas, las mujeres, las tres; pero no eran todas iguales. Siempre habían presentado un frente unido, pero hoy por primera vez había visto discordia. Se inclinaba por sospechar que él era el motivo. Qué agradable. Porque entonces podía enfrentarlas entre sí. Divide y vencerás. Había funcionado en el caso del Imperio Británico. Le fue dando vueltas a la idea en su cabeza, succionándola de vez en cuando como si fuera una pastilla para la tos.

El poder de la comunidad recaía en Iphigenia. Era la líder. Pero Margarita había decidido por su cuenta y riesgo levantarse y salir del círculo de tricotar. Podía hacer de las suyas en ese margen de crispación.

Bajo el yeso, notaba un picor insoportable en las piernas. Le crecían las uñas pero dudaba que

le crecieran lo suficiente como para poderse rascar. El pelo también le volvía a crecer. A juzgar por lo rasposa que tenía la barba, debía de haber pasado cerca de una semana desde que lo habían enyesado. Debían de echarle en falta. Solo tenía el 4 × 4 para diez días, la empresa de alquiler de coches debía de haber telefoneado al palacio para ver por qué no habían devuelto el vehículo. Desde el palacio llamarían a su hermana, ella les diría que no había llegado. Ella se preocuparía. Ignatius era puntual, fiable. Si se hubiera retrasado por algún motivo, habría llamado. Si es que podía llamar.

¿Avisarían a la policía? ¿Enviarían un equipo de búsqueda? ¿O supondrían que no era más que otro sacerdote que había desaparecido, así como así, como el hermano Terry? Treinta años en la orden y, de repente, unas Navidades ya no volvió. No supieron nada de él hasta al cabo de dieciocho meses, cuando recibieron una postal desde Canadá en la que se disculpaba por las molestias causadas y anunciaba que tenía una relación con Denis, el manitas que les había arreglado las tuberías.

Pongamos por caso que alguien hubiera informado a la policía, pongamos por caso que alguien se hubiera acercado a investigar. Pero Ignatius no tenía manera de saberlo. Se sentía solo y abandonado, dos emociones que lo abrumaban peligrosamente. Si se dejaba vencer por cualquiera de las dos, estaba perdido. Las ahuyentó de su mente.

La alta, Iphigenia. Aunque oficialmente no fuera la madre superiora, sí que lo era *de facto*. Iphigenia parecía ser la que tenía más experiencia en la vida. Probablemente habría sido una enfermera jefa o una directora de escuela magnífica. En algún punto de su historia vital acechaba una gran fortaleza. Se preguntó cómo le habría llegado la vocación, cómo había acabado en un lugar como aquel.

Ignatius había sentido la llamada del Señor. Recordaba el instante preciso en el que había notado el aliento de Dios. Fue a los catorce años, en una clase de Matemáticas con el hermano Carmody. Luego había hablado con el hermano como si hubiera tenido algo que ver. Él y Michael Duigan fueron invitados a merendar. *Scones* bien gruesos y pan sabroso con la mermelada casera de la señorita Tilley y un montón de nata. Al principio vaciló, pues había oído hablar de muchachos a los que los hermanos invitaban, pero no pasó nada extraño.

Le explicaron que podía empezar entonces si lo deseaba.

—Sabe Dios —dijo el hermano Carmody—, que cada vez hay menos incorporaciones y que la Iglesia necesita chicos con talento como tú. Tú serás la savia nueva —dijo, poniéndole las manos sobre los hombros—. Pero quizá sea preferible esperar unos años, aprender antes sobre el mundo. Chicas —dijo—. Quizá quieras casarte y servir así a Dios. —No hacía falta que añadiera que la forma más pura y entregada de servir a Dios era a través del sacerdocio. Con respecto a lo de casarse, era lo último que se le pasaba por la cabeza. Apenas se atrevía a sentarse al lado de una chica, y mucho menos a casarse con una.

Sin embargo, había esperado unos cuantos años y nunca había olvidado el aliento de Dios en la clase de Matemáticas, al término de su adolescencia. Poco antes de los veinte, veía la Iglesia como profesión, mientras que otros jóvenes de la escuela se habían alistado en el ejército de tierra o de aire.

Si había una con la que se podía razonar y ser pragmático, era con Iphigenia. Tumbado allí, en la oscuridad, sopesó las posibilidades. Tenía que demostrar que velaba por los intereses de la comunidad. Demostraría su utilidad, se ofrecería a hacer reparaciones, trayendo tal vez materiales de tierra firme. No, no era buena idea. Las piernas le picaban sobremanera, ojalá pudiera

tocárselas. Lo único que podía hacer era moverlas arriba y abajo en la cama, lo cual apenas le aliviaba.

Se puso a pensar en Margarita, la de la cara como una calabaza. Olía. Todas olían, pero ella despedía el hedor de una mujer gorda en cuyos pliegues fermentan el sudor y las secreciones de la carne. Para Margarita era un huésped no deseado. Tenía que demostrarle que comprendía su actitud, que le sabía mal haber irrumpido en su vida. Supuso que el resentimiento que sentía hacia él no ayudaba, el hecho de que el intento frustrado de huida se hubiera producido bajo su vigilancia. Se preguntó si no había escogido a propósito la noche en que ella hacía guardia, igual que un lobo identifica al miembro más débil del rebaño.

Maldita sea, cómo le picaban las piernas. Tendría que inventarse algo acerca de por qué se había retrasado, por qué no había telefonado, pero tendría tiempo de sobras para ello mientras volvía a tierra firme en coche. Tenía que escapar, informar de sus recomendaciones con respecto a la finca. Iban a ser reubicadas tanto si querían como si no.

Ignatius se había entregado en cierto modo a este proyecto. Era él quien había encontrado detalles sobre el monasterio olvidado entre los archivos y papeles. Era él quien había sugerido que lo vendieran, previa inspección para determinar su conveniencia. Estaba demasiado aislado como para convertirlo en una escuela o un hospital. Fue a Ignatius a quien se le había ocurrido la idea del hotel de lujo, quien veía el aislamiento del lugar como su mejor baza. Unas cuantas empresas ya ofrecían sitios así. Castillos reformados en zonas alejadas del ojo público, con los mejores chefs en plantilla. Faisán y becada en la carta, el marisco más fresco. Cordero alimentado con algas.

Era como si lo viera. Una pista de aterrizaje en tierra firme para los *jets* privados, un paso elevado permanente para no depender de la marea. Lejos del mundanal ruido, la ubicación era la principal medida de seguridad. Ideal para reuniones confidenciales, políticas o comerciales. Las conversaciones preliminares acerca de la reunificación de la Alemania Oriental con la Occidental se habían mantenido en un lugar como aquel. Al obispo le encantó la idea cuando Ignatius se la contó.

—Negociaciones regadas con un par de botellas de Courvoisier, coto privado de caza para cerrar el trato, una ronda de golf. Tiene potencial, Ignatius.

¿Cómo era posible que le dolieran tanto las piernas? Tal vez le estuvieran saliendo llagas, ulceraciones. Sabía que una vez vendido no tendría ningún papel oficial en la urbanización del lugar, pero le gustaba pensar en ello. Dios sabía la de tiempo que tenía ahora para pensar. Tal vez pusieran en práctica algunas de sus sugerencias.

Se imaginaba preparando acuerdos, negociando con posibles compradores. Connoisseur Resorts, aquella era su primera opción. La venta de este monasterio era su proyecto y participaría en él hasta el final. Tal vez pudiera convencerlos de que lo mantuvieran como asesor de algún tipo. Pero primero tenía que deshacerse del yeso y liberar las manos.

Notó la presencia de alguien en la habitación.

—¿Problemas? —La madre superiora.

Ignatius interrumpió sus pensamientos en ese mismo instante. Le picaba todo. Aunque todavía tenía el vello corto, se lo notaba de punta, sus folículos reaccionaban, ponían su cuerpo en alerta. ¿Acaso ella le había adivinado el pensamiento? Ahora distinguía su silueta. La luz tenue le marcaba las facciones como si fuera una talla de madera, ahuecándole las cuencas de los ojos.

—¿Problemas?

—Golpes.

—Oh —dijo él, dándose cuenta de la situación. ¡Qué orejas tan grandes tienes, abuelita!—. Me pican mucho las piernas. —Entonces se le ocurrió una idea mejor—. Tal vez tenga una infección ahí abajo. —Ella lo miró con expresión de búho—. Quizá debería examinarme un médico —sugirió inocentemente. Ella guardó silencio, como si esperara oír algo, y se marchó con el mismo sigilo con el que había aparecido.

Entonces sintió el máximo escozor en las piernas, se imaginó el sudor ahí abajo, fermentando. Si seguía pensando en ello, acabaría loco. La tercera monja, Carla. Giraba y rodaba en su imaginación, seductora, idiota, loca, una niña en un cuerpo de mujer. Con una voz tan dulce que, si cerraba los ojos, tenía visiones de ángeles. No obstante, la relacionaría para siempre con la noche de su degradación absoluta.

Pero aquello ya había pasado. Estaba bajo techo y tumbado en una cama. Con qué rapidez un techo y una cama convierten a la bestia en hombre otra vez. Un hombre que, en vez de yacer impotente abrumado por el peso de la desesperación, cabalgaba por encima de ella, tramando y planificando. Todo eso había sido un sueño, se dijo, una pesadilla causada por el hambre y la desesperación. Su instinto animal se había despertado y empleado su lengua elocuente para decir lo que pensaba. Siempre imaginó que el demonio tenía una lengua elocuente. Ni cuernos ni cola, el demonio iba por ahí como un hombre de ciudad con las cejas bien perfiladas y un diente de oro que brilla.

O, tal vez, cuando convenía, el demonio se introducía en el cuerpo de una mujer coqueta y tentadora. Él la veía en su mente, mirándolo por entre sus dedos. Sin duda era la que tenía mejor tipo de las tres. Imaginó su silueta bajo toda esa lana. Luego otro detalle. Quiso apartarlo de su mente, pero volvió enseguida. Los pies. Los tenía encallecidos y con las uñas largas como las demás, pero entre los dedos le habían crecido unas membranas curiosas.



El ojo de Dios está en la hierba, de una redondez perfecta, liso como la superficie de la gelatina. Es un ojo marrón oscuro, con la pupila negra. Una abertura negra y circular que permite la entrada de luz. Como el cristal.

La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu cuerpo fuere sincero, todo tu cuerpo estará lleno de luz.

Cuando Carla alza la vista al cielo, este agujero se vuelve muy pero que muy pequeño. Pero la luz sigue inundándola. Su ojo está tan ávido de equilibrio, de alguna oscuridad en ese resplandor blanco que lo compensa produciendo un parpadeo de soles negros.

Ahora mismo Carla yace boca arriba, con la cabeza apoyada en el brazo extendido, y el ojo de Dios está cercano al suelo, la línea de visión entrecruzada por haces de hierba. Se centra en una sola brizna, los surcos de la fibra a lo largo de esta, el extremo de un tono verdoso ligeramente más claro. Y una gota preñada de agua cuelga deliciosamente de ella como un péndulo. Un huevo de gelatina blando. Está estriado por las curvas verdes, la brizna se ha multiplicado. Bajo su cuerpo, miles de briznas se aplanan contra la tierra, las criaturas minúsculas que habitan en la hierba despiden un pánico que huele a miedo.

Intenta tocar con el dedo el saco de agua, nota una ligera frialdad al tacto y entonces despacio, muy despacio, retira el dedo, el agua se adhiere a él, cambia de forma, erige un puente entre brizna y dedo. Apenas una fracción más. Entonces ocurre. Plop. Nunca llega a ver el instante preciso en que se divide en dos, siempre pasa en una milésima de segundo. Ahora tiene una gota en el dedo y otra en el extremo de la brizna. Nota su discreto cosquilleo. Hierba joven y dulce, la preferida de las ovejas. Hay otra hierba cuyo filo corta fácilmente.

—¿Filo? —repitió Carla cuando oyó la palabra por primera vez referida a la hierba—. ¿Cómo los cuchillos?

—Sí, hija mía —repuso la hermana Cook, con los antebrazos enharinados y una pizca de harina en la mejilla.

—¿Por qué?

—Porque sí —suspiró la hermana Cook—. Corre a jugar.

Carla se marchó corriendo a jugar. En la hierba donde estaban los grandes matojos. Arrancó un puñado de hierba e intentó cortarse el pelo con ella, pero fue en vano.

—Corta —dijo enojada, recordándole su función. Lo intentó con un escarabajo, lo intentó con un gusano—. Corta, filo, corta. —Pero no había manera—. Malo, filo, malo —dijo, golpeándolo.

Y entonces se produjo el milagro. Los dedos presionaron de algún modo contra el filo de la hierba y se dio cuenta de que le habían dejado marcados unos cortes bien finos. Le brotaron unos hilillos de sangre que le resbalaron poco a poco por los dedos. ¡Qué brillante, qué roja! No le había dolido ni lo más mínimo. Alzó los dedos y sacó la lengua para lamerse la sangre y disfrutar

de su sabor carnosos.

Regresó corriendo a la cocina.

—Filo, hermana Cook, filo. —Alzó la mano con gesto triunfante y los ojos brillantes.

La hermana Cook acababa de poner la última tanda de pan en el horno y bebía agua de un tazón. Miró alarmada a la niña que le mostraba los dedos ensangrentados. Pero enseguida se relajó, no eran más que cortes insignificantes. La niña apenas parecía afectada.

—Deberías tener más cuidado —advirtió, cruzando las manos delante de ella, mirándola por entre su larga nariz. Enseguida suavizó el semblante—. ¿Por qué no vuelves después de la sexta? Habrá unos cuantos panecillos que sacar del horno, calientes y crujientes.

«Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad». La Biblia también presiona las briznas de hierba contra la tierra. A Carla le gusta ver el túnel que se forma entre el lomo y el lugar donde están enganchadas todas las páginas en la Biblia abierta. Cuando pone el dedo en este espacio, le parece acogedor y calentito, encaja como anillo a un dedo. También le gusta el olor del texto y la manera como, al sujetar una página contra la luz, se ven las palabras del otro lado. Las palabras al revés.

A veces a Carla le gusta leer así, a través de la página mientras la luz brilla en las palabras de atrás. Solo lo hace cuando está a solas con Dios, piensa que sus hermanas fruncirían el ceño si lo supieran. Quizá sea la manera como el demonio lee la Biblia.

He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos, sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Pero guardaos de los hombres porque os entregarán a los concilios y en sus sinagogas os azotarán.

Hoy él le sonrió, mientras desayunaban en silencio, cuando alzó las manos atadas para tomarse el té. Tenía los dientes muy blancos, las mejillas hundidas. Se le arrugaban cuando sonreía.

Él la había flagelado en el redil al que ella había acudido embargada por el anhelo y la falta de sueño. Él tampoco podía dormir. Estaba solo y tenía frío. Ella había empezado a abrazarlo y a contarle un cuento que lo ayudara a conciliar el sueño, un cuento sobre la gente que había visto en las imágenes que aparecían en el libro que él había traído, pero la ira había brotado de su boca con palabras ardientes como el aliento de un dragón.

En la hierba humedecida por el rocío, con los trinos de los pájaros y la luz de Dios que todo lo ilumina, ella ya no siente el fuego de su rostro. Es algo que ocurrió hace mucho tiempo, al otro lado del sueño.

Rojos y amarillos, blancos y negros, todos preciosos a ojos del Señor. Él era uno de los blancos y negros. Su encantador hombre con cola de sirena se estaba ensuciando y empezaba a tener el cuerpo negro. Mientras Carla se tomaba el té del desayuno, le había mirado todos esos pelos.

En una ocasión, hacía algún tiempo, habían encontrado un pequeño erizo en el escalón de la cocina. Las hermanas querían llamarlo Carla porque Dios lo había colocado en el escalón.

—Igual que tú —arguyeron.

Pero Carla había arrugado su pequeña frente consternada. No es que no le gustara aquella criatura, pero no quería compartir su nombre con ella. Pensó que quizá tendría que compartir también su alma con ella, que se la llevaría y la enterraría en la tierra. Nunca la recuperaría de un ser cubierto de tantas púas. Pero el erizo desapareció antes de que pudiera domesticarlo y nunca

llegó a recibir un nombre.

Carla se sentía culpable, era mezquino por su parte no dejar que se llamara como ella. El erizo no estaba bautizado y no podría ir al Cielo. Por el contrario, la pobre criatura flotaría en el limbo junto con los bebés muertos y hechos un ovillo.

Carla pensó en cuando le había rodeado las manos con las suyas para tricotar. Le había hecho el feo a Margarita dejando que se le escaparan los puntos, pero a Carla no se lo había hecho. Había dejado que le enseñara. También permitiría que lo amansara. Empezaría por los pelos. Se desplazó un poco hacia él. Apenas unos milímetros, apenas perceptibles. Luego un poco más. Alargó la mano y se los tocó. Oh, eran unas pequeñas púas, igual que las del erizo. Él ni se inmutó. Sonrió. Ella quería seguir tocándole, pero retiró la mano y se la recolocó en el regazo. Hay que amansar poco a poco.

Con la mano extendida, Carla cogió una pequeña mata de hierba y la arrancó de cuajo. Raíces blancas que se escurren sigilosamente por la tierra negra y dulce. Se arrastró hacia delante y atisbó por la rampa dejada. El ojo de Dios que todo lo ve. Había desarraigado un árbol gigante que crujió y suspiró al soltarse de la tierra. Ahí abajo sería como un terremoto, todos los seres vivos alerta. Los ácaros de la tierra, los hipopótamos blindados, hormigas gigantes de cabezas gigantes, las antenas largas alertas al peligro.

Carla tenía el ojo puesto en el agujero, mirando hacia el mundo de la tierra oscura. Una hormiga emergió a paso lento. A Carla no le costaba imaginarse el mundo de una hormiga. Los bosques de hierba cargados de bombas de agua preparadas para caer. Se golpeó la cabeza con el suelo. A las hormigas les encantaba que lo hiciera. Todos los pequeños ácaros de la tierra se desorientaban y avanzaban hacia la superficie. Un desayuno copioso para las hormigas. Si una única hormiga se encuentra con tal festín, no se pone a mascarlo todo ella sola. Al igual que Carla, la hormiga forma parte de una comunidad. La hormiga se toma un buen bocado y luego baja las patas traseras y deja un rastro de olor para atraer al resto de las hormigas a la mesa del desayuno. Carla observó a la hormiga cuando se acercaba a la inmensa montaña que formaba su mano extendida. Con la otra mano se presionaba la concha contra la oreja. Al escuchar su sonido lejano, reconoció una melodía, notas sostenidas y repetidas como un rezo o la canción de un cordero. Tal vez fuera el murmullo de las almas en el mar del olvido. Dejó que la música girara a su alrededor sin aferrarse a ella.

Arrancó otra brizna de hierba y esta vez apareció un gusano de tierra. Notó su cuerpo resbaladizo y gelatinoso mientras se retorció y giraba formando contorsiones imposibles. Carla había intentado hacer lo mismo, pero no era capaz de retorcer el cuerpo igual que un gusano de tierra desnudo y húmedo. El gusano de tierra excavó la tierra húmeda y fértil para evitar el sol secante que le cocería el cuerpo y se lo dejaría con la consistencia del cuero.

El pequeño gusano blanco en su casa oscura y fértil le recordó a Carla al bebé Moisés en las zarzas. A diferencia del gusano que se retuerce y se le enrosca en la mano, intentando saltar de nuevo a la tierra, el gusano del bebé Moisés fue creciendo en dureza y grosor como si tuviera un hueso en el interior. A Carla le agradaría volverlo a ver. Milagroso. Antes tendría que amansarlo un poco más. Se estremecía de placer al ver algo que cambiaba ante sus ojos. Carla se quedó un tanto decepcionada cuando excavó la tierra y vio que era muy parecida a lo que se veía en la superficie. Densa por sí sola. Le gustaría arañar la superficie y encontrar una caverna. Le gustaría que la tierra fuera un huevo, una superficie seca y lisa que ocultara una sorpresa húmeda y resbaladiza en el interior.

Dibujó círculos con el dedo en la tierra suelta a la que fue el gusano. En una ocasión, encontró una cosa en sus excavaciones. Una cosa oscura y doblada. Al principio parecía un engrosamiento de la tierra. Pero pudo sacarla y abrirla. Emitió un sonido como de desgarrar. Era una manta gris. Tenía algunas partes tan frágiles que se desmenuzó al tocarla. La encontró cerca de los arbustos y era muy extraño que estuviera allí. Cuando la abrió, encontró menos tierra y más manta, el interior protegido por pliegues. Estaba manchada y descolorida con un tono marrón rojizo más oscuro. Sangre.

Se dio la vuelta, aburrida de la tierra, y se quedó tumbada con los ojos cerrados escuchando la concha. Se había convertido en su objeto preferido y la llevaba consigo a todas partes. No solo emitía sonido, sino que Carla la usaba de cortador, como el que la hermana Cook tenía para dar forma a la masa. Una vez, durante la Pascua, la hermana Cook hizo hombrecillos de masa. Carla les puso pasas para representar los ojos y tres más por delante como si fueran botones. Hornearon a los hombrecillo, y el domingo de Pascua, se los comieron.

Se presionó la concha contra el brazo para formar curvas entrecruzadas, se la volvió a presionar contra la oreja y observó cómo se desvanecían las marcas.

Cla... cla... cla... cla... cla. Ahora hay un sonido distinto en el oído. Suena cada vez más fuerte hasta que lo oye incluso sin la concha. Algo se desliza y tapa el sol. Abre los ojos y lo mira de hito en hito.

Lo oyó venir mucho antes de verlo. Estaba sentado en el patio, con la cola en alto y las manos atadas. Se había ofrecido a ayudarlas en sus tareas, pero no le habían hecho ni caso.

Las tres monjas se habían pasado la mañana recogiendo cagadas de oveja en el patio y luego Carla se alejó para buscar más. Margarita e Iphigenia estaban ahora en la capilla. Se había acostumbrado al olor de las cagadas, no era como el de los excrementos de los perros o de las personas, sino que tenían cierta cualidad fresca y terrosa. Se planteó despreocupadamente si las heces de los vegetarianos despedían un olor así de fresco. Debía de haber llovido un poco por la noche porque la hierba estaba húmeda y las cagadas de las ovejas blandas y resbaladizas.

Si de él hubiera dependido, habría esperado a un día seco, cuando la tarea resulta más fácil. Pero ellas dijeron que era mejor así para el huerto. Húmeda se filtra mejor en la tierra. Las esparcirían, las dejarían reposar antes de plantar. Habían sembrado patatas del año pasado. El hombre se había ofrecido a ayudarlas a cavar. «Se cava el día de cavar», le habían dicho.

Ignatius supuso que las heces que depositaba en el orinal acababan mezcladas con las de las ovejas. Tampoco es que hubiera contribuido demasiado al abono durante su estancia. Su cuerpo había reaccionado al estrés extremo con el estreñimiento, en un intento por retenerlo todo y evitar desintegrarse. Miró la pila cada vez mayor del redil. Se sentía mucho más tranquilo viviendo encima de cagadas de oveja que de las suyas propias.

De vez en cuando, salían de la capilla, se vaciaban los bolsillos delanteros en la pila y se marchaban otra vez. Él permanecía sentado con los ojos cerrados, absorbiendo el sol, aguzando el oído para ver si oía retazos de conversación procedentes de la capilla, sobre todo conversaciones relativas a él y a su situación. Estaban tan retraídas como siempre. De vez en cuando oía el eco de un balido, la rascada contra una piedra, el gruñido ocasional de las monjas al inclinarse o incorporarse.

El sonido empezó como una débil onda mecánica en su campo auditivo antes de solidificarse. Cla... cla... cla... cla... cla... El corazón le dio un vuelco en el pecho, abrió unos ojos como

platos y lo vio. Una pequeña mancha negra en el cielo que iba acercándose cada vez más en círculos. Venían a por él. Oh, sí, era eso. La isla no se encontraba en la trayectoria de los vuelos regulares; desde que estaba ahí, no había visto más que pájaros. Seguro que venían a por él. Tenía ganas de gritar, de ondear una bandera grande y colorida, lanzar una bengala. Estoy aquí. Estoy aquí. Apenas podía contenerse.

Pero claro, no era el único que había oído tamaño estruendo acercándose. Las recogedoras de cagadas estaban ahora en el patio con la vista clavada en el cielo. Margarita dedicó una repasada larga al hombre, como si fuera el culpable directo de la perturbación. Y por supuesto que lo era, oh, menos mal, claro que lo era.

Aunque el corazón estaba a punto de salirse del pecho, aunque tenía la mente puesta en el helicóptero, transportado a la seguridad, con brazos y piernas sueltos y en una situación en la que los problemas que tenía ahí abajo parecían minúsculos y nimios, en el lugar nada había cambiado. Estaba en la misma postura en la que las monjas lo habían dejado. No podía coger nada y ondearlo, no podía moverse. Y ¿qué sentido tenía gritar? No podían oírle de ninguna manera.

El helicóptero seguía estando lejos, pero volaba en círculos más cercanos. Iphigenia tenía la mano alzada para protegerse los ojos del sol, esforzándose por ver. Movía la nariz como si fuera un conejo. Margarita intentaba tranquilizar a las ovejas que balaban nerviosas.

—La capilla —anunció Iphigenia decidida.

Lo trasladaron a la capilla y lo soltaron delante de santa Ana.

—Ovejas.

Mientras Margarita iniciaba el cántico de las ovejas para reunir las, Iphigenia ocultó el destello rojo del fuego bajo un cubo.

—Carla. —Iphigenia y Margarita la buscaban desesperadamente a su alrededor—. Carla.

Su llamada recibió respuesta en forma de fuertes pisadas en el patio. Carla miró como loca a Iphigenia y a Margarita, señalando al cielo con el dedo. Las tres se escurrieron a la capilla como si de un refugio antiaéreo se tratara.

Ahora tenían el helicóptero encima, emitiendo un ruido muy fuerte. Las hermanas notaban la vibración del suelo. Una teja se soltó, cayó encima de la cabeza de santa Ana y se rompió. Se oyó un grito ahogado colectivo y todos empezaron a rezar. «Líbranos del mal».

—Líbranos del mal, oh, líbranos del mal —rezó el padre Ignatius con gesto grave.

El helicóptero aparecía y desaparecía en el círculo del cielo. Las ovejas balaban inquietas, mientras que los humanos, con las manos juntas en posición de rezo, observaban el artilugio entrar y salir de su campo visual.

—Señor, haz que aterrice —rezaba Ignatius—, haz que aterrice. Ven a echar un vistazo más de cerca. —Se le ocurrían un montón de sitios en los que aterrizar: los campos, el patio, incluso. ¿Había señales de vida en el exterior? ¿Humo del fuego?, ¿Carla corriendo?, ¿La reunión de las ovejas? Qué pena que no hubiera madejas de lana colorida secándose por ahí colgadas. Ignatius lo veía tal cual debía de apreciarse desde el cielo. Un círculo de zarzas, un monasterio en ruinas, nada de cuya existencia no supieran ya. Debía de verse abandonado, desértico.

Al final, el helicóptero dejó de aparecer por entre los agujeros del tejado y el sonido fue desvaneciéndose. Se estremeció de frustración. «Regresa, regresa». Dios le había tendido la mano, pero Ignatius no había podido cogérsela. Quedaba fuera de su alcance.

¡El coche! ¡Eso es lo que debían de estar buscando! El coche atrapado entre las rocas. «Oh,

Dios mío, por favor, que encuentren el coche. Que aterricen y echen un vistazo de cerca. Que sepan que llegué hasta aquí. Que me busquen».

Ahora tenía los ojos bien cerrados e iba inspirando bocanadas de aire. No permitiría que lo vieran llorar, no pensaba dejarles ver hasta qué punto deseaba la salvación.

Era cada vez más débil. Había descendido. Estaban aterrizando en la playa. Estaban examinando el coche. Verían que el coche no estaba abandonado sin más, que faltaban cosas. Supondrían que había ido a algún sitio y empezarían a buscarlo a pie. Primero en las casas abandonadas cercanas a la playa, por las rocas. Las monjas debían de haber dejado rastro la noche que salieron. Aunque había llovido, alguna señal quedaría. Supondrían que había llegado hasta el monasterio, regresarían y encontrarían la manera de entrar. Eso es lo que él haría, aterrizaría, recorrería cada milímetro del lugar, no dejaría piedra por mover si tuviera que buscarse a él mismo.



Hacía bastante tiempo que el helicóptero había enmudecido, pero la pequeña congregación seguía en la capilla a la espera de recibir la noticia de que no había peligro. Nadie decía nada, incluso las ovejas habían dejado de balar, pues les hablaban en susurros para que participaran de ese ambiente silencioso. Las monjas estaban arrodilladas en actitud de rezo y el hombre de la cola de pez estaba apoyado contra la estatua, lo cual era de agradecer.

¡Bang! Todos se sobresaltaron. Se oyó un fuerte traqueteo metálico en las losas. Las ovejas corrieron de un lado para otro, chocando entre sí, mientras las monjas cruzaban las manos sobre el pecho. Ignatius contuvo el aliento, deseando con todas sus fuerzas que tuviera algo que ver con el helicóptero.

Iphigenia se relajó y soltó un risita de alivio.

—El cubo.

Se produjo una exhalación colectiva, un cambio de peso del cuerpo, una distensión del suspense en la capilla. Esperaron un poco, pero lo único que se oía en el exterior era el gorjeo de los pájaros.

—Cla... —Un intento curioso y tímido. Carla recorrió la capilla con la mirada y luego alzó la vista al cielo. Se levantó—. Cla... —Extendió los brazos y giró, al tiempo que daba pasitos arrastrando los pies—. Cla... cla... cla... cla... cla... —Cada vez con más osadía.

Iphigenia se acercó al umbral de la puerta. Todo estaba tranquilo. Salió al patio, alzó la vista al sol y se giró, como una versión más lenta de Carla. El intruso había desaparecido. Comprobó si había algo extraño, algo que pudieran haber dejado atrás, el olor de otros hombres, pero solo captó el ligero tufo a combustible que había descendido. Eso y la mezcla embriagadora y densa del miedo y el alivio procedentes de la capilla.

Se habían rodeado de una neblina de rezos para que el helicóptero no los encontrara. Ya había desaparecido y estaban a salvo. Las hermanas de santa Inés se dispusieron a salir en fila de la capilla para retomar el pastoreo. Iphigenia no se había esperado un helicóptero. Si venían, ella se imaginaba que vendrían igual que él, en coche. Qué extraordinaria visión. Como una libélula gigante.

Solo había visto un helicóptero en su vida. El viento que levantó aplanó la hierba. Ella y su abuela estaban jugando a las cartas, Iphigenia arreglaba las que la mano temblorosa de su abuela descolocaba. La abuela miró por las ventanas enmarcadas con encaje, meneando la cabeza como si ya mostrara su desaprobación.

—Taylor, pregúntale —ordenó— qué diantres está haciendo.

—Sí, señora —dijo Taylor.

Ella cogió una carta de la pila del tapete verde de la mesa y volvió a desordenar el resto porque les dio un golpe. Era la carta que quería—. *Gin Rummy* —anunció, enseñándole la mano.

Pero Iphigenia había dejado de interesarse por el juego de cartas y había subido al asiento frente a la ventana. Un hombre se acercaba a la casa. Llevaba un fular blanco alrededor del cuello cuyo extremo le colgaba por encima del hombro, y unos ojos de cristal en la frente, saltones como los de una mosca.

—¿Qué diantres está haciendo? —preguntó Taylor desde el pórtico.

Delante de las narices de Iphigenia se produjo algo extraordinario. Mudó de piel como si de una serpiente se tratara. Se quitó la chaqueta de cuero y los ojos saltones y apareció todo un caballero vestido con esmoquin y pajarita.

—Reginald Ketteridge. Vengo a la fiesta de Nancy. —Mostró la invitación a Taylor.

—Se ha perdido —dijo la abuela—. Es la fiesta de compromiso de la hija de los Fuller. Prepara un té.

Taylor hizo entrar al caballero, que se sentó a petición de la abuela. La abuela estaba exasperada porque se había perdido e indiferente a partes iguales, como si fuera lo más normal del mundo ver llegar a jóvenes en helicóptero.

—Vas a llegar tarde —le informó—, mejor que llames por teléfono. ¿Taylor?

Iphigenia observó a Taylor marcando el número para informar a los Fuller de que uno de sus invitados, que se había perdido, deseaba hablar con ellos. El teléfono era color crema y dorado y en el disco de marcar se veía brevemente una dama que giraba molinillos al marcar un número. A Iphigenia le encantaba el sonido que emitía el teléfono al colgar el receptor. Lo hacía una y otra vez para escuchar el ding. Hasta que Taylor la reprendió:

—El teléfono no es un juguete —aseveró, enfatizando el «no» y la palabra «juguete».

Taylor le pasó el teléfono al caballero.

—Reginald Ketteridge —dijo, alisándose el pelo brillante detrás de la oreja, poniéndose la mano en el bolsillo y girándose para continuar la conversación.

El helicóptero de Reginald Ketteridge era gris y tenía el morro rojo. El helicóptero que había perturbado la paz del cielo del monasterio era negro y brillante, igual que el coche del hombre. Iphigenia se preguntó si todas las máquinas del mundo actual eran negras y brillantes.

No encontrarían el coche. Estaba en las profundidades del mar.

¿Y aquí arriba? ¿Qué verían desde el cielo? Ni monjas ni ovejas ni humo. Ningún hombre. Solo zarzas y edificios que amenazan la ruina. Rocas y estatuas medio derruidas. Vivían entre ruinas, como las focas del pueblo.

La última oveja salió balando de la capilla y entonces Margarita apareció en la puerta. Había sido un mal trago. Cogió el cubo. Destrozado. Pasó por el lado de Iphigenia sin articular palabra.

Iphigenia se hizo cargo del fuego. El monasterio podía parecer unas ruinas abandonadas desde un helicóptero, pero era su hogar. Era un terreno consagrado. Nunca permitiría que se convirtiese en un hotel de lujo. Nunca.

Sin cuento, no se tricotaba. Lo habían acostado y se habían marchado a acurrucarse. Pito, pito, colorito, dónde vas tú tan bonito. El acontecimiento extraordinario del día las había dejado exhaustas.

Ignatius ya no se molestaba en sentirse decepcionado, no podía permitirse el lujo de perder los ánimos. ¡Sí! Más allá de las zarzas había un mundo y habían venido a buscarle. Si hubiera podido, se habría frotado las manos de alegría. Tenía que centrarse en eso en vez de pensar que no le

habían encontrado. Verían el coche. Regresarían con un equipo terrestre. La esperanza lo rodeaba como un halo.

Se felicitó por no ponerse a gritar, un acto reflejo que le habría proporcionado un alivio inmediato, pero que habría sido en vano. En esos momentos, lo que le motivaba era el orgullo, a pesar de la angustia que sentía al ver que su posibilidad se le escapaba de las manos. Pero ahora veía lo ingenioso de la situación.

—Se ha comportado igual que nosotras —arguyó Iphigenia. Hacía tiempo que no había discusiones en su vida. Apareció poco a poco y sin la finura y la elocuencia de los cuentos. Les faltaba práctica. Nunca habían tenido nada acerca de lo que discutir, ni ideas, nada nuevo a lo que enfrentarse. Una vez tomados los votos, sus vidas estaban predestinadas, planeadas de cabo a rabo. Las conversaciones triviales eran una indulgencia. Se entra en comunión con el Señor a través del silencio contemplativo.

A veces les salía una frase hecha, y las sorprendía, como si hubiera estado allí todo ese tiempo, como una pieza de maquinaria vieja que seguía funcionando, que solo necesitaba una mano para accionar de nuevo el mecanismo. Otras veces la buscaban a tientas, repasando palabras como si fueran las piezas de un puzle desordenadas en la caja y probando a ver si encajaban.

A Margarita le asombró tanto la aparición del helicóptero como cuando Iphigenia anunció que tenían visita. Apenas se asustó cuando la teja cayó en la cabeza de santa Ana. Ya había llegado al límite de su capacidad de sorpresa, se le había agotado. Mientras él siguiera ahí, pasarían cosas malas. La teja no era la única. Su vida se desmoronaba a su alrededor.

—Os dije que atraería a otras personas.

¿Por qué no tricotaban esta noche? A Margarita le habría gustado tricotar para agujerear un punto enfurecido tras otro.

—Han venido y se han ido. No nos han causado ningún daño.

¿Ningún daño? ¿Acaso Iphigenia estaba ciega? ¿El resfriado le había afectado el juicio además del olfato? La espina que Margarita tenía clavada y tanto le molestaba parecía haber encontrado una versión más acomodaticia en Iphigenia.

—No le han encontrado. Seguirán buscando.

—Puede ser, pero no aquí. Hay muchos sitios por el camino en los que podría haberse perdido. Un accidente.

Claro, un accidente. Muy buena idea.

Eran monjas. No estaba bien que él viviera con ellas, como si fuera una más. No era igual que cuando había aparecido Carla. Entonces también lo habían hablado, cuando Margarita encontró el fardo en el escalón. ¿Qué debían hacer con la expósita? Si bien era un regalo de Dios, ¿era adecuado que se criara en la dura vida monacal? Rezaron por ella, lo discutieron. Y decidieron quedársela hasta que alguien la reclamara. Hasta que tomaron esta decisión y la desarrollaron del fardo, no descubrieron las membranas que tenía entre sus pequeñísimos dedos. Nadie vendría a reclamar a la niña. En la isla se oían leyendas acerca de los *selkies*, sobre los salvajes y oscuros *mer del mar*, con un pelo largo como algas que se arrastran. Mejor que llevara a la Iglesia alrededor del cuello en forma de amuleto.

Una cosa era acoger a una bebé y otra a un hombre adulto. Las velas se iban consumiendo de forma regular. Un insecto aterrizó y siseó en la cera. Iphigenia interpretó el hecho de que él no

hubiera hecho notar su presencia ante el helicóptero como una prueba de que se estaban ganado su aprobación. Margarita pensaba que era más astuto de lo que parecía. Iphigenia quería devolverle las piernas.

—Si le das piernas, echará a correr —dijo Margarita.

—Debemos confiar en el Señor.

Ya habían confiado en el Señor con anterioridad. Eso no había evitado que intentara escapar. Mientras ella lo vigilaba.

—Pero Él evitó que lo consiguiera.

Margarita se sentó y se puso a observar las sombras que proyectaban la velas.

—*Caritas* —arguyó Iphigenia con su voz más suave. A Iphigenia no le había hecho mucha gracia ponerle el yeso, pero sí que había entendido la necesidad de inmovilizarlo. La idea del yeso había sido de Margarita. Habían conseguido yeso, entre otras cosas, después del incidente del ensalmador. Incluso después de tanto tiempo y de que la querida Assumpta hubiera muerto hacía mucho, Iphigenia cargaba con la culpa de la cojera de su hermana.

—No emitamos juicios. Durante el tiempo que le hagamos el hábito. Concedámosle eso. Una prenda diseñada por nosotras, con su pelo tricotado en ella. Una prenda para hacerlo nuestro. Si para cuando terminemos el hábito no nos ha causado problemas, le devolveremos las piernas.

—¿Y si nos causa problemas?

Iphigenia puso objeciones, su inclinación de cabeza casi imperceptible. Entonces sería Margarita quien decidiría.

Se despertó sobresaltado. Había algo denso en la oscuridad que lo rodeaba.

—¿Qué quieres? —exigió, intentando mantener a la intrusa a raya hasta que se quitara el sueño de encima y calibrara la situación. Tenía el corazón palpitante y se notaba la frente perlada de sudor. Ahí estaba ella otra vez. La oscuridad permanecía impasible.

—Pronto —le dijo—. Pronto te quitaremos los vendajes.

Le dio esta noticia y esperó a que él la asimilara. Mientras la vista se le acostumbraba a la oscuridad, veía su silueta femenina, como el afloramiento rocoso que recordaba de unas vacaciones de su infancia. La familia había alquilado una casita aislada en un promontorio. En las proximidades había unas piedras en vertical que se internaban en el mar. Se llamaban los Apóstoles o los Discípulos, no recordaba exactamente. Pero recordó despertarse por las ráfagas de viento que azotaban la ventana; y que cuando se había armado de valor para ver qué era, había visto una imagen para la que no estaba preparado. Los Apóstoles habían cobrado vida, recortados contra el mar que se movía rápido, con la luz de la luna a sus espaldas, proyectando sombras. Era como si hubiera visto algo que no debía. Y ahora sabía por qué sus padres le hacían callar por la noche y le decían que se durmiera. Porque la noche pertenecía a otras criaturas.

Iphigenia era quien estaba junto a la ventana, la tajada de luna proyectaba su larga sombra encima de él.

—¿Pronto? —repitió él.

Un poco de esperanza, alguna pregunta para tener más información, recelando de mostrarse excesivo por si revertía la decisión. Porque era obvio que habían tomado una decisión.

—Cuando el hábito esté terminado.

—¿Un día más o menos? ¿Una semana? —sugirió él.

Ella se mantuvo implacable junto a la ventana.

—Cuando el hábito esté terminado —repitió.

Ella se quedó en suspenso, como si estuviera a punto de decir algo más, retuvo el aliento en la garganta. Él la oyó soltarlo y dio la impresión de que se desinflaba. Salió con sigilo de la habitación, la oscuridad lo envolvió todo como si fuera niebla que llenaba el espacio que ella había dejado vacío.

Hacer y deshacer. Penélope y su bordado. La labor del día deshecha por la noche. Margarita había aceptado con la voz, pero no con el corazón. Eso le costaría más. Durante el día no lo llevaba tan mal, tenía obligaciones, oraciones comunales que le mantenían la mente ocupada. La Luz llenaba el patio. Pero por la noche... Margarita se aferraba a la Biblia, temerosa de apagar la vela. La Bestia estaba al acecho. Ella la había conjurado, pero no podía hacerla desaparecer. Estaba ahí en la oscuridad, engrosándose, ganando sustancia.

La Sagrada Biblia. Le gustaría envolverse en ella, para que sus palabras se convirtieran en su carne. Para notar su fuerza, su consuelo. Eterno e inmutable.

Caritas. Margarita alzó la vela más cerca y pasó la página bajo la luz sombría.

La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, la caridad no hace sinrazón, no se ensancha. No es injuriosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa el mal. Y ahora permanecen la fe, la esperanza, y la caridad, estas tres: empero la mayor de ellas es la caridad.

Lo intentaría. Si le daban tiempo suficiente, él revelaría su verdadera naturaleza. Entonces Iphigenia vería que algunas bestias no se convierten en hombres y que la única manera de que lo hagan es provocar un accidente.

Si vuestros pecados fueren como la lana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, serán tornados como la lana... Si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada, porque la boca del Señor lo ha dicho... Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos, me vengaré de mis adversarios... Mas los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados y los que dejaron al Señor serán consumidos.

Margarita estaba tumbada con la mano en Isaías, la vela encendida apenas proyectaba un pequeño círculo en la oscuridad rancia. Era difícil mantenerse alerta todas las noches, notaba cómo iba sumiéndose en el sueño. Una llanura oscura se extendía delante de ella, un desierto con los baches distantes que formaban las dunas de arena. Descendió todavía más, cálida y somnolienta. Apareció un jinete, un punto cambiante delante de sus ojos, se acercaba cada vez más como una bola de viento. Olía la arena abrasadora que levantaba su corcel. Ella no tenía miedo, se hundiría todavía más en la arena y evitaría los cascos cuando cabalgara por encima de ella. Cuanto más se hundía, más calor hacía.

Margarita abrió los ojos de golpe cuando lo olió y lo notó. La vela había volcado, la Biblia ardía. De forma instintiva le puso la mano encima e hizo que se levantara humo y la ceniza negra apergaminada saliera disparada. Tosió y resopló, enderezó la vela. Todavía estaba encendida.

Cuando se hubo recuperado, inspeccionó los daños. Había un círculo quemado en medio de una página. La página de debajo estaba chamuscada, pero las palabras seguían estando allí. Solo

se había quemado el pasaje sobre la venganza. Aquello sí que era verdaderamente una señal divina. Una señal de que la venganza ennegrecería su alma si alimentaba la llama.

A pesar de la llamarada de peligro, a pesar del hecho de que la cama podía haberse convertido en su pira funeraria, Margarita se sintió aliviada. El Señor le había mostrado el camino. Aunque la venganza pudiera arder en su interior, debía ser caritativa, debía ser como san Juan y soportar la llama, dejar que el Señor elevara su espíritu por encima de ella. Si tenía que ser la espada del Señor, sería la espada del amor y la caridad cristianas, una espada templada por el fuego de la venganza.

Se pasaría el resto de la noche prostrada en el suelo, reforzando su determinación. A Margarita los ojos le ardían brillantes en la cara, las mejillas sonrojadas. Sentía el anhelo de la pureza, de templar el cuerpo para convertirlo en un recipiente de bondad como el que había sentido como novicia. Se prostró. Repitió una y otra vez las palabras de la caridad, se arrodilló ante el Señor.

Seguía prostrada cuando las primeras luces del día la despertaron; había dejado un hilo de saliva en el suelo. Se tumbó temerosa de someter el cuerpo a los movimientos necesarios para levantarse, reacia a exponerse de nuevo al dolor. Oyó el grito de los primeros pájaros. El velo de la oscuridad se levantó. Era la prima. Tenía que ir a la capilla a rezar. Rezaría con sus hermanas, haría sus tareas, contemplaría la Luz del Señor. Haría todo lo posible por ignorar al visitante.

Se limpió la barbilla y se preparó para levantarse. Le dolió tanto como había supuesto.



Era entre las nonas y las vísperas. Carla estaba por ahí. Margarita rezaba en la capilla. Últimamente parecía que rezaba mucho. Iphigenia rondaba por los claustros, entrando y saliendo de la tarde que amarilleaba.

Aquella casa era religiosa desde hacía siglos; tenía una vida eterna desprovista de temporalidad. Una sucesión de días y noches, luz y oscuridad, sol y luna. Habían perdido la cuenta de los días seculares, los meses, incluso la década en la que estaban. Una sucesión de años marcados por los días santos, la Pascua y Navidad. La Pascua era la primera luna llena después del equinoccio de primavera, Navidad en la hora baja del solsticio de invierno, el día de trasquilar cuando la lana nueva empujaba a la vieja. Iban a la capilla y cantaban las horas canónicas igual que iban a dormir. Asimilaban el juego de la luz, el movimiento del sol alrededor del cielo, la luna, los cambios de temperatura, la humedad, el aire en su piel. Sabían de forma instintiva cuándo era el momento.

Salió al patio. Iphigenia oyó el murmullo continuado de los rezos de Margarita, el balido ocasional de una oveja. Aunque era una sucesión de días, no todo se repetía. Los sangrados de Iphigenia se habían acabado para no regresar. La vista le había empeorado y el olfato mejorado. Las hermanas de santa Inés nunca regresarían a su forma humana. Las tejas se caían y no volvían al tejado volando. Y algunos días se sentía mejor que otros.

Ahora tenían a un sacerdote que no iba y venía, sino que se quedaba. Iphigenia sabía que a Margarita no le agradaba que el sacerdote estuviera con ellas, pero no era la primera vez que personas de ambos sexos convivían en una casa religiosa. En los grandes monasterios dobles de la época medieval, había hermanos laicos que trabajaban en los campos y los sacerdotes se ocupaban de las monjas. Tales monasterios estaban dirigidos por abadesas. En aquellos tiempos, había abadesas ricas y poderosas que poseían tierras, trataban con los reyes y enviaban a caballeros a la guerra.

Si ahora tuvieran una abadesa, ¿qué haría? ¿Reuniría a todos para esconderse en la capilla? ¿O habría estado preparada para el intruso y se mantendría firme? ¿Acaso habría dicho: «Tonterías, jovencito. Si tu obispo piensa que puede convertir este monasterio en una especie de hotel de vacaciones, va apañado»?

Tal vez necesitaran algo más que rezar y un hábito convincente.

Iphigenia recordó el primer encuentro con el sacerdote. En aquel momento se habían quedado consternadas, asombradas por su invocación al demonio. «Encontrar este sitio ha sido tarea de demonios». Pero ahora Iphigenia recordó lo que había dicho justo antes: «En realidad, me hicieron creer que la finca estaba deshabitada». Había llegado suponiendo que no había nadie. Pero luego había hablado de las residencias de jubilados. Eso no lo había dicho el obispo, eso se lo había inventado él. El hecho de que la finca estuviera habitada por una comunidad religiosa, alguna diferencia debía de marcar.

¿Habría sido la abadesa capaz de impedirlo solo con el tono de su voz o existían otros métodos? Las hermanas solo sabían de rezos, de labores y de contemplar al Señor. Pero la abadesa sabía otras cosas: normas y reglamentos, obligaciones y privilegios. El terreno consagrado tenía que secularizarse. Tenía que haber un... trámite.

Por primera vez en muchos años, Iphigenia se encontró ante la puerta del despacho de la abadesa. Incluso ahora, mucho después de la muerte de la última, ninguna de ellas se acercaba a esta parte del monasterio. La habitación de la abadesa, donde habían alojado al sacerdote al principio, era distinta. En la celda, la abadesa era una monja, como el resto de ellas. Pero en el despacho se trataba de los asuntos del monasterio con el mundo exterior, con sacerdotes y dignatarios de la Iglesia. Aquí se redactaban las normas y los reglamentos. Y era el lugar al que iban las monjas a recibir una reprimenda si los incumplían. Ella misma fue llamada a esta estancia cuando regresó sin el ensalmador.

Iphigenia se quedó mirando las vetas de la madera, reacia a posar la mano sobre ellas. Era una puerta parecida a la que se había encontrado la princesa Aurora. ¿Vaciló ella también antes de cruzar el umbral? Iphigenia empujó la puerta.

El polvo cubría la estancia como la piel de un viejo ratón gris y había telarañas por todas partes: colgando del techo, en los cajones, en el escritorio de la abadesa. La Santa Madre de la hornacina estaba envuelta en un capullo.

La estancia no olía a nada. Todo estaba quieto, suspendido, cubierto en un manto de sueño. No había hojas que crujieran, nada correteó al abrir la puerta. Iphigenia entró y la nariz se le llenó de polvo, aunque caminara con cuidado. Se acercó a la pared de libros y lanzó una mirada a los títulos. Cuántos libros con lomos acanalados idénticos. Iphigenia recordó haber contemplado aquella pared con fervor, inmóvil mientras la abadesa caminaba en círculos, pregunta tras pregunta, volviendo siempre a las mismas, una y otra vez. «¿Era imprescindible pasar a tierra firme? ¿Qué diría tu abuela? ¿Qué diría el obispo? ¿Y qué diría Dios, hermana Iphigenia?». Y luego el silencio cuando el interrogatorio concluyó. Pero no acabó ahí.

Iphigenia levantó el velo de una telaraña y extrajo un tomo del estante: *Derecho canónico que rige las comunidades de monjas*. El olor a cerrado afloró como una polilla. Leyó:

¿De qué manera puede una institución religiosa, papal o diocesana suprimirse o darse por extinta?

1. Por la egresión de todos sus miembros.
2. Por la muerte de todos sus miembros.
3. Mediante la fusión con otra institución religiosa.
4. Por un acto de legítima autoridad.

Si la suspensión se debe a la salida o muerte de todos sus miembros, deben transcurrir cien años después de la salida o muerte del último de sus miembros antes de que la supresión se constituya en hecho legal. La supresión mediante fusión con otra institución religiosa o por acto de legítima autoridad solo puede llevarla a cabo la Santa Sede.

Iphigenia no comprendía todas las palabras, pero entendió el tono solemne e irrevocable.

Extinción. Como si fueran animales a los que habían cazado o hubieran muerto porque el mundo había cambiado y ellas no hubieran cambiado con él. Pero no estaban muertas. Ahí, en las rocas y piedras del monasterio yacía la vida eterna. Los votos que habían tomado eran para siempre, eternos.

La comunidad no había muerto ni se había unido a otra institución religiosa, ni tenía intención de hacerlo. Egresión. Sonaba a enfermedad. Habían salido, pero solo un día. ¿Se consideraba eso un acto de legítima autoridad?

Pasó la página sujetando el libro con firmeza. Gracias al calor de su mano, el tenue olor a cuero había empezado a aflorar.

¿Qué hay que hacer con la propiedad de una institución suprimida?

Todos los bienes temporales, ya sean muebles o inmuebles pertenecientes a una institución religiosa son propiedad de la Iglesia. Así pues, en caso de supresión de una institución, su propiedad no puede dividirse entre sus miembros; ni pueden los miembros desviarla a otras obras piadosas o de caridad, a pesar de que tengan el consentimiento del obispo de la diócesis para hacerlo. El obispo no podrá reclamarla ni en parte ni en su totalidad para su diócesis, sino que la propiedad entera queda sometida a la disposición de la Santa Sede.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué pasaría con la Virgen María y los santos de las vidrieras? No podían desviarse ni mucho menos quedarse en un hotel de lujo. Las palabras eran como un código secreto. Iphigenia se sintió de nuevo como una niña, escuchando las palabras que su abuela empleaba cuando la visitaba el abogado.

El abogado se sentaba en el estudio con la espalda recta y el maletín en el regazo, como si temiera dejarlo en algún sitio. Taylor solía estar presente. Era la amiga y confidente de la abuela, además de su ama de llaves. Las visitas del abogado le recordaban a Iphigenia las partidas de *bridge* de los adultos en las que se empleaban palabras especiales. La abuela decía palabras especiales también con el abogado: «resolución», «patrimonio», «mis asuntos», «títulos», «escrituras». «Propiedad». Esa era también una de las palabras de la abuela. Recordaba a la abuela hablando al abogado de los Fuller, que habían comprado unas tierras como regalo de boda para Nancy, y los aparceros de la finca adyacente las cruzaban con el caballo y el carro. Bueno, los Fuller habían ido a verles para decirles que estaban entrando sin autorización. Y los aparceros respondieron a los Fuller que tenían derecho de paso. Que habían pedido asesoramiento legal. ¡Se lo imagina, señor Banks!

Banks, así se llamaba el abogado. «Siempre se puede confiar en el señor Banks», decía la abuela mientras abría el sobre con el abrecartas de marfil tallado. Iphigenia recordaba el bonito membrete con letra inglesa de la correspondencia del abogado. Iphigenia decía esa palabra en un susurro: «correspondencia», como si tuviera poderes especiales. Era mucho más ponderosa que «carta». Se imaginaba que el viejo señor Banks era mucho más poderoso. Iphigenia era demasiado joven para recordar al viejo señor Banks, pero sí que se acordaba del joven, con su maletín con pestillos de oro que se abrían y cerraban con un clac. Él también era un hombre impetuoso, de movimientos rápidos y ágiles. Iphigenia imaginó que el sacerdote que tenían bajo custodia tendría un maletín como ese en el mundo exterior. Él también emplearía esas palabras pesadas y solemnes.

—La señora Featheringale al habla. Quiero tratar un asunto con usted —decía la abuela por teléfono. Entonces venía el señor Banks. Tras su visita, Iphigenia jugaba a los abogados. Cogía una caja de la alacena y se sentaba a la mesa. «Esta correspondencia precisa de su firma». Y entonces abría la caja con un chasquido y extraía la correspondencia imaginaria. En una ocasión, convenció a Betty, la menor de las hijas de los Fuller, para que hiciera de abogado, pero no lo hizo bien. Cuando Betty abrió la caja con un chasquido, dijo:

—Está llena de tenedores.

—Pásame la correspondencia —instó Iphigenia.

—Pero nos meteremos en líos. Es la mejor cubertería de tu abuela.

—Ella me deja. Pásame la correspondencia. —Pero a Betty no le interesaba lo más mínimo. En casa de los Fuller nunca les dejaban jugar con las cosas de los adultos, tenían que jugar o bien en la habitación de Betty o fuera, en el jardín.

Pero en casa de la abuela Iphigenia podían entrar y salir a su antojo. Porque Iphigenia era la preferida de la abuela, igual que Puddles, el caniche de pelo blanco y esponjoso que murió de viejo. Ella pensaba que se tardaba mucho en morir de viejo, pero no. Un día Puddles se murió. Iphigenia había visto zorros y patos muertos. Los habían matado unos cazadores y siempre estaban ensangrentados. Pero el caniche se había quedado tumbado en el suelo de la cocina, sumamente inmóvil.

—Es la mano de Dios —dijo la abuela—. Es triste para nosotras, pero ahora Dios quiere que Puddles esté con él. —La abuela se secó el ojo con el extremo de su pañuelo de encaje. Barney excavó un agujero con la pala grande y las botas grandes y enterró al perro.

Durante varios días después de eso, Iphigenia no hizo otra cosa que mirar al cielo, y a su alrededor. ¿Quién sería la próxima, la abuela? Se puso nerviosa e incluso mojó la cama. Sabía que Taylor la reñiría, pero no pudo evitarlo.

Por la noche dejaba la vela encendida e intentaba no dormirse por si Dios estaba rondando por ahí en la oscuridad. Pero se dormía y se despertaba sobresaltada. La vela se apagaba e Iphigenia quedaba envuelta en la oscuridad, ¿y si Dios iba a por ella? Tenía ganas de ir corriendo a la habitación de su abuela, pero estaba tan asustada que ni siquiera era capaz de pedir ayuda a gritos.

El comportamiento de Iphigenia no pasó desapercibido en la casa y Taylor sugirió que fueran a buscar al doctor Foley. Aquello asustó a Iphigenia todavía más, porque era habitual que cuando venía el doctor alguien se muriera. Pero la abuela dijo:

—Tonterías, la niña está pasando por una fase.

La abuela empezó a quedarse con Iphigenia por la noche y al final ella le confesó cuál era el problema. La abuela guardó silencio unos instantes, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios. Acto seguido, alargó los brazos y abrazó con fuerza a Iphigenia, que se hundió en su olor a lavanda y su piel suave y apergaminada.

—Es probable que Dios se sintiera solo y quisiera que Puddles le hiciera compañía. Dios no se llevará a una vieja gruñona como yo y tampoco se te llevará a ti, si de mí depende —dijo con su característico tono resuelto. Abrazó a Iphigenia todavía con más fuerza, le aplastó la nariz contra la lana de su mañanita de ganchillo y presionó su mandíbula temblorosa encima de la cabeza de Iphigenia. Oraron juntas.

Por la mañana, Iphigenia ya no temía la mano invisible de Dios. Nunca volvió a temer a Dios.

Porque en sus oraciones le había dicho a Dios que cuando fuera lo bastante mayor, iría a vivir a la casa del Señor. Lo que no dijo a Dios era que si vivía en su casa, lo tendría vigilado para evitar que se acercara sigilosamente a alguien desprevenido.

Para sellar el pacto, pensó en una ofrenda que resultara adecuada. Fue al vestidor de la abuela y sacó la piel de zorro del colgador. Tenía una cabeza en un extremo y garras en el otro, y olía a bolas de naftalina. Debía de ser un zorro que también había muerto de viejo porque no había sangre.

En la mañana neblinosa fue al cobertizo y sacó la pala de Barney con cuidado de no tocar las otras herramientas, que estaban como los chorros del oro. Se planteó abrir la tumba de Puddles, porque si Dios ya había recibido a un animal por ese canal pues podía llevarse a otro, pero le daba miedo lo que pudiera encontrarse. Buscó un sitio distinto y empezó a excavar igual que había hecho Barney, poniendo el pie en la pala y presionándola hacia abajo. Era mucho más difícil de lo que parecía, incluso le costaba atravesar la hierba. Así pues, decidió enterrar al zorro en la rosaleda, porque la tierra estaba más blanda. Tardó un rato en conseguirlo. No hacía falta que el agujero fuera tan grande como el de Puddles porque el zorro no tenía ni huesos ni vísceras, solo un forro de satén brillante.

Hasta Navidad no se supo nada de la desaparición del zorro y para entonces Iphigenia se había olvidado del tema.

—No se me ocurre qué puede haber sido de él —dijo la abuela a Taylor—. Probablemente me lo haya dejado en algún sitio y no me acuerdo. Oh, bueno, al menos no es el ocelote. —Y se dedicó a otros menesteres.

Aunque todo permanecía inalterable entre esas cuatro paredes, el mundo seguía girando y las cosas cambiaban. Los libros que cubrían la pared del despacho de la abadesa no trataban sobre la adoración del Sagrado Corazón, sino sobre las leyes relacionadas con los aspectos más mundanos de la vida religiosa: administración, adquisición y venta de propiedades. Tal vez ya no estuvieran vigentes, aunque ella llegara a entenderlas. Podía enseñar al sacerdote uno de los libros y preguntarle qué autoridad legítima tenía para ir allí y anunciar su disolución. Pero ¿cómo sabría, teniendo en cuenta el interés personal de él, si decía la verdad? Ella sí que necesitaba asesoramiento legal.

Banks. Se llamaba Banks, y dos nombres más. Iphigenia intentó recordar el membrete que había atisbado tanto tiempo atrás. Banks, luego un nombre más largo con una... C. Algo que se escribía raro, con un grupo de letras en el medio que no se pronunciaban. Intentó recordarlo con todas sus fuerzas, pero se esforzaba tanto que el nombre no le salía. Un nombre de hacía tanto tiempo solo aparecería desde la tranquilidad.

Tal vez pudiera escribir una carta a Banks, y dos nombres más. Pero ¿cómo iban a entregarla? ¿Cómo iba a recibir respuesta? Tal vez haciendo una incursión en el mundo para recogerlas. Pero lo cierto es que ahora mismo no podía marcharse del monasterio.

C. ¿Qué nombres había que empezaban por C? Christopher, Cyril, Casimir, Catherine. A Iphigenia solo se le ocurrían nombres de santos. Seguía esforzándose demasiado, ahuyentando el nombre.

Se encaminó a la celda de la abadesa y empezó a revisar las reliquias del coche otra vez. *Técnicas de negociación*. Un libro grueso con una imagen en la cubierta de un montón de gente hablando alrededor de una mesa. Las mujeres llevaban el mismo tipo de trajes que los hombres.

Iphigenia lo hojeó. Ahí encontró una nueva colección de expresiones: «alerta no verbal», «espacio personal», «estrategia de persuasión», «sinergia», «saldo final», «en el peor de los casos», «teleconferencia».

Era un mundo totalmente nuevo, un nuevo vocabulario. Iphigenia examinó todas las reliquias. Cuando encontró la batería en la funda de plástico, empezó a mover la nariz. Ahí no estaban todas las reliquias, había una que él llevaba consigo, en el bolsillo. ¡El teléfono! No había necesidad de escribir una carta, ni de hacer un viaje. Lo único que tenía que hacer era una llamada, Banks. C..., y Collard. No, no era así. Le daba vueltas en la cabeza, estaba cerca. C cogió un lápiz y empezó a escribir en un trozo de papel. Primero la C, como si hubiera encontrado el final de un hilo y lo único que tuviera que hacer fuera tirar de él para sacarlo de la maraña y así desentrañar el resto. Col... Collins. No. Callaghan. No. Pero se parecía. Letras en el medio que no se pronuncian. COLQUHOUN. ¡Sí! Eso era. Banks, Colquhoun y Andrews. El Andrews le salió rápido. No pensó que probablemente esos Banks, Colquhoun y Andrews ya estuvieran muertos, que el teléfono del hombre no funcionara y que ella ni siquiera sabía dónde estaba. En esos momentos estaba tan eufórica que se veía capaz de superar cualquier obstáculo.



Esa noche, mientras cenaba, Ignatius saboreó la idea de su rescate. Habían ido a mirar, seguirían mirando. Aquello ponía de manifiesto que el obispo sabía que su secretario no se había escaqueado como el hermano Terry. Se preguntó el alcance que tendría su búsqueda, si habría salido en los periódicos. «Sacerdote desaparecido», no, «Desaparece el hombre de confianza del obispo», «Se pierde la esperanza de encontrar al sacerdote desaparecido», no, eso no.

Aunque quería que dieran con él desesperadamente, no le entusiasmaba la idea de que lo encontraran enyesado, cenando con las manos atadas. Al principio todos estarían preocupados, pero luego empezaría los susurros y las burlas, sería el hazmerreír del palacio durante semanas. Se metió un trozo de nabo en la boca. Había cierto ambiente de euforia en la mesa, como si estuvieran celebrando su cumpleaños; sus captoras devoraban la miserable comida, ansiosas por empezar el nuevo proyecto.

Ignatius se planteó qué tipo de hábito le estaban tejiendo. Le daba igual. Siempre y cuando pudiera largarse de allí vestido. Podía marcharse mañana si le devolvían su ropa de clérigo. Obviamente no era una opción. Estaba a prueba, algún tipo de examen. «El tiempo que tardemos en hacer el hábito».

Terminaron la cena, quitaron la mesa y se dedicaron a los rezos y cánticos preliminares. Notaba un escozor de mil demonios en las piernas. Imaginaba algo terrible: sus extremidades pálidas y atrofiadas llenas de gusanos. Le picaban muchísimo, pero no podía rascarse a causa del yeso. Se rascó el vientre y aprovechó la ventaja de las uñas largas. Normalmente las llevaba bien cortas, por lo que nunca se había dado cuenta de que se curvaban como las garras de un ave. Tenía la impresión de que el dedo pulgar y el índice de la mano izquierda se le estaban engrosando y volviendo marrones. Probablemente se tratara de una carencia de vitaminas o una infección por hongos.

Margarita lo observaba y le hacía sentirse acomplejado. ¿Qué le pasaba? ¿Como si ellas tuvieran algún reparo en rascarse!

Se ofreció a tricotar. Una excusa para liberar las manos, para birlar una aguja con la que llegar a donde le picaba. Una aguja también podía resultarse útil en otros sentidos.

—Oh, no —dijo Margarita—, es nuestro regalo para ti. —Sonrió para ofrecerle su caridad. Era el tono de voz que el hombre imaginaba que había empleado la decimotercera hada durante el bautizo de la Bella Durmiente.

—Cuenta un cuento —dijo Iphigenia.

Ese era su papel en la obra, un cuento. Para fijar los cimientos de su prenda, tenía que escogerlo bien. Alguno significativo. Les gustaban los cuentos de hadas, pero la ocasión exigía uno con un poco más de peso y sustancia. Una historia bíblica resultaría adecuada. Algo que tuviera cabida en la urdimbre de la prenda, un hilo invisible, una oración. Su aportación. No la

vida de un santo o un mártir, pues siempre tenían un final sangriento. Una historia con final feliz, tal como esperaba que fuera el suyo.

Ellas esperaban, colocadas como los músicos de una orquesta, instrumentos en mano, esperando al director. Las madejas de lana estaban en fila y, delante de ellas, el cesto con su pelo negro y rizado. Seguía produciéndole una sensación extraña: ver su pelo ahí, fuera de su cuerpo.

Empezó la historia.

—Érase una vez un hombre que tenía varios hijos; y el menor, sabiendo que heredaría una porción de la riqueza de su padre, le pidió su parte. —El clic de las agujas empezó y cogió el ritmo. A pesar del intenso picor de las piernas, le embargaba una sensación de agradable confort, como el que induce una chimenea en invierno. Pensó en la chimenea que se encendía en invierno en el palacio mientras el obispo y los demás sacerdotes bebían oporto y fumaban los cigarrillos que ofrecía el obispo de su fina caja dorada, regalo de un feligrés. Ignatius empezó a fumar cuando fue nombrado secretario del obispo.

En el refectorio, después de cenar, los sacerdotes se ponían de espaldas al fuego para calentarse el culo o se sentaban en cómodos sillones de cuero que crujían cuando uno cambiaba de postura. Hablaban de política —de la Iglesia y del mundo— o, en concreto, de políticos y de aquellos de entre sus hermanos que tenían casos de abusos sexuales pendientes. A veces, en ausencia del obispo hacían bromas al respecto: «¿Un *after-eight* o un *before-eight*?». Ignatius se sentía un tanto incómodo cuando la conversación tomaba esos derroteros y los sacerdotes bromeaban con el nombre de las chocolatinas finas rellenas de menta, los *after-eight*, y la preferencia con respecto a la edad de los niños que tenían a su cargo, mayores o menores de ocho años. Se preguntó si, de niño, podía haber sufrido, no abusos exactamente, pero sí que los hermanos se hubieran tomado demasiadas confianzas con él sin que fuera consciente de ello. «¿Más oporto, Ignatius?». Los *after-eight* estaban en una bandeja de plata que había dejado la señora Grogan. Le gustaban los envoltorios marrón oscuro en los que venían, los cuadrados finísimos de chocolate y el frescor de la menta al morderlos. Pero siempre le pareció un placer pecaminoso, sobre todo después de las bromas. A veces se reía, pero nunca era él quien las hacía. Incluso, en ocasiones, le parecía que se reía en el momento menos oportuno. Ignatius tenía las miras puestas en algo más elevado. Él sería uno de los hermanos, pero no quedaría reducido a indecencias. Otro trago de oporto para superar esa incomodidad.

«Tómalo como unas vacaciones, hasta Dios se tomó un descanso», dijo el obispo guiñándole el ojo. Lástima que no hubiera más jóvenes como Ignatius en el seminario. Iniciativa, meticulosidad, ambición y fuerza de voluntad, pero deferente con sus superiores. «Alquila un coche, llévate el móvil y el bañador. El mar estará frío, pero es bueno para el alma».

—Y así, no muchos días después, el hijo pequeño reunió sus cosas y se marchó de viaje a un lugar lejano. Estaba al otro lado del mar, en una tierra extraña con criaturas extrañas. Pero era el lugar que había elegido para hacer fortuna. La tierra ofrecía muchas diversiones y se entretuvo disfrutando de sus placenteros frutos. Pero, llegado el momento, se dio cuenta de que no podía marcharse, había perdido la herencia de su padre y se había quedado reducido a la nada, menos que los animales del campo en el que estaba obligado a dormir mientras estos se quedaban mirándolo. Y deseaba llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

»Sin embargo, poco a poco, los lugareños fueron conscientes de su situación y lo alimentaron con su comida y lo vistieron con sus ropas y le dejaron regresar al país de su padre. Y cuando ya

estaba cerca de la casa de su padre, los criados dijeron: "Señor, hay un pedigüeño en el camino". Y el padre se acercó a la puerta, y vio a su hijo ataviado de un modo extraño y salió a recibirlo. El hijo se arrodilló ante él y le pidió perdón: "Padre, he pecado, salí al mundo, crucé el mar y he perdido lo que me diste. Pero he terminado mi labor y regreso a ti como tu fiel servidor. Si no quieres acogerme en tu casa, alójame con tus animales".

»Pero el padre estaba contento de verlo y dijo a sus siervos: "Traed la mejor ropa y vestido, y poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies; y traed el becerro cebado, matadlo, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado". Y comenzaron a regocijarse.

»Y los otros hijos oyeron los festejos y uno de ellos llamó a uno de los criados y le preguntó qué era todo aquello. Y él le dijo: "Tu hermano ha regresado, y tu padre ha matado al becerro cebado porque lo ha recibido sano y salvo". Entonces los otros hermanos se enojaron, ellos que habían cuidado del rebaño del padre durante la ausencia del menor de ellos. Sabían que su padre le había dado cosas especiales, cosas que les pertenecían a todos ellos. Pero el padre les dijo: "Hijos míos, vosotros siempre habéis estado conmigo y todo lo mío es vuestro. Pero era necesario festejar y regocijarnos, porque este, vuestro hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado".

Clic, clac, clic, clac.

Y también esta vez, una vez empezado el viaje, Ignatius sintió que la historia lo arrastraba, que entraba en ella y quedaba fascinado, ajeno a las tejedoras. Hasta que el clic clac no paró, no fue de nuevo consciente de su presencia. Lo que habían tricotado colgaba de las agujas. Todavía era demasiado pronto para saber cuál sería la forma definitiva, pero se alegró de que hubieran escogido el color negro. No quería regresar a palacio al estilo de José, con una capa multicolor. Quién sabe, quizá le tejieran unos bonitos pantalones de lana negra y una chaqueta de estameña parecida a su ropa de clérigo original.

Margarita, la que solía tricotar con más brío, era quien menos había avanzado.

—Un hijo despilfarrador y caprichoso —dijo sin alzar la mirada— debería haber recibido un castigo. ¡Castigo! Menudo picaflor. —Mantuvo la cabeza gacha mientras examinaba una mota imaginaria en la lana.

—Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu santo monte? Aquel que anda en integridad y obra justicia, que habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, no hace mal a su prójimo, ni toma reproche contra su amigo. —Estas palabras brotaron de la boca de Iphigenia antes de que se diera cuenta. Reprendía a Margarita con la palabra del Señor. Había tenido intención de callar. Tenía que andarse con cuidado con Margarita, no quería regañarla delante del sacerdote. Pero las palabras retumbaban y se le escaparon como un eructo inoportuno.

Quedó ensimismado al escuchar la lengua antigua del Señor. Era una señal, Dios le había hablado a través de la monja. Dios no había olvidado al hijo pródigo y, aunque seguía cautivo en una tierra extraña, regresaría a la casa de su padre y sería recibido con un becerro cebado. Dios había visto su historia con buenos ojos.

Ignatius se identificaba tanto con el hijo pródigo como al hijo que se había quedado junto a su padre. Era meticuloso y entusiasta, trabajaba lo mejor que sabía, intentaba educadamente adelantarse al obispo y cumplir órdenes antes de que se las dieran. Era un hombre que siempre cumplía con su deber. Un hombre que intentaba mantenerse por encima de las críticas. Que él

supiera, no había nada en su personalidad o comportamiento que otros pudieran criticar, aunque suponía que, a veces, le faltaba sentido del humor. Si entraba en la sala de estar y se estaban carcajeando, el ambiente cambiaba como si hubiera traído con él una neblina húmeda y fría.

Siempre había querido preguntar a alguno de los demás por qué no era más... apreciado, pero en cierto modo, el hecho de que necesitara preguntarlo no hacía sino poner de manifiesto el problema. De todos modos, se sentía afortunado, el obispo parecía satisfecho con sus esfuerzos y cada vez le daba más responsabilidades. «¿Sabéis qué? Yo creo que este chico quiere mi puesto», bromeaba con los sacerdotes, que se reían y se movían incómodos en el asiento.

Si había que encontrarle un defecto a Ignatius, aparte de la falta de sentido del humor, lo cual no podía considerarse un defecto en sentido cristiano, era que le costaba repartir indiscriminadamente la compasión de Cristo. Le resultaba mucho más fácil alinearse con el Dios justo y bueno del Antiguo Testamento. De hecho, su punto de vista tradicional sobre el hijo pródigo no difería demasiado del que había expresado Margarita con tanta vehemencia. Consideraba que el hijo menor era un inútil. Había malgastado los recursos de su padre, era adicto a las gratificaciones inmediatas. Los otros hermanos se habían quedado en casa a trabajar. Se merecían la herencia, el menor, claramente, no. No era justo que se hubiera marchado, que hubiera despilfarrado la herencia, tuviera la jeta de regresar arruinado y fuera aceptado de nuevo en el seno de la familia. No solo aceptado, sino festejado.

Ignatius se preguntó a qué supo el becerro cebado en boca de los demás hermanos y si aguardaron la muerte de su padre o a que les diera la espalda para dar su merecido al hermano favorito.

Pero el apuro en el que se encontraba en la actualidad le hacía ver un lado más amable del hijo pródigo. Tal vez lo que le había sucedido no fuera del todo culpa suya. Tal vez se marchase con la intención de aumentar la fortuna de su padre, al igual que Ignatius había salido en busca del monasterio. Se había rodeado de malas compañías, contra su voluntad. El hijo pródigo era ingenuo e incauto pero consagrado a su objetivo. Al final había regresado con su padre, ¿no? Había aparecido con una curiosa vestimenta, con las manos vacías y necesitado de lamerse las heridas. Era pródigo, despilfarrador y caprichoso, pero su padre lo había perdonado. Sin fisuras.

Le picaban las piernas en el interior de la escayola. La estancia estaba fría y húmeda, notaba la niebla y la neblina cerniéndose sobre los campos. Ni siquiera era capaz de evocar el resplandor de la chimenea del palacio, el sabor dulce y cálido del oporto. No era justo que lo tuvieran preso cuando no había hecho nada malo. La justicia ya no entraba en la ecuación. Ignatius tendría que regresar vestido con los harapos de la humildad y pedir el perdón de su padre delante de todos los demás.



Carla estaba plantando semillas. Hizo un agujero con el dedo y dejó caer una en el interior. Le gustaba meter los dedos en la tierra e introducir cosas en ella. Dejar que se nutrieran en ese lugar callado y oscuro. A las semillas les pasaban cosas cuando estaban enterradas. Se quedaban igual durante un tiempo y luego, poco a poco, algo se partía, un bebecito que bostezaba y estiraba el cuerpo. Las raíces se adentraban más en la tierra y la cabeza asomaba a la superficie, en busca del sol para mirarlo de frente. En una ocasión introdujo una semilla en su interior y esperó a que brotara. Esperó y esperó. Era un lugar húmedo y oscuro, como la tierra, pero no salió nada. Algunas semillas permanecen en estado de latencia durante años.

A Carla le encantaba la manera como las plantas cambiaban de forma. Aquella semillita que plantaba ahora podía pasar de ser un puntito duro y marrón a un gran vegetal verde y frondoso. Le encantaba especialmente la forma en que crecían las patatas. De un trozo de patata salía una planta entera, unas hojas oscuras que se abrían por encima y por debajo de la tierra, unas patatas nuevas, crujientes y pequeñas. ¿De dónde salían esas hojas? ¿Estaban escondidas dentro del trozo de patata? Ese trozo no parecía tener hojas, ni siquiera era verde. En la época de la cosecha, a Carla le gustaba introducir las manos, encontrar al bebé y sacudirle la tierra, igual que las hermanas de santa Inés lamían a sus crías recién nacidas para limpiarlas. Se preguntó si alguna vez tendría algún bebé al que limpiar a lametazos. Tenía una sensación extraña en el vientre, tal vez tuviera un bebé en el interior. Empujó un poco. Separó las piernas para echar un vistazo y vio en el suelo un coágulo fresco de sangre rojo oscuro. Milagroso. Qué contenta estaba de verlo. No había sangrado desde el invierno. ¡Tal vez si se palpaba encontrara un corderito ahí dentro!

Ningún cordero, solo sangre blanda y húmeda. Pero ya estaba bien. Con la sangre se podían hacer muchas cosas. Primero se la lamió de los dedos. Las hermanas de santa Inés siempre se comían el gran coágulo de sangre que salía después del cordero recién nacido. Palpó con el dedo a ver si había más y la esparció por el huerto para que las plantas crecieran. A continuación, se sacó un trozo de vellón suelto del bolsillo y se lo introdujo en el cuerpo. Cuando hubiera absorbido el máximo de sangre posible, lo sacaría y observaría cómo el vellón recién teñido pasaba de rojo brillante a marrón rojizo.

La sangre no era lo único que cambiaba. Las larvas se convertían en capullos y acababan transformadas en mariposas. El espíritu del Señor descendía sobre la Tierra y nacía como el niño Jesús. Quien a su vez se convertía en Nuestro Señor Jesucristo. Hubo un tiempo en que las plantas, los dioses, las personas y los animales cambiaban rápidamente de forma. Los dioses se convertían en toros, águilas, flores y cisnes. Atenea convirtió a Aracne en araña. Había que andarse con cuidado para que una bruja no te echara un conjuro y te atrapara para siempre en la misma piel.

Carla podía cambiar de piel. En su escapabrigo podía ser cualquier cosa, convertirse en la forma que quisiera. Las hermanas fallecidas entraban en las pieles de corderos. Las hermanas vivas les quitaban la lana a las ovejas y las tejían para hacerse pieles para ellas. Y ahora estaban

tricotándole una piel al hombre para que pasara de ser un pez a criatura con piernas.

Después de la parábola del hijo pródigo de la noche anterior, ella le había enseñado la labor. Para mostrarle cómo había incluido su pelo negro en el tricotado. Iba a tricotarlo todo, no pensaba reservar nada para su escapabrigo. Pareció bastante satisfecho cuando se lo enseñó, sonrió. Había llegado el momento de pasar al siguiente paso del amansamiento.

Un tesoro. ¿Qué tesoro podía darle para amansarlo? ¿Su piel vieja? No, eso estropearía el regalo de la nueva. ¿Una de las reliquias de su coche? Eso tampoco le parecía bien. Iphigenia quizá se contrariara. ¿Y algo de lo que él había traído consigo? Su nueva amiga Carla le entregaría a uno de sus viejos amigos. ¿El paquete de cigarrillos? Carla no recordaba qué había sido de él. ¿El teléfono? Eso lo había enterrado hacía tiempo. Entonces a Carla se le ocurrió una idea. La batería. Aquel era su verdadero tesoro. El primer día no la dejó encima de la mesa con el teléfono, sino que la dejó en un lugar especial.

El lugar en el que había enterrado la batería no estaba lejos. Junto al muro del huerto, al lado de un matojo marrón de helechos que habían muerto durante el invierno. Las frondas vivas eran delicadas y suaves pero, una vez muertas, se volvían quebradizas y ásperas, como un erizo. Lo apisonó con las manos y dejó las frondas convertidas en un corte al rape. Ahora era como un bosque frondoso. Lo observó con detenimiento para ver si veía a alguna criatura a la que pudiera haber molestado cuando bajó su gran mano de golpe. No vio criaturillas pero, ah, había dos brotes diminutos ocultos en el bosque, delicados, de un verde pálido y transparente como alas de insecto. Encima había una hoja muy rizada. Al fin y al cabo, la primavera había llegado al helecho. Pronto llegaría la Pascua, cuando todo lo que había muerto, se alzaría de nuevo. Tal vez incluso a la batería le hubiera salido un brote verde. Empezó a cavar.

Era maravilloso ver cómo los brotes se abrían paso a través de prácticamente cualquier cosa: grietas en las rocas, entre las piedras de la capilla, ese muro del jardín. Las parras también se habían extendido por el muro, incontrolables gracias a la primavera.

La primavera había hecho irrumpir al hombre por entre los matorrales y las zarzas. Se había desplegado como el brote verde del helecho y se había levantado. Qué contenta estaba de que hubiera venido. A veces Carla estaba triste. Cuando oía el chillido de una gaviota solitaria tenía la impresión de que brotaba de ella. Tenía a las hermanas, a las ovejas y a los pájaros, a las plantas y a Dios, a Jesús y a todos los santos, pero no había otras Carlas. El pequeño erizo debió de sentirse también así, como el único erizo del mundo. Había huido. Ahora Dios había enviado al hombre. Lo amansaría, le haría soniditos agradables y le tendería grano. Sería tan buena con él que nunca querría marcharse.

Notó la dureza de la batería en la tierra negra. Alisó el terreno y se llevó una pequeña decepción al ver que no le habían crecido raíces ni brotes verdes. Señaló con el dedo la pequeña fronda de helecho. Era tan pequeña y delicada que apenas la notaba. Podía detener la primera en ese mismo momento si así lo deseaba, estrujar esas frondas y romperlas. Pero eso no estaría bien. Una cosita tan diminuta... la dejaría crecer y crecer. Y quizá creciera una también en su interior.

Iphigenia se giró, pero la imagen permanecía clara en su mente, más clara en su mente que la versión borrosa que veían sus ojos. Carla en cuclillas, toqueteándose, a punto de caer por el esfuerzo de alcanzar a ver su interior.

—Kiri, kiri —anunció su llegada inminente. Pero Carla estaba absorta—. ¡Ey, Carla! — Iphigenia volvió a intentarlo, usando el saludo de la infancia de Carla. Iphigenia estaba muy cerca,

con la mirada baja hacia Carla, que por lo menos había alzado la cabeza.

—¿Leña? —inquirió Carla, preguntándose qué estaba haciendo ahí Iphigenia. Ella y Margarita salían a recoger leña, a trabajar en el huerto, a cuidar de las ovejas, pero raras veces salían sin un propósito.

—Juego. —Iphigenia se agachó para colocarse a su altura. Los rizos negros de Carla habían vuelto a crecer. Se veían tan flexibles que a Iphigenia le entraron ganas de tocárselos. Pero se contuvo.

¡Juego! A Carla le sorprendió gratamente. Iphigenia pocas veces jugaba con ella, ni siquiera cuando era pequeña.

—Adivinanzas.

—¿Rumpelstiltskin?

—No.

Ah, el juego ya había empezado.

—¿Animal, vegetal o mineral? —preguntó Carla.

Esa pregunta tan sencilla desconcertó a Iphigenia. No sabía de qué estaba hecho.

—Ni animal ni vegetal —decidió.

—¿Se encuentra en el interior o en el exterior? —Fue la siguiente pregunta de Carla.

—Ambos.

—¿Es algo que se puede transportar?

—Sí —respondió Iphigenia con rapidez para alentarla.

—¿Mayor o menor que un misal?

Iphigenia evocó el día que lo había visto por vez primera. Se le antojaba importante pero parecía increíblemente pequeño.

—Más o menos igual.

—¿Biblia?

—No es un libro.

—¿Pista?

Iphigenia pensó en qué pista dar.

—Negro y más bien cuadrado.

Oh, no. Negro y más bien cuadrado no. No quería que fuera eso lo que había que adivinar, no el tesoro para el hombre. Todavía no se lo había dado siquiera. Carla volvió a apisonarlo contra la tierra.

—No lo sé.

—Negro y más bien cuadrado —repitió Iphigenia.

—No lo sé. —Carla había empezado a enfurruñarse.

—Es del hombre.

Iphigenia no jugaba bien. Carla ni siquiera había pedido otra pista.

—No lo sé.

—Cabe en un bolsillo. —Iphigenia esperó un poco más, pero dio la impresión de que Carla se había dado por vencida—. ¿Te rindes?

Carla odiaba rendirse, pero pensó que era la mejor opción para este juego. Asintió con la cabeza, con la vista clavada en el suelo.

—Es el teléfono —anunció Iphigenia.

¡El teléfono! Al final no era la batería. Empezó a sonreír.

—¿Sabes dónde está el teléfono? —preguntó Iphigenia.

Oh, sí, sí que lo sabía. Se levantó y cogió a Iphigenia de la mano, alejándola del lugar donde había enterrado la batería.

—Te llevaré.

Echó a correr seguida de Iphigenia.

—¡Carla, Carla! —llamó Iphigenia resollando—. Más despacio. Estaba jadeando y tenía las mejillas sonrojadas. No quería desanimar a Carla, pero no podía seguirle el ritmo.

Carla aminoró la marcha y fue al trote. Qué feliz se sentía. ¡Dos compañeros de juego! Iphigenia y pronto tendría también al hombre. Se sentía muy satisfecha de haber guardado el tesoro que era la batería e Iphigenia ni siquiera había sospechado que estaba allí.

Tuvieron que aminorar la marcha de todos modos porque habían llegado a las zarzas. Carla encontró el túnel que hizo el hombre y por el que luego pasaron las hermanas para salir. A Iphigenia le pareció que estaba tan cubierto de maleza como el resto de la zona, pero Carla conocía un paso secreto. Las zarzas que se habían extendido para rellenar los huecos eran verdes, blandas y flexibles. Si bien las espinas estaban bien afiladas.

Carla soltó la mano de Iphigenia y se internó en el hueco, sujetando lo que había crecido últimamente y trenzándolo en lo viejo para que formara un túnel. Se abrió paso hasta el lugar donde lo había enterrado, el hueco de su niñez al que había caído el hombre, y empezó a excavar como un perro, lanzando un torbellino de tierra a su espalda.

—¡Ahí está! —Desplegó una sonrisa radiante. Lo frotó para quitarle la tierra como si fuera la lámpara de Aladino y lo mostró con aire triunfante.

Qué artilugio tan feo, negro y soso. No obstante, al igual que la lámpara empañada que Aladino había encontrado, Iphigenia estaba convencida de que albergaba a un genio. Mientras Carla lo sostenía contra el azul infinito, Iphigenia olía el mar, penetrante y cautivador, oía las aves marinas que caían en picado para sumergirse en el mar. Era el lugar exacto desde el que habían emprendido su viaje hacia el mundo. Iphigenia no necesitaba indicios más claros de que su táctica era la adecuada.

Carla alzó el puño en el que escondía una cosa.

—¿Jugamos? —propuso, inclinando la cabeza hacia un lado y dedicando al hombre su mejor sonrisa.

Por lo menos tenían una buena dentadura; amarillenta pero intacta. Parecía que nunca se la limpiaban. Se pasó la lengua por sus dientes. Notó el sarro. Supuso que también le olía el aliento. Casi había olvidado la sensación mentolada de los dientes limpios. Miró el puño lleno de tierra.

—¿Qué? —preguntó.

Se colocó junto a él y abrió la mano. El eco de la voz que había gritado convertido en apenas un susurro.

Vaya, qué bien. Se había perdido, pero ahora había aparecido. Y Carla había tenido que excavar para que apareciera. Excavar, literalmente, a juzgar por cómo tenía las manos y las uñas.

—Tu tesoro —le refrescó la memoria.

Vale, vale. No hacía falta que se lo restregara. La batería del teléfono. La batería que se había

puesto a buscar entre las mierdas de oveja. Qué vergüenza había sentido al denigrarse de tal manera. No tenía ni idea de cuánto más bajo podía caer.

—Tan bajo como para deslizarse debajo del vientre de una serpiente —dijo en voz alta, con voz de vaquero americano.

Lo que ella tenía en la mano era una inutilidad, pero solo intentaba ser amable. Debía mostrarse magnánimo. Tenía que soportar a las niñas, a las niñas de cara sucia, unas niñas mayores. Ahora que le había crecido el pelo, veía que lo tenía bonito, con unos pequeños rizos lustrosos como los de su madre. ¿Cómo es que no se había dado cuenta antes?

—Gracias —dijo él con magnanimidad.

—¿Jugamos?

—¿A qué? —preguntó.

—¿A tu juego?

—¿Mi juego?

—Tú eliges —explicó Carla.

Nunca le habían gustado los juegos, salvo el ajedrez, o aquellos en los que el cerebro se ejercitaba un poco, pero no los juegos improvisados e inventados. Carecía de imaginación para ellos. Pero un juego, cualquier juego, era preferible a yacer ahí en la cama preguntándose qué había para cenar. Como no tenía nada que hacer, lo único que deseaba era que llegaran las horas de las comidas frugales. A veces lo llevaban al exterior para que se sentara al sol durante unas horas, otras veces lo dejaban todo el día en su habitación. Carla parecía no percatarse de la frescura del ambiente, pero a Ignatius le parecía que la cola de yeso, en vez de ofrecerle aislamiento, le hacía sentir frío y húmedo. Estaba bien cuando el sol entraba en la habitación pero al caer la tarde se sentía más frío.

—¿Jugamos? —Como un cachorro ansioso, cuando se le pone un palo delante y espera que se lo lancen. Haciéndole esperar un poco para que pille el truco.

Ah, pero sí que quería jugar con ella a un juego. Veo, veo algo que empieza por la C. No es el claustro, no es el cuarto. Es un coche. ¿No lo ves? Deja que te enseñe. Está fuera. Vamos a jugar a sigue al líder. Yo te seguiré al mundo exterior. Es una cosa grande y negra, ¿no la ves? Bueno, vamos un poco más allá. Aquí está. Ahora me toca a mí. Un coche es más veloz que cualquier persona que corra, más veloz que el vuelo de los pájaros, que los peces nadando. Mírame, te enseñaré. Mírame, Carla. Ha bajado la marea, el paso está transitable, mira qué lejos voy. Puedes correr, pero soy demasiado rápido para ti. Mi magnífico corcel negro. Tú no eres más que una pequeña mota de polvo, cada vez más pequeña hasta que estoy en tierra firme, la marea sube y tú desapareces.

Oh, pero todavía falta un rato para poder jugar a eso. Primero tenía que recuperar las piernas. Si querían que se le ocurrieran juegos interesantes, tendrían que alimentarlo con algo más consistente que ortigas y nabos. Necesitaba proteínas, un buen filete de abadejo con salsa de estragón, un buen asado con una salsa espesa y muchas patatas. Le costaba creer que sobrevivieran con alimentos tan precarios. Estaba convencido de que las deficiencias de su dieta explicaban sus peculiaridades. Por lo menos, algunas de ellas.

No era un buen compañero de juegos, por mucho que ella se lo pusiera fácil. Ella no sabía a qué se jugaba con la batería, era él quien tenía que decírselo. Ella pensó que ni siquiera parecía muy contento de verla. Se puso el dedo en la mandíbula y giró la cabeza hacia un lado, como si

acabara de ocurrírsele una idea.

—Nombre. —Sabía perfectamente cómo se llamaba, pero quería que él empezara.

—¿Nombre?

—De esto.

—Es una batería. Una batería muerta.

La alzó a la altura de su nariz.

—¿Muerta? —Estaba tiesa como una cosa muerta, pero ni olía ni tenía gusanos.

Él suspiró, capituló, cogió la cosa entre sus manos limitadas y empezó a golpearla contra el yeso, siguiendo un ritmo determinado. Ella escuchó la percusión durante unos instantes y entonces la imitó chasqueando la lengua y los dientes. Entonces él paró, perdió el interés. Tendría que instruirle mejor. Carla había enseñado al erizo una y otra vez, pero nunca había aprendido nada.

—Tu tesoro —repitió de forma enfática, diciéndoselo en las narices.

Qué crueldad, ¿es que no se daba cuenta? Enseñarle, alardear delante de él de ese «tesoro» impotente. Él la subió y la bajó de la cama como si fuera un coche de juguete, le dio un último empujón en dirección a ella. Ella lo empujó otra vez hacia él. Fue de un lado a otro.

No resultaba un juego muy interesante. Le había parecido muy importante el primer día. Estaba convencida de que él jugaba a algo con aquella cosa. ¿Se le había olvidado o es que no quería compartirlo? Cuando dio la impresión de que se cansaba de empujarla adelante y atrás, ella la cogió, la frotó entre sus manos y la acercó a la mejilla de él para notar su calidez.

Él apartó la cabeza de forma instintiva.

—Conozco un juego —dijo alegremente—, la búsqueda del tesoro. Busca la batería.

¿Buscar la batería? Pero si estaba ahí.

Él captó la expresión de curiosidad de ella.

—Una batería nueva, que funcione. En la guantera del coche. Podríamos bajar a buscarla. Podría ser nuestro juego especial. Solo tú y yo.

Oh, qué contenta estaba de que el hombre hablara de juegos especiales, pero el coche... El coche había desaparecido. Trazó un arco lento e imaginario en el aire, imitando la suerte que había corrido el vehículo. Paso por paso, hasta acabar haciendo explotar las manos con un chof. Acto seguido, negó con la cabeza como si fuera una tragedia terrible.

Fantástico. Habían hecho rodar el coche hasta el mar. El helicóptero no habría visto el vehículo porque no había ningún vehículo que ver. Nada indicaba su presencia en el lugar. Fantástico. Apretó los dientes y contuvo las lágrimas. Estaba harto de la situación. ¿Cuándo pensaban traerle la cena?



Reliquias del coche, reliquias del coche. A Carla lo que más le gustaba era la caja de papeles lisos de color albaricoque. Cuando se extraía uno, otro acudía a ocupar su lugar. Pero eso no es lo que iba a ir a buscar. Lo que más le gustaba al hombre era la batería. Las reliquias del coche se guardaban en la habitación de la abadesa. La abadesa no jugaba con ella igual que las hermanas. A veces la abadesa le sonreía si pasaba por allí, pero nunca jugaba a tocarle los deditos de la mano o de los pies ni a hacerle cosquillas en la axila para que riera con estridencia. Durante mucho tiempo, Carla pensó que Iphigenia también era abadesa.

Carla oyó ruidos cuando puso la mano en la puerta, un ligero gruñido. ¡Menuda sorpresa se llevó cuando atisbó por la puerta y vio a Iphigenia jugando! Jugando con el teléfono.

—¡Ey, Iphigenia! —dijo Carla abriendo la puerta de par en par.

Iphigenia estaba tan ensimismada que no había oído la llegada de Carla. Y se sorprendió tanto al oír su voz que soltó el teléfono. Esperó no haberlo roto. Aunque tampoco sabía cómo funcionaba.

Carla e Iphigenia intercambiaron una mirada, preguntándose ambas si hacía falta dar explicaciones. Se dieron cuenta de que se habían pillado mutuamente en un momento íntimo.

Iphigenia fue la primera en reaccionar.

—¿Buscas algo?

Carla desplegó una amplia sonrisa.

—Pequeño y negro.

Dos juegos con Iphigenia el mismo día. Normalmente, a Iphigenia no le gustaban los juegos, aunque en una ocasión había descrito el juego del dominó. Carla incluso había hecho unas fichas, cortando cuadrados de masa y poniéndoles unos puntitos encima. Carla y la hermana Cook los habían horneado y cuando Carla se los enseñó a Iphigenia, las lágrimas se le agolparon en los ojos. Carla no lo entendía, le había parecido que a Iphigenia le gustaría el regalo. A Carla empezó a temblarle el labio e hizo una mueca. Enterró la cabeza en el olor cálido y crujiente de la hermana Cook, quien, le dio palmadas en la cabeza con su manaza y le aseguró que a Iphigenia le gustaba mucho. Lo que pasaba es que la sorpresa la había pillado desprevenida. Sumergida entre los faldones de la hermana Cook, Carla no había visto el interrogante que pasó de un hábito negro a otro.

Ahora, con el juego del objeto pequeño y negro, Iphigenia parecía un poco demasiado contenta y feliz. Pero jugar era fácil. Carla sabía que, si Iphigenia practicaba, se relajaría y mejoraría.

Iban a por él, casi al galope. Ignatius notó que se le aceleraba el corazón y una sensación de sudor y escozor por todo el cuerpo. Se había extralimitado con Carla y el castigo iba de cabeza hacia él. Empezó a urdir una historia para Iphigenia, igual que hacía con su madre cuando era niño

y llegaba a casa tarde después del colegio. No le hablaría del juego especial de bajar hasta el coche. Solo estaban charlando, moviendo la batería adelante y atrás cuando, de repente, ella se había marchado. ¿Coincidiría Carla en la versión de los hechos para conservar a su compañero de juegos? No, a juzgar por las prisas que tenían por llegar hasta él.

Carla e Iphigenia se cernieron sobre él. Iphigenia se introdujo la mano en el bolsillo delantero y sacó... Ignatius parpadeó. Su móvil.

—Juega —ordenó. ¿La madre superiora quería jugar? ¿Era esta la primera de muchas pruebas que tendría que superar para ver si era apto para la prenda de vestir?

—¿Que juegue a qué? —preguntó como un tonto. El móvil estaba entre ellos, un ratón sin sitio a donde ir.

—Teléfonos —dijo Iphigenia. Sin más, en voz baja. Como si no tuviera otra opción.

Consiguió cogerlo, pero con las manos atadas no podía mover los dedos.

—¿Desatar? —sugirió Carla, al ver su dificultad. Iphigenia asintió con la cabeza. Carla soltó un pequeño gruñido y sacó la lengua para concentrarse, aunque no tardó demasiado en desatarle las manos. Él se frotó las muñecas para recuperar la circulación, movió los dedos como una araña que asciende por una pared invisible. Cuando estuvo preparado, Iphigenia volvió a tenderle el teléfono.

Tramaban algo. Lo bastante importante como para desatarle las manos. No es que pudiera echar a correr... ¿Qué peligro había? ¿Que les arrojara el móvil? Se lo acercó a la oreja.

—¿Diga?

Carla se llevó la mano a la oreja e hizo lo mismo. Iphigenia lo soltó un momento antes de decir:

—Haz que funcione.

Otro juego totalmente distinto. Para Iphigenia no era un juguete, lo que quería era usarlo. ¿A quién tenía pensado llamar? ¿Al obispo? ¿A los servicios de salvamento?, caviló él.

—No funciona sin batería. Una batería que esté viva.

—¿Viva? —repitió Iphigenia, imaginándose a un animal o planta.

—Batería cargada. —La miró tan tranquilo—. En la guantera del coche.

—Enséñanos con esta —dijo Iphigenia. Le dio la batería con la que él y Carla habían estado jugando.

—No funcionará —afirmó.

—Enséñanos.

La colocó.

La batería de repuesto no había caído con el coche, debían de tenerla allí arriba con ellas. Pero no eran tan tontas como para dejarle jugar con ella, por si se comunicaba con alguien.

—Es muy fácil. —Y se lo enseñó. Ella le quitó el teléfono y presionó el pequeño botón de la base, dio unos toquecitos a los números y al final se acercó el aparato a la oreja. Repitió la operación varias veces para memorizarla.

Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador. Porque ha mirado la triste condición de esta su sierva; pues he aquí que desde ahora en adelante todas las generaciones me tendrán por bienaventurada». Todas las contradicciones del día se desvanecen al caer la tarde. El bálsamo fresco y sanador del final de la tarde. El viento

se encalma y los insectos chirrían su canción minúscula. Margarita se arrodilla en la capilla preparada para las vísperas. Aunque no abra los ojos, sabe que sus hermanas no se han reunido con ella.

Por primera vez, las palabras que María dijo a su prima Elisabet saben a paja en boca de Margarita. Ambas embarazadas de los niños santos que traerían al mundo. Elisabet embarazada a edad avanzada. Margarita siente su cuerpo seco y hueco. Su edad avanzada nunca será bendecida con la fecundidad de Elisabet.

Permanece como única centinela a lo largo de las vísperas. Acoge el frío doloroso en sus rodillas y lo irradia por todo su cuerpo. Carla e Iphigenia están ausentes, ni siquiera tiene la compañía de alguna hermana de santa Inés, a pesar de que es habitual que aparezcan por ahí al oír los cánticos. Margarita tiene que acarrear sola la carga de las vísperas, que no es precisamente ligera.

Recita la última parte a toda prisa. En las vísperas de hoy no hay tranquilidad, ninguna curación de las contradicciones. Los gusanos de su corazón enloquecen y se retuercen intentando retornar a la oscuridad húmeda y segura de la tierra intacta. Se alza con dificultad desde su postura arrodillada, la cadera le rechina en su cavidad.

Tampoco están en el patio. Margarita estaba sola bajo la luz amarillenta. Empezó a amasar pan para cenar. A amasar, apretando y empujando. Aplanándolo con fuerza contra la mesa, pero aun así no aparecía nadie. Seguro que Carla había salido a explorar, a visitar a sus plantas e insectos, como una monja de hospital haciendo la ronda de las habitaciones. Pero ¿Iphigenia? Por la tarde solía sentarse bajo la luz del Señor, a tomar una infusión de salvia y a olisquear el viento. Al igual que Carla, hace la ronda, pero sin levantarse ni moverse. Pinchó la masa para amasarla por segunda vez y luego la vertió en la cacerola. ¿Por qué tenía que quedarse a vigilarla si a nadie más parecía importarle la cena? Daba igual si el pan se quemaba. Tal vez el olor atrajera a Iphigenia dondequiera que estuviera.

—¿Hola? ¿Hola?

Voces pasillo abajo. Margarita se encaminó hacia la habitación del pez haciendo frufrú. Todos los ocupantes alzaron la mirada cuando la silueta de Margarita bloqueó los haces de luz moteados que entraban por la puerta abierta. Carla se sonrojó de la emoción.

—¡Ey, Carla! ¿Un juego? —A Margarita le costaba encajar que Iphigenia estuviera allí.

—¿Juegas? —invitó Carla, ajena a la ira tensa que destilaba la voz de Margarita.

—¿Jugar, Carla? Pero si es hora de vísperas. —Su voz se apagó. Demasiado tarde para las vísperas, de hecho. Lanzó una mirada de soslayo a Iphigenia y se alegró al ver su expresión consternada. Iphigenia se había perdido las vísperas. Iphigenia, a quien nunca se le pasaba nada.

Margarita era tan corpulenta que llenaba todo el umbral, y notaba que este la enmarcaba como si fuera una capa de verdad. Olisqueó el aire y alzó la nariz igual que hacía Iphigenia.

—El pan se está quemando —dijo. Iphigenia meneó la nariz pero no captó el olor a pan quemado. Margarita fue pasillo abajo y dejó que Iphigenia la siguiera a duras penas.

Se fue a su celda y se quedó junto a la ventana, eufórica y enfadada a partes iguales. A él no lo habían cambiado ni una pizca, sino que él era quien las cambiaba y alejaba del Señor. Dedicándose a juegos frívolos con él cuando tenían que estar en las vísperas. Conversando y parlotando. Que se queme el pan, que se queden sin cenar, estaba harta de ser la criada.

Miró a las ovejas pastando, las hermanas de santa Inés ajenas a las nubes negras que se cernían sobre los claustros. Ojalá volvieran a ser humanas, Teresa, Assumpta, la hermana Cook, todas las demás. Ellas eran su verdadera comunidad. Se puso a cantar con voz suave su cántico especial para los corderitos y, en ciertos momentos, el aliento de su voz entraba en un oído ovino y una de las ovejas alzaba la cabeza y balaba.

Sería magnánima cuando Iphigenia viniera a pedirle perdón, reprimiría las ganas de señalar la influencia maléfica del visitante que había introducido al demonio y al maldito en sus vidas, que trastocaba incluso su servicio a Dios. Un poco más de tiempo, un poco más de libertad para actuar a sus anchas e Iphigenia sufriría las consecuencias. Entonces suplicaría el perdón de su hermana así como el del Señor.

Margarita observó durante un rato a las hermanas de santa Inés arrancando hierba, apartándose ocasionalmente de las orejas un insecto zumbador típico de esa hora. Qué felices se las veía. Deseó que Dios acelerara su muerte para convertirse en una feliz hermana de santa Inés. Vio cómo el sol se hundía más todavía, oyó el trino y el revoloteo de algunos pajarillos, pero no oyó los pasos de Iphigenia encaminándose a su celda. A lo mejor Iphigenia en vez de pedirle perdón a Margarita se lo pedía a Dios.

Margarita regresó a los claustros haciendo frufrú. La capilla estaba cerrada. La Virgen María y su madre estaban en la misma actitud pétrea que cuando las había dejado. Siguió adelante, pasando de un arco a otro para no ser observada, hasta que disfrutó de una buena vista del patio.

Ahí estaban, colocando la cena preparada como si todo fuera normal. Su pan estaba fuera de la cacerola y encima de la mesa, con una corteza de un perfecto marrón dorado. Margarita no estaba contenta.

Hasta la tercera noche después de haberse saltado las vísperas Iphigenia no se dio cuenta de lo que estaba deshecho. Tricotó una pequeña imperfección en su labor de punto, una marca para asegurarse. La siguiente noche vio que la imperfección había desaparecido y que su labor solo había avanzado dos filas más desde donde había empezado la noche anterior. Alguien estaba deshaciendo el hábito del sacerdote.

Sí, se le habían olvidado las vísperas, pero tampoco se merecía que Margarita apareciera en la puerta cual ángel vengador. La imagen impresionaba, la silueta de Margarita recortada contra la luz, con las alas extendidas como un murciélago. ¿Acaso llevaba la capa nocturna? A Iphigenia le dolía el hecho de haberse saltado las vísperas, pero la emoción de haber visto cómo funcionaba el teléfono la sobrepasaba con creces. Aquel trastorno era pasajero, luego ya retomarían su vida de siempre.

Sin embargo, debía tener calma a Margarita. Le quedaba claro al ver cómo saboteara la labor. Iphigenia se comprometió a estar más alerta a los movimientos del día, a la trayectoria del sol a lo largo del cielo, a los cambios de luz y temperatura que marcaban los distintos oficios.

Mientras tanto, continuaría con su plan. Por desgracia ahora parecía que tendría que hacerlo en secreto. Si Margarita se ofendía tanto porque se había saltado las vísperas, solo Dios sabía qué pensaría del gran y osado plan de Iphigenia de ponerse en contacto con el mundo exterior. En esos momentos, Margarita estaba demasiado ofuscada como para no considerarla una amenaza. Más valía que Iphigenia esperara a poder comunicar alguna buena noticia.

Banks, Colquhoun y Andrews, una trinidad de nombres. Los repetía una y otra vez, eran su cántico y oración privados.

Espera en la puerta, olisqueando el lugar como un gato el ambiente. Vacila unos instantes y se acerca cuando llega el momento. Aunque él esté de espaldas a ella y él imite la respiración pesada del sueño, está despierto. ¿Nota ella el leve movimiento de sus párpados? El silencio, ahora que se ha adentrado en él, se ha vuelto más denso. Él nota que ella se dispone a hablar.

—No funciona.

Ignatius tardó unos instantes en saber a qué se refería. No conseguía hacer funcionar el teléfono. Pero, ah, la idea se le ocurrió sin previo aviso, mucho mejor si lo lograba.

—¿Ha instalado la batería nueva? —Un toque de petulancia, más que nada para que le quedara claro que sabía que sí.

Se produjo una pausa y en la oscuridad notó el teléfono en sus manos. La batería estaba colocada a la perfección.

—Está bien —confirmó. Le arrebató el aparato.

—Dime otra vez cómo se telefonea.

—Es fácil. Pulsa el botón ON y marca el número. ¿Quieres que lo haga yo? —Menudo zorro galante. Escuchó el sonido tenue mientras ella marcaba tres o cuatro números. No bastaba—. La mayoría de los números tienen siete dígitos.

—¿Siete? —Iphigenia no veía con claridad el membrete de Banks, Colquhoun y Andrews, pero estaba convencida de que había menos de siete números.

—Más el prefijo, si llamas desde un lugar lejano.

—¿Prefijo?

Le explica lo que es.

—¿A dónde llama?

Al mundo. Iphigenia intenta llamar al mundo. Entonces recuerda otra cosa que la abuela solía decir del abogado. El señor Banks viene hoy de la ciudad.

—A la ciudad —responde.

Él le dice el prefijo.

Ella se acerca a la ventana y prueba el teléfono. Debe de haber establecido conexión porque se la ve asombrada y casi se le cae de la mano. «Excelente», piensa Ignatius.

Regresa a la cama con el teléfono en el bolsillo. Ha recuperado la compostura.

—¿Nuestro monasterio es el único que el obispo desea vender?

Ha oído la pregunta, pero no responde enseguida. De todas ellas, parece ser la única consciente de que hay un mundo fuera de estos muros y que forman parte de él. Es la primera vez que ha sacado el tema a colación. ¿Se lo está repensando? ¿Tiene algo que ver con el teléfono? Debe responder con cautela y tener presente su objetivo.

—Está pasando por todo el país, incluso las monjas que son dueñas de sus propiedades las están vendiendo. Quedan muy pocas. Quedamos muy pocos. —Se incluye en el grupo de las órdenes religiosas.

—¿Muy pocas? —repite ella. Las palabras flotan en el aire, buscando consolidarse antes de llegar al suelo.

—Pues sí —responde él. Y cambia de postura, se gira para mirarla a la cara ahora que habla en términos genéricos y no necesita protegerse—. Muy poca gente joven entra en las órdenes. Las instituciones religiosas son comunidades de gente mayor. Mueren y nadie las sustituye.

—Razón de más para que nos quedemos aquí.

El toma y daca. El bloqueo. Reconoce en ella una inteligencia que apenas se ha ejercitado. ¿Dónde iba a encontrar un debate razonado, la demostración de la lógica en este entorno? Con un poco de práctica, Iphigenia podría defenderse bien en los debates junto a la chimenea del palacio. Sonríe ampliamente al pensar en ella, con su ropa andrajosa y los pies encallecidos, en tal compañía.

Ignatius recuerda lo edificante que le parecía mantener debates teológicos y qué buena era la lógica como herramienta para argumentar la fe. Los ritos y las ceremonias elevaban el espíritu de las masas, pero un sacerdote necesitaba respuestas. Una vez aceptado el acto de fe, el resto no era más que una cuestión de lógica.

—Necesitamos adoptar un enfoque más práctico. Hay muchos problemas en el mundo: desempleo, jóvenes sin techo... la Iglesia... La Iglesia está en crisis, los feligreses emplean métodos anticonceptivos a pesar de los edictos papales, los hermanos que caen como moscas a medida que se descubren más casos de abusos sexuales, la autoridad de los sacerdotes se desmorona.

La Iglesia con sus vínculos directos con Jesucristo a lo largo de los milenios. Había habido momentos duros con anterioridad, inquisiciones y desafíos, pero la Iglesia había sobrevivido. Los críticos acusaron a la Iglesia de rigidez, de falta de cambio, pero ha durado dos mil años y se ha propagado por todo el mundo. No había conseguido eso por su rigidez y por no saber adaptarse. El futuro de la Iglesia era el futuro de Ignatius. Había que reconocer que había habido décadas y siglos mejores para ser sacerdote. No soportaba albergar el pensamiento de que había elegido una carrera, dedicado su vida, a un organismo cuya fecha de caducidad ya se había sobrepasado.

—La Iglesia debe adaptarse al mundo moderno.

—Nosotras rezamos por el mundo, pero no formamos parte de él. Aquí no hay más gente. ¿El obispo quiere construir casas y hospitales donde no hay gente?

—No.

—Entonces ¿qué?

Hay confusión en el ambiente, un zumbido eléctrico. Le da la espalda antes de contestar. Y lo que dice no es realmente una respuesta. Lo sabe, pero es el secretario del obispo, instruido en el arte de la discreción y la diplomacia.

—La mayoría de las comunidades pequeñas practican la generosidad de dar a los necesitados. Va en contra del voto de pobreza que tales comunidades estén rodeadas de tanta riqueza.

—Pero no va en contra del voto de pobreza que el monasterio se convierta en un hotel de lujo...

Había revisado sus documentos. ¿Quería acaso llamar a Connoisseur Resorts para sabotear el proyecto?

—Los ricos también necesitan sustento espiritual.

Un suspiro, un latido.

—¿Qué pasa con las hermanas cuando se vende su hogar?

Él desea que no emplee palabras como «hogar». Se siente mucho más cómodo refiriéndose a bienes inmuebles.

—Se las cuida bien. —Está a punto de decir que pasan a tener una existencia más cómoda, con agua caliente, calefacción central, etc. Pero se acuerda de cómo reaccionó la primera vez—. En la

medida de lo posible, procuramos dar continuidad a sus vidas—. Hace una pausa antes de añadir —: Continuidad en otro hogar, con hermanas de la misma orden.

Él no lo entiende. El ambiente queda suspendido con la misma delicadeza que una telaraña. Cuando se toca un hilo, se desbarata todo. No son solo ellas tres, están las hermanas de santa Inés. Santa Ana y la Virgen María, todas las oraciones, todos los cánticos que han quedado impregnados en las piedras, cada pensamiento y contemplación privados, cada trino de pájaro, brizna de hierba, gusano e insecto. La tierra misma. Es el lugar y todo lo que hay en él, la luz y la oscuridad, el día y la noche, las generaciones de hermanas, la vida eterna, todo ello contenido en el seno del monasterio.

¿Cuánto tiempo les quedaba a Iphigenia, Margarita y Carla en su estado actual? ¿Antes de que sus almas eternas se elevaran a la luz del Señor, sus cuerpos descompuestos pasaran a formar parte de la tierra y sus espíritus se reencarnaran en *Agnes Dei*? Corderas de Dios.

—Si se están vendiendo muchas fincas, ¿por qué necesita esta el obispo?

No era tanto el obispo como Ignatius. Esta era suya. Él la había encontrado y quería que se materializara el proyecto.

—Depende por completo del obispo. Yo soy su secretario, un mero servidor. Hermana, por la noche... ¿podría tener una vela y algo para leer? ¿Por favor?

El silencio ruge como una ráfaga de viento en sus oídos. Bien podría ser una estatua y su voz un producto de la imaginación. Tal vez esté soñando la conversación. La voz es una marea, un ir y venir. Las estrellas están desapareciendo por el ventanal y el cielo empieza a clarear. ¿Cuánto tiempo lleva ella allí? ¿Un segundo o toda la noche? Algo se eleva y suspira como el agua al desplazarse y ella se mueve.

La sombra de Iphigenia se cierne sobre él.

—Margarita dice que si te damos piernas te marcharás corriendo.

Él oye su propia respiración y el primer pájaro que trina. No quiere hablar de la promesa de las piernas, no quiere exponerse al peligro de tropezar. Mejor concentrarse en lo que se le da bien.

—Me gustaría que negociáramos un acuerdo justo relacionado con el futuro del monasterio. — Se imagina que estas palabras se deslizan en la mente de ella como una serpiente.

—Una situación ventajosa para ambas partes.

A él le sorprende que emplee esa frase, como si oyera a un extranjero hablar mal en inglés. Pero habla su idioma, es buena señal. Él la está convenciendo y ella convencerá a las demás.

—Ventajosa para ambas partes, eso es.

Sonriendo con petulancia, Ignatius observó cómo desaparecían los últimos retazos de la noche. El teléfono. Qué delicioso pensamiento. Lo saboreó, le dio vueltas en la cabeza, deleitándose con las implicaciones que aquello tenía. Un teléfono operativo en la finca. Se rascó el estómago, pensando en maneras posibles de conseguirlo. Pero, claro, ni siquiera tendría que recurrir a eso.

Oh, qué placer tan exquisito sentía solo de pensarlo. Ignatius no tenía que hacer nada de nada, ella lo haría por él. Qué perfecta ironía. Si ella usaba el móvil, la llamada iría a cuenta del obispo.

Rezó para que hubiera alguien en el palacio tan diligente y escrupuloso como él, que

comprobara la factura cuando llegara. El número de quienquiera que ella llamara aparecería en ella. Pero eso importaba menos que el hecho de que se hubiera realizado una llamada. Desde el móvil. El teléfono seguía en uso. Investigarían y reiniciarían la búsqueda.

Esperaría uno o dos días. Entonces idearía maneras de acceder al teléfono. Utilizaría a Carla. Pensaría en un juego.

Entablar y afianzar la comunicación, obtener información, probar ideas, más fácil y barato que desplazarse a una reunión, se pueden tomar notas sin parecer maleducado. Iphigenia había leído la página que versaba sobre hacer negocios por teléfono y había practicado su actitud durante una conversación. No era consciente de que existieran tantos tipos de preguntas: retóricas, directas, hipotéticas, analíticas, debilitantes, abiertas, cerradas, tendenciosas. Los pájaros matutinos trinaban con alegría e Iphigenia había hecho distintas llamadas antes de que alguien le sugiriera que probara con el servicio de información telefónica.

Se preguntó si el sacerdote había intentado engañarla, porque el servicio de información telefónica solo tenía tres números. Pero cuando preguntó por Banks, Colquhoun y Andrews, sí que le dieron siete números. Iphigenia los repitió una y otra vez hasta aprendérselos de memoria antes de marcarlos.

—Ha contactado con Banks, Colquhoun y Andrews —le informó una joven voz femenina—. Nuestro horario de oficina es de nueve de la mañana a cinco y media de la tarde. Gracias.

Preguntó por el señor Banks pero no recibió respuesta.

—¿Hola, hola? —decía. La voz la ignoraba. Iphigenia habló más alto por el aparato, pero continuó sin recibir respuesta. Colgó el teléfono. Estaba cansada, quizá no lo estaba haciendo bien. Probaría más tarde.

Esperó hasta después de la tercia. Recordó que el señor Banks nunca venía antes del desayuno ni después de cenar. Normalmente aparecía a media mañana, a la hora del té. Recordó que el señor Banks se añadía el azúcar al té sujetando la cucharilla por el extremo y moviéndola en círculos como un hipnotizador.

Margarita se había quedado en la capilla, Carla estaba por los campos. Iphigenia fue a la habitación de la abadesa a hacer la llamada.

Se sentó rodeada de cosas mundanas, las reliquias del coche y *Técnicas de negociación*, por si las necesitaba.

—Banks, Colquhoun y Andrews. ¿En qué puedo ayudarle?

—El señor Banks, por favor —dijo Iphigenia con voz firme.

La joven habló después de una pausa.

—Ya no hay ningún señor Banks. ¿Puedo ayudarla en algo?

Iphigenia había pensado mucho en el señor Banks antes de hacer la llamada, sabía que el joven señor Banks ya se habría convertido en el viejo señor Banks. Pero ahora le resultaba evidente que había muerto.

—¿El hijo del señor Banks?

—Es el nombre del bufete, no hay ningún señor Banks. ¿Acerca de qué sería la consulta?

Iphigenia pasó al siguiente nombre.

—Hablaré con el señor Colquhoun. —Una voz autoritaria inspirará confianza y ganas de hacer lo que corresponda.

—Un momento, por favor.

Iphigenia oyó algunos instrumentos de cuerda y luego:

—James Colquhoun. —Una voz varonil y retumbante. El tipo de voz que se imaginaba que tenía Dios.

—La señorita Featheringale al habla. Quiero tratar un asunto con usted. —Aunque lo había repetido infinidad de veces en su interior, a Iphigenia le sorprendió escuchar la voz de su abuela brotando de su boca.

—¡Señorita Featheringale!

Oh, cuánto le gustaba ese nombre que en inglés sonaba a pluma suave y esponjosa llevada por el viento. Un nombre largo como una frase.

—La nieta de la señorita Featheringale —puntualizó Iphigenia.

—Sí, sí, por supuesto —repuso él—. ¿Quiere concertar una cita para venir al despacho o prefiere que venga a verla? —Qué raro. Nunca había tratado con el señor Colquhoun en persona pero daba la impresión de que él la conocía.

—Trataremos el asunto por teléfono. Puedo entablar y afianzar la comunicación, se pueden tomar notas sin parecer maleducado y es más fácil y barato que desplazarse para una reunión.

—Sí, por supuesto, señorita Featheringale. ¿O prefiere señora?

Featheringale era el apellido de su abuela. A Iphigenia le quedaba raro, como un sombrero.

—Soy la hermana Iphigenia.

—Sí. Sí, por supuesto.

Qué curioso. Era como si él la conociera, aunque ella no le conocía de nada. Ni siquiera tenía una imagen mental de él, mientras que sí la tenía del señor Banks. Era muy difícil hacerse una idea a partir de una voz incorpórea, aunque, si se paraba a pensarlo, no le suponía ningún problema cuando hablaba con Dios.

—¿A qué huele usted, señor Colquhoun?

—¿Cómo?

—¿A qué huele?

—Disculpe, pero yo no huelo.

No entendía por qué estaba tan indignado, todo el mundo tiene un olor. Pero recordó que no era un tema de conversación del agrado de la gente. Incluso cuando era un fuerte olor flatulento que hacía que la gente se tapara la nariz, no decían nada.

—No pretendía ofenderle —se disculpó con voz arrepentida—. Es que... ¿lleva ropa de lana?

—El traje es de una mezcla de lana y la camisa de poliéster. La pajarita es de seda. De color granate, si es que quiere saberlo.

Una pajarita de color rojo brillante. Una cabeza con una mata de pelo gris con raya a un lado y rizos peinados hacia atrás, detrás de las orejas. Bien acicalado. La fragancia floral y penetrante de la colonia. Y ahora cuero y pera. Iphigenia se lo imaginó sentado a su escritorio, un gran mueble que olía a caoba.

—Hermana, ¿de qué tema desea hablar exactamente?

Iphigenia había pensado mucho en el gran silencio acerca de lo que estaba a punto de decir, incluso había pedido consejo al Señor. El Señor le había respondido que aunque, y era un gran aunque, la noticia de la desaparición de un sacerdote y la búsqueda en helicóptero hubiera llegado a los periódicos, e incluso aunque Banks, Colquhoun y Andrews hubieran leído esa noticia,

probablemente no se mencionara ni su destino ni la intención de la Iglesia. Para apoyar esta teoría, Dios había señalado que nadie había venido después del helicóptero y probablemente el asunto se hubiera dado por zanjado. Por tanto, habló con seguridad.

—De la venta de nuestra propiedad.

—Ah, ¿desea vender su propiedad? —Se mostró bastante entusiasta.

—Eso es precisamente lo que no queremos hacer. Ha llegado a mi conocimiento que la Iglesia, es decir, el obispo, desea vender nuestro hogar. ¿Qué podemos hacer?

—Hermana... —vaciló él—. Seguro que deben de tener un asesor para estos asuntos. ¿La madre superiora de su orden?

—Señor Colquhoun, somos una comunidad aislada. No tenemos más contacto que con Banks, Colquhoun y Andrews. Me gustaría que fuese nuestro asesor en este asunto. Que recopile información si no la tiene a su disposición. Mañana le llamaré. Adiós. —Iphigenia colgó el teléfono. Se había apresurado en la última parte. Tanto hablar. Era agotador imitar la voz de su abuela. Tenía que ir a tumbarse, algo que raramente hacía durante el día, pero se sentía mareada.

Oyó los cánticos. La sexta. Compromiso y fervor. La hora en la que el sol estaba en lo más alto, la hora máxima, el mediodía. Una hora equidistante del esperanzador comienzo del amanecer y de la sensación de consumación que traía la noche. El momento en el que la tentación de rendirse era mayor.

No podía perderse la sexta. A pesar de las estremitas que le pinchaban los ojos, Iphigenia fue trastabillando por el pasillo hasta la capilla. Se arrodilló junto a Margarita y Carla y, cuando inclinó la cabeza para rezar, cayó en una noche repleta de estrellas.

Frescas, enteras, redondas. Calientes. Unas gotas de un color verde pálido le aparecían en los labios, en la nariz. Movi6 la cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero veía borroso. A su espalda notaba la falda pétrea de la Virgen María.

Y entrando el ángel a donde estaba, dijo: «¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres».

Margarita apareció enfocada ante ella, sosteniendo una taza de té que Iphigenia rodeó con las manos y bebió. El líquido le resbaló por el mentón. A través del verde refrescante y antiséptico de la salvia, olió a sangre. Tenía la frente pegajosa. Le pitaban los oídos con una versión auditiva de la estremitas que había visto antes.

Veía a sus hermanas onduladas por el vapor que despedía la taza. Oyó balidos y, bajo la luz y la sombra de la capilla, vio que un par de hermanas de santa Inés habían ido a presentar sus respetos. Iphigenia se sentía como el niño Jesús en el pesebre.

Dejó la taza e hizo un esfuerzo para incorporarse, apoyándose totalmente en Margarita y Carla. La llevaron al patio y allí se sentó al sol, notando la calidez de las losas bajo sus pies.

—¿Enferma? —Intuyó una gran perturbación en la voz que entró en los oídos de Iphigenia. ¿Margarita estaba preocupada o se regodeaba? Iphigenia captaba ambas sensaciones. Alzó la vista, Margarita se cernía amenazadoramente sobre ella, tal como había aparecido aquella noche en el umbral. Iphigenia parpadeó. El olor a regodeo se desvaneció. Volvió a mirar. Era la postura en la que estaba Margarita, con el sol por detrás.

—Se me pasará —dijo Iphigenia. Estaba haciendo demasiado. No solo tenía que hacer un

esfuerzo consciente para acordarse de asistir a la capilla, sino que hablaba como su abuela por teléfono. Se pasó la mitad de la noche hablando con el sacerdote y la otra mitad haciendo el trabajo que Margarita deshacía. Tenía que... ¿cuál era la palabra que aparecía en el libro?... Delegar.

Iphigenia estaba encantadora cuando estaba enferma, cuando la nariz le temblaba como a un ratoncillo gris. Carla podía darle palmadas, tratarla como a una mascota.

—¿Éxtasis? —susurró Carla suavemente en la mejilla de Iphigenia, que solía fruncir el ceño con severidad ante los éxtasis de la joven, pero esta vez sonrió—. ¿Se te ha aparecido la Virgen María?

No era la Virgen María, pero Iphigenia había visto algo.

Y fueron abiertos los ojos de entrambos y conocieron que estaban desnudos: entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.

Tal vez había sido por el hecho de hablar con el señor Colquhoun, pero a Iphigenia le pareció que por primera vez veía lo que le habían hecho al sacerdote.

Era algo terrible, lo habían confinado al yeso, lo habían puesto en el redil cerrado y ahí lo habían dejado. Nunca hacían pasar la noche en el redil a las hermanas de santa Inés. A Iphigenia le entraron ganas de ir a las zarzas y esconderse de la presencia del Señor. Tenían que deshacer el entuerto. Tenían que hacer el hábito que lo liberaría de aquel yeso, convertirlo en su hermano en Cristo. Así recuperarían su forma anterior.

¿Acaso no habían mejorado las cosas ahora que tenía una vela y lectura? En *Vidas de santos y mártires* aparecía una imagen de santa Inés con un cordero al lado, la espada del martirio clavada en el cuello, su cabello virginal cayendo en cascada como la cola de un vestido de novia. Arrestada por cristiana a los doce años, la casta Inés había soportado el martirio antes que renunciar a su fe. Sufrió muchos suplicios, calvarios y torturas con tenazas, tijeras de esquila y otros instrumentos. Por último, aferrada a su fe, fue ejecutada. Existen distintas versiones: la decapitaron o la quemaron en la estaca, le perforaron la garganta o una combinación de las tres.

Menudas muertes truculentas. No se había fijado expresamente antes, pero el cristianismo parecía estar salpicado de persecuciones, descritas con tal lujo de detalles que resultaba... en fin, pornográfico. Muertes sangrientas y truculentas en las que se profanaba el cuerpo: decapitaciones, corazones arrancados de una persona viva, huesos aplastados hasta que chorreaba el tuétano, vestidos con pieles de animales y despedazados como perros, utilizados como antorchas humanas. Incluso su tocayo, Ignacio, obispo de Antioquía, en el momento de la ejecución se sumió en un estado de éxtasis: «Para ser trigo de Dios, molido por los dientes de las fieras y convertido en pan puro de Cristo». Qué víctimas tan bien dispuestas.

Ignatius cambió de postura en la cama y se preguntó si era posible morir de picor. Intentó convertirlo en un placer exquisito. Era distinto en la época de los romanos, cuando los cristianos sufrían persecuciones. Eran sus enemigos quienes iban tras ellos. Así se consolidaba y reforzaba la Iglesia de los primeros tiempos. Como recompensa sagrada, los mártires eran recibidos en el Cielo con los brazos abiertos. Ascendían directamente a él, nada de quedarse en el Purgatorio para mártires. Pero el dolor y el martirio autoinfligido, en vista de la psicología contemporánea, incomodaba a Ignatius. Qué fácil era que la situación se descontrolara. Esos clubes clandestinos

con látigos, arneses y ropa rara. Había oído decir que algunos se vestían de monjas y obispos y se autoinfligían castigos o bien se castigaban el uno al otro.

Intentó colocar las piernas en una postura cómoda. No había conseguido transformar esa tortura en placer. Tal vez era impaciente, pero el avance de su hábito resultaba interminablemente lento, la labor de cada noche parecía avanzar apenas una cantidad minúscula en comparación con la noche anterior. Por algún motivo, la deshacían. Aquella broma no le hizo reír.

La vela proyectaba una luz cálida en la habitación. Aunque por supuesto era más pequeña y hecha de bloques de piedra sin juntas, sin calefacción central ni cristal en la ventana, la celda no difería de su habitación en el palacio. Casi se sentía como en casa. Echó una última mirada y apagó la vela con un soplo.

En ciertos momentos se había sentido desesperadamente solo, lo recordaba a la perfección. Solo porque Dios lo había abandonado, solo en medio de esas criaturas que ni siquiera pertenecían a la misma especie que él. Pero eran humanas, como él, compartían un destino común. Se acurrucó bajo la manta lo mejor que pudo. Se habían vuelto más soportables, sociables incluso.



Cuando ya se habían retirado a sus celdas aquella noche, Iphigenia apareció, algo que rara vez hacía, y dijo:

—Juguemos al zapatero y los duendes.

A Carla le encantó la idea, pero...

—No tenemos zapatos —dijo.

—Tenemos la labor de punto. Podemos ser duendes que tricotan. Que trabajan toda la noche, tricota que tricota. Podemos acabar el hábito en dos golpes de cola de oveja y entonces será el día de la ordenación. —Acto seguido, Iphigenia hizo una cosa que nunca había hecho: le alborotó el pelo a Carla, que se sintió a gusto y apreciada. Qué amable se estaba volviendo Iphigenia. Cuanto más jugaba, más parecía divertirse. Además, le gustaba jugar de noche.

Así pues, si Carla esperaba encontrarse a alguien en la sala de tricotar era a Iphigenia, no a Margarita.

Pero ahí estaba. Se sentó junto a ella y retomó la labor; giró la cabeza y sonrió. Qué gruñona estaba Margarita últimamente. Carla deseó que la lana de las ovejas creciera rápido para que tuviera algo que trasquilarse. Porque cuando Margarita trasquilaba, cantaba una canción melodiosa y se la veía feliz. Carla esperó a oír el clic clac para sumarse al ritmo, pero no oyó nada. Cuando miró la labor de Margarita, vio que estaba toda deshecha, pero estaba enhebrándola otra vez en las agujas con la cabeza gacha, como si estuviera rezando.

Ah, bueno, Carla empezó con su clic, clac. Tricotando con alegría, los dedos ágiles bailando a lo largo de las agujas, sus duendecillos en acción, tricota que tricota. Una fila de punto del derecho, una fila de punto del revés, un estampado de punto de pluma y dos de musgo. Los duendecillos de sus dedos se doblaban y enderezaban mientras enroscaban la lana alrededor de las agujas, pasando los puntos de una aguja a la otra.

—Los duendes del zapatero, ¿eh, Margarita? —No estaba bien romper el gran silencio con conversaciones triviales, pero Carla deseaba sacar a Margarita de su ensimismamiento. Ella solía jugar con Carla. Carla quería que supiera que seguía considerándola su amiga.

Margarita no dijo nada.

—El zapatero corta el cuero y por la mañana encuentra un bonito par de zapatos ya hechos. Menuda sorpresa, ¿verdad, Margarita?

Margarita soltó un gruñido.

No era un cuento muy emocionante, no había hechizos, ni madrastras malvadas, pero a Carla le gustaba de todos modos. Agrupó los puntos en la parte delantera de la aguja y empezó una fila nueva. Le gustaba notar cómo la labor crecía bajo sus manos, en la membrana entre el pulgar y el índice, cómo el residuo de la lanolina le dejaba los dedos suaves y brillantes.

Los dedos de duende de Carla siguieron tricotando. Margarita tenía toda la labor otra vez en

las agujas, pero tricotaba muy despacio. Tiraba de la lana, la estiraba. Carla empezó a tararear una cancioncilla infantil, una de ritmo rápido para alentar a Margarita. Tararear no era lo mismo que cantar. Al cantar, el sonido brotaba de su boca, pero Carla tenía la boca cerrada y el sonido se oía igual. Se llevó una mano a la cara para ver de dónde. De la nariz, por supuesto. Notó el aire cálido del tarareo bajo la nariz.

Había girado las agujas unas doce veces más o menos cuando Iphigenia entró en la sala de tricotar. Despacio, con sigilo, sin que apenas se notara. Se sentó y se sumó al ritmo de Carla, que seguía tarareando alegremente. ¿Acaso no era bonito que estuvieran las tres juntas, tres duendes de zapatero trabajando toda la noche?

Iphigenia lo intentó, Carla lo intentó, pero Margarita se mostraba cada vez más retraída. Solo respondía cuando era imprescindible, pero las respuestas eran tan breves y tajantes que al final las demás eran reacias a hablarle. Se había enclaustrado en el silencio, estaba tan adentro de sus propios muros que se tomaba cualquier intento de comunicación como una intrusión. Era puntual, nunca se saltaba la capilla, se ocupaba de sus tareas. Se arrodillaba cuando se arrodillaban, se levantaba cuando se levantaban, pero no reconocía su presencia. No estaba con ellas. Margarita solo aceptaba la presencia de Dios y, por tanto, Iphigenia le rezó a Dios para que guiara y cuidara de Margarita de manera que regresara a la comunidad.

Laudes. Salir de la oscuridad y entrar en la luz. Los laudes presagian el regalo de un nuevo día, aunque sea un día envuelto en neblina. Los laudes eran el oficio preferido de Carla. Al comienzo, la capilla estaba oscura y resonaba y, poco a poco, bajo su atenta mirada, la luz iba filtrándose por entre los santos de las vidrieras, a través de lo que quedaba del rosetón. Santa Ana, Margarita, Iphigenia, las hermanas de santa Inés, las hojas del suelo, el cabello con hojas de parra de la Virgen María, todo recibía la caricia de la luz del Señor. El espíritu cuyo aliento alimentaba a todo ser viviente. Elevemos nuestras plegarias y cantemos.

Algunos días, después de los laudes, después de la prima, Carla se iba corriendo a los lugares asilvestrados, se tumbaba con la falda subida y las rodillas separadas y aguardaba el descenso de la luz del Señor. Oh, cuánto le gustaban esos días en los que brillaba el sol y no había ni una nube en el cielo, oh cómo amaba el Señor a Carla esos días. Tenía lugares secretos por toda la extensión del monasterio, donde el ángel del Señor la tocaba, distintos lugares a distintas horas del día. La hierba dulce y húmeda bajo su cuerpo, el haz de luz que entraba en su cuerpo, igual que había entrado en la Virgen María. Notaba que su calor la estremecía. En tales ocasiones el ángel preferido de Dios brillaba en el firmamento. Estaba formado por luz y fuego. Lucifer. Un ángel tan brillante y deslumbrante que eclipsaba a todos los demás: los serafines, los querubines y los tronos; dominios, principados y poderes; virtudes, ángeles y arcángeles. Cuando Carla lo contemplaba, los ojos se le llenaban de su resplandor hasta que no veía nada más que luz.

Ya era por la tarde y Carla estaba tumbada en la hierba pensando. Teléfono. Teléfono. Teléfono. ¿Dónde podía estar? Ella tenía la batería muerta pero, aparte de hacer ruido cuando la golpeaba, no hacía nada. Ni se movía ni cambiaba. Al menos, una cosa muerta de verdad empezaba a oler o le salían gusanos, la piel se le volvía fina como un pergamino. Un pajarillo muerto, por ejemplo, cambiaba cada día que lo mirabas, primero le desaparecían las plumas y luego la piel, hasta que al final solo le quedaba la frágil jaula de huesos.

Carla se emocionó cuando el hombre, por iniciativa propia y sin que le insistiera, le sugirió un

juego.

—¿Te gustan los secretos, Carla?

Sí, oh, sí.

—Es un juego secreto —le había dicho—. Un juego para ti y para mí. No se lo diremos a nadie, ¿vale?

Miró en la habitación de la abadesa, repasó todas las reliquias del coche, pero ahí no estaba. Miró a la gente de la imagen, la gente de Ignatius, para ver si tenían el teléfono, pero no lo tenían. Regresó al lugar donde había enterrado por primera vez el teléfono, pero ahí tampoco estaba.

¿Era posible que estuviera fuera? Se levantó y empujó la puerta hasta el azul infinito. ¡Menuda ventolera, menuda ventolera! Le azotaba el rostro, le retiraba los labios hacia atrás y la obligaba a cerrar los ojos con fuerza. Le presionaba la ropa contra el cuerpo y veía el contorno de sus pechos, la redondez de su vientre y sus muslos. El viento incluso le soplabá en el vello de las piernas. Se ondeaban como la hierba mecida por el viento.

Cuando hizo acopio de suficiente valor dio otro paso y bajó la mirada hacia aquellas alturas de vértigo. El corazón le latía con fuerza. Más abajo, el mar estaba embravecido y formaba una espuma blanca. Se inclinó hacia delante para intentar ver adónde iba a parar la espuma, por si nacía un alma.

Sería fácil continuar, inclinar la cabeza y caer. Podía alzar los brazos y el viento la elevaría de nuevo. Regresó al interior, el viento la empujó hacia la antigua puerta. El teléfono no estaba fuera.

Regresó a la habitación del hombre.

—No lo encuentro —dijo, decepcionada.

—Hay un sitio en el que no hemos pensado. —A ella le gustó que dijera «hemos».

—Dime.

¿Estaba oculto bajo la ropa voluminosa de Iphigenia? ¿Lo llevaba con ella, o estaba escondido en algún sitio? Ojalá supiera cuándo ella lo visitaría. Ojalá pudiera decir: «Ahora, Carla, ve ahora. Registra su habitación». Parecía que últimamente había muchas idas y venidas. Ignatius reconocía las pisadas de cada una. Los pasos pesados y luego tenues de Margarita; la manera de caminar que le protegía la cadera. Los correteos de Carla. Y el silencio de Iphigenia. Apenas se la oía. El privilegio del carcelero de aparecer a su antojo ante el prisionero cuando y donde quisiera. No sería consciente de su presencia hasta que estuviera en la habitación, plegara las alas y se acomodara.

Carla lo miraba expectante, esperando que le dijera algo.

Él se sintió casi triunfante.

—Iphigenia.

—¿Iphigenia?

—En su celda.

No es un lugar que conste en el mapa de Carla. Conoce todos los recovecos, cada árbol, cada planta y piedra, pero la celda de Iphigenia no es más que una puerta. Es como el despacho de la abadesa. Niega con la cabeza. Ahí no puede entrar.

Oh, cielos, no pares. Solo necesitaba cinco minutos con el teléfono. Ni siquiera eso. De día o de noche, daría igual.

—Pero Carla, te enseñaré a hablar con el mundo y el mundo te hablará. Te lo prometo. —La observa de hito en hito sin dejar de sonreír. A Carla le gusta verle sonreír. Piensa en ello, tentada.

Pero no lo suficiente.

Él se inclina hacia ella como si le estuviera contando un secreto.

—Por la noche, Iphigenia sale de su celda. Podrías entrar entonces.

—Tricota de noche —dice ella para explicar por qué Iphigenia sale de la celda.

Iphigenia supone un impedimento mayor del que Ignatius imaginaba.

—Pero antes de tricotar, Iphigenia viene aquí.

¿Viene aquí, a la habitación del hombre? ¿Iphigenia? Entonces Iphigenia no va directamente a tricotar, tal y como hace Carla.

Ha sembrado la duda. La reticencia se desmorona. Le arrebataron las piernas, le arrebataron los brazos para que pudiera deslizarse sobre el vientre como una serpiente. Y se desliza al interior de la mente de Carla y muerde.

—Viene aquí y me hace muchas preguntas sobre el teléfono. Lo tiene Iphigenia, por eso no lo encuentras. Quiero que tú tengas ese tesoro, Carla. Iphigenia no es tu amiga. Te engañó. Te engañó para que consiguieras el teléfono y ahora se lo queda para ella sola.

No, no, no. Golpea el aire con sus puños de bebé. No, no, no. No quiero oír eso. Carla se aleja del hombre corriendo, corre a su habitación. Iphigenia la engañó. La engañó para que le diera el teléfono, la engañó para tricotar de noche. Justo cuando Carla pensaba que era su amiga. Iphigenia era una bruja. Le había ofrecido la manzana dulce, roja y jugosa del juego. Carla debía de haber recordado que estaba envenenada.

Saca su escapabrigo. Hace mucho tiempo que no ha visto todos los nudos bien prietos de las ofensas de Iphigenia. Lo descarta, pues le parece una cosa polvorienta y llena de telarañas. Echa a correr por el campo. Corre, corre, corre. Pero por muy rápido que corra, no puede deshacerse de la sensación de engaño. Nota que se le retuerce el rostro, que le tiembla el cuerpo. Oye un extraño sonido zigzagueante, como si se aproximara una tormenta. Aúlla entre los árboles, se acerca cada vez más. Tiembla tanto que se le caen las hojas.

Cae al suelo mientras intenta pasar por las zarzas. Ahora está en el exterior, corriendo colina abajo, hacia un atardecer teñido de rojo como la sangre. Cuando deje de correr, dejará de ser Carla. Se convertirá en una salpicadura de espuma, vertida en una roca en un lugar en el que Iphigenia nunca la encontrará.



Iphigenia y Carla no regresaron hasta media mañana. Había llovido toda la noche y se cobijaron juntas en el pueblo en ruinas. El monasterio estaba en silencio. Demasiado silencioso. Hasta el aire estaba hecho trizas. Había ocurrido algo terrible.

—¿Un zorro? —sugirió Carla.

Iphigenia recordó el día en que un zorro había cogido a una de las hermanas de santa Inés.

—Un zorro —anunció la hermana Cook, que sabía de las costumbres de los zorros. Sigilosos por la noche, Iphigenia también conocía sus costumbres. Los domingos después de misa se producía la cacería. Nunca había considerado al zorro como un depredador. Los perros aullaron, acorralaron al zorro y babearon por él. Los cazadores acudieron a caballo a cobrarse la presa. Un zorro rojo especialmente hermoso había acabado adornando el cuello de la abuela.

Lo que las había recibido aquella mañana había sido una carnicería. «Carnicería» era la palabra que la abadesa solía utilizar para describir el silencio de la conmoción, la visión de dos ovejas inertes y ensangrentadas, una era un cordero que había sido decapitado, con trozos de lana por todas partes, un rastro de sangre que conducía hacia los arbustos. El resto del rebaño amilanado, los vellones temblorosos con más conocimiento de lo ocurrido que las hermanas.

—Una carnicería absoluta —dijo la abadesa, mirando al cielo para ver si encontraba una explicación.

Iphigenia olisqueó el aire.

—No ha sido un zorro. —Era un hedor distinto el que impregnaba el monasterio en esta ocasión. Era a fuego y a humo. Era a carne chamuscada.

Corrieron a los edificios. No había nadie en el patio, nadie en la capilla. La celda de Margarita estaba vacía.

El olor procedía de la habitación del sacerdote, era tan fuerte que a Iphigenia le entraron ganas de vomitar. Cerca del umbral de la puerta había una manta que ardía lentamente. Una vela volcada en el suelo. *Vidas de santos y mártires* había quedado reducido a un montón de copos de ceniza negra. El cuerpo del sacerdote yacía destapado en la cama. Lo más curioso era que tenía las manos vendadas con mechones de vellón tan grandes como unos guantes de boxeo.

Carla pisoteó las ascuas de la manta para apagar el fuego mientras Iphigenia examinaba al sacerdote. Todavía respiraba, había movimiento bajo los párpados. Junto a la cama había un cuenco con los restos de un ungüento verde de olor dulzón.

—¿Carla?

Carla se acercó también a olerlo. Olfía a la mezcla que le había aplicado la primera vez que se había quemado la mano.

El fuego seguía encendido en el patio, una voluta de vapor salía del hervidor. Margarita se había encargado de todo.

—Kiri, kiri. —Carla e Iphigenia caminaron por entre los matorrales de las hileras de cruces bajo las que yacían los cuerpos terrenales de las hermanas fallecidas. Todo estaba empapado por culpa de la lluvia de la noche anterior—. Kiri, kiri.

En un campo lejano junto a las zarzas, vieron a un grupo de ovejas apiñadas.

—Kiri, kiri.

Las ovejas alzaron la mirada y respondieron con un balido sin atreverse a moverse. Iphigenia y Carla se acercaron a ellas, chapoteando con los pies en la hierba esponjosa. ¿Por qué estaban apiñadas de esa manera? Iphigenia solo veía ovejas y el olor característico de la lluvia reciente en el ambiente. No, había algo más. ¿Un ligero rastro de sangre? ¿Estaba herida una de ellas o se trataba de otra criatura?

—Bee —baló la hermana Teresa.

—Bee —baló Assumpta.

Iphigenia separó el rebaño posando una mano en cada oveja al acercarse. Soltó un grito ahogado al ver lo que había en el centro. Piernas traseras gruesas, patas delanteras abiertas a los lados formando una cruz, el vellón alborotado y empapado en el lomo. El olor característico de Margarita se había perdido entre la hierba y la lana húmeda. Pero era Margarita, transformándose en una hermana de santa Inés.

Estaba muy quieta, imbricada en la hierba. Iphigenia y Carla se pusieron a cuatro patas y olisquearon a su hermana, le tocaron la piel. Margarita pronunciaba unas palabras con voz tenue, sin apenas mover los labios.

—Mi pecado te reconocí y no oculté mi culpa. Mi pecado te reconocí y no oculté mi culpa.

Su alma, su espíritu, su corazón, su sangre, su hígado, los músculos, todos habían abandonado su lugar correspondiente y se habían agolpado en su boca al servicio de esas palabras.

—Kiri. —Le susurraron su aliento cálido en las mejillas.

Ella continuó con su letanía, ajena a sus hermanas.

—Margarita. —Le tocaron el pelo, los brazos, le sujetaron las manos entre las de ellas.

—Cordera de Dios, oh, santa cordera Margarita —le susurraron al oído.

—Mi pecado te reconocí... —La letanía acabó diluida en el silencio. Sus susurros habían alterado el ritmo, roto el trance. Abrió un ojo con un guiño. Tomó aire de forma audible, resopló, como si se despertara después de dormir.

Iphigenia y Carla le frotaron los brazos con cariño, le masajearon las piernas. Intentó moverse, pero no estaba preparada. Las hermanas de santa Inés se agolparon a su alrededor y le dieron empujoncitos, rodeándola con su cálido aliento ovino. Iphigenia y Carla se dispusieron a levantarla, aunque el peso de la lana mojada dificultaba la tarea. Al final lo consiguieron, y entonces Margarita, Iphigenia y Carla, y el rebaño de hermanas de santa Inés regresaron al patio en una lenta procesión.

Carla dejó caer unas cuantas hierbas reconstituyentes en la tetera. Prepararon una infusión especial, pero ninguna de ellas fue capaz de tomar más de unos pocos sorbos.

—Estoy cansada —dijo Margarita.

—Sabe Dios, Margarita, que estamos todas cansadas.

Y así pues, en pleno día, en plena primavera, las tres hermanas fueron a acostarse.

No se celebraron los laudes, ni la prima, ni la tercia, la sexta ni la novena, las vísperas ni las completas. La vida del monasterio, en la que todo se sucedía en un orden riguroso, en la que la Tierra giraba con un equilibrio tan perfecto que parecía estar quieta, había perdido la estabilidad y se había tambaleado. El monasterio yacía inerte, descartado como el juguete de un niño.

Se habían despojado de la carga de la comunidad. La capilla estaba vacía, el único movimiento era la ondulación de las parras que formaban el pelo de la Virgen María. Un velo de bruma descendió y, en plena primavera, el monasterio se quedó dormido mientras todas las criaturas que lo habitaban hibernaban.

Hasta Ignatius estaba en un capullo. Había instantes en su suave éxtasis en los que se movía, casi flotaba por encima de la superficie para volver a caer.

Estaba en un taxi, conducido por una calle dorada, brillante por la luz que se reflejaba en el metal. De hecho, el cielo era un dosel de placas de metal relucientes. Unos bonitos árboles verdes flanqueaban la calle, las casas tenían cierto aire germánico con calado en los aleros. Clones de casas de pan de jengibre. La calle era ancha, estaba desértica, y el taxista, que nunca se giraba, no paraba de decir: «Quiero enseñarte una cosa», a medida que se alejaban del destino del sacerdote. Hasta que no vio el reloj de una torre con grandes números romanos, Ignatius no se dio cuenta de que llegaba veinte minutos tarde a su cita, aunque no recordaba qué cita era. No le pareció nada sorprendente que el taxista llevara unos grandes guantes de boxeo blancos y que tuviera cola, como un pez. Cada vez que se despertaba, Ignatius se sentía impelido a dormir otra vez, por lo menos hasta que hubiera terminado ese viaje.

—No hay recuerdo de cosas pasadas, ni habrá recuerdo de cosas venideras ni de las que vendrán después.



Iphigenia se despertó por culpa de la brisa fresca y de los rayos de sol que entraban por la ventana. El manto de humo había desaparecido. El aire era puro y los pájaros volvían a cantar. Se oyó un aleteo y un glup junto a la ventana. Había aterrizado una gaviota, blanca, rechoncha y pulcra con su ribete gris. Tenía un trozo de comida en la boca. Comida seca.

Iphigenia entró en el patio. El fuego se había apagado y el hervidor se había quedado seco. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Un día, dos? Entró en la capilla. La vela eterna casi se había consumido del todo. ¿Tres días?

Cogió una vela nueva de las reservas que habían hecho a lo largo del invierno y la encendió con ayuda de la antigua. La nueva era casi tan larga como santa Ana. Carraspeó, se pasó la lengua por la boca y escupió la flema matutina. Iphigenia tenía sed. Bebió agua de lluvia de un cubo. Todos los cubos estaban llenos a rebosar. Debía de haber llovido mientras dormía, pero ni siquiera lo había oído. Rebuscó un mendrugo en el bolsillo y encontró el teléfono. Olisqueó el ambiente y vio dónde estaba el sol. Era la hora del té de la mañana. Era el momento de hacer una llamada a Banks, Colquhoun y Andrews.

Marcó el número.

—Con el señor Colquhoun, por favor —dijo, carraspeando otra vez.

—Hermana. ¿Qué tal está? —La saludaba como a una amiga con la que te reencuentras después de mucho tiempo.

—¿Es la hora del té de la mañana? —preguntó Iphigenia.

—¿Cómo dice?

—Pastel y té. Tazones de porcelana con el asa curvada. Platillos.

—Bueno, de hecho suelo trabajar hasta la hora del almuerzo. A veces mi secretaria me prepara un té.

—¿Ahora toma café?

—Pues si quiere que le sea sincero, estoy trazando círculos y coloreándolos. Una vieja costumbre que me ayuda a concentrarme. —Iphigenia trazó círculos en la mesa con el dedo, para tener esa misma sensación—. He investigado en su nombre, hermana. Si el obispo es el propietario, puede hacer con la finca lo que le plazca. Sin embargo —añadió rápidamente, con tono más alegre—, tenemos unas cuantas opciones. Podría usted presentar una reclamación, yo podría escribir al obispo en su nombre. Podemos encontrar motivos. ¿Es un edificio histórico? Podríamos solicitar una orden de patrimonio.

—¿Orden de patrimonio?

—Por supuesto que se tardaría algún tiempo, tendríamos que dirigirnos a los organismos competentes, probablemente saldría en la prensa. —Le explica a Iphigenia lo que significa eso. Ella lo entiende. Vendría gente, fotógrafos. Como si no bastara con un visitante.

—¿Cuáles son las demás opciones?

—Quizá exista un resquicio legal. ¿Podría enviarme una copia del contrato de arrendamiento?

—¿Arrendamiento?

Iphigenia ya había roto el precinto del despacho de la abadesa, pero de todos modos se sintió como si estuviera rompiendo otra cosa al revisar los documentos de su antigua superiora. Arrendamiento. Contrato por el cual una propiedad se transmite a otra persona durante un periodo de tiempo específico, normalmente para alquilarlo; para conceder la posesión de tierras, edificios, etc., es lo que había dicho el señor Colquhoun. Tal documento tendría que estar en el escritorio de la abadesa. El escritorio no estaba cerrado con llave. No hacía falta. Ninguna hermana habría osado hacer lo que Iphigenia estaba haciendo. Incluso después de tantos años, cuando hacía mucho tiempo de la muerte de la última abadesa, incluso aunque recientemente hubiera cogido un libro del estante, Iphigenia seguía sintiéndose maliciosa y entrometida por curiosear en los cajones de la madre superiora. Sin embargo, apartó las telarañas y abrió el primer cajón, del que brotó el olor a cola y tinta viejas, el olor a cáñamo del papel.

En vida de Iphigenia habían muerto tres abadesas. Realmente no lo había pensado antes, pero se preguntó qué forma adoptaban las abadesas tras su muerte humana. No parecían reencarnarse en ovejas. Por lo menos, ninguna de las hermanas de santa Inés había mostrado jamás las grandes dotes de liderazgo que caracterizaban a una abadesa.

Mientras buscaba el contrato de arrendamiento, Iphigenia se encontró con una cosa curiosa. Una carta con el membrete en letra inglesa de Banks, Colquhoun y Andrews. Se lo quedó mirando. ¿Cómo había acabado Banks, Colquhoun y Andrews en el cajón de la abadesa? Primero pensó que la mente le estaba jugando una mala pasada, que se imaginaba el membrete, tan reciente después de la llamada. Pero no, se sentía sumamente bien después de haber dormido tanto, un poco hambrienta quizá, pero con la cabeza bien despejada.

Resultaba incluso más curioso encontrar el nombre de Featheringale en la carta. Fondo Featheringale. La carta estaba dirigida a la abadesa, pero el asunto era la difunta señora Featheringale y su nieta.

De acuerdo con su testamento, depositado en nuestro bufete, la señora Featheringale nos ha ordenado actuar como administradores de su patrimonio, con la autoridad y poder para invertir el dinero como consideremos adecuado. Su nieta, la hermana Iphigenia del monasterio de santa Inés, tiene derecho a tomar su parte de acuerdo con el testamento en su totalidad o en parte en cuanto recibamos instrucciones de ella.

Atentamente, Richard Banks.

La tinta se había descolorido, el polvo se había acumulado en los pliegues de la carta, pero Iphigenia tuvo la impresión de que le vibraba llena de vida en la mano. Estaba claro que Iphigenia sabía lo que era el fondo de algo, pero el Fondo Featheringale en mayúsculas parecía tener significado propio. No acababa de entender, pero el descubrimiento de esta carta era tan importante como el descubrimiento de la cabeza de santa Inés —una Virgen que sollozaba—, o el sudario de Cristo. Iphigenia salió del despacho de la abadesa y se llevó la carta consigo.

Se sentó en el patio a comerse una manzana, masticando lentamente, intentando digerir el significado de la correspondencia. Margarita y Carla no habían aparecido todavía, pero Iphigenia

no las veía capaces de entender aquella carta mejor que ella. No obstante, sentía un gran peso sobre ella.

Se llevó la carta a su celda y se tumbó con ella sobre el pecho. Las palabras eran densas e inexpressivas, pero bajo el polvo y la tinta descolorida había algo brillante y resplandeciente. Movi6 la nariz para rastrear la fragancia. Notó la misma euforia que cuando había decidido utilizar el teléfono la primera vez.

—Señor Colquhoun.

—No sé si todavía sigue aquí. ¿Quién le llama?

Era la misma chica con la que había hablado por la mañana. Iphigenia le conocía la voz, ¿acaso no reconocía ella la de Iphigenia?

—Buenas tardes, hermana.

—Señor Colquhoun, he encontrado una carta.

—El arrendamiento.

—No. Una carta de usted. Como mínimo una carta de Banks, Colquhoun y Andrews. Relativa al... —Iphigenia puso el dedo bajo las palabras y las leyó para asegurarse de que no cometía un error...: Fondo Featheringale.

—S.. sí —dijo con cuidado.

—¿Qué significa Fondo con mayúsculas?

—Es un acuerdo por el que una persona o personas a las que se transmite un título legal de propiedad, posee tal propiedad en atención a quienes tienen derecho al usufructo.

—Me he quedado igual. Hable claro, por favor —le reprendió.

—Hermana, no sé exactamente qué quiere que le explique. El Fondo Featheringale es su herencia. Seguro que fue informada de los detalles del Fondo y de nuestra función de administradores cuando falleció la señora Featheringale. La primera vez que nos llamó, supuse que estaba al corriente de ello.

—No había visto la carta hasta ahora. Va dirigida a la abadesa.

—Tal como procedía —repuso él—. ¿Pero ella no se la explicó?

La carta que informaba del fallecimiento de su abuela llegó en Epifanía. Después de la misa de la mañana, la abadesa había llamado a Iphigenia a su despacho y le había dicho que, si bien se le permitía asistir al funeral, ella se oponía rotundamente. «El viaje sería largo y demoledor. Creo que sería más sensato que presentaras tus respetos a tu abuela aquí». El recuerdo de la noche de san Juan apenas tenía seis meses, tanto para Iphigenia como para la abadesa. Iphigenia no tenía la culpa de haber tenido que ir a tierra firme para buscar al ensalmador, ni culpa de haber tardado tanto. La abadesa no la había hecho hacer penitencia, pero sabía que había ocurrido algo que había provocado que Iphigenia regresara con los ojos desorbitados y con el hábito hecho un trapo. No quería que la chica volviera a salir.

Unos días después del funeral de la abuela, llegó una carta que informaba de que, aparte de la casa, que había dejado a la fiel Taylor, Iphigenia era la única heredera. Celebraron una misa especial por la abuela de Iphigenia y la abadesa se ofreció a escribir al abogado de la abuela para regular los asuntos legales.

Iphigenia recordaba la reunión con la abadesa, lo tenso de la situación. Recordaba la palabra «riqueza» pero ¿cuál era el contexto? «Eres rica. Tu abuela murió rica». ¿La abadesa dijo algo así? ¿Se refería a la riqueza de su vida espiritual? En el voto de pobreza, con el que las

necesidades diarias son asumidas por la comunidad, exenta de la responsabilidad de tener posesiones, la riqueza mundana no tenía cabida. Iphigenia había intentado concentrarse en lo que la abadesa decía, pero estaba demasiado desolada por la muerte de su abuela como para asimilarlo por completo.

—¿Cuál es mi herencia exactamente? —se atrevió a preguntar Iphigenia.

—Pues... para saberlo exactamente tendría que ir a los archivos —respondió el señor Colquhoun—. Pero yo diría que más o menos unos cuantos millones de libras.

—¿Eso es mucho?

El hombre se echó a reír.

—Hermana, es usted una mujer muy rica.

No, era imposible. Era monja, había hecho el voto de pobreza, no podía ser rica.

—Hermana, ¿sigue usted ahí?

—Sí.

—Llámeme el martes si encuentra el arrendamiento. Hoy cerramos antes por las vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Las de Pascua. Pero supongo que para ustedes no hay vacaciones —bromeó.

¿Pascua? Nada más y nada menos que el señor Colquhoun le decía a ella que era Pascua. Iphigenia dejó caer el teléfono al suelo. ¿Cómo podía haber llegado tan de repente? ¿Cómo era posible que se hubieran perdido las sutiles indicaciones de que el día se alargaba, de la evolución de la luna? Iphigenia recordó lo llena que estaba cuando había ido a por Carla. ¿Se debía a la intromisión del sacerdote en su rutina o llevaban años descompasadas? Ni siquiera habían empezado la Cuaresma. Cuanto más pensaba en ello, más se desesperaba. No solo acababa de enterarse de que era rica, sino de que la Pascua las había pillado desprevenidas. ¿Era ya Cuaresma cuando había llegado el sacerdote, cuando habían comido carne?

Acompasó la respiración. Dios lo entendería. No había comido nada de nada durante el tiempo que había dormido. Aquella abstinencia absoluta compensaría la Cuaresma. Pascua. Todavía estaban a tiempo. Podían empezar de nuevo, Iphigenia inició los preparativos.

Cuando Margarita se despertó, se encontró tumbada en un rayo de sol. La habitación parecía distinta. Más ligera, más espartana. Tenía un pulso, como el tic lento y callado del reloj de pared de un abuelo. Los domingos después de comer todos hacían la siesta. Mamá y papá, su hermano Tom, todos repartidos por la casa en su lugar preferido para hacer la siesta. Margarita se ponía un ángel a cada lado, cerraba los ojos y les cantaba una cancioncilla. Entonces todo quedaba en silencio y solo se oía el gran reloj de pared. Tic tac, tic tac.

Carla se frotó los ojos y se desperezó. Olía a masa y a pasas. Corrió al patio. Margarita e Iphigenia estaban allí, con los brazos enharinados como los de la hermana Cook. En la mesa había una bandeja llena de galletas de jengibre en forma de monigote.

—¿Pascua! —exclamó Carla. ¡Pues sí que había dormido! Durante toda la Cuaresma—. ¿Domingo? —preguntó, preocupada por si se había perdido la Pasión y la vigilia. Entonces vio el cubo y la esponja preparada para el lavado de pies. Fantástico. Se había despertado justo al comienzo.

Atado en los maitines; en la prima vilipendiado
Condenado a muerte en la tercera hora;
Clavado en la cruz en la sexta; en la novena
Su costado bendito atravesado.
Lo bajan a la hora de las vísperas
En la tumba yace en las completas
Las horas por siete multiplicadas.

Ignatius estaba entonces bien despierto, con un ligero dolor de cabeza y la boca seca. Ni siquiera el delicioso olor de los bollos horneados bastaron para hacerle salivar. Movi6 la mandíbula de un lado a otro y trag6 unas cuantas veces para ver si se le humedecía un poco la boca. ¿Cuánto tiempo había dormido? Le parecía que habían sido varios días, a juzgar por el hambre feroz que tenía. Aun así, no tenía la sensación de que hubiera pasado el tiempo, solo un viaje en taxi y llegar tarde a alguna cita que veía borrosa en su cabeza.

Oyó los cánticos, sus carceleras estaban rezando. Estaba oscureciendo. Vísperas. Pero ¿de qué día?

Se miró las manos envueltas, vio el parpadeo de una llama. Pero el recuerdo se desvaneció cuando intentó mirarlo de frente. Tenía el viaje en taxi y el hecho de llegar tarde a la cita mucho más presentes. Por un lado, molesto por llegar tarde y, por otro, maravillado ante el dosel brillante y las casas de pan de jengibre.

Las canciones de las vísperas eran dulces, pero la rima que le había resonado en la cabeza mientras se despertaba le dejó un sabor amargo. Lo habían atado y denigrado. Ahora eran las vísperas, el momento de sacarlo de allí. ¿Y en las completas? Le habían vendado las manos, había una especie de unguento junto a la cama. Por lo menos le habían curado las heridas. Se les daba bien curarle las heridas, se recordó sombríamente.

Le volvió a llegar el aroma del horno. ¿Vendrían de una vez a darle de comer? ¿Qué había hoy? Ojalá hubiera carne. Vendrían pronto con una gran bandeja con cordero, patatas y cebollas asadas, judías verdes y salsa de carne. Luego un pudín acompañado de salsa de *brandy*, café y caramelos de menta para después de cenar. Bandejas de plata con cubiertas en forma de cúpulas también de plata, portadas por mayordomos de mejillas sonrojadas que entonaban una cancioncilla. Alegres mayordomos de canciones infantiles, piernas con medias, chalecos a cuadros y zapatos con hebilla de plata.

Miró en derredor. Le habían curado las heridas, pero eso era todo. Había una manta quemada en un rincón, una pila de cenizas en el suelo. Se había producido un incendio y ni siquiera se habían molestado en moverlo o llevarle otra manta. No estaba bien.

«Un mandamiento nuevo os doy: amaos unos a otros como yo os he amado».

Margarita movía los dedos de los pies recién lavados y cantaba la antifona, Iphigenia estaba arrodillada delante de Carla con la esponja, cuando el lavado de los pies quedó interrumpido.

—¿Hola, hola?

Todo se detuvo. Intercambiaron una mirada entre ellas, preguntándose qué era esa voz extraña pero que les resultaba familiar.

—¡Padre John! —exclamó Carla. Se habían olvidado por completo de él—. ¡Un sacerdote

para Pascua!

El halo de luz que había rodeado a Margarita cuando se había despertado, que se había mantenido durante los preparativos y el lavado de los pies, se desvaneció. Le vino todo a la mente: el fuego, la penitencia en la hierba. No había sido su intención, la llama había saltado de su memoria y se había descontrolado.

—Ha habido... yo... —La esponja que Iphigenia tenía en la mano goteaba en el suelo—. Hubo un accidente. Él. El... sacerdote se quemó.

—Solo las manos —dijo Carla—. Te ocupaste de él. Lo hemos visto. Ven.

Se llevaron a Margarita a la habitación, se quedaron en el umbral y miraron hacia donde él yacía.

—Me preguntaba si hay algo para cenar —dijo él.

Margarita pensó que lo había matado. Ahí estaba, resucitado. Se maravilló. Le miró las manos vendadas. Pero seguro que había sido Carla. Carla negó con la cabeza. Tú, Margarita.

Levantaron al sacerdote de la cama, lo llevaron fuera para que les hiciera compañía y le dieron de comer con sus propias manos. Entonces Iphigenia se arrodilló ante él. No podía lavarle los pies, pues los tenía enyesados, por lo que le lavó la cara. Hundió la esponja en el agua, la escurrió y le lavó la frente, el contorno de los ojos y las mejillas con cuidado. «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad».

Daba igual que se hubieran perdido la Cuaresma, que no se hubieran dado cuenta de que los días se alargaban. Era Semana Santa y por primera vez en muchos años tenían a un sacerdote con ellas.

Viernes. El altar estaba desnudo, la cruz fuera de la capilla, y la vela eterna colocada en una hornacina, fuera de su vista. El sacerdote estaba apoyado en el altar, celebrando la pasión de Cristo. Ignatius se había pasado el día leyendo el misal, repasando las palabras que tendría que decir. Esta vez no era un cuento a la hora de tricotar, le habían pedido que celebrara la Pascua.

Si cerraba los ojos, podía transportarse a cualquier otro lugar. Durante su época de seminarista, a menudo había pensado acerca de su primera misa de Semana Santa como celebrante principal. Una misa majestuosa en una catedral majestuosa, halos de oro de verdad alrededor de las estatuas, telas de los mejores tejidos. Obispos, cardenales e incluso el Papa en persona presente mientras Ignatius presidía. Sus hermanos prostrados en el altar con su vestimenta roja, los tonos intensos de un coro completo, cada componente con una vela en alto y, en la última nota del canto, la última vela se apagaba y la majestuosa catedral quedaba en silencio.

El padre Ignatius abrió los ojos a su rebaño, tres monjas descalzas y varias ovejas. Cuando las monjas se arrodillaron para rezar, les vio los tobillos blancos. Ya volvían a tener sucias las plantas de los pies lavados. La capilla en estado ruinoso y con bastante corriente, la congregación variopinta, nunca había imaginado que celebraría misa en un lugar como aquel. No obstante: «Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Las palabras que pronunciaba en aquel lugar aislado eran las mismas palabras sagradas que se repetían en las catedrales más ornamentadas del mundo. En ese preciso instante, a lo largo y ancho de la cristiandad, en todas las iglesias, nobles o humildes, resonaba la pasión de Cristo.

«Pasó Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron él y sus discípulos. Pero también Judas, el que le entregaba, conocía el sitio, porque

Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos». El padre Ignatius condujo a su congregación por la senda que Cristo había tomado, desde Getsemaní al Calvario. Las monjas, que conocían el camino a la perfección, retomaron la cantinela. Así pues, cuando el sacerdote preguntó: «¿A quién buscáis?», las monjas se convirtieron en los guardas enviados por los fariseos con farolas y antorchas y armas, y respondieron: «A Jesús el Nazareno».

Y cuando Pilato preguntó: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?», las monjas dijeron: «Si este no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado». Y cuando Pilato les dio a elegir, las monjas se convirtieron en la multitud que gritó: «¡A ese no, a Barrabás!». Cuando Jesús apareció llevando la corona de espinas y el manto de púrpura, las monjas exclamaron: «Crucificalo, crucificalo».

Y lo crucificaron.

La capilla quedó en silencio, el sacerdote, Iphigenia, Margarita, Carla, las hermanas de santa Inés, santa Ana, y la Virgen María, todos y todo en la oscuridad creciente reflexionaron sobre el sufrimiento de Cristo.

Sábado. Retiraron la ceniza del fuego antiguo y prepararon otro reuniendo ramas de manzano y arrojando hierbas de olor dulzón a la leña apilada. Acto seguido, esperaron contemplándolo en silencio.

La luna estaba alta en el cielo cuando Iphigenia decidió que había llegado el momento de encender el fuego señalando la estrella de la vigilia de Semana Santa. Ignatius la observó mientras acercaba la pequeña llama parpadeante de una vela al montículo de ramas. Las demás inclinaron la cabeza en un gesto solemne e inhalaban el humo aromático. A continuación, alzaron la cabeza otra vez y sus rostros quedaron suavizados por el resplandor del fuego.

Iphigenia le pasó la vela a Carla, que encabezó la procesión. Margarita e Iphigenia elevaron a Ignatius a la silla de manos formada por sus brazos y lo portaron como si fuera un rey cómico hacia el vientre oscuro de la capilla. Lo depositaron frente al altar. En aquel lugar conocido, Ignatius adoptó de nuevo su papel sacerdotal.

—Que la luz de Cristo, alzándose en su gloria, disipe la oscuridad de nuestros corazones y nuestras mentes.

Su voz resonó hasta los techos abovedados de la capilla y emergió por los huecos hacia la noche. Cuando él dijo: «Cristo nuestra luz» y ellas respondieron: «Demos gracias a Dios», Carla encendió las velas que rodeaban a santa Ana y a la Virgen María, y luego todas las velas situadas alrededor de la capilla. La oscuridad enseguida se llenó de la luz parpadeante. Los santos de las vidrieras cobraron vida y los ángeles danzaron y las voces sonaron.

¡Alégrense por fin los coros de los ángeles, alégrense las jerarquías del cielo y por la victoria de rey tan poderoso que las trompetas anuncien la salvación!

Así continuó el *Exsultet*, hasta que Ignatius notó que su cántico se elevaba y remontaba el vuelo con la congregación. Una paloma blanca abrió sus alas y el espíritu de Ignatius se alzó en el aire. Aleluya, aleluya, aleluya. La respiración se iniciaba en lo más profundo de su ser, «aaaaaa», se alzaba hasta su garganta y le subía a la boca, donde la lamía con la lengua, «lelu, lelu, lelu». Y a continuación salía, cálida, resonante, en forma de palabras que se elevaban hasta Dios. «Aleluya».

Domingo. Los cánticos cesaron justo antes del amanecer y las monjas se situaron ante el sacerdote.

—Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarlo. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro. Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron.

Margarita dio un paso adelante, separándose de las demás, y le cogió las manos. La mueca macabra que tenía la última vez que había estado tan cerca de él había desaparecido. Ahora lucía una expresión plácida, casi beatífica. Fue desenrollando la lana con la que lo habían enmadrado, desenvolviendo el manto de vellón. Ignatius mantenía la vista clavada en los rostros de las otras dos monjas, sin estar muy convencido de lo que Margarita revelaría.

Había estado leyendo sobre una santa, no recordaba cuál, que había ardido en la estaca. Se había despertado sobresaltado y se había encontrado las ataduras ardiendo, las manos rodeadas de llamas. Debió de adormecerse y volcó la vela.

Sintió el toque ligero de su mano contra la de él. Los vendajes ya estaban fuera. Se dio cuenta de que las monjas lo observaban sobrecogidas. Y entonces, Ignatius se miró las manos. Las tenía rosadas y suaves como unos ratoncillos recién nacidos. Era como si no le pertenecieran. Pero por supuesto que sí. Estiró los dedos suaves y rosados y notó que la piel nueva le tiraba. Los meneó, movió las manos como si llevara unos guantes nuevos. Cuando cerró la mano en un puño, los nudillos se le pusieron brillantes y el dorso de la mano tan liso como la suave piel de un cabritillo.

Tenía las uñas largas y curvadas, pero la infección fúngica que le había provocado la descoloración había desaparecido y las tenía también rosadas y brillantes. Margarita le sujetó las manos, les dio la vuelta entre las suyas y las contempló asombrada.

El episodio del incendio podría haber sido un sueño de no ser por la marca tenue que habían dejado las vendas. Ignatius había visto en una ocasión la foto de una víctima de Hiroshima y recordaba claramente el estampado floral del vestido que la mujer llevaba marcado en su brazo como un tatuaje. En las muñecas tenía la marca de las ataduras.

Aleluya.
Excelsa la diestra de Yavé,
La diestra de Yavé hace proezas.
No, no he de morir, que viviré
Y contaré las hazañas de Yavé.

Ignatius se vino abajo y se puso a llorar. Se convirtió en una suma de fluidos, fluía y refluía. El pez zancudo en el que se había convertido durante tanto tiempo, nadó y se onduló en la marea. Se llevó las manos nuevas a la cara. Las lágrimas las bautizaron. Por primera vez como sacerdote, por primera vez en su vida, comprendió el significado de la resurrección, la renovación eterna de la vida.

Había queso marinado y pan tostado, patatas y ortigas hervidas. Una botella de vino y galletas de jengibre en forma de monigote. Ignatius se preguntó por la falta del cordero pascual, pero luego

pensó que ya estaba bien así. Tenía ciertos reparos ante la idea de comerse un animal con el que acababa de decir las oraciones de Pascua. No parecía tener necesidad de sustento cárnico. Lo máximo que comió fue una bocado de ortigas.

La mesa de la cena estaba presidida por una ligereza, una delicadeza en su forma de comer en comparación con cómo habían engullido la primera vez que compartió mesa con ellas, que tanto le había repugnado. Tal vez se debiera a que estaban todos cansados. Habían comido poco durante la Pascua, aunque había habido sustento espiritual más que suficiente. Cansado pero feliz. Ignatius sonrió para sus adentros al recordar la frase final de las redacciones escolares acerca de lo que había hecho durante las vacaciones.

Y se percató de que Margarita también sonreía. Una sonrisilla vacilante como la de una niña tímida. Cuando bajó la mirada y cogió un hombrecillo de jengibre, Carla exclamó:

—¡Regalo! —Se levantó de la mesa y se marchó.

Carla regresó escondiendo algo en la espalda antes de que Margarita mordiera del todo el brazo del monigote de galleta.

—Huevo de Estro —anunció.

Él pestañeó. Seguro que quería decir Huevo de Pascua[1].

—Huevo de Estro —repitió ella.

No, lo había oído bien la primera vez. Huevo de Estro. Había dicho eso. Ignatius se preguntó si se había sonrojado. Tomó un trago de vino. Siempre podía atribuir su sonrojo al vino. «Estro» era una de esas palabras, junto con «gónada» y «útero» que él y un grupo de muchachos había consultado en el diccionario una tarde cuando se suponía que tenían que estar haciendo un trabajo de Ciencias. Recordaba estro especialmente porque no les sonaba a nada en concreto. «Período de celo o ardor sexual de las mamíferas, excepto en las mujeres, durante el que se produce la ovulación y puede producirse la cópula». La definición había generado una nueva retahíla de palabras que consultar cuando el hermano Carmody había aparecido, satisfecho de verlos trabajando tan entregados en vez de estar haciendo aviones de papel.

Se dio cuenta entonces de que Carla se había puesto a contar un cuento. Se había perdido la primera parte y no tenía intención de pedir que la repitiera. Algo acerca de una diosa que había copulado con una serpiente y producido el huevo dorado del que había salido el mundo. «Y el pueblo honró a Estro en el mes en que regresa la primavera al mundo y la resurrección de Jesucristo Nuestro Señor recibe su nombre».

La Pascua era el acontecimiento más importante del calendario cristiano y recibía el nombre de una diosa pagana.[2] Engulló el vino, aunque ya se notaba un poco achispado.

Ella enseñó la mano y ahí, ahuecado en su palma, había un huevo de Pascua, teñido de rojo como los que el conejo de Pascua les traía a su hermana y a él. Ignatius rio aliviado, contento de regresar a un territorio conocido. Le dio las gracias por el regalo.

Tal vez fuera porque tenía las manos nuevas tan suaves y lisas, pero el huevo le pareció extrañamente abultado. Miró más de cerca y vio que era una patata. Luego captó el olorcillo a sangre. No era tinte rojo ni mucho menos. No quería ni imaginar de dónde procedía esa sangre.



Entraron en el periodo comprendido entre el domingo de Pascua y Pentecostés que se llamaba la Ascensión del Señor. Cantaron el aleluya, y el octavo día después de la Pascua celebraron las ceremonias solemnes.

¡Qué Pascua tan hermosa! El sacerdote dirigiéndolas en misa, las tensiones ya resueltas. Iphigenia, Carla y Margarita volvían a ser una comunidad; así que Iphigenia se había guardado toda la carga para ella sola. Pero ahora empezaba a pesarle. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

Era media mañana y el monasterio estaba en paz. La pequeña reunión estaba en el patio, Margarita hablaba en silencio con la hermana Teresa; el sacerdote, con hilo entre las manos; Carla enrollándolo en madejas. Iphigenia se fue al despacho de la abadesa: el lugar más apropiado para pensar en su riqueza no deseada.

También había otro motivo. Aunque el sacerdote había entrado en el espíritu de la Pascua, Iphigenia dudaba que renunciara tan fácilmente a la venta del monasterio. Aunque había encontrado la carta decisiva que anunciaba su herencia, todavía no había encontrado el contrato de arrendamiento. En el mundo exterior, las vacaciones de Semana Santa habrían pasado y el señor Colquhoun habría vuelto al trabajo.

Iphigenia también lo había hecho. Estornudó. Qué cantidad de polvo había en el despacho de la abadesa. No había motivos por los que no debiera, por lo menos, quitar las telarañas. Mientras que, en su visita anterior, había apartado con mucho tiento las telarañas para llegar al tirador del cajón, esta vez le pasó la mano sin contemplaciones y quitó de golpe un buen trozo de mugre pegajosa. Se limpió la mano en los faldones.

Ya había revisado el cajón superior y estaba a mitad del segundo cuando encontró la carta acerca del Fondo. Continuó por donde lo había dejado. ¿Seguía siendo una monja de verdad si era rica, aunque nunca hubiera visto su fortuna y estuviera muy lejos, en varias... —¿qué había dicho el señor Colquhoun?— carteras de valores?

Continuó con el cajón y prestó especial atención cada vez que encontraba una carta del obispo de Ferns y Manner. Pero normalmente eran cosas sobre reparaciones, aunque sí que encontró una nota como respuesta a la consulta de la abadesa acerca de un regalo de lana hilada especialmente en el convento de santa Inés de Roma. Iphigenia recordó cuando la abadesa anunció que iban a recibir hilo de las ovejas que producían la lana para las palias del Papa.

Pero nunca llegó. La abadesa había dicho que preguntaría. Y ahora Iphigenia leía la respuesta del obispo diciendo que estaban investigando el asunto.

Ningún contrato de arrendamiento en el segundo cajón. Iphigenia pasó a la cajonera del otro lado. Si ignoraba la fortuna, ¿todo iría bien? Si la riqueza permanecía en el mundo exterior, ella podía seguir manteniendo el voto de pobreza aquí. Más cartas sobre reparaciones. Había dejado

de mirar las cartas manuscritas, el contrato seguro que estaba escrito a máquina. Iphigenia se preguntó cómo sería un resquicio legal y si lo identificaría si se lo encontraba.

En el cajón inferior Iphigenia encontró algo que no era para nada una carta. Ni siquiera de papel. Un asa corta revestida de cuero de la que colgaban varias correas también de cuero. El objeto la desconcertó. Entre el olor a cuero captó un débil olor a sangre. Los extremos de las correas estaban descoloridos. Entonces se dio cuenta de qué tenía entre las manos: un látigo para las flagelaciones rituales. Lo dejó caer de nuevo en el cajón. Ya había mirado suficiente entre las cosas de la abadesa.

Quitó las telarañas y el polvo de encima del escritorio de otro manotazo. ¿Durante cuántos años se había ido acumulando el polvo, de forma tan callada y suave que nadie se había dado cuenta? Tal vez el contrato de arrendamiento no estuviera allí, tal vez el obispo fuera el único que guardaba una copia. ¿Cuáles eran las demás opciones, una orden de patrimonio? Para eso tendría que venir gente. Alguien tendría que venir para estimar el valor del monasterio. Su valía. Su riqueza. La nariz le temblaba. Le venía otra vez. La misma sensación que había tenido cuando decidió usar el teléfono, cuando vio la carta del Fondo. Dos pájaros con la misma piedra. Era monumental. Deseó que su nariz temblorosa no hubiera cometido ningún error.

—¿Ha pasado una Pascua agradable, hermana?

—Sí, gracias, señor Colquhoun. ¿Y usted?

—Muy agradable, la verdad. Fui a mi casa de campo. Demasiado pronto para el salmón, pero dimos unos buenos paseos a lo largo del río. Supongo por su llamada que ha encontrado el contrato de arrendamiento.

—No, pero creo que he encontrado un resquicio legal.

—¿Ah sí?

—Por favor, recuérdemelo, ¿a cuánto dinero asciende mi herencia?

—Unos cuantos millones.

—¿Son suficientes para comprar el monasterio?

Él se echó a reír.

—Suficientes para comprar la isla entera, diría yo.

—El monasterio bastará, señor Colquhoun, deseo hacer una compra. Quiero comprar el monasterio. Por favor, encárguese de este asunto en cuanto le sea posible.

La risa del señor Colquhoun quedó sustituida por el silencio que acompaña a la conmoción.

—¿Sigue ahí, señor Colquhoun? ¿Me oye?

—Sí, hermana. —Ella se lo imaginó tocándose la pajarita, alejándosela del cuello.

—¿Hay algún problema?

—No, es solo que... bien... Sin duda ha encontrado usted un resquicio legal como la copa de un pino, hermana. —Adoptó una voz más formal—. ¿Sabe qué agente lleva la venta?

—Consúlteselo discretamente al obispo. El obispo de Ferns y Manner. Y, por favor, señor Colquhoun, me gustaría realizar la compra de forma anónima. ¿Será posible?

—Por supuesto. El Fondo Featheringale es una entidad legal, compraríamos en tanto que administradores. Abordaríamos a la parte vendedora en nombre de un mandante no revelado. Firmamos el contrato para comprar la propiedad. En todo caso, el obispo quizá nunca llegue a ver el nombre en el contrato. Probablemente ni siquiera se interese por ese detalle. Es un acuerdo entre nosotros y el abogado del obispo. Ahora bien, si tenemos que seguir adelante con esto,

necesitamos aclarar unos cuantos asuntos.

Acababan de terminar el almuerzo. A Carla y a Margarita y, sobre todo, al sacerdote les pareció extraño que Iphigenia insistiera en que él necesitaba hacer la siesta.

—Sé que te encuentras bien, pero, a veces, después de las quemaduras, puede haber una... reacción tardía.

No sonaba muy convincente, pero Carla y Margarita empezaron a pensar que Iphigenia debía de tener muy buenas razones para querer que él se acostase.

En cuanto despacharon al sacerdote, Iphigenia volvió a hacer salir a sus hermanas al patio. Se sentaron a esperar qué les contaba.

—Hace cálculos sobre un campo y lo compra —anunció Iphigenia. —La miraron expectantes, a la espera de más—. Se busca lana y lino y lo trabaja con manos diligentes.

Reconocieron los preceptos de una mujer virtuosa. *Los proverbios*, capítulo 31. Pero no resultaban tan trascendentales como para justificar la molestia de volver a trasladar al sacerdote a su cama.

—Mi abuela va a comprar el monasterio —declaró finalmente Iphigenia.

Tenía menos sentido que lo primero. Margarita empezaba a estar preocupada por Iphigenia. Recientemente habían sucedido muchas cosas raras. Tal vez estuvieran todas perdiendo la chaveta. ¿Cómo era posible que la abuela de Iphigenia siguiera viva? Margarita estaba segura de que habían celebrado una misa de réquiem por la abuela de Iphigenia hacía muchos años.

—¿Una abuela? —dijo Carla. Nunca imaginó que Iphigenia o cualquiera de las monjas tuvieran madres, padres y abuelas. Nunca hablaban de ellos, al menos, no con Carla. Ella suponía que las hermanas eran todas un regalo de Dios, expósitas como ella que habían aparecido en la puerta del monasterio.

—Mi abuela acudió a la llamada de Dios hace muchos años. Pero dejó dinero.

—¿Dónde? —preguntó Margarita, imaginándoselo en una jarra o en un calcetín. ¿Cómo lo había encontrado Iphigenia? ¿Estaba en algún lugar del monasterio?

—A su abogado.

—¿Abogado?

Cuanto más contaba Iphigenia, menos entendían las hermanas. Se calló. Tomó aire varias veces. Iba demasiado rápido. ¿Cómo podía pretender que lo entendieran de buenas a primeras? No sabían nada de las llamadas al señor Colquhoun, nada sobre la carta acerca del Fondo.

Empezó por el principio e intentó contar toda la historia lo mejor posible. Le dio la impresión de que tardaba una eternidad porque cada vez que explicaba una cosa, tenía que explicar otras diez que surgían y necesitaban también explicación. Pero al final concluyó:

—Y podremos quedarnos aquí y nadie podrá echarnos, ni el Papa.

Carla estaba asombrada. Todo aquello se había conseguido a través de la cosa esa negra y cuadrada. Carla se quedó mirando el teléfono que sacó Iphigenia. Ahí estaba, después de tanto tiempo. Carla lo rodeó con la mano. Sacó la antena y apretó los botones. Sabía cómo hacerlo.

—¿Hola? ¿Hola? —Pero no oyó nada.

—Siete botones —indicó Iphigenia.

Ring, ring. Ring, ring. Menudo sonido producía, como un tordo en los manzanos con ganas de aparearse.

—¿Diga?

—¿Diga? ¿Diga? —trinó ella.

—¿Quién es? —Era una voz seca y gruñona.

—¿Diga? ¿Diga?

Entonces la voz dejó de oírse y fue sustituida por un ruido desagradable parecido al que había emitido el coche.

—¿Diga? ¿Diga?

Pero la voz había desaparecido. A Carla le decepcionó la voz del mundo exterior. No había esperado tanta sequedad y gruñidos. De todos modos, no iba a permitir que le fastidiara el buen humor. Era partícipe de un secreto, ella e Iphigenia y Margarita. Se llevó un dedo a los labios y miró en dirección a la habitación del sacerdote.

—¿Secreto, eh, Iphigenia?

—Sí. —Sonrió Iphigenia—. No debemos contarlo.

—¿Qué será de él? —preguntó Margarita.

Él sería su huésped hasta que el señor Colquhoun les informara de que se había llevado a cabo la venta.

—Entonces lo soltaremos.

A Margarita le pareció una idea espléndida.



Retomaron su anterior ritmo de vida. La Virgen María, santa Ana y los santos de las vidrieras disfrutaban de la compañía de las monjas, de la vibración de sus voces y de sus palabras sagradas siete veces el día, todos los días. Pero si bien el cumplimiento de las horas canónicas hizo que el monasterio recuperara su vida eternamente cíclica, había un meteorito cuya trayectoria iba directa a ellas.

—¿Tiene alguna noticia, señor Colquhoun?

—He hecho una llamada. Bastante curiosa, de hecho.

—¿Curiosa? ¿Qué tuvo de curiosa?

—Me preguntaron cómo me había enterado de lo de la venta. Parece ser que no se ha anunciado todavía. Teniendo en cuenta su deseo de permanecer en el anonimato, no podía mencionarla como fuente. —Iphigenia empezó a notar un hormigueo de advertencia en el pecho—. Me limité a decir que había recibido una muestra de interés por la propiedad. Y entonces me contaron una historia bastante curiosa. Acerca de un sacerdote, el secretario del obispo, en realidad, que había ido a evaluar la propiedad y no había regresado. ¿Recibió alguna visita de este sacerdote? —El nudo que notaba Iphigenia en el vientre se tensaba cada vez más. Intentó tranquilizarse recordando que en el libro decían que la desventaja del teléfono era que no se podía ver el «lenguaje corporal» de la persona. Ahora suponía una ventaja. Se sentía enormemente agradecida de que en esos momentos el señor Colquhoun no pudiera verla—. Hermana, ¿sigue usted ahí? —Debió de hacer algún ruido, porque él prosiguió—: Se tomaron mi consulta con cierta suspicacia. Banks, Colquhoun y Andrews es un bufete de abogados que goza de una muy buena y larga reputación. En toda su historia jamás ha existido la menor sombra de duda acerca de sus tratos. Si quiere que la represente, hermana, tiene usted que ser totalmente sincera conmigo.

—Por supuesto, señor Colquhoun.

—Se me ha informado de que el obispo desea racionalizar los bienes de la Iglesia, pero necesita la valoración de su secretario antes de que se pueda vender esta propiedad. Enviaron un equipo de búsqueda, pero no encontraron ni rastro del sacerdote. Pero en vistas de mi consulta, se están planteando reiniciar la búsqueda. Si ha tenido algún contacto con esta persona o dispone de información relativa a este asunto, creo que redundará en beneficio de todos que la cuenta.

Iphigenia se quedó boquiabierta intentando respirar como si fuera un pez.

—Por supuesto, señor Colquhoun. —Terminó la llamada con brusquedad.

Fue a tumbarse en su celda y dejó el teléfono en el patio por si seguía teniendo algún poder residual y era capaz de enviar un mensaje al señor Colquhoun. El corazón le latía a toda prisa y notaba su propio sudor, un olor a jengibre.

Yacía en la cama, inhalando y espirando con las manos cruzadas sobre el pecho, deseando tranquilizarse. Después de todo lo que había ocurrido, después del incendio, la ruptura de la

comunidad y su posterior reencuentro, cuando habían resurgido de las cenizas, el anuncio a sus hermanas de que comprarían el monasterio y que todo iría bien. Ahora esto. El equilibrio de la vida parecía sumamente frágil si podía truncarse con tanta facilidad.

No podrían retener al sacerdote hasta que la venta estuviera asegurada. El segundo equipo de búsqueda trabajaría más a fondo. Aterrizarían, mirarían. La comunidad no podía esconderse eternamente. Y no podían ocultarlo eternamente. El sacerdote desaparecido tendría que reaparecer.

Descansó en la cama mirando el cielo. Pronto sería la sexta. Hablaría del asunto con sus hermanas y juntas urdirían un plan.

Fue a la habitación de Ignatius con pan, queso y *chutney* de manzana.

—¿Disfrutas de tu estancia con nosotras? —preguntó.

A decir verdad, en esos momentos estaba un poco mosqueado. Le dejaban solo en esa habitación durante largos ratos mientras ellas se sentaban en el patio a hacerse compañía y realizar sus tareas. Él era el sacerdote que había celebrado la Pascua para ellas y ahora lo trataban como a un niño, una mascota, llevándole allí otra vez para la siesta de la tarde, como si no fuera capaz de mantenerse despierto todo el día. Pero era mejor que antes.

—Ha sido... interesante.

Su respuesta pareció satisfacer a Iphigenia. Le dio la bandeja de comida. Él mojó el queso en el *chutney*, lo puso en un pedazo de pan y se lo zampó. Disfrutar no, pero al menos le daban de comer.

Las labores de punto que se habían interrumpido se retomaron con fuerza y el sacerdote volvió a asumir su papel de cuenta cuentos.

—¡El hombre de jengibre! —gritó Carla. Se habían acabado la última galleta a la hora de cenar y lo tenía fresco en su memoria. Todavía notaba su sabor—. ¡Corre, corre lo más rápido posible, no me pillarás, soy el hombre de jengibre! —gorjeó Carla para recordárselo.

Sí, sí, recordaba la cantinela pero ¿cómo empezaba la historia? ¿Quién lo perseguía? ¿La esposa de un granjero?

—Érase una vez un hombre de jengibre al que perseguía...

—No, no, no —bramó Carla. ¿Cómo era posible que no se lo supiera?—. Érase una vez la hermana Cook que hizo una hornada de hombres de jengibre. —Una vez empezado, Carla se dedicó a hacer punto con una sonrisa de felicidad en el rostro.

—Sí, eso —dijo Ignatius—. Cuando llegó el momento de sacarlos, abrió la puerta del horno y uno de ellos dio un salto y salió corriendo de la cocina—. «No me pillarás, soy el hombre de jengibre», le gritó. Volcó un tarro de judías camino de...

—Un cubo de agua —le corrigió Carla.

Él le dedicó una mirada furibunda.

—A lo mejor prefieres contar tú el cuento.

Se le veía contrariado. Interrumpir no estaba bien. Ella bajó la cabeza y se concentró en la labor.

—Volcó un cubo de agua —dijo con rotundidad— y salió corriendo de la cocina. Entonces se cruzó con una oveja. Cogió carrerilla y chocó con las patas traseras de la oveja. La oveja se

enfadó mucho ante tal interrupción de su comilona de hierba y empezó a perseguirlo. «Corre, corre lo más rápido posible, no me pillarás, soy el hombre de jengibre». Entonces empezaron a perseguirlo la esposa del granjero, perdón, la hermana Cook y la oveja. Corrió por los campos y bajó por una colina, llevándoles la delantera en la alegre persecución. A mitad del descenso, se encontró con un conejo. «Qué cola tan tonta», le dijo al conejo, y continuó. El conejo echó a correr detrás de él. Llegó a una masa de agua, grande y ancha. No podía entrar en el agua porque quedaría empapado.

»Justo entonces apareció un zorro astuto. “Rápido, hombre de jengibre, súbete encima de mí y te cruzaré al otro lado”. El hombre de jengibre miró a su alrededor. Sus perseguidores estaban muy cerca. Se subió al lomo del zorro.

»Cuando hubieron cruzado la mitad de la masa de agua, el hombre de jengibre ya había olvidado el peligro y retomó su cantinela con osadía: “Corre, corre lo más rápido posible, no me pillarás, soy el hombre de jengibre”.

»“¿Qué dices, hombre de jengibre? No te oigo. Acércate”. El hombre de jengibre subió más por el lomo del zorro y lo repitió.

»“¿Qué dices, hombre de jengibre? Acércate más a mi oído para que te oiga”. El hombre de jengibre se acercó todavía más a las orejas puntiagudas del zorro.

»“Corre, corre lo más rápido posible, no me pillarás, soy el hombre de jengibre”. Pero daba la impresión de que el zorro no le oía. Qué tonto el zorro viejo y sordo. Entonces el hombre de jengibre se acercó tanto que vio el interior de la oreja del zorro. “Corre, corre lo más rápido posible, —gritó hacia aquel laberinto de espirales y pliegues—, no me pillarás, soy el hombre de jengi...”. El zorro abrió y cerró las fauces y el hombre de jengibre desapareció de un bocado. Y así acabó el hombre de jengibre. —Ignatius se recostó en el asiento.

Pero dio la impresión de que las monjas querían más.

—Y... —le instó Carla.

—Y... —intentó pensar en algo—, y el zorro llegó a la otra orilla y ¿vivió feliz para siempre jamás?

—No, no, no —dijo Carla con el mismo tono con el que solía reprender al erizo—. Después de comerse al hombre de jengibre, el zorro regresó. Porque se acordó de la oveja. Y dondequiera que hay ovejas, hay corderos. Siguió sigilosamente a la oveja y a la hermana Cook colina arriba y esperó hasta la noche. Destripó a un cordero y dejó una buena carnicería. O sea que las monjas tuvieron que matar al zorro. Entonces todas las hermanas de santa Inés vivieron felices para siempre jamás. —Le sonrió con alegría.

Dejaron la labor de punto y suspiraron. Un cuento bien contado.

Habían tricotado mucho a aquel ritmo rápido y agradable. Le enseñaron lo que habían tejido. La prenda ya era bastante larga.

—Pronto llegará el día del hábito —anunciaron.

Lo llevaron hasta la cama. Aunque tenía todavía las piernas enyesadas, las nuevas manos estaban desatadas. De todos modos, no le trajeron otra vela, y él pensó que probablemente fuera preferible no pedir otra. Se puso las manos detrás de la cabeza. Pronto llegaría el día del hábito. Piernas. Y entonces se marcharía.

La oscuridad se tornó más densa y se dio cuenta de que Iphigenia había entrado. Hacía

bastante tiempo que no le hacía una de sus visitas nocturnas.

—Hay mucho trabajo para convertir esto en un hotel de lujo —dijo ella.

Él se movió ligeramente. No dijo nada, pero la había oído.

—Podar las zarzas. Marcar el sendero. Piscina. Campo de golf.

Aquello no era más que el comienzo. Había mucho por hacer, pero valdría la pena. La ubicación era demasiado buena para ser verdad. El lugar de diversión de los ricos y famosos.

—Y luego estamos nosotras. Podríamos ser un obstáculo. «La Iglesia expulsa de su casa a tres monjas ancianas», citó un titular imaginario. El señor Colquhoun le había dado la idea de los periódicos.

—Hemos investigado. Has venido aquí a valorar la finca. No hay ningún comprador comprometido. —Ignatius se molestó. No era asunto de ella. Era su proyecto, él estaba al mando —. Es cierto, ¿verdad, padre Ignatius? —Él notó que se sonrojaba en la oscuridad. Era cierto, maldita sea, pero ¿cómo se había enterado? ¿Había llegado a telefonar al obispo y le había contado algún rollo? O todavía peor, ¿el obispo la había escuchado? Se dio cuenta de que por primera vez le llamaba «padre Ignatius». Pero en vez de mostrar respeto, parecía erosionar su autoridad todavía más. Se sentía como si le hubiera pillado masturbándose.

Sin que él le dijera nada, ella se arrellanó de golpe en su cama. Él tuvo que apoyarse en la mano para evitar rodar en dirección a ella.

—No estás muy hablador esta noche, ¿no? —Ella se inclinó hacia él y le tiró de la pelusa que le crecía en el brazo, lo arrojó con la manta. ¡Santo Dios!—. ¿Un cuento?

Él abrió la boca, su respuesta a la pregunta casi automática. Pero no, era Iphigenia quien iba a contarle una historia.

—Érase una vez tres hermanas que vivían en un caserón enorme en lo alto de una colina. Las estaciones se sucedían, rezaban al Señor, cuidaban de sus ovejas e hilaban su lana. Un día llegó un visitante. Hacía muchos años que no recibían visitas y se llevaron una gran sorpresa. Sin embargo, lo recibieron como un invitado de honor.

»Cuando se hubo comido la carne y el vino que le ofrecieron, les anunció que la casa estaba en venta y que tendrían que marcharse. ¿Marcharse? Era absurdo.

»“Arráncale el corazón y entiérralo en el bosque”, “cébalo y cómetelo". Pero ninguna de estas opciones parecía adecuada. Él intentó engañarlas y huir. Se hizo daño, lo rescataron y le curaron las heridas. Lo ataron para amansar su espíritu indomable. Rezaron y rezaron.

»Al cabo de poco tiempo, una de las hermanas recordó que su abuela hada tenía un ayudante. Lo único que tenían que hacer era llamarle. Pero no era tarea fácil. Aunque sus voces alcanzaron a Dios, no llegaron hasta el ayudante de la abuela hada. Pero había una manera. Una cosa que el visitante trajo de su mundo. Aprendieron su magia, le pusieron voz y, en esta ocasión, el ayudante de su abuela hada les oyó.

»Ese ayudante era un elfo muy pero que muy bueno y la abuela hada era una mujer muy pero que muy sabia. Había dejado un arcón lleno de oro a cargo del elfo con el objetivo de cuidar del oro hasta el momento en que fuera necesario. Y entonces llegó el momento. La solución estaba clarísima. Si la casa estaba a la venta, había que comprarla. ¡Y las hermanas serían quienes la comprarán!

Iphigenia se acercó a la ventana y miró hacia la noche. La luna de Pascua estaba menguando y ahora casi la mitad estaba en sombra. Se giró para mirarlo.

—Este es el final feliz para las hermanas, pero el hombre también sale en el cuento. ¿Cuál es el final feliz para el hombre?

Ignatius aguardó a la espera de que ella se lo revelara.

Pero era Iphigenia quien esperaba.

—¿Dan al hombre un hábito nuevo y hacen que prosiga su camino?

—Buena idea, pero sigue habiendo un cabo suelto. ¿Recomienda el hombre que el monasterio se convierta en un lugar de diversión para ricos?

—No —murmuró él.

—¿Perdona? No te he oído.

Suspiró y lo dijo más fuerte.

—Pero, ah —dijo Iphigenia, señalando con el dedo hacia un lugar no definido—, eso no funcionará. Porque la misión del hombre habrá fracasado. Por tanto, no tiene un final feliz. ¿Cómo puede cumplir su misión de manera que el final sea feliz para todos?

Era tarde, no estaba de humor para acertijos. No era Edipo por mucho que Iphigenia pensara que ella era la Esfinge.

—No sé —repuso. Él desea que se marche, solo tiene ganas de dormir.

—Quizá no se te ocurra la respuesta de inmediato, pero existe una manera. Igual que la solución de las hermanas estaba en el cuento todo el rato, lo mismo pasa con el hombre. Te doy de tiempo hasta mañana por la mañana. —Y entonces desapareció.

Estaba tan sumamente cansado que no podía dormir. Ella se había marchado, pero había dejado un enigma detrás de sí. Era como si lo viera sentado en la habitación, un bulto con ojos brillantes. Si no se le ocurría algo, la situación se descontrolaría. ¿Qué le había dicho? Ayuda de una fuente inesperada. ¿De dónde iba a salir esa ayuda inesperada? Los muros de piedra maciza permanecían mudos. Cuando miró por la ventana, la luna se ocultó tras una nube.

Aunque Ignatius reconocía similitudes en la historia, no le había tranquilizado. Tal vez fuera la manera como se la había contado. Llegó a la conclusión de que, aunque ella se había vuelto cada vez más locuaz, era la primera vez que la había oído contar un cuento.

El cabo suelto colgaba delante de él. Reconsideró su posición. ¿Realmente intentaba decirle que tenían dinero guardado, suficiente para comprar el monasterio? Era un farol. Esta farsa ya había durado lo suficiente. Tenía todo el derecho del mundo a denunciarlas. A pesar de la distensión vivida durante la Pascua, no había olvidado que lo retenían allí en contra de su voluntad. Él estaba preso, pero era a ellas a quienes había que encerrar.

Sin embargo, no iba a denunciarlas formalmente. No iba a contar a nadie que tres monjas habían conseguido tenerlo preso durante todo ese tiempo.

Tenía hasta la mañana. ¿Y entonces qué? ¿Iba a condenarlo a muerte, como el sultán y Sherezade? Eso es en lo que Ignatius se había convertido, un Sherezade que las entretenía por la noche. Además, igual que Sherezade, intentaba mantenerse con vida, mantener a su público esclavizado.

Ella le brindaba la oportunidad de tener su final feliz. Repasó la historia paso a paso. Por la mañana, cuando Iphigenia apareció, no había pegado ojo ni tenía ninguna solución.

—No sé —se quejó.

A ella pareció no importarle lo más mínimo.

—Es sencillo —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Era sencillo. Sencillo, estrafalario, imposible, absurdo. No obstante, ahí estaba él, fuera, en el patio, como cómplice. Entonces se dio cuenta de lo agotado que estaba. Se notaba la mente nublada, necesitaba cambiar el filtro de su visión.

Era una mañana fría y neblinosa. Habían desayunado y la humedad todavía persistía. Las hermanas, las ovejas, los árboles, los campos, los edificios habían quedado engullidos por la niebla.

—Me parece que querías esto, ¿no? —Iphigenia apareció en su campo de visión y dejó el teléfono encima de la mesa. Él lo observó sin mediar palabra. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que sometiera a Carla a sus juegucitos. Y ahora ahí estaba el teléfono que no había conseguido con sus astucias. Por algún motivo, el mero hecho de verlo hacía que le entraran ganas de soltar una risa histérica. Intentó serenarse. Se mordió la parte interior del labio y se imaginó al obispo y a los demás sacerdotes alrededor de la chimenea del palacio. Incluso aquella situación le parecía divertidísima. Carraspeó, cogió el teléfono y se preparó para sonar formal.

—Con el obispo, por favor. —Le dijeron que el obispo no estaba disponible—. Soy... soy el padre Ignatius. —Soltó la bomba.

—¿Ignatius? ¿Dónde estás? ¿Qué diantres te ha pasado? El viejo envió un helicóptero a buscarte. —Era Dominic, uno de los que hacía bromas acerca de los jovencitos. Las tres hermanas estaban casi encima de él, tan cerca que notaba su aliento.

—Es una larga historia. Mejor que hable con el obispo.

El obispo que no estaba disponible de repente sí lo estuvo.

—¿Sí? —dijo. En cuanto Ignatius oyó la voz del obispo, lo visualizó. Piel rosada como las manos nuevas de Ignatius, pelo blanco y ralo con la calva brillante como la de un bebé. El obispo daba la impresión de haber pasado toda su vida entre algodones. Lo cual no encajaba con su voz autoritaria y clara. Dominic no habría podido evitar decirle al obispo que Ignatius estaba al teléfono, pero hasta que no lo confirmara personalmente, el obispo no daría nada por supuesto.

—Soy el padre Ignatius, mi Señor.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Ignatius volvió a alzar la vista. ¿Cómo iba a decirle al obispo que tenía una cola en vez de piernas, que notaba el aliento de tres locas en su cuello?

—Sí, sí —balbució Ignatius, mordiéndose el labio. Las monjas lo miraban muy serias. Estaba haciendo un gran esfuerzo para reprimir las ganas de reír que tenía.

—Disculpe, mi Señor, hay interferencias. Le volveré a llamar de inmediato. —Dejó el teléfono, ahuyentó a las monjas y se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Las monjas se miraron entre sí. Ni siquiera a Carla le pareció divertido. El hecho de verlas tan serias le hizo reír todavía más—. No puedo —acertó a decir entre sollozos de risa.

—Tal vez la capilla te cure —dijo Iphigenia.

Lo sentaron frente al altar, donde había celebrado la misa. Funcionó. Las risitas desaparecieron y entonces se sintió cansado. Apartó la mirada de la Virgen María por si su pelo ridículo le hacía reír otra vez y volvió a llamar al obispo.

—Disculpe, mi Señor. Sí, estoy perfectamente. Bueno, no tanto. —Ahora que las monjas le habían dejado espacio a su alrededor y no tenían las orejas pegadas al teléfono le resultó un poco más fácil.

—Resulta que tuve un accidente, tuve suerte de salir con vida. Me... me quedé inconsciente. Me rompí la pierna. Las piernas —añadió, bajando la mirada—. Esta es la primera ocasión de llamar que he tenido. Siento decir que el coche acabó en el mar. —Al menos esa parte era cierta.

Ahora que estaba tranquilo, a Ignatius le asombró la facilidad con la que le salió todo.

—Por suerte, el accidente se produjo a mi regreso, por lo que tuve la oportunidad de examinar el monasterio con detalle. O al menos las ruinas que quedan —adornó las circunstancias—. No creo que resulte adecuado. En mi opinión, el desembolso inicial sería enorme, habría que construir una carretera, los edificios amenazan ruina, hay un pequeño cementerio, lo cual supondría un problema. Terreno consagrado. Habría que retirar los restos. Parece ser que hay una colonia de focas en los acantilados, al pie de la isla. Eso provocaría todo tipo de objeciones medioambientales. Si los medios se enteraran... Sin embargo, tengo buenas noticias. Establecí una conversación con un tipo en un pub, un señor más bien excéntrico. —Ignatius carraspeó y tragó saliva. Había fragmentos de la historia que incluso a él le costaba digerir. Se imaginó intentando mantenerse a flote en el agua, tratando de tocar el fondo. Pero si dejaba de nadar se ahogaría—. Nos tomamos un par de copas. Parece ser que estaba por ahí buscando un terreno que comprar. Una finca alejada de todo, dijo, eso es lo que dijo. Como es natural, yo le mencioné que venía de un lugar así y nos pusimos a hablar. Pareció interesarle y dijo que iría a echar un vistazo.

A Ignatius le cambió la expresión cuando oyó lo que el obispo tenía que decir. Lanzó una mirada a Iphigenia con unos ojos abiertos como platos.

—¿Eso ha sido? Se ha movido rápido, ¿no?... ¿Fondo Featheringale? —Una expresión de incredulidad se apropió de él. ¿Qué había estado tramando Iphigenia? ¿Cómo era posible que el obispo se hubiera creído un nombre tan ridículo como Featheringale?

—No, no me suena... Bueno —intentó bajar la voz para que las monjas no le oyeran—, no había un compromiso firme con la empresa promotora, pero estoy seguro de que si hablamos con sus representantes de la existencia del... —apenas era capaz de decirlo— Fondo Featheringale, que hay otro comprador interesado, podremos conseguir un precio sustancioso. Y con las mínimas molestias.

Entonces le tocó hablar al obispo.

—No lo sé seguro —respondió Ignatius—. Pronto. No, no, no. Ni hablar. Está bien, mi hermana me llevará. —Alzó la vista hacia las monjas. ¿Cuándo? Cuando esté del todo recuperado. Le mantendré informado. —Ignatius colgó el teléfono—. Quería enviar un coche a recogerme.

—Tienes un obispo muy considerado —comentó Iphigenia.

—Un obispo que empezará a sospechar si no regreso pronto.

Ella sabía que en cuanto el sacerdote contactara con su obispo, la cosa no quedaría ahí. ¿Cuánto tiempo necesitaba para asegurarse de que la venta había progresado hasta tal punto que era irrevocable? Iphigenia cogió el teléfono y marcó el número del señor Colquhoun.

—¿Señor Colquhoun? Quizá reciba una llamada del obispo o de su representante. No se extrañe si tienen la impresión de que actúa usted en nombre de un viejo millonario excéntrico.

El señor Colquhoun se echó a reír.

—Oh, pero si es el caso, hermana, es el caso.

Se produjo un silencio de desconcierto.

—No lo entiendo.

Dio la impresión de que el abogado estaba a punto de explicar algo, pero cambió de opinión.

—Disculpe, hermana, por favor continúe.

—Deseo que la venta se realice lo antes posible y que se mantenga mi anonimato en todo momento. ¿Cuánto va a tardar, más o menos?

—Va usted muy rápida —rio—. En circunstancias normales, hay un periodo de transición durante el que tanto el vendedor como el comprador pueden cambiar de opinión. Tendré que liquidar parte de sus acciones, pero no creo que tarde mucho. —Hizo una pausa—. Sin embargo, estoy un poco preocupado por el otro asunto. Quizá alargue innecesariamente el proceso.

—¿Qué otro asunto?

—El caso del sacerdote desaparecido. Tal como he mencionado, no querían comprometerse a vender hasta que se resuelva el tema.

Iphigenia miró al sacerdote.

—Me parece que este asunto se ha solucionado ya.

—Parece usted muy bien informada, hermana.

Tuvo la sensación de que Taylor la pillaba haciendo alguna travesura y que la abuela tenía que fingir que la reñía. La abuela nunca se enfadaba con Iphigenia pero sí que disfrutaba viéndola encogerse de vergüenza.

—Dentro de la Iglesia, importa. Para otros asuntos, señor Colquhoun, confío en usted. Si no tiene noticias del obispo, por favor llámelo por teléfono. Yo... —Ahí estaba otra vez, un silencio repentino, como un latido que no suena—. ¿Señor Colquhoun?

—Sí.

—Volveré a llamarle pronto. Adiós.



El monasterio no había estado sumido en tal hervidero de actividad desde hacía años. Limpiaban y pintaban, quitaban el polvo y lo dejaban todo bien pulcro, como si se estuviesen preparando para un gran acontecimiento. Y lo cierto es que así era. Pero se trataba de un acontecimiento que iba a celebrarse lejos, que quedaría representado en una hoja de papel que nunca verían. Margarita e Iphigenia se levantaron los faldones y le quitaron el polvo a santa Ana y a la Virgen María. Carla trepó para limpiar con delicadeza las vidrieras, un poco de saliva en una página de la Biblia para sacar la mugre con cariño del rabillo del ojo de los santos, y el polvo de las alas de los ángeles. Las hermanas de santa Inés frotaron su cuerpo lanudo contra los muros y los bancos de la capilla a fin de limpiarse y sacarse brillo y fueron dejando mechones de lana a su paso. Incluso dejaron ayudar al sacerdote, que se puso a pulir pequeños objetos con sus manos rosadas recién estrenadas. Restregaron la mesa para eliminar la sangre del sacrificio y otras sustancias vertidas, recogieron los excrementos de las hermanas de santa Inés y los esparcieron por el huerto. Carla incluso puso la cabeza en el abrevadero, se pasó los dedos por el cabello para soltar los rizos que le habían salido y se sacudió como un perro, por lo que acabó salpicando agua por todas partes.

Estaba viviendo un momento de gran trascendencia. Aunque no se veía, lo notaba por todas partes, como el aliento de Dios. Iphigenia le había explicado lo que significaba «venta» pero en la vida monacal no había nada que se pareciera ni por asomo a vender y le costaba entenderlo. Sin embargo, se dedicó en cuerpo y alma a los preparativos de la venta. Era como las Navidades de su infancia, cuando hacían representaciones de escenas bíblicas. Carla era el niño Jesús cada año. Se quedaba tumbada muy quieta en el pesebre y olía el dulzor de la paja.

Ahora eran demasiado pocas. Tendrían que irse turnando, ellas tres para ser María y José, el niño Jesús, los Reyes Magos, las comadronas, los bueyes. Carla había intentado que las hermanas de santa Inés representaran algún papel, pero enseguida perdían el interés y se marchaban a comer hierba. ¡Pero ahora volvía a parecer Navidad y eso que acababa de terminar la Pascua!

Lo mejor para limpiar era el despacho de la abadesa. Salvo Iphigenia, hacía mucho tiempo que nadie entraba en él. Cogieron bolas de vellón y quitaron todas las telarañas. Había un montón de libros, todos color granate con letras doradas en el lomo. Carla se llevó una decepción al ver que los libros no tenían ilustraciones. Pero se alegró al descubrir una pequeña Virgen María oculta tras un velo de telaraña. Cuando hubieron terminado con el despacho de la abadesa, contemplaron el trabajo hecho. Parecía una estancia nueva. No era un dormitorio ni un salón, aunque no acababa de entender lo que era, a Carla le pareció que era el espacio ideal para lo que Iphigenia había hecho.

—¡Flores en la mesa! —Carla recordó un detalle más de la limpieza. Fue a buscar unos cuantos botones de oro.

Nadie iba a visitarlas para la ocasión, pero Iphigenia dijo que sabrían cuándo «la venta se

materializaría». ¿Qué era eso de materializarse? Todo era misterioso y maravilloso, palabras nuevas, ideas nuevas, emoción por cosas que no veía. El hábito del hombre estaba terminado, aguardaban el momento adecuado para entregárselo.

Cuando acabaron de restregar, escupir y sacar brillo, Iphigenia regresó al despacho para hacer otra llamada al señor Colquhoun. Se sentó al escritorio de la abadesa imaginándose al abogado en el suyo mientras le contaba que se habían realizado los trámites correspondientes pero que el obispo aguardaba el regreso de su secretario antes de ultimar la venta.

—¿Y cuándo cree el obispo que regresará? —tanteó Iphigenia.

—Pronto. Parece ser un joven muy estimado, todo el mundo aguarda su regreso. Incluyendo la empresa de alquiler de coches. Han perdido un vehículo. En el fondo del mar, por lo que parece. La aseguradora está ansiosa por hablar con el sacerdote. A lo mejor se ponen lo bastante impacientes como para empezar a investigar sin él. —Iphigenia notó cómo le palpitaba el corazón —. Hermana, ¿está segura de que no tiene información que arroje luz sobre este asunto?

—Rezamos por el regreso del sacerdote sano y salvo —alcanzó a decir Iphigenia—. Mientras tanto, avance el máximo posible con la venta.

Se oyeron interferencias y la línea se quedó muda. Estaba tomando conscientemente grandes bocanadas de aire, como si tuviera los pulmones demasiado cansados para hacerlo por sí solos. Le había costado oír todo lo que el señor Colquhoun decía, las punzadas que notaba en el pecho habían pasado al oído y luego al teléfono. A veces la voz del señor Colquhoun se bloqueaba por completo.

No podían esperar a que se cerrara la venta para liberar al sacerdote, tendrían que hacerlo ya. Convocó a las hermanas.

—Ha llegado el momento de entregarle el hábito.

Hacía mucho tiempo que no se había celebrado ninguna ordenación en el monasterio. A Carla le encantaban los preciosos vestidos de novia blancos que las monjas se ponían antes de enfundarse el hábito negro. Arrodilladas ante el prelado con sus vestidos vaporosos, las damas de honor retiraban el velo y el obispo cortaba un mechón de pelo con sus pequeñas tijeras de plata. Carla recordó también que el día de la ordenación tomaban galletas con miel. Se lo recordó a Iphigenia por si se le había olvidado. Iphigenia sonrió cansada. Le preocupaba más que se acordaran de las palabras.

Las monjas han entrado en la sala de tricotar a buscar el nuevo hábito del sacerdote. Carla abre la alacena y se cae todo. Delantales, chalecos, faldas, sábanas. Todo lo que han tricotado a lo largo de su vida, las prendas blancas y puras, las multicolores. Carla se echa a reír, atónita ante la avalancha de lana, suficiente para vestir a todas las monjas de la Cristiandad. Coge la prenda del sacerdote.

—La gota que colmó el vaso. —Carla dedica una sonrisa a Margarita e Iphigenia.

Iphigenia se la queda mirando. Los miles de millones de pequeños puntos, una hilera tras otra. Oye el clic silencioso de las agujas, las voces que entonan cánticos y cuentan cuentos antes de que las envuelva el gran silencio. Carla y Margarita empiezan a recolocar todo, pero Iphigenia sigue observando. Su ropa raída mientras las prendas que han hecho de todas formas y colores yacen esparcidas por todas partes. Todo ello al servicio de Dios pero guardado en un armario donde Dios no lo ve.

Llevaron a Ignatius al patio y se situaron frente a él, una trinidad de prelados. Han desechado la ropa vieja y se han puesto prendas blancas, nuevas y vaporosas.

Él estuvo pensando en el tema toda la mañana. Sin el yeso podría marcharse. Pero en vez de euforia sintió aprensión. Ahora que por fin había llegado el momento tanto tiempo esperado, no tenía claro que estuviera preparado. Respiró hondo y se puso en manos del Dios Padre.

Las monjas no se sabían las palabras para poner ordenar a un sacerdote y ponerle la sotana, por lo que emplearon las de poner el hábito a una monja.

—¿Qué pides? —preguntaron.

—La compasión de Dios y la gracia del hábito sagrado.

—¿Lo pides de todo corazón?

—Sí, mis Señores, así lo pido.

Ignatius dejó la vista clavada en el suelo, intentando mostrar la solemnidad requerida para la ocasión.

—Que Dios te otorgue perseverancia, hija mía —le dijeron.

—Hijo mío —dijo él en voz baja.

Entonces llegó el momento de que se quitara la ropa blanca y se pusiera la negra.

Margarita era quien iba a desvestirlo. Se le acercó con las tijeras de trasquilador y una sonrisa bondadosa. Él giró la cabeza para evitar el destello del sol al rebotar en las hojas.

Se lo colocó delante de los pies y contempló el yeso blanco, menos blanco e inmaculado que cuando se lo habían puesto. Margarita recordó cuando le pusieron la escayola y le envolvieron bien las piernas para mantenerlas juntas, aplicaron el yeso en capas gruesas, para confinarlo en él. Y ahora iban a liberarlo.

Caminó alrededor de la escayola para valorar el trabajo que tenía por delante. La mejor manera de empezar era por arriba, por supuesto. Se lo colocó a la altura de la cadera. Ignatius notó que a Margarita le temblaban un poco las piernas. De forma instintiva, se cubrió el pene con las manos. Ella volvió a los pies, dio unos golpecitos a la escayola para ver si notaba el espacio hueco entre los pies. Pero había hecho un muy buen trabajo y en el interior de la cola de pez los pies estaban soldados como los de unos hermanos siameses.

Decidió realizar el primer corte en el costado. Clavó una hoja entre el yeso y la piel.

Él se estremeció al notar la frialdad del metal. Debía permanecer tranquilo y quieto para que ella pudiera hacer el trabajo sin equivocarse. Es el momento que tanto ha deseado y esperado. Sabe que tiene que llegar, pero se siente como si lo despellejaran vivo. La escayola ha pasado a formar parte de él hasta tal punto que tiene que morderse el labio para evitar gritar: «¡Para!»

Iphigenia y Carla observan, con las manos juntas encima de sus respectivos vientres.

Corte. La hoja emite un sonido desagradable al cortar el yeso, como el metal que se raspa contra una roca. Margarita afianza la mano con el contacto y enseguida se queda absorta en la tarea. Incluso ha empezado a tararear el cántico del trasquilado. Carla e Iphigenia empiezan también a tararearlo. Las hermanas de santa Inés vienen a echar un vistazo. Corte. La incisión llega a la altura de la rodilla.

Ignatius nota la frialdad del aire en el muslo. Sin cambiar de postura, estira un poco el cuello para atisbar el hueco que se ha abierto. Corte. Y entonces nota la hoja a lo largo de la cara exterior de su pantorrilla. Corte, el tobillo. Entre los pies y por el otro lado. Ella da un paso atrás.

Ya está.

El sacerdote se quedó inmóvil mientras Carla e Iphigenia le levantaban el caparazón blanco y sucio para permitirle liberar las piernas. Se quedaron mirando esas piernas blancas con la mata de pelos negros tan aplanados que parecían tallados en la piel. Los pelos que tenía en el dedo gordo de los pies parecían una anémona de mar.

Tenía las piernas más delgadas, mucho más delgadas de lo que recordaba. Le parecían criaturas extrañas y desconocidas. Intentó mover los dedos pero no pasó nada, los nervios y los ganglios de esa zona no recibían el mensaje que les enviaba el cerebro. Carla le colocó la mano por encima de la pierna para comprobar si la notaba.

Apenas le rozó, pero a él le pareció una descarga eléctrica. No obstante, la aguantó. Ella hizo unas cuantas pasadas vacilantes encantada al ver cómo los pelos se le erizaban desde la piel suave y húmeda.

El pelo no fue lo único que se levantó. La descarga que le había provocado una sacudida en las piernas también le levantó el pene. El hecho de que ahuecara las manos encima de su miembro no sirvió de gran cosa. A Carla se le pusieron unos ojos como platos, pero había aprendido a no tocar al bebé Moisés en los juncos.

Carla desvió la atención y se centró en Iphigenia.

—El hábito, Carla. —El hábito estaba perfectamente doblado encima de la mesa. Carla echó otro vistazo antes de alzarlo y dejarlo caer cuan largo era.

—Toma —dijo Carla sin aliento. Sin aspavientos, le colocaron el hábito por la cabeza y lo bajaron a lo largo de su cuerpo. Volvía a estar vestido, el cuerpo cubierto con una lana suave que no raspaba. Margarita se le acercó con las tijeras y le cortó un poco de pelo.

—Recibirá una bendición del Señor y clemencia de Dios el Salvador.

Le habían puesto el hábito, él había repetido las palabras de la ordenación simple. Se había convertido en una monja.

No se sumó a la oración de las monjas sino que se decantó por la oración de san Ignacio de Loyola.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.

Ignatius no podía continuar. ¿Cómo era posible que esas palabras le hubieran parecido edificantes o buenas para elevarle el espíritu? Sufrimiento y dolores y sangre y llagas. No era la oración adecuada para un hombre que acababa de recuperar su forma humana, su dignidad...

Ignatius se sentó con ellas a la hora de cenar, erguido y con los pies apoyados en el suelo. Se sentía alto y elegante con su hábito nuevo. La prenda parecía una sotana y, al observarla desde más cerca, la urdimbre y la trama, se veían los motivos de las monjas. Esa noche no hubo labores de punto ni cuentos, la cena se acabó enseguida y los cuatro quedaron sumidos en el gran silencio.

En días venideros iniciaron otro tipo de preparativos: el de las piernas del sacerdote para su regreso al mundo. Lo llevaron de paseo por los campos, al principio lo acompañaban dos de ellas, y luego solo Carla.

—Aquí es donde te vi por primera vez —explicó ella cuando lo llevó a la zona de las zarzas—. A cuatro patas —añadió, preguntándose si, en caso de recordárselo, él lo haría otra vez—. Dijiste: «Maldita sea» —le susurró. Pero él quería avanzar. Ella le contó la historia de su estancia en el monasterio, lo llevó al primer lugar en el que había dejado rastro, le enseñó dónde había puesto la batería la primera vez, el hueco en el que se había caído, el redil cerrado, todo.

Se sentaron en la hierba mientras el sol proyectaba multitud de sombras en su sotana. Carla le dijo el nombre de todos los tipos de puntos, y lo llevó a un viaje alrededor de la prenda al igual que lo había llevado por el monasterio.

—Punto del revés, punto del derecho, pluma y abanico, musgo, nido de abeja, punto del cazador, galón, punto de arena, oruga, cesta, hoja en relieve, enjambre, estrella de mar, borla, cáliz, pompón, cadena, ojo de perdiz, murciélago horizontal, cuerda trenzada, anudada, hierba de san Juan, cable serpenteante. Y punto elástico —dijo para acabar.

Se ofreció a enseñarle cómo hacerlos todos, pero él dijo que estaba un poco cansado y que tenía ganas de tumbarse un rato. Por iniciativa propia, en plena tarde.

Antes de partir, Ignatius tenía que hacer otra llamada. La llamada al obispo para informarle de que regresaba, para hacerle saber que había llegado el momento de asar el becerro cebado.

Pero lo que debía ser una noticia fácil de dar se complicó mucho más. Ahora que tenía tiempo de reflexionar, el obispo tenía preguntas más insidiosas que hacer a su secretario, preguntas que Iphigenia no siempre había previsto. ¿Por qué no le habían llevado a un hospital? ¿En qué lugar exacto se había producido el accidente? ¿Se había denunciado? Lo peor era que el obispo había llamado a la hermana de Ignatius para preguntarle cuándo lo llevaría de vuelta.

—Da la impresión de que ella no sabe nada de usted, padre.

Ignatius tragó saliva.

—Bueno, sí, intenté telefonarla, pero debía de estar haciendo la compra. —Ignatius estaba convencido de que el obispo pensaba que estaba tramando algo. Cerró los ojos, pues temía pensar en todos ellos tomando sorbos de oporto y bromeando sobre él igual que habían hecho sobre el hermano Terry.

—¿Hay alguien más que tenga acceso al teléfono? —preguntó el obispo.

No. Sí. ¿Qué tenía que decir?

—Ha llegado una factura. Se ha hecho una llamada desde el móvil. Dominic ha sido muy meticuloso. Llamó al número, pero nadie te conocía.

Lo que había deseado, la idea que había saboreado antes de Pascua, se había materializado. El problema era que ahora era lo último que Ignatius quería.

¿Una llamada? ¿Una? ¿La que ella había hecho en la habitación de él?

—Tal vez fuera el niño de la familia —se inventó Ignatius. A su vuelta, tenía que interceptar la siguiente factura, la que mostraría las llamadas realizadas a la gente del Fondo Featheringale. Seguro que Dominic lo comprobaría. Intentaría congraciarse con el obispo, usurpar el puesto de Ignatius.

Cambió de tema de conversación para evitar hablar de la factura de teléfono.

—Mi Señor, mis salvadores son humildes pescadores. No tienen vehículo a parte de su barco. Con respecto al accidente... —Miró a Iphigenia. La historia tenía que convencerla tanto a ella como al obispo—. No sé decírselo con exactitud. Una carretera estrecha entre acantilados, había niebla y llovía. Caí en picado. —El obispo le pidió que le diera una ubicación aproximada, el nombre de una iglesia, un pueblo, una ciudad, cualquier cosa—. Neenish. —Ignatius mencionó el último pueblo por el que había pasado. O por lo menos pensaba que se llamaba así. El nombre le sonaba raro. Podía decir cualquier nombre y no cambiaría nada. Los lugares del mundo no eran más que palabras.

La conversación resultó difícil por otro motivo. La voz del obispo sonaba con interrupciones, había interferencias de fondo. La batería se estaba acabando. De todos modos, podría cargarla a su regreso. ¡Electricidad! Televisión, ordenadores, calculadoras, calefacción centralizada, semáforos, coches, autobuses, trenes, satélites, cines, herramientas eléctricas. Oh, cuántas ganas tenía.

—Me gustaría lavarme —dijo Ignatius la víspera de su partida. Alzaron la vista de las tareas que tenían entre manos: amasar y cortar. Pensó que quizá llenarían un barreño con agua caliente para él, había un hervidor con agua hirviendo en el fuego pero, en cambio, señalaron el abrevadero. Él exhaló un suspiro y se encaminó a él. Agua fría, pero era mejor que nada. Humedeció una esponja de vellón y la escurrió. No. La ocasión justificaba algo más que un lavado rápido. Mañana regresaba.

Se llevó el cubo y la esponja fuera del patio, para alejarse de los preparativos para la comida. Observó el cielo azul pálido infinito preguntándose hasta dónde le alcanzaba la vista. ¿Un kilómetro? ¿Diez? ¿Cuál era el límite de su visión en el cielo infinito?

Algunas hermanas de santa Inés se habían arremolinado a su alrededor. Para ellas, él ahora olía como las demás. En su hábito captaban su propio olor, el pelo de él mezclado con los vellones que habían ido dejando por ahí.

Se quitó el hábito y lo dejó encima de un arbusto. Acto seguido, se vertió por encima de la cabeza el agua del cubo, que cayó en cascada. Las ovejas se desperdigaron por todas partes. ¡Vigorizante! Su cuerpo cobró vida, endurecido. Se mantuvo firme y no se inmutó por la fuerza del agua ni por la brisa fresca y punzante que notaba en la piel. Se limpió de arriba abajo con el vellón y se quedó ahí un minuto más, dejando que los elementos jugaran con su cuerpo. Acto seguido, volvió a enfundarse el hábito de sacerdote.

Mientras recogía el cubo y el vellón vio a Carla, sin el hábito, con el cubo por encima de la cabeza, sonriendo en su dirección. Él se giró rápidamente, pero la imagen ya se le había quedado grabada en la mente. Deseó no haberla visto. No por pudor, sino porque era como una parodia involuntaria de sí mismo.

Mientras se metía trozos de nabo en la boca, miró alternativamente a las tres. Su ropa blanca y limpia ya empezaba a estar roñosa. Qué parecidas se veían. ¿Cuál era la expresión de sus rostros mientras sus mandíbulas procesaban la comida que tenían en la boca? ¿Cautela, vigilancia? No sabría decirlo.

Aunque la cena había sido comedida, Ignatius no lo estaba. Sentía tal expectación que apenas

podía estarse quieto. La última noche en esa celda austera de piedra, el último sueño en aquella cama estrecha y dura. Mañana estaría fuera. Permaneció tumbado en la oscuridad intentando no hacerse demasiadas ilusiones. No se relajaría del todo hasta que se marchara de la isla. Tendría aún mucho camino por recorrer después de eso hasta llegar a la seguridad que le brindaba el palacio, pero lo único que era capaz de pensar en esos momentos era poner el mar entre él y las monjas. Ellas se quedarían en la orilla, no lo seguirían.

¿Hasta qué punto le contaría al obispo la verdadera historia? Lo último que recordaba haber pensado era que podía contarle lo que quisiera. Se quedó dormido. Había una imagen borrosa de color ámbar, que luego se le apareció clara y nítida, iluminada por la luz del atardecer. Los pechos prominentes, los brazos alzados, los pezones erectos bajo el destello del agua mientras le caía en cascada por el vientre, la mata de pelo rizado, las piernas fornidas y bien plantadas en el suelo. Sus ojos oscuros que brillaban por entre las gotas de agua, saludándole, jugando con el agua como si no estuviera desnuda. Una imagen de voluptuosidad licenciosa.

Se despertó sobresaltado sujetándose el pene con las manos como si quisiera estrangularlo. Apenas había visto a Carla un instante antes de desviar la mirada pero, al parecer, había bastado. Separó las manos y las colocó en la seguridad del aire nocturno y frío fuera de la manta cálida y acogedora. Mañana. Convirtió ese deseo palpitante en fuerza para su viaje.

Oyó ruido. Pisadas y susurros. Recorrían el pasillo arriba y abajo. Ignatius estaba ahora totalmente alerta, aguardando su llegada. Entonces las pisadas dejaron de oírse y empezó un débil cántico. Estaban en la capilla. Era casi por la mañana. Había tiempo. Volvió a poner las manos bajo la manta.

—Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriégame. Agua del costado de Cristo, lávame.

Lávame, lávame, lávame. Ahora cada vez más rápido hasta que notó la liberación rápida y placentera mientras dedicaba su simiente al Señor.

Iphigenia hizo una mueca. El olor repentino le taponó la nariz como un trozo de queso rancio. Apenas podía pasar su respiración por él. Observó los ojos devotos de la Santa Madre, inspiró el frescor de sus rizos verdes hasta que el olor se asentó y pasó a ser uno más. Desde que el sacerdote había recuperado las piernas, le había dado por ir a la capilla. Solía esperar a que estuvieran ahí antes de entrar. Se quedaba en la parte de atrás, nunca se acercaba a arrodillarse con ellas.

Tras los laudes se produjo un hervidero de actividad: prepararon una cesta de picnic, recogieron objetos varios. Ignatius observaba desde los claustros. Todos los preparativos eran para su partida, pero nadie le había pedido que hiciera algo ni le habían preguntado qué necesitaba. Y hasta que no estuvo todo listo, no lo llamaron para que se reuniera con ellas.

En la mesa, junto a la cesta, vio un par de zapatos, sus zapatos, y su alzacuello. Oh, maravilloso, maravilloso. Le entraron ganas de llorar al verlos, como si fueran amigos perdidos desde hacía tiempo, muertos y después resucitados. Se dispuso a abrazarlos pero estaban en la cesta.

—Comida para tu viaje y ropa para tu mundo.

Se preguntó qué había sido de sus calcetines.

Para cuando los cuatro hubieron descendido del todo ya era mediodía. La niebla se había disipado, pero la pasarela seguía bajo el agua. Como no tenían forma de saber el ritmo de la marea, decidieron esperar.

Ignatius estaba demasiado inquieto como para sentarse a mirar el mar, por mucho que quisiera que apareciera el paso. Se alejó del grupo y subió a la colina del lado opuesto. Algo lo había conducido a aquel lugar. Era el punto en el que el coche se le había quedado bloqueado. No había ni rastro de él. Miró hacia las hermanas y, durante un instante, pensó que eran una formación rocosa, de tan quietas que estaban. Se había apeado del coche, había activado la alarma y había ascendido por la colina. Solo pensaba pasar allí arriba una o dos horas antes de regresar a tierra firme.

Alzó la vista hacia la cima. Desde ahí el monasterio no resultaba visible. La isla entera parecía estar cubierta de matas de tojo. Había que acercarse más para ver zonas de otros colores, flores silvestres y distintos tonos de verde, más exuberantes por donde fluía el arroyo, más ralas y recias cerca de los acantilados. Se sentó y miró hacia tierra firme. Distinguía la taberna desierta, otros edificios. Pronto.

Entonces lo vio, el agua de un color más pálido, el sendero de arena justo debajo de la superficie. Cuanto más bajaba la marea, más clara se veía la pasarela, era como ver revelarse una foto. Ahora ya estaba fuera del agua, extendiéndose hacia tierra firme. Su camino a casa. Corrió hacia él.

Las hermanas se quedaron en el borde de la arena blanca y le ofrecieron regalos de despedida. Ignatius tuvo la impresión absurda de que eran serpentinatas, una muchedumbre, como si estuviera a punto de subir a bordo de un gran transatlántico.

Le pusieron el alzacuellos, prieto y rígido, en su sitio. Le devolvieron los zapatos con unos cordones nuevos que le habían tejido. En vez de calzárselos, ató los cordones juntos y se colgó los zapatos al hombro. Le dieron el resto de las galletas de miel, una botella de agua, pan, nabos cocidos fríos, todo envuelto en vellón. Se lo guardó en el bolsillo que habían tenido la buena idea de tejerle en la sotana. Ya estaba todo hecho, lo único que tenía que hacer era marcharse.

¿Debía estrecharles la mano, darles las gracias por haberlo acogido? Nada parecía adecuado. Alzó la vista una vez más, pensando que quizá la vista lo había engañado, intentando distinguir la silueta del monasterio entre la vegetación.

Alzo mis ojos a los montes, de dónde vendrá mi auxilio
No deje él titubear tu pie, ¡no duerme tu guardián!
De día el sol no te hará daño ni la luna de noche
Te guarda Yavé de todo mal, él guarda tu alma.
Yavé guarda tus salidas y entradas, desde ahora y por siempre.

No había nada más que añadir.

Iphigenia y Margarita observaron a la figura que caminaba por el paso que cruzaba el agua. Pero Carla miraba las huellas que él iba dejando. Puso su pie en la primera pisada de la arena. Luego la siguiente y la de más allá hasta que ella también caminó por la pasarela.

Iphigenia notó un tirón del cordón a medida que Carla se alejaba cada vez más. Un cordón flexible que se estiraba, pero nunca se rompía. Se dio cuenta de que Ignatius también estaba unido a ellas por un cordón. ¿Cuánto podría estirarse sin romperse? Le habían puesto comida y bebida

en el bolsillo, envueltas en el vellón de sus oraciones. Esperaba que él no desechara sus rezos una vez cruzado el paso y de vuelta al mundo.

El sol estaba hundido en el oeste para cuando dos siluetas diminutas, primero una y luego la otra, llegaron al otro lado. Iphigenia se quedó sentada contemplando el mundo, pero fue Margarita quien tuvo que decirle lo que veía.

—¿Irá con él? —preguntó.

Daba la impresión de que Iphigenia no oía. Tenía la vista perdida en el mundo, pero veía otra cosa. Una muchacha que vivía con sus hermanas en una casona en lo alto de una colina.

Un día, el día de san Juan, una de las hermanas se puso enferma y la muchacha tuvo que ir a buscar a alguien que la asistiera. Bajó la colina corriendo a buscar ayuda para su hermana, y por el mero placer de correr un día tan hermoso de verano.

Cuando llegó al pueblo, se encontró con un pescador que remendaba las redes. Tenía la piel suave y morena como la cáscara de un huevo y los ojos negros como el azabache. El pelo oscuro le caía ondulado. Ella observó la agilidad de sus dedos, el deslizamiento de su brazo, la curva de su pecho reluciente. Él le sonrió con una dentadura brillante como el mármol. Detrás de él, el mar era plateado y la piel le resplandecía gracias al destello del sol del atardecer. Ella le dijo cuál era el motivo de su llegada.

—Vaya, aquí no hay nadie —dijo—. Está todo el mundo allá.

Ella estaba tan deslumbrada por la belleza del pescador que no se había percatado de la algarabía procedente del otro lado, pero entonces la oyó. Entre la isla en la que vivía y tierra firme había un paso de arena que podía recorrerse con la marea baja, pero que ahora estaba cubierto de agua.

—La marea no bajará hasta la noche —informó el joven—. Ahora voy a remar al otro lado, puedo llevarte si quieres.

Ella vaciló. No había pensado en ir tan lejos. Pero él era educado y no quería hacerle ningún daño. Ni siquiera veía a la hermosa muchacha que había bajo la ropa que ocultaba su silueta.

Ella esperó a que él acabara de remendar y entonces se levantó los faldones y subió a la barca. Se sentó con la espalda recta y la cabeza gacha, pues no estaba acostumbrada a estar tan cerca de un hombre joven. Y así es como se dio cuenta de cómo tenía plantados los pies en el fondo del barco y que los tenía separados de una forma curiosa, con unas membranas de piel entre los dedos.

Oía los lamidos y tirones de los remos y una música tenue que lo envolvía todo, como si el agua cantara a la barca para que avanzara. No se atrevió a mirarle a los labios, a las perlas de sal que tenía en la mejilla. En un momento dado la música del mar se unió a la música y algarabía de la tierra, un retumbo de voces, instrumentos, poemas y canciones; y enseguida notó el ruido seco y suave de la barca al llegar a la orilla. Hacía horas que había salido, pero tenía la sensación de que el tiempo había quedado en suspenso, como si la luz tenue de la noche de san Juan fuera a durar para siempre. Ni siquiera sabía que era la noche de San Juan hasta que el pescador se lo dijo. Donde ella vivía, era el día de san Luis Gonzaga. Al cabo de tres días celebraría el nacimiento de san Juan Bautista.

El pescador sabía que la taberna no era un lugar apropiado para una muchacha ataviada de ese modo y la instó a esperarlo junto a la barca.

—Iré a buscar al ensalmador —le dijo.

Así fue como ella esperó un buen rato en la arena junto a la barca cerca del agua hasta que cayó la noche, aunque la algarabía no daba muestras de desfallecer. En dos ocasiones fue a mirar por la ventana empañada de la taberna, pero no alcanzó a ver al pescador. Preguntó a un hombre que salió dando tumbos de la taberna dónde estaba el ensalmador.

—Debería de estar ahí dentro —dijo, y casi volcó una barrica que había junto a la puerta.

Nunca había estado en una taberna, pero había cruzado el agua, había llegado hasta allí y ahora no podía regresar. Se abrió camino entre la muchedumbre. La gente le ofrecía bebida. Había un olor a pescado y a aceite mezclado con cerveza. La gente hablaba y reía armando un gran estruendo.

—Estoy buscando al ensalmador —dijo.

—Debe de estar aquí —fue lo que le contestaron cuando por fin se hizo oír.

Pero no le encontró. Tampoco al pescador. Cuando preguntó por él nadie parecía conocerlo.

La muchacha regresó a donde aparecería el paso cuando fuera el momento. Había bebido un vaso de vino en la taberna y el sonido de la algarabía le resonaba en los oídos. Tenía ganas de bailar en la arena. El aire era tan agradable que no sentía ni frío ni calor. El mar lamía la orilla con suavidad. En noches como esta, la puerta que hay entre los mundos se abre. La muchacha alzó la vista y vio el cielo preñado de estrellas lechosas, así como la luna nítida. Cuando buscó el paso, vio también el mar, plagado de estrellas.

Puso los dedos de los pies en el agua. Le recordó al champán que había bebido una vez en casa de su abuela, frío y burbujeante en contacto con la piel. Y ahora tenía ganas de sumergir todo su cuerpo en la oscuridad espumosa. Así pues, se quitó una tras otra las capas de ropa y la dejó en la orilla. No sintió ningún tipo de vergüenza o incomodidad mientras se internaba en el agua. Primero le desaparecieron los dedos de los pies, luego las rodillas, el vientre, los pechos, los brazos y, por último, la cabeza.

Cuando sacó la cabeza para respirar en la suavidad de la noche aterciopelada, vio que en la orilla había otra pila de ropa y oyó el plof de un ser que se sumergía en el agua. Introdujo la cabeza bajo el agua para ver si lo veía, estaba tan cautivada y hechizada que no se preocupó de si podría ver algo en la profundidad del mar. Qué fría y tonificante le resultó el agua cuando se cerró alrededor de su cabeza, qué viva se sentía, todos los poros de su cuerpo se estremecían.

Y veía bajo la superficie. Veía la silueta del ser que se le acercaba lentamente. Ella alargó las manos para recibirlo y notó que el pelo le caía como si fueran algas, y entonces la boca de él se posó encima de la de ella, sorprendida por su calidez y humedad. Ella enseguida lo rodeó con los brazos y notó la suavidad de su cuerpo. Enseguida sintió los labios de él, la suave succión de una anémona de mar, un collar de besos, todo su cuerpo engalanado por los tesoros de su boca, fijándose en las puntas de sus pechos, haciéndolas aflorar.

Debió de salir a la superficie para respirar, pero no lo recordaba. El mar los sostenía, los mecía como una cuna. Ella le devolvió los besos, nadó en su boca mientras él ahuecaba las manos en el cuerpo de ella como si fueran conchas. Entonces lo notó, un remo que atravesaba el agua, la penetró, y ella se cerró a su alrededor con la suave succión de la anémona, para sujetar a la criatura capturada. La maravilló el hecho de que pudiera llenarla, tener un espacio en su interior para aquello. Ella siente el gozo, llama y la llaman, busca y la buscan, alza y la alzan, sujeta y la abrazan con fuerza. Ella le da sus pechos y recibe en su interior el brotar de su leche.

Cuando se cansaron, él la besó con ternura, sujetó su rostro entre sus manos y le dio un beso

de recuerdo. Iphigenia portaba su simiente en su interior, un grano de arena que se convirtió en perla.

—No sé si regresará —dijo ella.

—¿La esperamos?

—Dejaremos el vellón. Si vuelve, encontrará el camino. Que Dios la proteja —susurró para que solo la oyera Dios.

—¿Y él? —se atrevió a preguntar Margarita.

—¿Te gustaría que volviera?

—Podría visitarnos de vez en cuando. Como los sacerdotes de antaño.

Emprendieron el camino de vuelta a casa. Era una tarde agradable sin lluvia. Iphigenia se quedó toda la noche en la capilla rezando con María, la madre de Dios, y santa Ana, su madre.

—Gabriel, Uriel, Miguel... —Carla subía alegremente por la colina recogiendo los ángeles a su paso. ¡Menuda noche, menuda noche, menuda noche! Había estado en el mundo. Traía consigo una botella marrón y un remo erosionado por las inclemencias del tiempo. Para cuando había llegado otra vez a la isla, el agua había cubierto sus pisadas y su rastro. Pero sabía dónde estaba el paso y cómo aparecía y desaparecía. Podía cruzar al mundo cuando se le antojara, solo tenía que esperar a que el paso resultara visible.

Entró por la puerta esponjosa, cruzó las zarzas, los campos que resplandecían de rocío y llegó al patio que olía a pan. Se arrodilló al lado de sus hermanas en la capilla, a reventar de historias que anhelaba contar.

En días venideros, Iphigenia llamó al señor Colquhoun de nuevo.

—¿El obispo no ha cambiado de opinión?

—Por ahora, no.

—Gracias por todo lo que ha hecho. Señor Colquhoun —dijo Iphigenia—, si le apetece visitarnos en algún momento, estaríamos encantadas de recibirle. —No sabía qué había respondido el señor Colquhoun, pues se producían interferencias y silencios cuando la batería se movía de forma intermitente. Cuando se agotó por completo, el teléfono se convirtió en una reliquia que pasaría el resto de sus días en el escritorio de la abadesa.

Tejieron la historia del sacerdote, cada una trabajando en una labor y luego las cosieron juntas hasta que la historia estuvo acabada.

En cuanto volvió el invierno, las zarzas engulleron la puerta. Un sonido repentino, una ráfaga de viento, el crujido de una rama, hacían que las oraciones se alzaran en su pecho. En primavera ponían la mesa con tenedores, se sentaban de cara al exterior, observando y esperando visitantes en la inmensidad del vacío azul.

El padre Ignatius fue nombrado subsecretario de la Congregación para los Obispos, y la siguiente Pascua se sumó a sus hermanos en sus atuendos rojos, tan cerca del Santo Padre que podía estirar el brazo y tocarlo. En la iglesia, a oscuras, palpa la textura del hábito hecho con su pelo y el vellón de las ovejas, el transcurso de los días en el monasterio, el ciclo de sus vidas. Y cuando se encienden las velas y empieza el *Exsultet*, ve a Carla caminando hacia él en el haz de

luz. Y ahora Iphigenia y Margarita, las hermanas de santa Inés, la Virgen María, santa Ana y los santos de las vidrieras, los gusanos y los pájaros. Resplandecientes.

En el principio existía aquel que es la palabra y aquel que es la palabra estaba con Dios y era Dios.

Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo.

Cuanto ha sido hecho en él es vida y la vida es la luz de los hombres.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias al Australia Council por el apoyo financiero durante la redacción de este libro; a Jenny Darling por encontrar al editor adecuado; a Patrick Gallagher y su equipo de Allen & Unwind por ser ese editor; a George Mannix, Julian Miller y Michael Witts por revisar con detenimiento la novela en forma de manuscrito y, sobre todo, a Susie Rourke, que escuchó todos los balidos.

NOTAS

[1] La palabra *Easter* (Pascua) y *Oestrus* (Estro), en inglés suenan prácticamente igual. (*N. de la E.*)

[2] En inglés, la palabra *Easter* (Pascua) deriva del nombre de la diosa Estro. (*N. de la E.*)